

UNIVERSIDAD DE COSTA RICA
SISTEMA DE ESTUDIOS DE POSGRADO

LITORALES IMAGINADOS, DOMINIOS CONSTRUIDOS: DESARROLLO
TURÍSTICO DE SOL Y PLAYA Y DISCURSO COLONIAL EN GUANACASTE,
COSTA RICA

Tesis sometida a la consideración de la Comisión del
Programa de Estudios de Doctorado en Estudios de la Sociedad y la Cultura
para optar al grado y título de Doctorado Académico en Estudios de la Sociedad y la
Cultura

ESTEBAN BARBOZA NÚÑEZ

Ciudad Universitaria Rodrigo Facio, Costa Rica

2019

A Amanda, amada luz que apaga la penumbra, engranaje del más pesado fardo, alegría en el desamparo.

En primer lugar, quiero agradecer a Alexander Jiménez Matarrita, por su generosidad y esmero a la hora de dirigir este trabajo, por la rigurosidad que siempre le imprimió en sus lecturas al mismo, y por servir de apoyo y motivación constantes durante todo el proceso.

También quiero agradecer a los asesores Juan Carlos Picón Cruz y Antonio Álvarez Pitaluga, quienes, igualmente, hicieron aportes sumamente valiosos al contenido de esta tesis, y por la invaluable generosidad al brindarme su tiempo y dedicación en sus lecturas del manuscrito y en conversaciones en torno al tema, durante tanto tiempo.

A Alexandre Panosso Netto, de la Universidad de Sao Paulo, quien generosamente me acogió y brindó apoyo en su país y su casa de estudios, en Brasil, en donde buena parte de este trabajo se escribió.

A mis compañeros y compañeras del doctorado, con quienes compartí durante un tiempo muy valioso experiencias, ideas, vivencias y retroalimentación.

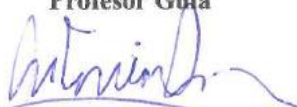
"Esta Tesis fue aceptada por la Comisión del Programa de Estudios de Posgrado en Doctorado en Estudios de la Sociedad y la Cultura de la Universidad de Costa Rica, como requisito parcial para optar al grado y título de Doctorado Académico en Estudios de la Sociedad y la Cultura"



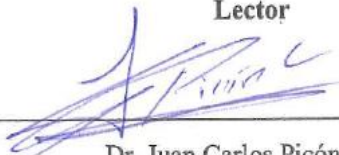
Dra. Valeria Guzmán Verri
Representante del Decano del Sistema de Estudios de Posgrado



Dr. Alexander Jiménez Matarrita
Profesor Guía



Dr. Antonio Álvarez Pitaluga
Lector



Dr. Juan Carlos Picón Cruz
Lector



Dra. Roxana Hidalgo Xirinachs
Directora del Programa de Posgrado en Estudios de la Sociedad y la Cultura



Esteban Barboza Núñez
Sustentate

Tabla de contenidos

Portada	i
Dedicatoria	ii
Agradecimientos	iii
Hoja de aprobación	iv
Resumen	viii
Lista de ilustraciones	ix
 Introducción	 1
 Capítulo 1: Modernidad, turismo y globalización en el contexto de Guanacaste como región periférica	 5
 Modernidad, globalización y turismo: un trinomio propuesto como punto de partida	 7
Guanacaste a partir de la otredad, la exclusión y la integración tardía al proyecto nacional costarricense: su devenir en la era del turismo	11
La problematización del turismo: algunas tendencias teóricas y epistemológicas para su abordaje en ámbitos globales y regionales	20
Derivaciones problemáticas de la cuestión turística en un entorno como Guanacaste: los componentes del sol y la playa	28
Otras aproximaciones pertinentes para el abordaje de la cuestión turística en Guanacaste	36

Capítulo 2: Poder, otredad, turismo e imaginación: consideraciones teóricas para el abordaje del turismo de sol y playa en Guanacaste	44
Algunas consideraciones en torno a la idea del poder	45
Poder, saber y discurso colonial: la formación de una diferencia moderna Fundamental	54
El discurso colonial en el contexto latinoamericano: el aporte de los estudios decoloniales	62
Imaginarios sociales, imaginarios turísticos y geografías de la imaginación	72
Capítulo 3: Las geografías de la imaginación en acción: turismo de enclave en Guanacaste y representación de paisajes, construcción de espacios, y ejercicios de poder	87
La relación dialógica entre el espacio, el paisaje y lo social: de lo abstracto a lo funcional, y de lo funcional a lo abstracto	88
El enfoque del paisaje: lo visto y lo no visto en el litoral de Guanacaste y su relación con el discurso colonial	94
Construcción de espacios y discurso colonial: relaciones con el turismo de sol y playa y el turismo residencial en Guanacaste	111
Capítulo 4: Entre Viernes, Calibán y lo ausente: representación de sujetos en el contexto turístico del sol y la playa en Guanacaste	124
El sujeto subalterno en el discurso colonial	126
El otro en el turismo	135
El otro en el turismo en Guanacaste: cuatro derivaciones propuestas	142

Capítulo 5: Funcionamientos, conflictos y contestaciones en la Guanacaste turística y su relación con el discurso colonial	156
El enclave cercado: entre la abundancia interior y la marginalidad exterior	158
Visiones divergentes a partir del conflicto: entre la hegemonía, la subalteridad y la contestación	175
Consideraciones finales a modo de conclusión: por un enfoque emic en el desarrollo turístico en Guanacaste	185
Referencias	191

Resumen

Este trabajo analiza la relación entre el desarrollo turístico alrededor del sol y la playa que se da en la provincia de Guanacaste, en Costa Rica, y el discurso colonial. Compara el ordenamiento y la producción espacial y la representación del paisaje, según la lógica que impera en el desarrollo turístico de sol y playa en Guanacaste, con la noción de naturaleza, la producción de espacios y la representación de paisajes en los contextos coloniales y sus respectivos sustentos discursivos. Analiza, desde la teoría crítica postcolonial, decolonial, y las elaboraciones teóricas acerca de los imaginarios sociales, el modo en que los sujetos, tanto turistas como pobladores y trabajadores locales, aparecen, se representan y circulan en las dinámicas discursivas en el turismo de sol y playa en Guanacaste. También identifica, en la construcción y narración de espacios, y en la representación de sujetos y asignación de sus lugares, las rupturas que cuestionen los discursos hegemónicos que sostienen e impulsan el desarrollo turístico de sol y playa en Guanacaste.

Lista de ilustraciones

Figura 1. Imágenes de la galería fotográfica de CATURGUA acerca de Guanacaste	100
Figura 2. Turistas posando para fotografías de Photoventura	103
Figura 3. Guanacaste en Instagram	104
Figura 4. Vallas publicitarias de desarrolladores inmobiliarios	108
Figura 5. <i>Wordcloud</i> que aglutina respuestas a la petición que dice “mencione los tres primeros términos que se le ocurren cuando piensa en el paisaje de Guanacaste”	110
Figura 6. <i>Wordcloud</i> que aglutina respuestas a la pregunta “¿qué es lo primero que se le viene a la mente cuando piensa en Guanacaste?”	110
Figura 7. Condominios destinados al turismo residencial, y anunciados como “gated communities,” en las cercanías de Playa Panamá, Guanacaste	119
Figura 8. Personal de servicio como sujetos disipados	150
Figura 9. El factor de género en la representación del sujeto nativo	152
Figura 10. Principales estilos arquitectónicos de hoteles y segundas residencias En Nosara	163
Figura 11. Nosara en mapas	164



UNIVERSIDAD DE
COSTA RICA

SEP

Sistema de
Estudios de Posgrado

Autorización para digitalización y comunicación pública de Trabajos Finales de Graduación del Sistema de Estudios de Posgrado en el Repositorio Institucional de la Universidad de Costa Rica.

Yo, Eidhan Borbaga Nzing con cédula de identidad 401650457, en mi condición de autor del TFG titulado Literatura imaginada, dominios construidos: desarrollo turístico de sel y playa y discurso colonial en Guanacaste, Costa Rica

Autorizo a la Universidad de Costa Rica para digitalizar y hacer divulgación pública de forma gratuita de dicho TFG a través del Repositorio Institucional u otro medio electrónico, para ser puesto a disposición del público según lo que establezca el Sistema de Estudios de Posgrado. SI ☒ NO ☐

En caso de la negativa favor indicar el tiempo de restricción: _____ año (s).

Este Trabajo Final de Graduación será publicado en formato PDF, o en el formato que en el momento se establezca, de tal forma que el acceso al mismo sea libre, con el fin de permitir la consulta e impresión, pero no su modificación.

Manifiesto que mi Trabajo Final de Graduación fue debidamente subido al sistema digital Kervá y su contenido corresponde al documento original que sirvió para la obtención de mi título, y que su información no infringe ni violenta ningún derecho a terceros. El TFG además cuenta con el visto bueno de mi Director (a) de Tesis o Tutor (a) y cumplo con lo establecido en la revisión del Formato por parte del Sistema de Estudios de Posgrado.

INFORMACIÓN DEL ESTUDIANTE:

Nombre Completo: Luis Eidhan Borbaga Nzing

Número de Carné: A 37 509 Número de cédula: 401650457

Correo Electrónico: ezteban@hotmail.com

Fecha: 08/11/19 Número de teléfono: 88234664

Nombre del Director (a) de Tesis o Tutor (a): Alexander Simóns Mateita


Firma ESTUDIANTE

Nota: El presente documento constituye una declaración jurada. En los alcances aseguro a la Universidad, que su contenido sea tomado como cierto. Su importancia radica en que permite abreviar procedimientos administrativos, y al mismo tiempo genera una responsabilidad legal para que quien declare conforme a la verdad de lo que manifiesta, puede como consecuencia enfrentar un proceso penal por delito de perjurio, tipificado en el artículo 318 de nuestro Código Penal. Lo anterior implica que el estudiante se vea forzado a realizar su mayor esfuerzo para que no solo incluya información veraz en la Licencia de Publicación, sino que también realice diligentemente la gestión de subir el documento correcto en la plataforma digital Kervá.

Introducción

A Guanacaste, una provincia históricamente periférica y en ocasiones en el límite de lo considerado nacional y puramente costarricense, según los supuestos imaginados que ayudaron a construir la idea de Costa Rica como nación, llega el turismo, a partir de las últimas décadas del siglo XX y las primeras del XXI, para convertirse en la principal fuente de ingresos de la región (Román, 2007). De pequeñas construcciones hoteleras en playas como Tamarindo o el Coco, en las décadas de los setenta y ochenta del siglo pasado, se pasa, rápidamente, en la última década de ese siglo y en la primera del presente, a un vertiginoso desarrollo inmobiliario que convierte a una provincia anteriormente ganadera y agrícola en una de las mayores receptoras de inversión extranjera directa en el país. Con una pausa de algunos años, luego de la crisis financiera mundial del 2008, este desarrollo parece haber retomado su rumbo y sigue siendo un referente en esa región y, al mismo tiempo, su principal carta de presentación en el concierto turístico global, tanto a nivel de atracción de posibles visitantes, como de posibles inversionistas.

En un entorno eminentemente agrícola, con ganadería desde la época colonial, con producción agroindustrial y minera a lo largo de los siglos XIX e inicios del XX, siempre concentrada en pocas manos, surge, poco a poco, el desarrollo turístico de sol y playa. Posteriormente, este nuevo entorno se convierte, en muchos sentidos, en el reemplazo de los anteriores, o bien, en una especie de continuación de los modelos previos, pero con nuevas aristas.

Estas circunstancias y hechos establecen, entonces, una combinación interesante en la región. En una provincia con un desarrollo socioeconómico bastante por debajo del promedio nacional (Encuesta Nacional de Hogares, 2014), y con el legado colonial y cultural de una economía históricamente concentrada en pocas manos y dependiente de las decisiones de una pequeña elite, se impulsa el turismo de enclave hotelero, de sol y playa y residencial, a lo largo de sus costas. Este tipo de turismo, y los modos en que fue implementado en Guanacaste, van a terminar por enclavar algunas de las zonas con mayor aptitud para la actividad, y a convertirlas en burbujas de ocio que funcionan bajo una normativa que no en pocas ocasiones escapa del control local, a veces débil y poco organizado, o bien pone este control a su servicio y al de sus intereses.

Se impulsa y se establece en Guanacaste una modalidad de desarrollo turístico ampliamente cuestionada por estudiosos de diversas disciplinas debido a sus consecuencias negativas para el medio ambiente, los recursos naturales, las poblaciones nativas más vulnerables, y las manifestaciones culturales y modos de vida locales. Es decir, no solamente se da una sustitución de la hacienda y la agroindustria por el turismo como fuente principal de ingresos; también, de cierto modo, el último se asienta sobre las bases de las primeras. Se replica muchas de las antiguas fórmulas y prácticas de la vieja hacienda colonial en una nueva actividad, siempre al servicio de ciertas clases hegemónicas que poco toman en cuenta las particularidades y necesidades de las poblaciones locales, y que concentran los recursos y las ganancias en pocas manos, generalmente de fuera de la provincia.

A la luz –o a la sombra– de estas particularidades y matices, entonces, cabe la pregunta de si el análisis y estudio de muchos de los fenómenos que suceden en torno a la actividad turística en la Guanacaste contemporánea, y a los efectos colaterales de esta, no solamente se pueden encontrar en estudios de caso, informes, descripciones de problemáticas, y aproximaciones desde la crítica socioambiental –que conforman la mayor parte de la producción científica e intelectual en cuanto al tema hasta ahora–, sino también en otros lugares, y desde otras perspectivas. En el caso de lo que planteará este trabajo, nos referimos a análisis más diacrónicos y abarcadores que se salgan de lo puramente empírico; que estén orientados a la examinación de los discursos, del lugar de Guanacaste en ellos, de los modos de representación, narración, inclusiones y exclusiones de sujetos, prácticas y espacios en la actividad turística en Guanacaste.

Es decir, este trabajo plantea una aproximación al estudio del fenómeno del turismo costero y su desarrollo en Guanacaste desde un análisis discursivo que explique la justificación ideológica de su implementación, al tiempo que traza esa justificación a ciertas prácticas coloniales de descubrimientos, registros, cartografías, representaciones, narraciones, construcciones de espacios y sujetos, típicas del discurso colonial, y que acreditaron empresas coloniales. En sí, este trabajo tratará de ensayar un estudio acerca de cómo muchas de las estrategias discursivas implementadas a partir de la expansión ultramarina europea a finales del siglo XV e inicios del XVI, y aún en siglos posteriores,

todavía ejercen gran influencia y determinan la construcción de Guanacaste como destino turístico de sol y playa, con todo y los efectos que esto implica.

En un tema que abarque y trate de explicar la relación entre el desarrollo turístico en Guanacaste y el discurso colonial, cuyas particularidades se explicarán más adelante en este trabajo, un subtema importante es delinear algunas de las características del progreso y evolución de esta actividad en la región y su relación con dicho discurso. Esta relación tiene mucho que ver con lo político y lo administrativo del sistema colonial, pero, más importante aún, con las prácticas discursivas que justifican y sustentan el sistema.

En este sentido, es primordial indagar cómo el espacio ha sido producido en la implementación de la actividad turística. También es importante examinar la relación entre su producción, a través de imágenes, paisajes, ordenamientos territoriales, desarrollos inmobiliarios, marketing, e incluso a través de omisiones y exclusiones, y los mecanismos de fabricación del espacio en contextos coloniales a través de la noción moderna de naturaleza, su narración, las cartografías generadas a partir de descubrimientos y denominaciones, y las representaciones y distribuciones de espacios en disciplinas como la geografía, la literatura de viajes, la antropología, la cartografía, o la biología, entre tantas otras.

También es importante el análisis de la elaboración, representación y distribución de sujetos, tanto turistas como locales, en las dinámicas que se dan en la provincia, y su relación con las prácticas discursivas coloniales, en las que se narraba seres humanos, se les asignaba características, funciones, derivaciones y espacios específicos a ocupar, siempre a partir de un centro que nombraba, moldeaba, designaba, relataba y representaba, y unos sujetos periféricos que funcionaron en relación a ese centro y a todo su aparato epistemológico, que a la vez escapó del escrutinio periférico.

Así como existen modos de representación y narración, con tremendos efectos que, de alguna manera, generaron una especie de realismo que terminó moldeando los objetos y los sujetos que fueron representados y narrados, también existieron y existen tensiones entre estos modos de representación y narración, y los sujetos que son representados. No podemos asumir que simplemente existe una relación de desigualdad total entre quien narra y quien es narrado, ni en el discurso colonial ni en la Guanacaste contemporánea. También

se pueden dar contestaciones, cuestionamientos, interpelaciones y reinterpretaciones a dichos mecanismos de representación, de manera que, dentro de las mismas estructuras narrativas, puedan existir dislocaciones que, al igual que muchas veces sucedió en las relaciones coloniales, permitan otras prácticas discursivas, y, por ende, otras formas de abordar y vivir el fenómeno turístico en la región. La examinación de dichas inconsistencias y contestaciones se presenta como otro subtema digno de ser tomado en cuenta, y que este trabajo también tratará de abarcar.

En el poder de narrar y representar subyace el de designar y asignar. El escrutinio de esos mecanismos y lugares de enunciación permitirá explicar la constitución, y, por ende, la posterior contestación de esos discursos. El entendimiento del funcionamiento del discurso colonial en la construcción y el funcionamiento de Guanacaste como destino turístico también puede significar la explicación, no solo del tremendo efecto de la representación y la narración en entornos turísticos reales, también de la posibilidad de implementar otras formas de imaginarse y narrarse que, a la postre, puedan significar otros modos de ser y existir dentro del turismo.

Capítulo 1

Modernidad, turismo y globalización en el contexto de Guanacaste como región periférica

Lo que hoy en día llamamos turismo, como la mayoría de las actividades humanas, las múltiples formas de relacionarse entre sujetos, entre estos y su entorno natural, además de las visiones de mundo y los sistemas económicos y políticos que damos por sentados hoy en día, es un producto más de la Modernidad¹. No se puede desligar el turismo de los contextos creados a partir de la transición del feudalismo al capitalismo en Europa, y del establecimiento de este último como el orden social y económico del cual derivan la mayoría de las actividades humanas de los últimos cinco siglos. La conjugación de fenómenos y hechos acaecidos inmediatamente antes y durante la Modernidad contribuyó enormemente al establecimiento de los escenarios turísticos que conocemos hoy en día, especialmente en contextos como Costa Rica, y más específicamente, en las playas de Guanacaste. Entre estos fenómenos está la posibilidad de viajar a lo largo y ancho del globo terráqueo; la conquista de América y la producción de conocimiento a través de mapas, crónicas de viajes, literatura de viajes, y conocimiento científico acerca de espacios

¹ En un sentido amplio, se entenderá como Modernidad, en este trabajo, a esa categoría que enmarca procesos sociales surgidos a partir del Renacimiento en Europa occidental, entre ellos, la consolidación del capitalismo; el descubrimiento, por parte de navegantes europeos, del continente americano y su posterior conquista; las nuevas concepciones, a partir de los siglos XVII y XVIII, acerca de lo que significa ser un hombre, una mujer, o un sujeto subalterno; el surgimiento de los Estados modernos y su cercana relación dialógica con el capitalismo; y el favorecimiento de la lógica y la razón como formas de explicar fenómenos naturales y políticos, más allá de valores autoritarios previos, como la religión.

y pueblos “descubiertos” en este continente y narrados por primera vez en lenguas europeas; la Revolución Industrial; el imperialismo decimonónico europeo en África, el Medio Oriente, y la India, entre otros lugares; y, finalmente, las configuraciones globales posteriores a la Segunda Guerra mundial y a la emancipación política de la mayoría de los territorios de ultramar, aún bajo el dominio colonial europeo, en la segunda mitad del siglo XX.

Como bien indica Alexandre Panosso (2011), es un error creer que el turismo siempre ha existido, o afirmar que el turismo de masas se desarrolló únicamente después de la Segunda Guerra Mundial. Si bien es cierto, el ser humano siempre se ha desplazado de un lugar a otro, ese desplazamiento no siempre ha tenido las características que hoy en día se le asignan al turismo. Para que este llegara a ocurrir, fue necesaria la confluencia de factores de índole económico, cultural, social, y tecnológico que no se consolidarían hasta finales del siglo XVIII y principios del XIX. Estos elementos propiciaron el surgimiento de una sensibilidad turística, orientada al aprecio de la naturaleza, al encuentro con culturas diferentes, y a la visita a monumentos históricos y arquitectónicos para conocer su historia y significado. Estas son actividades que, precisamente, corresponden a valores predominantemente surgidos durante la Modernidad, relacionados más específicamente con ideas románticas de individualismo, libertad, sensibilidad por la naturaleza, por explorar otras culturas o los grandes monumentos del pasado, y, al mismo tiempo, con estar regidos por un orden capitalista y una de sus más tangibles manifestaciones, el consumo.

Ya desde mediados del siglo XIX, y gracias a los avances en los sistemas de transporte en Europa, principalmente el ferrocarril, países como Suiza e Italia recibían gran cantidad de turistas que iban de unas decenas de miles a mediados de ese siglo, hasta millones a inicios del XX. Es decir, en el siglo antepasado ya se empezaba a propagar la idea de viajar, en Europa, más allá del paradigma establecido en círculos aristocráticos en los que, desde los siglos XVII y XVIII, se practicaba, con propósitos educativos y de crecimiento personal, el *Grand Tour*.² Esta idea acerca de viajar estaba basada, en parte, en

² El *Grand Tour* consistía en un viaje que realizaban jóvenes aristócratas europeos al alcanzar su mayoría de edad, generalmente los 21 años, y durante el cual, generalmente acompañados de chaperones, visitaban

postulados de pensadores como Michel de Montaigne, Francis Bacon, o John Locke, pilares del pensamiento moderno, y que enfatizaban algunos elementos educativos y enriquecedores del viaje (Cunha, 2014)³. En los años posteriores a la Segunda Guerra Mundial, en parte gracias a la nueva posibilidad de desplazarse de un continente a otro en cuestión de horas, y con la transformación del otrora amplio orbe en una aldea global, para usar el término de Marshall McLuhan (1985), con la tecnología y la información como referentes, el turismo, efectivamente, se terminó de masificar y alcanzó dimensiones sin precedentes, objetivos sumamente variados, más allá de los paradigmas del *Grand Tour*, y espacios tan periféricos como las playas de Guanacaste.

Modernidad, globalización y turismo: un trinomio propuesto como punto de partida

Dadas estas condiciones y asociaciones entre turismo, Modernidad y los procesos globalizadores posteriores a la Segunda Guerra Mundial, es pertinente, en este capítulo, analizar este fenómeno a la luz, tanto de la Modernidad, con la vocación exploratoria de la misma, con la razón y la ciencia como sus pilares fundamentales, y con el capitalismo como sistema de relaciones sociales predominante; y la globalización, como ese proceso cultural y multidimensional de comunicación e interdependencia, cuyo génesis, como se explicará más adelante en este trabajo, algunos pensadores como Aníbal Quijano (1992) llegan a trazar, incluso, a 1492.

En cuanto a la relación entre turismo y Modernidad, es sugerente considerar, como uno de los puntos de partida, contribuciones como la de Ning Wang, quien, a través de su trabajo *Tourism and Modernity* (2000), sostiene que esta actividad se conforma a partir de una serie de procesos socioeconómicos y socioculturales a través de los cuales muchas sociedades y espacios han sido convertidos en espectáculos, atracciones, y sitios de consumo. Para Wang, el turismo es un mediador de la experiencia de la Modernidad, y

lugares emblemáticos del continente como parte de su formación educativa. El caso del *Grand Tour* es de los primeros en que se registra el viaje con propósitos parecidos a los del turismo moderno (Rosenberg, 2012).

³ Entre los trabajos de estos pensadores podemos citar *Of Travel*, de Bacon, *Journal de Voyages en Italie par la Suisse et L'Allemagne en 1580 et 1581*, de Montaigne, y *The Whole History Of Navigation*, de Locke.

provee un espejo en el cual muchos de los secretos de la vida y las condiciones existenciales modernas se hacen visibles.

En el turismo, según Wang, se pueden apreciar dualismos típicos de las formas modernas de entender la realidad, como la relación entre sujeto y objeto, entre eros y logos, lo tradicional versus lo moderno, y la búsqueda de la autenticidad existencial. Es decir, en el turismo confluyen muchas de las concepciones básicas que ayudan a interpretar el mundo según los principales esquemas modernos, y que van desde la noción cartesiana de razón, el concepto moderno de ciencia, el dualismo entre el yo y el otro, cimentado en la exploración y expansión europea hacia el resto del mundo, y el uso de algunas de las principales contribuciones al saber de disciplinas como la geografía, la cartografía, la biología, o la antropología, entre otras.

Anterior a Wang, el trabajo clásico de Dean MacCannell, *The Tourist: A New Theory of the Leisure Class*, (1976), ya exploraba la búsqueda de conocimiento y autenticidad como la motivación fundamental del turista moderno. Este, para MacCannell, es el ser humano moderno en busca de significado y nuevas experiencias; y esa exploración constante lo convierte, al mismo tiempo, en un consumidor. La experiencia turística es vista como un ritual a través del cual el turista confirma la idea de las diferencias entre pueblos y personas de diferentes lugares, a la vez que absorbe esas diferencias como parte de su propia experiencia. Sin embargo, esas mismas prácticas son obliteradas por la mercantilización, la estandarización y la masificación de espacios y lugares diseñados y contruidos, incluyendo las sociedades que los habitan, como espectáculos, atracciones, y sitios de consumo, lo que pervierte la experiencia misma.

Es decir, para MacCannell, el turismo, el turista y la experiencia turística conjugan una gran cantidad de fenómenos, motivaciones, problemas, e incluso modos de alienación propios de la Modernidad, explicables a través de las relaciones y condiciones a las que el ser humano es conducido en este periodo, según su normativa sociocultural. Los postulados de MacCannell, sin embargo, han sido cuestionados por autores como Jean Baudrillard (1994), quien niega la existencia de lo original y lo auténtico –aquello que supuestamente busca el turista cuando trata de escapar del trajín de la vida moderna.

Anterior a MacCannell, Walter Benjamin (2003) ya había discutido el tema de lo original, el aura de lo original y la copia en su clásico ensayo sobre la reproductibilidad del arte. Tampoco se debe obviar a Platón (1958), quien elaborara buena parte de su epistemología en torno a la diferencia entre el mundo de los originales –las ideas– y el mundo de los sentidos, que es una copia o imitación del otro. Incluso en el campo específico del turismo, George Ritzer y Allan Lizka (1997) argumentan que hoy en día el turista viaja en busca de diversión y placer, en vez de autenticidad. Sin embargo el trabajo de MacCannell no deja de ser sugerente y valioso para entender y dimensionar el turismo, especialmente en regiones como Guanacaste, especialmente porque, a pesar de que se basa en la noción de que el ideal de la experiencia turística es tener un contacto con ese otro mundo auténtico y original, que no es como el mundo del que proviene el turista, reconoce que en realidad lo que este encuentra es una orquestación meticulosamente planeada de algo que imita lo auténtico, convertido en un objeto de consumo.⁴

En cuanto a la globalización como el proceso culminante, al menos desde el punto de vista cronológico, de gran parte de las transformaciones gestadas, germinadas y conducidas a través de la Modernidad, el turismo, ciertamente, juega un papel importante al convertirse en una manifestación más, no solo de la interconectividad y la capacidad de comunicación sin precedentes en la historia humana acaecidas en esta era; también de la casi ilimitada capacidad del capital de reproducirse y estandarizar y mercantilizar ámbitos anteriormente insospechados, como las costas de Guanacaste. Al mismo tiempo, a través de su práctica, el turismo tiene la posibilidad de originar contradicciones y ambivalencias muy palpables, no solamente en esa región, también en casi cualquier lugar turístico del sur global.

⁴ En los últimos años, la reflexión acerca del por qué el turista viaja, y qué busca en sus períodos de ocio, ha sido analizado desde múltiples perspectivas, algunas, incluso, han tendido al uso de herramientas propias del análisis de lo que Jürgen Habermas denominó modernidad tardía, y otros, como Zygmunt Bauman o Jean-François Lyotard, postmodernidad. Marcelo Alvarenga (2018), por ejemplo, utiliza el concepto de modernidad líquida, de Bauman, para argumentar que el turismo es una muestra más de la ausencia de valores fijos en el contexto actual, de las formas de actuación en redes, ya sea sociales o virtuales, de los sujetos, de la valoración excesiva del consumo y como proveedor de estatus social, entre otras, que, de alguna manera, cuestionan, y a la vez apuntalan las ideas de McCannell o incluso de Wang acerca de qué motiva al ser humano a hacer turismo.

En este sentido, es importante el trabajo, en un contexto como el costarricense, de Allen Cordero (2006), quien, haciendo uso de aportes de la economía política, específicamente a través del uso del concepto de cadenas globales productivas, argumenta que las grandes transnacionales hoteleras han contribuido a centralizar la economía global, en vez de difuminarla, como habría de suponerse que sucede a través de la inversión extranjera directa. Esto acontece, paradójicamente, a pesar de su expansión en territorios periféricos como las playas de América Latina.

Otros trabajos interesantes que analizan el turismo en el contexto de la globalización, y que tienen relación con lugares como América Latina, Costa Rica y Guanacaste son los de Lynn Horton (2009) y sus elaboraciones en torno a la mercantilización de la naturaleza en contextos globalizados contemporáneos, a través de prácticas como el ecoturismo; o el Carlos Morera y Luis Fernando Sandoval (2008), quienes señalan algunos problemas socio ambientales surgidos a raíz de la implementación de estrategias de desarrollo planificadas para favorecer a ciertos sectores a expensas de otros en zonas como Guanacaste, en procesos claramente relacionados con políticas económicas neoliberales de la era de la globalización.

Estos trabajos tienen cierta relación con estudios a nivel global acerca de la relación entre el turismo y la globalización, que tienden hacia dos vertientes: una que estudia la relación entre ambos fenómenos desde una perspectiva crítica, como los ejemplos citados en el párrafo anterior; y otra más orientada a aspectos puramente económicos y que, desde el punto de vista crítico, tienden a ser más neutrales, pero que claramente establecen una relación entre el turismo y la globalización (Weibing y Xingqun, 2006).

Al ser el turismo una actividad multidimensional en la que intervienen gran cantidad de factores, actores, y con consecuencias que afectan y benefician a sectores de toda índole, sería prácticamente imposible cubrir todos sus matices en un capítulo que trate sobre, precisamente, algunas de sus características principales y las disciplinas que intervienen en su abordaje. Es por eso que esta forma de ver el turismo, como moldeado por algunos de los principales procesos económicos y políticos de la Modernidad, y en parte regido por las principales políticas económicas y culturales de la globalización, puede sintetizar mejor las ideas en torno al mismo, y su conjugación con los propósitos de este trabajo.

Guanacaste a partir de la otredad, la exclusión y la integración tardía al proyecto nacional costarricense: su devenir en la era del turismo

Si pretendemos abordar el turismo de sol y playa en Guanacaste, tanto a la luz de procesos característicos de la Modernidad y la globalización, como de los discursos coloniales modernos, es importante contextualizar este fenómeno en esa provincia a partir de las condiciones socio económicas e históricas que la han marcado, desde la llegada de los españoles, a inicios del siglo XVI, hasta el presente.

En una breve contextualización de índole panorámico, que incluya aspectos históricos, sociológicos y culturales, se puede afirmar que esta región noroccidental de Costa Rica no solamente es una periferia en cuanto a aspectos geográficos; también lo es en lo relacionado a aspectos económicos, culturales y políticos. Su agregación, o anexión, para usar un vocablo más difundido, a Costa Rica, en 1824, no necesariamente significó su incorporación plena, desde una perspectiva cultural y económica, al resto del país. La noción de nación costarricense, desarrollada a mediados del siglo XIX, y que se consolidaría en la década de los setenta de esa centuria (Molina, 2003), fue moldeada según los valores de las clases dominantes del Valle Central, quienes habían heredado los puestos de poder de los españoles en 1821, el año de la independencia. Estos grupos hegemónicos impusieron sus ideales de sociedad y nación según sus intereses, conveniencia, y su filosofía política económica, específicamente la liberal.

Entre las ideas predominantes que suscribieron, como sucedió en muchos otros países recién independizados del continente americano, estaba la noción europeizada de la cultura, la sociedad y la economía nacional. Guanacaste, por otro lado, con una población mayoritariamente mestiza y mulata, y con unidades de producción como la hacienda ganadera, muy lejos de los ideales del campesino “labriego sencillo” del centro del país, que, supuestamente, trabajaba su propia tierra, según lo imaginaron historiadores de la talla de Carlos Monge (1982) –quien incluso llegó a afirmar que en Guanacaste era imposible el cultivo del pensamiento por tratarse de una cultura de llanura–, y que en mayor medida

incorporaron como propios los ideales de las clases dominantes, quedaba fuera de la órbita de lo considerado auténticamente costarricense, a partir de su difusión desde San José.

En Guanacaste, por el contrario, y luego del exterminio masivo de la población indígena nativa por motivos como la migración forzada, impuesta por los españoles, de esclavos a Panamá y Perú (Sibaja y Zelaya, 2015), la hacienda ganadera, desde el siglo XVII y aún entrado el XX, concentró grandes cantidades de terreno poco explotados y en pocas manos⁵. Las grandes haciendas que se irguieron en el siglo XVII, y que exportaban cebo y cuero a Panamá, requerían poca inversión de capital, ya que ni siquiera se aprovechaba la carne o la leche, por lo que el ganado requería muy poca atención y uso de mano de obra. Al mismo tiempo, esta unidad de producción fue constituyendo estructuras piramidales de acceso a los recursos naturales y sus dividendos económicos, generalmente con un patrono propietario de la tierra, y peones, sabaneros y precaristas girando a su alrededor.

La mayoría de estos patronos residía en Nicaragua o en el Valle Central de Costa Rica, lo que ocasionó en Guanacaste una especie de relación centro-periferia dentro de la periferia colonial que ya de por sí era la provincia de Costa Rica, y, en menor medida, Nicaragua. Sus habitantes, empobrecidos y aislados, siempre estuvieron supeditados a decisiones e intereses externos. Para 1751, diez haciendas concentraban el 54% de las cabezas de ganado en lo que hoy es Guanacaste (Matarrita, 1980), lo que demuestra la gran concentración de riqueza y recursos en pocas manos, casi como una constante a lo largo del periodo colonial. La agricultura, al menos durante la colonia, fue menos importante, y estuvo dedicada a la subsistencia y al abastecimiento de expediciones que transitaban rumbo a Nicaragua, el Valle Central, y Panamá (Sequeira, 1985).

En este contexto, las relaciones de poder estaban marcadas por un grupo hegemónico de hacendados, que poseía la tierra, el capital, el poder político y económico, y que, ya en el periodo independiente, consolidó alianzas con la oligarquía cafetalera del

⁵ Según Sibaja y Zelaya, en tan solo 28 años, de 1529 a 1557, se había reducido la población de Nicoya en un 82,15%, principalmente debido a enfermedades traídas por los españoles, la hambruna, y, principalmente, a la exportación de esclavos, iniciada desde 1524 por Hernández de Córdoba, a Panamá y posteriormente a Perú.

Valle Central para mantener sus privilegios, en detrimento de los campesinos asalariados de la región. Entre estas prerrogativas estaba la exoneración de impuestos y la inscripción de fincas a su nombre, lo que les permitiría mantener su hegemonía e imponerse en conflictos con jornaleros, que reclamaban tierras que los hacendados acaparaban (Sequeira, 1985). Si bien es cierto, historiadores como Marc Edelman (1998) reconocen la existencia de cierta cuota de poder por parte de los administradores, los capataces, y, en menor medida, los sabaneros, esta era posible gracias a ciertas concesiones que hacía el hacendado a cambio de la lealtad y el compromiso de parte de estos grupos subalternos.

Otra unidad de producción importante en Guanacaste durante los siglos XIX e inicios del XX fue la minería de oro, en el cantón de Abangares. A partir de la década de 1880, la explotación de este metal precioso estuvo marcada por grandes concesiones por parte de los gobiernos de turno a inversionistas extranjeros. Estas se dieron a través de contratos de colonización y usufructo en los que los gobiernos liberales de la época, ávidos de inversión foránea, otorgarían grandes ventajas, a menudo escandalosas, a compañías del exterior y a inversionistas particulares de la talla de Minor C. Keith, entre otros (Castillo, 2009).

A finales del decimonónico se dio un denuncia sistemático de tierras que coincide con los trabajos finales de la construcción del ferrocarril a Limón, en el Caribe del país. Compañías como la Anglo American Exploration Development Company, la Costa Rica Pacific Gold Mining Company y la Abangares Gold Fields of Costa Rica, ya para finales del siglo antepasado, habían acaparado el equivalente a un 8% del territorio nacional en las regiones de Cañas y Abangares. El mismo Estado se encargó de censurar los denuncios de suelos por parte de particulares nacionales, según un acuerdo emitido en 1889, al tiempo que se redactaban contratos con los inversionistas extranjeros que impedían cualquier participación ciudadana local en el contexto productivo (Castillo, 2009).

Además de los contratos concesionarios, el oro generó una gran especulación agraria, lo que ayudó a aumentar el tamaño de los territorios mineros y a circunscribir la región a la minería como principal unidad de producción, sin importarle al Estado que muchas de las tierras concesionadas, o adquiridas por la industria, ya estuvieran habitadas

por pequeños y medianos agricultores. Esto sin duda alguna generaría una especie de enclave territorial, en el que grandes porciones de terreno y recursos quedarían en manos del capital extranjero, adonde iría a parar el grueso de las ganancias.

Otros impactos y circunstancias generadas por la minería a gran escala en Abangares implicarían a los habitantes locales y a los trabajadores de las minas. El medio generado por las concesiones mineras favoreció una patología laboral destructiva en el minero. Se señalan grandes peligros al laborar en galerías y túneles a más de 500 metros de profundidad, o al someterse los obreros a altas temperaturas y mala ventilación. Además, este tipo de trabajo se prestaba para accidentes con dinamita, enfermedades derivadas del polvo, que afectaban los ojos, los pulmones y el sistema nervioso (Castillo, 2009). Es decir, la minería replicó, e incluso llevó a niveles mayores, la explotación y la exclusión social generada por la hacienda ganadera desde la época colonial, al tiempo que se valió de los mismos mecanismos de alianza con las élites gobernantes para asegurarse sus favores, en detrimento de las poblaciones locales.

Ya entrado el siglo XX, con la implantación de cultivos como el arroz, la caña de azúcar y el algodón, específicamente a mediados de esa centuria, la agroindustria como principal fuente de generación de riqueza en Guanacaste llegó a consolidarse, junto a la hacienda ganadera –la minería decayó en los años treinta del siglo pasado debido a que las compañías concesionarias ya no vieron rentable su explotación a gran escala. Estos cultivos, a pesar de estar en territorios divididos a partir de antiguas haciendas, que a principios del siglo XX superaban las 10.000 hectáreas, aún eran una muestra de un patrón de tenencia de tierra en extremo desigual (Edelman, 1987).

Con este nuevo sistema de explotación de la tierra y del trabajo, factores como el agua se convirtieron en elementos de disputa. Los terratenientes trataron de influenciar los procesos políticos para mantener sus privilegios y hacer uso de recursos como este para su propio beneficio. Esto traería como consecuencia la sobre explotación del río Tempisque, principal fuente acuífera de la zona, al ser usado para la irrigación de la caña de azúcar, cultivo que se constituiría como el principal elemento de la agroindustria de Guanacaste, junto al melón –el algodón y el arroz decayeron a finales del siglo XX.

Como señala Jorge Marchena (2016), las élites azucareras, provenientes y residentes en el Valle Central, durante más de 70 años establecieron alianzas con el aparato estatal para asegurar redes de poder entre estas y los partidos políticos, principalmente Liberación Nacional, al punto de llevar a uno de sus herederos a la presidencia de la república, en 1986. Aparte del acaparamiento de tierras, llamado “neolatifundismo” por historiadores como Edelman, otros problemas como la explotación sistemática de los trabajadores, la mayoría migrantes nicaragüenses, y otros daños ambientales producidos por el uso excesivo de agroquímicos vertidos en las tierras y ríos de la zona (Roldán, 2008), o la quema de la caña anterior a su cosecha, han significado una importante cuota de desigualdad social, exclusión y conflictividad ambiental en la provincia.

Finalmente, cuando en 1979 se aprueba la Ley 6370, que estipula, por primera vez en la historia de Guanacaste, la delimitación de territorios exclusivos para el uso turístico, se da por inaugurado un nuevo periodo en la historia de la provincia, y que podríamos llamar la era del turismo.⁶ La ley es sugerente en cuanto a que allana el camino al delimitar territorios para luego poder reconstruirlos como espacios turísticos. También promete proveer a esos territorios, a cuenta del Estado, de la infraestructura necesaria para que el capital extranjero pueda invertir y construir hoteles en la zona delimitada por la Ley. Esta infraestructura comprenderá aspectos que van desde acueductos, electricidad, y carreteras, hasta el aeropuerto internacional Daniel Oduber Quirós, inaugurado con vuelos internacionales en 1995, y que conectaría la provincia con el resto del mundo, sin siquiera tener que depender del aeropuerto Juan Santamaría, en la capital del país.

Solamente pocos años después de la finalización de los trabajos de construcción de la carretera interamericana norte, a mediados de la década de 1960, y que significó la expansión de la comunicación terrestre en todo el país y la decadencia de los puertos fluviales que comunicaron, desde finales del siglo XIX y mediados del XX, a Guanacaste con el resto de la nación (Marín y Núñez, 2014), la Asamblea Legislativa de Costa Rica

⁶ A pesar de que la Ley citada se aprueba a finales de la década de los setenta, el “boom” inmobiliario en lugares como Tamarindo comienza a inicios de esa misma década, a través de inversiones como las del ciudadano holandés Koen Bogaard. Poco después se instaló en ese mismo lugar el hotel Tamarindo Diríá. Es decir, a partir de estas primeras construcciones y de la aprobación de la Ley 6370, se podría decir que es en esa década en la que se inicia la era del turismo en Guanacaste.

preparaba el camino para la explotación turística sistemática de la provincia. No solamente se dio un incremento de turistas nacionales, que se aventuraron más allá de parajes turísticos tradicionales como el puerto de Puntarenas; también se empezaron a formar polos de atracción turística más allá del golfo de Papagayo, comprendido por la Ley 6370. Pueblos de pescadores, como Tamarindo o el Coco, comenzando con edificaciones como el Tamarindo Diriá, en menos de veinte años serían transformados dramáticamente en destinos turísticos de sol y playa.⁷

Esta transformación, iniciada en la década de 1970, tendría un giro dramático en la primera década del siglo XXI, con la explosión inmobiliaria, que tuvo una pausa con la crisis financiera del 2008. Solamente un año antes, la provincia concentraba el índice de inversión inmobiliaria extranjera más alta del país, con un 29% del total de las inversiones (Cañada, 2011). El turismo, entonces, se constituye, desde inicios de este siglo, en la principal fuente de ingresos de la provincia (Román, 2013), y en su principal referente, no solo a nivel nacional, también a nivel internacional.

En la actualidad, a pesar de esa enorme inversión extranjera directa y del considerable desarrollo turístico de Guanacaste desde finales del siglo pasado al presente, la provincia, con respecto a otras zonas del país, y, principalmente, al Valle Central, sigue teniendo indicadores de desarrollo social considerablemente más bajos. La Región Chorotega, que coincide territorialmente con Guanacaste, cuenta con un 23,6 % de hogares

⁷ En cuanto a la constitución de estos caseríos antes de la era del turismo, en el caso de Tamarindo, este fue poblado tardíamente, específicamente cuando se establecen fincas ganaderas en sus alrededores, durante la década de 1940. Posteriormente, la zona del estero de Tamarindo, y lo que hoy es el área turística, fue poblada por pescadores artesanales provenientes de poblaciones aledañas como Huacas, Villareal, Cartagena, e incluso Santa Cruz. Las características de la costa en la zona, tanto sus aguas poco profundas como el estero de Tamarindo, favorecieron las condiciones naturales para la concentración de crustáceos y peces. Posteriormente, en la década de 1960, se inicia la construcción de casas de veraneo, principalmente por parte de familias propietarias de fincas en el interior de Santa Cruz, y, al mismo tiempo, se comienza a dar la llegada de campistas procedentes del Valle Central. A mediados de la década de 1970, como se mencionó anteriormente, con hoteles como el Tamarindo Diriá, se comienza a construir otro tipo de espacios y usos de suelo, hasta finalmente consolidar la era del turismo (Camps et al 2008). Con el Coco sucede algo parecido. En un principio fue un pueblo pesquero visitado por excursionistas, a partir de la década de 1970, procedentes de Liberia y del Valle Central. Estas excursiones, y la decadencia de la pesca, en parte debido a restricciones por su cercanía al Parque Nacional Guanacaste, además de estar sometida a la sobreexplotación del recurso, dan paso a desarrollos inmobiliarios mayores, del sector hotelero, como Tamarindo, pero principalmente del sector de segundas residencias, este último a partir de la última década del siglo XX (Solano, 2011).

pobres, versus un 16,1% de la Región Central, donde se ubica el Valle Central, y un 20,5 % del promedio nacional (Índice de Desarrollo Social, 2017). También presenta una tasa de desempleo abierto de 11,2 %, frente a una del 8,8 % en la Región Central, y una de 9,4% a nivel nacional (Índice de Desarrollo Social, 2017). A la vez, tiene un índice de ocupación inferior a la media del país –48,8 % frente a 51,8 %– y frente a la de la Región Central, que es de 53.3 %.

En cuanto a desigualdad, la Región Chorotega presenta un 0.506 versus un 0.505 de la Región Central según el coeficiente Gini, aunque es una región con menor desigualdad que el promedio nacional de 0,521 (Índice de Desarrollo Social, 2017). En el índice de desarrollo social, que mide aspectos económicos, de participación electoral, educación, salud, seguridad y economía, la Región Chorotega alcanza un valor promedio de 59,0 versus un 70,0 de la Región Central, con el valor promedio mayor como indicador de un mayor desarrollo social (Índice de Desarrollo Social, 2017).

Según el índice de competitividad cantonal, que mide aspectos económicos, de infraestructura, empresariales, laborales, de innovación y de calidad de vida, los cantones que conforman Guanacaste generalmente se ubican en los peldaños bajos, especialmente comparados con cantones del Valle Central. En algunos aspectos de este índice, como el de calidad de vida, en los últimos años, cantones como Hojanacha y Nandayure han logrado mejoras sustanciales hasta llegar a ubicarse en peldaños altos (Ulate et al, 2017). Estos cantones cuentan con poco desarrollo turístico costero.

El aspecto económico del índice de competitividad sigue teniendo a los cantones guanacastecos en general entre los peldaños bajos. De hecho, el ingreso per cápita en el primer quintil de la Región Chorotega es apenas un 63.23% de su equivalente en la Región Central, y 80,04% del promedio nacional (Índice de Desarrollo Social, 2017). Lo mismo sucede con el aspecto empresarial, incluso en cantones como Liberia, Santa Cruz, Nicoya y Carrilo, con un mayor desarrollo de infraestructura hotelera en sus costas. De hecho, este último cantón está dentro del rango de competitividad más baja a nivel nacional. En cuanto a gobierno y participación ciudadana, cantones como Nicoya, Hojanacha y Carrillo se ubican

en los rangos bajos y muy bajos, y solamente Santa Cruz y Nandayure están en la parte media del índice a nivel nacional (Ulate et al. 2017).

La competitividad en infraestructura ha decaído considerablemente del 2006 al 2016 en casi todos los cantones, en especial Hojancha y Nandayure. La excepción en este rubro son Santa Cruz y Carrillo. En el aspecto de innovación, casi todos los cantones costeros han retrocedido en los últimos años, especialmente Nandayure, Nicoya y Santa Cruz, que llegan a ubicarse en los peldaños más bajos a nivel nacional. Finalmente, en el plano laboral, todos los cantones guanacastecos han disminuido su competitividad en los últimos años, y han pasado a ubicarse en los peldaños medios y bajos de la escala nacional, al contrario del 2006, cuando en pleno boom inmobiliario, cantones como Carrillo y Santa Cruz estaban entre los más competitivos a nivel nacional. (Ulate et al. 2017).

En índices como el de esperanza de vida al nacer, algunos cantones guanacastecos se ubican en las últimas posiciones a nivel nacional, especialmente Liberia, que ocupa el último puesto; Cañas se ubica en la posición 75, de 82 cantones; Carrillo en el puesto 72; Bagacaes en el 69; Nandayure en el 67; La Cruz en el 56 y Santa Cruz en el 46 (Atlas de Desarrollo Humano Cantonal de Costa Rica 2016). En cuanto a mortalidad infantil, sin embargo, Guanacaste tiene un menor índice que el promedio nacional, con 7.14 muertes por cada mil nacimientos frente a un 8.38 a nivel nacional (INEC, 2018).

Todos estos datos dejan ver que el desarrollo turístico de las últimas décadas no ha significado una reducción sustancial de las carencias y desventajas estructurales e históricas de la provincia. Más bien, el impulso al desarrollo inmobiliario en cantones como Carrillo o Santa Cruz ha contribuido a incrementar la desigualdad, y no ha logrado bajar la pobreza. A pesar de que esta ha disminuido en la provincia en los últimos años, no necesariamente se debe al desarrollo turístico. Más bien, los cantones de la provincia con mejor nivel de vida, como Tilarán, se ubican lejos de los grandes emporios hoteleros costeros, o bien impulsan otro tipo de turismo.

Tampoco se nota una gran disminución del desempleo en la región debido al turismo costero, y la provincia sigue teniendo un índice mayor al promedio nacional, a pesar de contar, por muchos años, como se dijo anteriormente, con casi una cuarta parte de

la inversión extranjera directa. De hecho, la disminución en la competitividad laboral de cantones como Carrillo o Santa Cruz de 2006 a 2016 refleja que muchos de los empleos en boga a inicios del siglo XXI tenían que ver con la construcción, no eran permanentes, y estaban sujetos a los vaivenes del mercado global, por lo que sufrieron consecuencias negativas después de la crisis del 2008. Esto hace pensar que no es gratuito que cantones con una infraestructura hotelera bastante amplia como Carrillo o Santa Cruz se ubiquen en los peldaños bajos a nivel nacional en cuanto a competitividad laboral.

El desarrollo turístico tampoco se refleja en el ingreso per cápita de los quintiles más bajos, que sigue estando muy por debajo de la media nacional o la del Valle Central. Finalmente, indicadores de salud y de calidad de vida no guardan relación con el desarrollo turístico costero. De hecho, los cantones con mayor calidad de vida, como Nandayure y Hojancha, o con mayor esperanza de vida, como Abangares o Tilarán, no presentan mayor desarrollo hotelero costero, si se les compara con cantones con los peores indicadores en salud, como Liberia.

En esta breve sinopsis de las principales unidades de producción de la provincia, desde la exportación de esclavos en el siglo XVI, la de cebo y cuero de vaca en los siglos XVII y XVIII, la de otros productos derivados de la ganadería a partir del siglo XIX, oro a finales del XIX e inicios del XX, el auge agroindustrial a mediados del siglo XX, y, finalmente, el turismo a finales del XX e inicios del XXI, es posible notar la supeditación del espacio guanacasteco y sus habitantes a intereses externos, ya sea de índole colonial, de las élites del Valle Central en comunión con élites locales, y del capital transnacional, como en el caso de la minería y el turismo.

Es por esto que, en las páginas siguientes, además de la exposición de los principales enfoques epistemológicos para su abordaje, se tratará de dimensionar el turismo a partir de estas conexiones, tan características de la Modernidad: entre centros y periferias. También se revisará el enfoque desde la perspectiva socio ambiental, que es el modo en que principalmente ha sido abordado por estudiosos del tema en Costa Rica, sin negar, por supuesto, la multidimensionalidad del turismo, y los múltiples factores que intervienen en su práctica, así como las derivaciones que faltan por rastrear del tema en el contexto

costarricense, y que se pueden encontrar en la abundante producción intelectual alrededor del turismo más allá del contexto inmediato.

La problematización del turismo: algunas tendencias teóricas y epistemológicas para su abordaje en ámbitos globales y regionales

Como se dijo anteriormente, el turismo no ha existido desde tiempos inmemoriales, a pesar de que el desplazamiento humano de un lugar a otro sí, e incluso la noción de la hospitalidad, en todas sus formas y variantes. Aún si ya existiera cierta sensibilidad turística a partir de los siglos XVIII e inicios del XIX, como se acotó anteriormente, las definiciones de turismo y la aplicación de conocimiento, ya sea desde las ciencias sociales, ciencias naturales, o las humanidades, así como la epistemología alrededor del mismo, son fenómenos recientes; es decir, no anteriores al siglo XIX, cuando aparecen los primeros tratados de turismo en Europa (Panosso, 2011). Eduard Guyer-Freuler, Fraser Rae y Luigi Bodio, en Suiza, Inglaterra e Italia, respectivamente, se encuentran entre los escritores pioneros de tratados sobre turismo, a finales del siglo XIX.

Anterior a estos escritos, ya existían guías de viajes como *La guía fiel de los extranjeros de viaje por Francia*, de 1672, escrita por De Saint Morice, en torno al *Grand Tour*; *El viaje por Italia*, de Richard Lassell, de 1670, también en torno al *Grand Tour*; o *Memorias de un turista*, de Stendhal, de 1828 (Quesada, 2016). La diferencia entre estas guías y los tratados de finales del siglo XIX es que los segundos ya tenían visos de estudiar la actividad, más allá de describir lugares, monumentos, o pueblos, como comúnmente se hacía en las guías de viajes, o bien en la literatura de viajes.

Desde sus inicios, los estudios turísticos han tendido hacia dos vertientes: el ver al fenómeno como una actividad económica, o como una actividad de índole social y cultural. Teóricos como John Tribe (2010) le llaman a esta dicotomía el *business component* y el *non-business component*, en referencia a aspectos de administración y negocios, y a aspectos teóricos y epistemológicos, respectivamente. De hecho, dos de las tres revistas académicas de estudios turísticos más importantes e influyentes del mundo, *Tourism*

Management, y *Annals of Tourism Research*, tienden a inclinar sus publicaciones hacia uno u otro lado del espectro; la tercera de ellas, *Journal of Travel Research*, tiende a una combinación de ambas vertientes. Las tres publicaciones, sin embargo, reconocen lo multidisciplinar, interdisciplinar, transdisciplinar y multidimensional que constituye la formación del saber acerca del turismo, al tiempo que marcan tendencia, a nivel global, en cuanto al campo de los estudios turísticos. Además, como bien han apuntado Carina Ren, Annette Pritchard y Nigel Morgan (2010), dividir la comunidad de estudiosos del turismo en investigadores del ámbito de los negocios, por un lado, y de la teoría y la epistemología por otro, denota simplismo y reduccionismo.

Autores como Walter Hunziker y Kurt Krapf (1942), ya desde la década de los años cuarenta del siglo XX, reconocían que el turismo, más que estar compuesto de factores económicos, por un lado, y sociales, por otro, era más bien un asunto que involucraba elementos socioeconómicos. Esta idea, de un modo u otro, sentaba las bases para abordar y estudiar la actividad desde variadas perspectivas. De hecho, estos dos autores, a través de su definición de turismo, como el conjunto de relaciones y fenómenos producidos por el desplazamiento y permanencia de personas fuera de su lugar de domicilio por motivos que no sean lucrativos, aunque cuestionada posteriormente, llegaría a ser de las más difundidas. No es coincidencia que fuera adoptada y adaptada por organismos internacionales como la Organización Mundial de Turismo.⁸

Posteriormente, en las décadas de 1960 y 1970, disciplinas como la economía, la antropología, la sociología o la geografía comenzaron a sentar las bases del estudio del turismo como un fenómeno que requería investigación de carácter multidisciplinar. Para las décadas de 1980 y 1990, el enfoque empresarial y de negocios se sumó, e incluso llegó a dominar los estudios turísticos, principalmente desde el punto de vista institucional y de

⁸ La O.M.T. (2013) define el turismo como un fenómeno social, cultural y económico relacionado con el movimiento de las personas a lugares que se encuentran fuera de su lugar de residencia habitual, por motivos personales o de negocios/profesionales. Si bien es cierto, esta definición tiende a ser un tanto limitada, dada la complejidad del fenómeno, sigue siendo altamente difundida a través de organismos oficiales y en la enseñanza del turismo. Sin embargo, la misma organización reconoce que el turismo tiene efectos en la economía, en el entorno natural y en las zonas edificadas, en la población local de los lugares visitados, y en los visitantes propiamente dichos, lo que, de alguna manera, admite el componente multidimensional del turismo.

políticas públicas (Ren, Pritchard y Morgan, 2010). Estas disciplinas no solo aumentaron el acervo de conocimiento en torno a la actividad; también complejizaron los estudios turísticos al punto de dificultar aún más la definición del turismo, contrario a lo que sucedió en el ámbito de estudiosos como Hunzinker y Krapf, que trabajaron en una época en la que el aporte de otros campos de saber era mucho menor.

Ante la atención que el turismo empezó a recibir de disciplinas y ciencias como las mencionadas en el párrafo anterior, autores como Jafar Jafari y Brent Ritchie llegaron a proponer el estudio del mismo como una cuestión que ameritaba un enfoque multidisciplinar e interdisciplinar (Jafari y Ritchie, 1981). En su definición de turismo como el estudio del ser humano lejos de su hábitat usual, y de la industria,⁹ según ellos, que responde a sus necesidades, así como los impactos de ambos en ámbitos socioculturales, económicos y físicos de las comunidades receptoras, se incluían nuevos elementos, propios del foco de disciplinas que a principios y mediados de siglo no habían sido consideradas.

Entre las novedades de su definición está el centrar su atención en el estudio del ser humano, a pesar de haber ya, en la década previa a la aparición del artículo en donde proponen sus aportes, un amplio espectro de contribuciones pioneras como las de MacCannell, en cuanto al ser humano moderno y el turismo, citadas anteriormente. Enfocarse en el estudio del ser humano como eje del turismo y como objeto de estudio, causó que disciplinas como la antropología, la sociología, y, posteriormente los estudios culturales y postcoloniales, como se verá más adelante en este trabajo, se convirtieran en contribuyentes significativas de los estudios turísticos.

Otro de los principales colaboradores en la creación de conocimiento acerca del turismo, John Tribe, realizó observaciones a los aportes de Jafari y Ritchie, e introdujo una nueva discriminación a las implicaciones de la definición de turismo del párrafo anterior. Para Tribe, es necesario hacer una diferencia entre el turismo como campo de estudio, y

⁹ El referirse al turismo como una industria, a pesar de ser una frase muy difundida, ha sido cuestionada, especialmente desde una perspectiva fenomenológica, porque, básicamente, el turismo, al contrario de la industria, no transforma bienes, sino que provee servicios (Torrejón, 2015). Además, una frase que acompaña al turismo como industria es que es “la industria sin chimeneas”, algo que ha sido cuestionado también por el hecho de que el turismo de masas internacional, proyectado bajo la lógica del crecimiento ilimitado, tiene una huella ecológica sumamente insostenible, principalmente debido el impacto ambiental generado en las poblaciones y ecosistemas anfitriones (Cañada, 2016).

como disciplina, ya que, de no haberla, existe una confusión entre las escuelas, ya sea técnicas o universitarias, que estudian el turismo, y las disciplinas que lo abordan. Según Tribe, no es lo mismo la economía, o la sociología, que representan disciplinas, por un lado, y la hotelería, o la recreación, por otro, que no lo son. Para evitar esa confusión, propone dividir la cuestión en dos: por un lado, el campo y los objetos de estudio; y, por otro, los métodos para estudiar esos objetos (Tribe, 1997).

Con esta contribución, el autor reconoce al turismo como campo fragmentado de índole interdisciplinario, pero no como una disciplina en sí misma. Anterior a Tribe, Philip Pearce (1993) ya se preguntaba si el turismo era un área de estudio, más que la suma de sus partes, o simplemente un compuesto de estas contribuciones por separado. El autor terminaría describiendo el turismo como un campo de estudios, y no como una disciplina.¹⁰ Desde mediados de la década de 1980, Donald Getz (1986) determinó, a partir de cerca de 150 formas de estudiar el turismo, luego de una extensa revisión de producción intelectual, que se podía trazar tres dimensiones básicas para su abordaje: a partir de modelos teóricos, a partir de procesos de planeamiento y gerencia, y, finalmente, en cuanto a lo relacionado con el pronóstico y la previsión, todo esto, eso sí, en clara dependencia de ciencias y campos de saber bien definidos, aparte del turismo, pero sin considerar al mismo como ciencia.

En los últimos años, a nivel epistemológico, el turismo como objeto y campo de estudios ha avanzado enormemente. Disciplinas como la filosofía han contribuido enormemente a complejizar, epistemológicamente hablando, la cuestión turística. Autores

¹⁰ Ya desde las décadas de 1980 y 1990, e incluso antes –ver Fuster (1971)– ha venido existiendo el debate acerca de si el turismo puede ser considerado una ciencia. Los aportes de Jafari, Tribe o Pearce parecen contradecir esta idea. Uno de los argumentos a favor de que se considere al turismo una ciencia deviene de la vasta producción científica alrededor del tema. Sin embargo, como apunta Alexandre Panosso (2011), la cantidad de publicaciones no crea una ciencia. Más bien, los métodos de investigación del turismo provienen de otras ciencias, como las sociales; y, por otro lado, el objeto de estudio, como indica Tribe, es el ser humano y los entornos turísticos. A pesar de que se reconocen los aportes de autores como Zivadin Jovicic (1988), quien propuso el neologismo *turismología*, como la disciplina que estudia al turismo, ya que aducía que ninguna de las ciencias existentes podía estudiarlo en toda su dimensión, en este trabajo nos inclinaremos a no considerar al turismo como una ciencia, por los argumentos que aportan Jarafi, Tribe o Pearce. Sí se reconoce, sin embargo, desde una perspectiva epistemológica, al turismo como un campo de estudios, que, como señalan Hongen Xiao y Stephen Smith (2006), ha ido alcanzando madurez gracias al aporte intelectual, que tiene una cercana relación y mucha influencia de lo que ellos llaman “disciplinas madres”, como la geografía, la psicología, y la antropología, entre otras.

como Sergio Molina (2002), Tomas Pernecky y Tazim Jamal (2010), y anterior a ellos, Erik Cohen (1979), a partir de postulados de filósofos como Edmund Husserl, Martin Heidegger o Maurice Merleau-Ponty, en el campo de la fenomenología, han tratado de describir, entender y sistematizar la experiencia vivida por turistas, anfitriones, y proveedores de servicios a partir de lo que ellos llaman el fenómeno turístico. La fenomenología aplicada al estudio del turismo versaría, entonces, en el estudio de las razones esenciales y del significado trascendente del turismo para los seres humanos en función de su propio mundo interior, y no solamente desde la perspectiva de la sociedad de consumo. En este punto, se hace eco del aporte de autores como Jafari, que volcaron el estudio del turismo en función de los sujetos, tanto visitantes como anfitriones, involucrados en actividades turísticas.

Otro aporte filosófico significativo para los estudios turísticos es el uso del concepto de rizoma, a partir de la contribución de Gilles Deleuze y Félix Guattari, que lo conceptualizan como un modelo descriptivo o epistemológico en el que no existen líneas de subordinación jerárquica entre los elementos que componen un sistema, a pesar de que existe una base o raíz que da origen al mismo, y en el que cualquier elemento puede afectar o influir a otro (Deleuze y Guattari, 2002). Es fundamental en cuanto al uso del concepto de rizoma en los estudios turísticos, por ejemplo, en el ámbito latinoamericano, el aporte de Margarita Barreto (2010), que sostiene que el turismo es una actividad de seres humanos en sociedad, y que no se puede pensar en el mismo a partir de la idea de un sujeto aislado. El turismo, entonces, al igual que una estructura rizomática, es imprevisible. Nunca se sabe hacia dónde se va a expandir o cuándo va a resurgir un emprendimiento turístico. Si se cercena una parte, esta puede retornar transformada en una estructura aparte. Para Barreto, por más que exista una buena planificación turística, existe la posibilidad de no prever los modos en que una sociedad o un entorno van a reaccionar ante el turismo.

La teoría general de sistemas de Ludwing von Bertalanffy (1968), y su idea de que un sistema es un todo integrado, cuyas propiedades no pueden ser reducidas a las propiedades de las partes, también ha encontrado eco, desde la perspectiva filosófica, en los estudios turísticos. Guilherme Lohman y Alexandre Panosso (2012) están entre quienes han tratado de sistematizar y aplicar esta teoría al estudio del turismo. La principal ventaja de abarcar la investigación turística con la teoría de sistemas, según Lohman y Panosso, es

que permite ver al turismo como un todo, y, al mismo tiempo, segmentar sus partes y estudiarlas separadamente, a la vez que facilita su abordaje de modo interdisciplinar.

Anterior a ellos, Raymundo Cuervo (1967) fue de los primeros en utilizar esta teoría en el estudio del turismo. Cuervo definió el turismo como un conjunto de relaciones, servicios e instalaciones que se generan en virtud de ciertos desplazamientos humanos, por lo que el mismo involucraría medios de comunicación, hospedajes, agencias de viajes, guías, restaurantes, entre muchos otros factores que actúan como un sistema, como un todo que, al mismo tiempo, puede ser estudiado de manera separada.

Un enfoque aplicado más recientemente al estudio del turismo, y que de algún modo tiene relación con la teoría de los sistemas, es la teoría del actor-red, también conocida como ANT, por sus siglas en inglés (*actor-network theory*), y que describe cómo en el proceso de creación, negociación y estabilización de redes, un gran número de entidades se involucran a través de actores que no necesariamente están formalmente entrelazados, y que no son necesariamente estables, pero sí heterogéneos (Latour, 1999). Bajo esta perspectiva, autores como Carina Ren, entre otros, argumentan que el investigador en turismo produce y a la vez es producido, en conexión con el turismo como pesquisa y como campo de estudio (Ren, Pritchard y Morgan, 2010).

Es decir, no debería existir una disciplina, de carácter hegemónico, desde la cual se produzca conocimiento alrededor del turismo, ni se debería enfocar su estudio alrededor del *qué* se produce. Más bien se debería optar por el *cómo* se produce conocimiento, y sus implicaciones. Bajo la perspectiva de la teoría del actor-red, la investigación turística se convierte, entonces, en una malla coherente y fraccionada, creada por múltiples actores que a la vez se producen a sí mismos a través de su trabajo. Es, además, dependiente de la movilidad de sus participantes y de su habilidad para variar y desplazarse en diferentes roles, no necesariamente consistentes unos con otros (Law, 1999).

Aparte de estos aportes, del ámbito teórico y filosófico, desde la sociología y la antropología son notables las contribuciones de Grahm Dann y Luigi Liebman Parrinello (2009), en la producción en lengua inglesa, en cuanto sus análisis de por qué viajan los turistas, cómo estos y las comunidades receptoras entienden el concepto de turismo y viaje,

y el papel de la sociología y la antropología en el análisis de la masificación y la globalización del turismo. Son bastante difundidos también los aportes de Hasso Spode (2009) y su análisis cronológico de la investigación turística en lengua alemana, a partir de una perspectiva sociológica e histórica, que ha contribuido a trazar los orígenes del estudio formal del turismo, en el siglo XIX, o Marie Françoise Lanfant (2009), en cuanto al aporte de la sociología en la producción en francés, entre otros.

Otra tendencia innovadora aplicada al estudio del turismo desde la sociología, principalmente a partir del inicio del siglo XXI, es el paradigma del estudio de movilidades de personas, objetos, imágenes, información, y su incidencia en la transformación de las sociedades tradicionales, que pasan de ser vistas como relativamente estables, a sociedades móviles, en parte a través de viajes, tanto físicos como virtuales, y flujos de información (Urry, 2000). En el caso del turismo, este es visto como parte de un enorme complejo de movilidades globales que incluye migraciones, transnacionalismo, diásporas, y otras formas de viajar. A través de su devenir, se conforman redes ilimitadas de flujos interconectados a través de nodos como aeropuertos, complejos de ocio, y ciudades cosmopolitas. Es decir, el concepto tradicional de turismo basado en la oposición binaria entre el hogar y lo lejano o lo ajeno es desestabilizado por estas conexiones, además de las tecnologías de información que le permiten a un turista sentirse lejos del hogar y a la vez como en casa (Cohen y Cohen, 2012). Dentro de este enfoque también se podría incluir el estudio del nomadismo, un fenómeno reciente, pero en continuo crecimiento, en el cual un determinado número de personas, especialmente en sociedades occidentales, no tienen un lugar determinado al que llaman hogar, sino que se mudan constantemente a distintos sitios.

Autores como Tim Ederson (2001), Edward Bruner (2005) o Elizabeth Bell (2008), entre otros, han incluso llegado a catalogar el turismo como un acto performativo, no solamente en cuanto a la manera de comportarse los turistas en atracciones turísticas o en hoteles; también en cuanto a que, según sus proponentes, metafóricamente hablando, todo sujeto siempre está en un escenario, actuando frente a un público a través de interacciones sociales. Este enfoque aplicado al estudio del turismo niega, entonces, la independencia de entidades sociales, y más bien las ve como productos dinámicos de los actos performativos de lo público (Cohen y Cohen, 2012). En el caso del turismo, los modos de interacción de

turistas en las atracciones que visitan y en los lugares donde se hospedan se convierten, entonces, en nodos de actos de performatividad reiterada, en acumulaciones de actos performativos.

En estudios bibliométricos como los realizados por Pierre Beckendorff y Anita Zehrer (2013) se establece que, en los últimos años, se puede identificar tres grupos principales de los cuales deriva la mayor cantidad de investigaciones y publicaciones en turismo, al menos en lengua inglesa. Estos abarcan, en primera instancia, trabajos con un fuerte apoyo en la sociología, la antropología y la psicología; otro grupo de trabajos cimentados en la geografía y la planificación; y, finalmente, trabajos enfocados en el comportamiento del consumidor. Se identifica claramente, entonces, la naturaleza interdisciplinaria de la investigación turística, a la vez que se nota que esta gira alrededor de tres ejes temáticos: el turismo como un fenómeno social, la planificación turística, y la percepción del consumidor y del turista de los destinos turísticos. Al mismo tiempo, los autores estiman que las humanidades, la filosofía, la literatura, la historia, la religión, y la lingüística, con menos visibilidad en la bibliometría de producción intelectual en turismo, tienen gran potencial para contribuir en la creación de conocimiento acerca del mismo.

En este sumario de los enfoques teóricos más relevantes en los estudios turísticos a nivel global, cabe destacar, entonces, que tanto la teoría de sistemas complejos, la fenomenología, la teoría del actor-red, las movilidades, e incluso la performatividad, han venido a confirmar la idea de la imposibilidad de reducir el turismo a una disciplina, a una *turismología*, como diría Jovicic; o a una ciencia que, de manera hegemónica, dicte tanto el objeto a estudiar como la metodología de estudio. Estas visiones multidimensionales, y a menudo complementarias, permiten abarcar el estudio del desarrollo turístico en Guanacaste, no solamente como la conjugación de un cúmulo de factores históricos, sociológicos, económicos y ambientales; también permite el uso de aportes desde la teoría crítica acerca del discurso y el poder, los estudios postcoloniales y decoloniales, los estudios culturales, y la iconografía que, sin dejar de lado la rigurosidad teórica y metodológica, evitan el sometimiento del turismo a una visión reduccionista. En su lugar, este se dimensiona como un sistema complejo, y como una red de factores, algunos obvios,

y otros no tanto, que influyen en el devenir de los sujetos que hacen turismo, de los anfitriones, y de las comunidades receptoras y el ambiente en el que se desenvuelven.

Derivaciones problemáticas de la cuestión turística en un entorno como Guanacaste: los componentes del sol y la playa

En definitiva, el turismo de sol y playa, tal y como se da en el litoral de Guanacaste, especialmente en polos turísticos como Papagayo, Tamarindo, Flamingo, el Coco, y en años recientes, Sámara y Nosara, implica una serie de factores que no solamente requieren un enfoque sistémico del mismo; también remite a la asociación entre este, la Modernidad y la globalización, como se apuntó al inicio de este capítulo. Aunque parezca un fenómeno reciente, asociado al desarrollo y a la consolidación del turismo de masas, el uso de espacios litorales con propósitos recreativos se remonta, en Europa, a inicios del siglo XVIII.

En esa centuria se popularizó, en el occidente de ese continente, el higienismo, una corriente terapéutica promovida por numerosos médicos, en parte, como una consecuencia lógica de los avances producidos por la Revolución Científica y por los postulados racionalistas impuestos durante la Ilustración (Larrinaga, 2015). Las condiciones insalubres y el hacinamiento de los principales centros urbanos en Europa occidental, en parte debido al surgimiento de la industria manufacturera, a raíz de la Revolución Industrial, hicieron que el higienismo cobrara vigencia como modo de estudiar, desde la ciencia médica, las causas de enfermedades relacionadas a la falta de higiene adecuada, y su correspondiente tratamiento.

Dentro de esta corriente, el uso terapéutico del agua cobró vigencia. Por primera vez el agua de mar fue considerada con fines de incremento de la salud. Si bien es cierto, el uso de aguas termales y baños públicos desde la antigüedad ha sido asociado al bienestar corporal, el mismo no se había extendido al mar. Durante la Edad Media, en Europa, los océanos eran vistos como lugares ligados al misterio, a la incertidumbre, y generaban temor (Walton, 1983). Sin embargo, a finales del siglo XVII e inicios del XVIII, tal percepción

comenzó a cambiar, en parte, debido a corrientes como la teología natural, en Francia, o la teología física, en Inglaterra, que consideraban la belleza de la naturaleza como muestra del poder y la bondad de Dios (Larrinaga, 2015). A partir de estas corrientes médicas y filosóficas, el contacto con el mar empezó a transformarse en sinónimo de placer, terapia y espectáculo, en vez de temor. A principios del siglo XVIII ya se recomendaba, entre otras cosas, bañarse en el mar una vez al día, beber al menos un vaso diario de agua de mar, o ducharse con agua fría de mar previamente calentada (Corbin, 1999).

Luego de que enfermedades como la fiebre amarilla o el cólera siguieran asolando Europa a lo largo del siglo XIX, y que científicos como Louis Pasteur demostraran la ineficacia del uso terapéutico del agua de mar (Zapater, 1998), fue necesario idear otro tipo de actividades alrededor de la playa y el océano con el fin de mantener el flujo de visitantes a los litorales, ya consolidado en países como Inglaterra y Francia desde el siglo anterior. Una de las opciones más viables fue la de los casinos, y para 1858 el casino Bellevue, en Biarritz, Francia, abrió sus puertas. Otras actividades que luego se fueron incorporando incluían las corridas de toros, en el caso de España, las carreras de caballos, espectáculos culturales, regatas, e incluso, más tarde, las carreras de automóviles (Larrinaga, 2015).

En el siglo XX se descubriría la importancia del sol, que permitía la natación o el bronceado de cuerpos, que empezó a ser visto como un atractivo estético. Esto contribuyó a que el turismo litoral se fuera haciendo cada vez más meridional (Boyer, 2002), y surgiera el denominado turismo de sol y playa, que, aparte de incorporar el sol como elemento primordial, mantenía elementos como los casinos, los restaurantes, los bares, y las actividades lúdicas incorporadas desde el siglo XIX¹¹. De este modo, los balnearios del Mediterráneo como Cannes, Niza o Montecarlo se convirtieron en referentes y sirvieron de modelos para otros que se establecerían en distintos puntos de esa cuenca. A partir de la segunda mitad del siglo XX, ese modelo se reproduciría a nivel global y alcanzaría los

¹¹ El turismo de sol y playa generalmente conlleva la infraestructura hotelera y de segundas residencias necesaria, además de servicios como restaurantes y tiendas. También incluye actividades recreativas asociadas a esa infraestructura, como el juego; actividades lúdicas en el agua o en la playa; y nocturnas en discotecas o bares. Se caracteriza también por concentrar gran cantidad de turistas en espacios planeados para ello, como la playa y sus alrededores, y en seguir patrones arquitectónicos y de consumo hasta cierto punto similares en casi todos los espacios que ocupa y construye.

mares tropicales y subtropicales de Asia, África y América Latina, entre ellos Guanacaste, este último, en plena era de la globalización.

La expansión de este tipo de turismo a nivel global hizo que el lente de investigadores de diversos ámbitos se volcara a su estudio y análisis. Desde los años setenta y ochenta del siglo pasado, enfoques marxistas han venido a ocupar los principales espacios académicos en el abordaje crítico del turismo de sol y playa, sus efectos económicos en los países receptores, en las poblaciones que albergan los polos turísticos, en sus habitantes, y en su medio ambiente. Uno de los más utilizados ha sido el de la teoría de la dependencia como crítica a las teorías del desarrollo, que estipulan que este se alcanza con la maximización de la productividad, la generación de ahorro, la creación de inversiones, y la acumulación permanente -valores de la racionalidad económica moderna (Dos Santos, 2002).

La principal crítica a estos postulados radica en que la expansión de los grandes capitales mundiales a países en vías de desarrollo no produjo la evolución esperada, más bien perpetuó la dependencia entre estas naciones y las metrópolis desarrolladas. Examinadores de la teoría del desarrollo, como Magnus Blömsström y Bjørn Hettne (1990) sostienen que la burguesía en lugares como América Latina siempre ha estado interesada en su propio bienestar, en proyectar su estatus a través de la racionalidad económica moderna, y nunca se ha interesado en el desarrollo de todos los grupos sociales de la región. Ambos sostienen que el subdesarrollo está conectado de manera estrecha a la expansión de los países industrializados. Según los principales teóricos de la dependencia, el desarrollo y el subdesarrollo son aspectos diferentes de un mismo proceso universal, ese que Immanuel Wallerstein (1979) llamó sistema mundial, o sistema mundo. Este orden, según Wallerstein, generó una economía mundial que se empezó a gestar desde finales de la Edad Media, y distingue claramente los centros de las periferias, además de que enfatiza el rol hegemónico de los poderes centrales, principalmente sus economías, en la organización del sistema capitalista.

En cuanto a la aplicación de estas teorías al estudio del turismo costero, en el mundo angloparlante ya desde la década de los setenta y ochenta del siglo pasado, trabajos como

los de Stephen Britton (1982) hablaban de turismo periférico y teoría de la dependencia. Britton se basó directamente en teóricos como Samir Amin (1974) y Andre Gunder Frank (1978), y sostuvo que el colonialismo y el capitalismo han impuesto modos de producción, de organización y de comercio que benefician a los poderes metropolitanos, y que ese patrón claramente se refleja en periferias turísticas como las playas de África, Asia y América Latina, donde el capital se ha desplazado, sin necesariamente mejorar las condiciones de vida de los habitantes de esos lugares. Otros autores que abordaron la cuestión turística desde esta perspectiva teórica fueron Ben R. Finney y Karen Ann Watson (1977), Colin Michael Hall (1994) y David Bruce Weaver (1998), quienes, entre otros aportes, compararon los modelos agroexportadores de regiones periféricas, varios de ellos consolidados desde épocas coloniales, con los enclaves turísticos en playas de esas mismas regiones, enfocados en mercados externos, y que perpetúan la dependencia de los países que los albergan.

Otros, como Dennison Nash (1989), han llegado a considerar el turismo de sol y playa meridional como una forma de imperialismo, especialmente desde el punto de vista económico. Según Nash, los niveles de productividad de los países desarrollados permiten el ocio y el viaje de sus habitantes, por lo que desde las metrópolis se controla el turismo y su impacto en otras culturas, así como los tipos de desarrollo turístico en regiones periféricas. En trabajos tan recientes como el de Gaunette Sinclair-Maragh y Dogan Gursoy (2015), aún se hace referencia a aportes como los de Johan Galtung (1971), quien dividió el imperialismo en tres tipos: el político, el económico y el cultural. A partir de los supuestos de Galtung, los autores proponen un modelo en el cual dejan ver que estas tres dimensiones del imperialismo tienen un impacto directo y significativo en la percepción de los residentes, tanto de los aspectos positivos, como de los negativos del turismo, específicamente en el contexto de islas caribeñas, altamente dependientes de la actividad turística.

En América Latina, en cuanto al estudio del fenómeno turístico, son importantes trabajos pioneros como el de Sergio Molina y Sergio Rodríguez (1991), que señalaron la relación entre el turismo en ciertos países de la región y la dependencia económica entre las periferias globales y sus metrópolis, en un claro uso de conceptos a partir de las teorías de

la dependencia, la hegemonía y la interdependencia de los años sesenta y setenta del siglo pasado, tal y como lo habían hecho sus contrapartes angloparlantes en las dos décadas previas.¹² Posteriormente, ya a inicios del nuevo milenio, comienzan a aparecer otros estudios críticos del fenómeno del turismo de sol y playa en contextos como el costarricense y de otros países de América Latina. El trabajo de Allen Cordero, citado anteriormente, es un buen ejemplo de este tipo de argumentación, con fuertes ecos de la teoría de la dependencia.

Sin embargo, el uso de la teoría de la dependencia para el análisis del turismo de sol y playa no ha escapado de cuestionamientos por parte de críticos que consideran que esta ha sido usada de forma simplista, principalmente porque en muchos trabajos cimentados en dicho enfoque se ha tendido a ver de manera monolítica las relaciones entre centros y periferias. Este supuesto simplismo promueve la noción de que en los países periféricos solo una forma de turismo es la dominante, la de gran escala, promovida por la inversión extranjera directa (Chaperon y Bramwell, 2013). Esto puede llegar a omitir u olvidar que existen otras formas de turismo a pequeña escala, o bien el turismo interno.

Además, como apuntan Godfrey Baldacchino (2005) y Liam Campling (2006), el uso simplista de la teoría de la dependencia también puede convertir la investigación turística en determinista, y se puede llegar a ver las relaciones entre centros y periferias simplemente como marcadas por la explotación y el subdesarrollo. A menudo, el uso de estas teorías también puede llegar a omitir aspectos positivos del turismo, o a no ver las diferencias o matices que existen dentro de los mismos países periféricos. En el caso de Guanacaste, por ejemplo, cabría notar el hecho de que dentro de Costa Rica, la misma provincia es una periferia, y su condición periférica no solamente tiene que ver con aspectos económicos, y tampoco está supeditada esta condición exclusivamente a los

¹² Es clave, en esta etapa del desarrollo de la pesquisa y la planificación turística en América Latina, el papel de CICATUR (Centro Interamericano de Planificación Turística), de la Organización de Estados Americanos, con el cual el mismo Molina colaboró. Desde este organismo se dictaron muchas de las políticas de planificación turística de finales del siglo XX, que incluían la atracción de inversión extranjera directa, y de la que Costa Rica formó parte, en especial durante la década de los noventa. Entre las principales propuestas del Centro estuvieron el proveer información y evaluación estandarizada de posibles atractivos turísticos en el continente para posteriormente promover la inversión, y el diseño de políticas de atracción e incentivos turísticos.

devenires del capital financiero internacional. Otros factores, como los históricos, acotados anteriormente, pueden marcar una diferencia sustancial.

Otra característica del análisis del fenómeno turístico alrededor del sol y la playa, especialmente en América Latina, luego de iniciado el nuevo milenio, es la creciente tendencia hacia la denuncia, a la descripción, y la utilización del formato del informe a la hora de analizar las características que ha adquirido la expansión y consolidación de este modelo en diferentes países de la región. En trabajos, ya sea individuales o colectivos, como los de Francisco Muñoz (2007), Antonio Aledo (2008), Ernest Cañada y Maciá Blásquez (2011), y Ernest Cañada (2010), entre otros, abundan los estudios de casos de diferentes autores de Centroamérica, México y el Caribe, en donde se resalta la exclusión de comunidades locales a partir del desarrollo inmobiliario generado por el turismo costero, ya sea a partir de la construcción de segundas residencias u hoteles; los problemas alrededor de las condiciones laborales de los trabajadores en el sector; y el deterioro ambiental, entre otros.

En muchos de estos trabajos, aparte de recuentos de las consecuencias ambientales o sociales del turismo costero, se utiliza a menudo términos como “burbujas de ocio”, “colonización”, “recolonización”, y “neocolonialismo”, entre otros similares, para describir el fenómeno turístico de sol y playa y sus matices en la región. Estos términos podrían sugerir una relación con enfoques teóricos como los estudios postcoloniales o los estudios decoloniales, que, como sugiere este trabajo, podrían tener cabida en el análisis del turismo tal y como este se da en los litorales centroamericanos y caribeños. Sin embargo, a la hora de presentar los análisis y las explicaciones de los fenómenos que describen y denuncian estos trabajos, la teoría, ya sea postcolonial o decolonial, que debería sustentar esos términos, no aparece, y más bien se tiende a reutilizar, con algunas modificaciones, elementos de la teoría de la dependencia para describir el fenómeno. Se interpretan los deterioros ambientales, la gentrificación, o los problemas sociales a partir del desarrollo turístico costero como nuevas formas de colonialismo, y como perpetuación de la dependencia, pero sin recurrir a explicaciones a nivel discursivo o teórico que realmente sustenten y expliquen lo que se está sugiriendo.

La tendencia a recurrir a esta metodología de trabajo ha generado, a nivel regional, una dislocación entre la denuncia y las especulaciones teóricas que expliquen el funcionamiento, desde una matriz discursiva, de lo que ocasiona esa situación que se denuncia. Se narran los hechos a nivel económico, es decir, a nivel de transacciones, inversiones, compras, y desposesiones. También a nivel de medición del uso de recursos hídricos, suelos, o deforestación de bosques, pero sin ahondar en propuestas teóricas que puedan abarcar de modos más amplios y más explicativos lo que se denuncia.

El llamar “neocolonialismo” a estos fenómenos sin el aporte teórico que lo sustente puede llevar a contra argumentar que, políticamente hablando, en realidad no existe el colonialismo o el “neocolonialismo” en el turismo costero latinoamericano, ya que los países en cuestión dejaron de ser colonias hace ya muchos años. Por lo tanto, políticamente hablando, estos Estados son capaces de tomar sus propias decisiones, por ejemplo, impulsar la inversión extranjera directa en sus litorales.

Algunos de los trabajos más conspicuos en esta línea incluyen los señalados anteriormente, de parte de Cañada, Blázquez o Aledo, a nivel regional, o, en el caso costarricense, trabajos como los de Ronald Arias y Jorge Coronado (2010), que hacen referencia al desarrollo turístico en la Península de Osa y a la conflictividad socio ambiental generada. También está el aporte de Aurora Hernández y Juan Carlos Picón (2013), enfocado en Guanacaste, y que señala la conflictividad socio ambiental del turismo costero en esa provincia, especialmente en el tema del agua, disputa de territorios, especulación inmobiliaria y gentrificación. Trabajos más recientes, como el de Diego Lobo Montoya (2016) tienden a seguir esa línea. Lobo asocia el desarrollo turístico en el Pacífico Central con el menoscabo ecológico y otras formas de lo que él llama “degradación sistémica”, que muestran el “carácter patológico” del desarrollo inmobiliario alrededor del sol y la playa en Costa Rica.

Existe una cierta similitud entre el formato de la mayoría de estos trabajos y el informe, es decir, el relato y la sistematización de hechos y datos alrededor de un fenómeno particular, en este caso, el turismo. El Programa Estado de la Nación también ha estudiado el tema, y a lo largo de los años ha incluido informes concernientes al turismo costero. Tal es el caso del *VI informe estado de la Nación*, que en el año 2000 ya señalaba conflictividad

entre el desarrollo turístico en Guanacaste y el uso indiscriminado del recurso hídrico (Programa Estado de la Nación, 2000). Este tipo de informes han aparecido recurrentemente en dicho programa. Entre ellos podemos contar el señalamiento de la deforestación y la erosión debido a los grandes movimientos de tierras para construir grandes hoteles y sus caminos de acceso, en el VII informe del 2002 (Programa Estado de la Nación, 2002); o bien, la construcción de pozos clandestinos y la extracción de agua sin control en Tamarindo, con fines de desarrollo turístico, en el XII informe (Astorga, 2007).

Propuestas más teóricas para el análisis del fenómeno turístico parecen ser excepcionales en Costa Rica. Almíkar Mora Sánchez (2016) intenta proponer el turismo como objeto de estudio, desde las ciencias sociales, de manera que sea posible una aproximación a sus problemas según se manifiesta en los contextos regionales, y, así poder alejarse de lo que él llama el “eclecticismo” y el “abuso” del recurso de los estudios de caso. Esta propuesta, aunque innovadora en el contexto académico costarricense, ya ha sido planteada, como se ha señalado en este mismo trabajo, por muchos otros autores a nivel global. Santiago Navarro Cerdas (2014), por su parte, propone la existencia de una relación entre el turismo en regiones periféricas, y la colonialidad. Sin embargo, aunque plantea un interesante esbozo teórico desde algunos postulados decoloniales, el autor termina describiendo las problemáticas sociales y ambientales generadas a partir del desarrollo turístico costero sin establecer realmente la conexión, a nivel discursivo, entre ambos.

Trabajos como los de Juan Carlos Picón y Esteban Barboza, (2017), o Esteban Barboza (2017) han tratado de señalar conexiones entre el discurso colonial, como elemento determinante en cuanto a generación de conocimiento y justificación ideológica, y el modo en que el desarrollo turístico ha sido promovido en Costa Rica. Otros trabajos del segundo autor se han centrado en temas más específicos, como la construcción de espacios en el turismo de sol y playa y su relación con la construcción de espacios en contextos coloniales a través de la producción de conocimiento en esos ámbitos (2016), la representación de paisajes turísticos como forma de disciplina y ejercicio de poder (2017b), o el retrato del personal de servicio en hoteles de playa todo incluido como un eco de la representación colonial del buen salvaje americano (2017c), todo esto, a partir del uso de elementos propios de los estudios postcoloniales, decoloniales, culturales, e iconográficos.

En otros países de la región, como Brasil, Léilan Silveira (2017), desde una óptica socio antropológica, aborda el problema de la mercantilización del otro en el turismo periférico, como un objeto de consumo, con un claro uso de herramientas teóricas elaboradas por pensadores como Edward Said, Gayatri Spivak, Homi K. Bhabha o Stuart Hall. Sin embargo, en el contexto regional, y principalmente en el contexto costarricense, este tipo de aproximaciones al estudio del turismo son bastante escasas. La necesidad de teorización es bastante evidente, y también lo es la aplicación de aproximaciones a partir de disciplinas como la crítica literaria, la lingüística, la sociología, la antropología, la filosofía o los Estudios Culturales, entre otras.

Otras aproximaciones pertinentes para el abordaje de la cuestión turística en un entorno como Guanacaste

Como se apuntó anteriormente, cuando se citó el estudio bibliométrico de las investigaciones del turismo, de Pierre Beckendorff y Anita Zehrer (2013), disciplinas como la filosofía, la crítica literaria, o la lingüística tienen gran potencial para crear conocimiento acerca de la percepción y los efectos de la actividad turística y de los distintos modelos de desarrollo turístico. En el caso del turismo costero en regiones periféricas, estas disciplinas, junto a la geografía, la antropología, o la sociología, entre otras, tienen una considerable cuota de participación y aún han de aportar mucho más. En cuanto a los discursos que apuntalan la promoción turística y las políticas de desarrollo turístico, los elementos teóricos y metodológicos de estas áreas del saber pueden llevar el estudio del turismo de sol y playa, en lugares como Guanacaste, más allá de lo propuesto por esquemas como los señalados anteriormente, en especial, la teoría de la dependencia, que, si bien es cierto, es bastante valiosa para obtener una visión panorámica de la cuestión turística, a la vez parece no resolver o dar respuestas a matices que, al hacer muchos autores un uso macro y a veces determinista de la misma, resultan imperceptibles a su lente.

El estudio, por ejemplo, de los métodos y las consecuencias de las formas de representar y construir espacios turísticos y los sujetos que los habitan en textos, filmes, mapas, o publicidad, puede brindar respuestas que expliquen, desde una perspectiva discursiva, por ejemplo, la justificación ideológica de modelos de desarrollo turístico como

los de las zonas costeras de la región. Al mismo tiempo, darle importancia a la representación y a la narración puede generar revisiones de los modos en que estas se han dado hasta ahora, y eso podría traer cambios en políticas de planificación turística que promuevan otros tipos de desarrollo.

Costa Rica es un país que en los últimos treinta años ha cimentado una fuerte imagen a nivel internacional como paraíso tropical ecológico, abierto a la inversión extranjera directa y al turismo. En producciones audiovisuales, impresas, y digitales, eslóganes como “país sin ingredientes artificiales”, o “esencial Costa Rica” han servido, como se demostrará en detalle más adelante en este trabajo, como mediadores entre lo que se representa y se escenifica y el desarrollo turístico impulsado y llevado a cabo, y las costas de Guanacaste no escapan a ello, principalmente con el acelerado desarrollo turístico de sol y playa a partir de inicios del siglo XXI.

En contextos académicos internacionales, entre los trabajos que pueden ser considerados muy sugerentes en cuanto al estudio de las representaciones, están los de Noel Salazar (2009), quien plantea la reinención, reproducción y recreación de sujetos y lugares a través de sus apariciones, descripciones y narraciones dentro del marketing de destinos turísticos. Salazar parte de trabajos anteriores, como los del geógrafo y teórico social David Harvey (1985), para quien el turismo es una industria de producción de imágenes, o el de Ning Wang (2000), citado anteriormente, y que sostiene, como ya se dijo, que el turismo como actividad se conforma a partir de una serie de procesos socioeconómicos y socioculturales, a través de los cuales, muchas sociedades y espacios han sido convertidos en espectáculos, atracciones, y sitios de consumo.

Tal conversión no pasa solamente por proyectos de Ley, como el 6370, de 1979, en el caso de Guanacaste, o por la inversión extranjera directa, que vino después de la ley. También tiene que ver con las políticas públicas de promoción turística, con las iniciativas privadas con el mismo fin, y con la creación de imaginarios turísticos¹³. Como apuntan

¹³ Aunque el término “imaginario turístico” será abordado con mayor detalle más adelante en este trabajo, por el momento es importante delimitar su uso. El concepto que se trabajará estará en parte basado en el aporte de Noel Salazar (2014), a partir de supuestos de autores como John Taylor, Cornelius Castoriadis o Paul Ricoeur. Salazar define imaginarios turísticos como el ensamblaje de representaciones transmitidas

Mimi Sheller y John Urry (2004), los lugares turísticos también son moldeados por las movilidades, por el desempeño y la actuación de turistas y trabajadores, además de las imágenes, tendencias, y hasta las enfermedades relacionadas con esos lugares. Estas formaciones suceden en un escenario global, y cada destino turístico tiene un desempeño en relación con otros, lo que convierte a ciertos lugares en muy deseados y visitados, y a otros no tanto. Esto acaece a la vez que el tiempo y el espacio parecen encogerse, y las tecnologías de la información, de algún modo, acercan más a la gente, y las imágenes y los imaginarios se tornan cada vez más determinantes en nuestra percepción de la realidad, y el turismo no escapa de ello.

No por nada, históricamente hablando, el turismo es de las primeras actividades que el ser humano moderno practica, en el papel de consumidor, sin más información previa que la que recibe a través de distintos medios, unos escritos y otros en forma de imágenes, de los lugares que más tarde visitará. Es decir, un turista no puede estar en un lugar antes de decidir si va a comprar un tiquete aéreo o terrestre que lo lleve a ese lugar, al menos la primera vez. Y esa decisión y los efectos de esa escogencia pasarán primero por los imaginarios sociales y turísticos que tenga de ese lugar, y por los modos en que ese lugar se desempeña en su imaginación y en su visión de mundo.

Todo este proceso, evidentemente, es facilitado por la infraestructura que ha sido desarrollada en el destino turístico, y por las políticas del país receptor; sin embargo, no solo la infraestructura o el enfoque político determinan la visita del turista, o las consecuencias que la práctica turística tenga en los pobladores locales, su cultura, o los ecosistemas circundantes. A modo de breve ejemplo, si un complejo hotelero tala bosques, manglares y dinamita arrecifes para que los turistas cuenten con más playa y arena para practicar natación, buceo y otras actividades lúdicas relacionadas con el turismo de sol y playa, y para que el paisaje resultante calce más con el del típico resort incrustado en un

socialmente, y que se utilizan para dotar de significado a las cosas y para moldear la forma en que percibimos el mundo, o, en el caso específico del turismo, los destinos a visitar, los países y regiones del orbe donde se ubican, además de las poblaciones que los habitan. Los turistas potenciales son invitados a imaginarse a sí mismos en ambientes en los que tanto el paisaje como las poblaciones locales son consumidas a través de la observación, las sensaciones corporales y la imaginación. Los imaginarios turísticos se hacen tangibles a través de instituciones, sitios arqueológicos, museos, monumentos, hoteles, producciones culturales y medios de comunicación.

paraje paradisíaco tropical ¿debemos decir que las causas de ese desastre ecológico fueron solamente la falta de control y la permisividad de las autoridades locales, que permitieron tal atropello? ¿O tal vez la ambición desmedida y el desprecio por el medio ambiente de la corporación hotelera? ¿Debemos también buscar respuestas en la necesidad que dicta el tipo de turismo en el que se enfoca el complejo hotelero, de satisfacer imaginarios previos de turistas, que esperan ver arena blanca y mar azul, y no playas rocosas y manglares plagados de mosquitos, que no solo impedirían ciertas actividades como las descritas anteriormente, sino que causarían una dislocación entre lo que imaginaron sería una playa tropical y lo que realmente encuentran? ¿No causaría esa dislocación un desempeño del destino turístico menor al de destinos rivales? Es decir, en este caso, lo que dictan los imaginarios turísticos de un destino como el descrito también son factores a tomar en cuenta como causal, en este caso, de un desastre ambiental.

Otra tendencia interesante en cuanto al estudio de las representaciones de espacios y sujetos a través del análisis del marketing turístico, ya sea visual o escrito, es el uso de herramientas generalmente propias de los estudios postcoloniales y los estudios culturales. El trabajo de Charlotte Echter y Pushkala Prasad (2003), es un claro ejemplo de ello. En un análisis cualitativo de publicidad turística de países de varios continentes, todos ellos meridionales, llegan a afirmar que el modo en que estos destinos son presentados a posibles consumidores recrea lo que ellas llaman fantasías coloniales. Según las autoras, la industria publicitaria proyecta fantasías de descubrimiento, viaje al pasado, y desenfreno, que contribuyen a construir imaginarios turísticos en los que los consumidores se ven a sí mismos como potenciales descubridores de parajes prístinos y virginales, como exploradores que descubren civilizaciones detenidas en el tiempo, y como viajeros con licencia para trasgredir y cometer excesos que no podrían cometer en un mundo civilizado y desarrollado, según parámetros modernos.

Este tipo de publicidad, afirman las autoras, termina construyendo una serie de imaginarios acerca de estos países y sus pobladores que perpetúan las relaciones coloniales entre centros y periferias, y esas relaciones son palpables y tangibles en los modos en que se da el desarrollo turístico en esos lugares, y sus consecuencias. En Guanacaste, como región meridional y periférica, este tipo de análisis podría generar claves, para entender el

turismo en la provincia, que vayan más allá del estudio de políticas públicas, o de la descripción de problemáticas socio ambientales como resultado de esas políticas.

Otros trabajos interesantes en esta línea son los de Faye Caronan (2005), y sus observaciones del uso, en guías de viajes, de otro concepto muy relacionado al colonialismo, el de la frontera inexplorada. Según afirma, bajo esta sombra se perpetúan jerarquías coloniales y se consumen pueblos y territorios a través del turismo. Según su tesis, este tipo de representaciones promueven el encuentro de turistas de las metrópolis globales con su otro “atrasado” y “colonial.” La autora llega a tal conclusión luego de estudios comparativos entre literatura de viajes de finales del siglo XIX e inicios del XX, escrita por viajeros estadounidenses, acerca de Filipinas y Puerto Rico, en plena época de colonialismo norteamericano en esas islas, y, por otro lado, las guías de viaje actuales, que, afirma, replican muchas de las estrategias discursivas de sus predecesoras.

Este esencialismo binario también ha sido estudiado por Noel Salazar (2009), Vanessa Wijngaarden (2010), Anne-Marie d’Hauteserre (2011), y Giuseppe Marzano y Noel Scott (2009), entre otros, que han analizado las oposiciones recurrentes en guías de viajes entre las sociedades industrializadas y las regiones turísticas meridionales en África, Asia y América Latina. Estas oposiciones son muestra del ejercicio de poder en la representación, el marketing, la narración, y la construcción de marcas de distintos destinos turísticos, sus atractivos, y sus habitantes, a menudo caracterizados como primigenios y buenos salvajes, y, por supuesto, en el devenir tangible de esos destinos, especialmente a través de la degradación ambiental, la mercantilización de la cultura, la gentrificación, y otras consecuencias ligadas a este tipo de representaciones y desarrollo turístico.

La filmología, la fotografía y la iconografía también tienen su cuota de aportes en el análisis del turismo costero en regiones periféricas a nivel global, y cuya contribución podría ser muy valiosa en un contexto como Guanacaste. El uso de estas disciplinas diversifica y enriquece aún más las posibilidades y dimensiones del estudio del turismo. John Urry y Jonas Larsen (2011), por ejemplo, se enfocan en los aspectos socioculturales de la mirada y las distintas formas de ver, además de los filtros ideológicos que esta tiene en un turista, así como las consecuencias de ese acto que ellos llaman performativo, y que

ordena, moldea y clasifica. La mirada y la fotografía, afirman, no son simples reflejos de algo que ya existe. Los autores advierten, claro está, que hay muchas formas de ver, y que no existe una única mirada del turista. Lo importante de su contribución es aplicar, en el campo del turismo, esa idea de que una imagen no solo denota, también connota y tiene una lectura ideológica, como ya lo advirtiera, mucho tiempo antes, Roland Barthes en su clásico texto *Lo obvio y lo obtuso* (1966).

Otros trabajos en esta línea son los Dominique Brégent-Heald (2007) y su análisis de las poblaciones nativas, según el cine comercial de Hollywood, en lo que ella llama el “discurso turístico”, que ha contribuido a esencializar a esas poblaciones para dotarlas de una supuesta autenticidad que genere dividendos en la actividad turística y en el cine comercial. John Taylor (2011) parece seguir la línea del análisis fílmico e iconográfico crítico para estudiar la fotografía turística y su afán de crear una “autenticidad” del destino turístico a través de lo que se retrata, aunque, a la vez, sostiene el autor, la misma revela una serie de mecanismos que lo que realmente hacen es reflejar una serie de procesos emotivos compartidos, tanto por turistas, como por anfitriones, que influyen enormemente en los imaginarios turísticos de los lugares y poblaciones retratadas, y, por supuesto, en los tipos de desarrollo turístico que se incentiva en esos parajes.

Otra línea de investigación más reciente dentro del análisis de imágenes, y que, sin duda alguna, tiene mucho potencial en el estudio de la representación del litoral guanacasteco, es la que centra la atención, no en la fotografía profesional, de guías de viajes o de publicidad turística, sino en la que es producida por los mismos turistas. Trabajos como el de Chaim Noy (2014) le ponen atención a las formas en que los turistas se fotografían a sí mismos y los destinos que visitan. Noy también parte de la idea de Roland Barthes de la fotografía como un objeto semiótico. Sus conclusiones indican que existe, en la fotografía turística amateur, una especie de panóptico que vigila y disciplina a los turistas de modo que estos se perciben a sí mismos como practicantes de ideales burgueses de libertad, movimiento y auto determinación. Su análisis semiótico de una muestra considerable de material fotográfico demuestra, sin embargo, que esta práctica no es más que vigilancia y disciplina auto impuesta, a través de regímenes visuales que sirven al consumismo. En este caso, los turistas se convierten en objetos y sujetos de

mercantilización, contrario a lo que suelen pensar estudiosos como Dean MacCannell (2001), que sostiene que el turismo es un producto de decisiones individuales que toman los turistas.

Lo interesante de este tipo de enfoque es que permite poner a dialogar las imágenes profesionales, estandarizadas y supuestamente más abarcadoras, con las que un turista cualquiera que, con una cámara, o con un teléfono celular, pueda capturar. ¿Existe realmente conexión entre ambas? ¿Unas influyen en otras? ¿Puede la mirada de un sujeto ser independiente de los imaginarios turísticos del lugar que visita? O, por el contrario, ¿está disciplinada por las imágenes que ha visto con antelación, y que muestran tendencia a ser producidas conscientemente a partir de convenciones estéticas con tal de dotar sus imágenes de lo que el mismo John Taylor (2010) ha llamado “autenticidad fotogénica”

Un ejemplo de este contrapunteo de imágenes serían las que son fabricadas desde miradores específicamente diseñados para que los turistas los utilicen para hacer coincidir sus fotografías con las “auténticas”, y que, de cierto modo, certifiquen su estadía en un lugar determinado. En el caso de Guanacaste, existe una serie de parajes intensamente fotografiados, tanto en ámbitos profesionales como amateurs, cuyo análisis podría arrojar resultados interesantísimos en cuanto a las formas de ver el litoral de la provincia y a las formas de imaginarse en él. Esto incluiría, por supuesto, el trabajo de empresas que se dedican exclusivamente a fotografiar turistas en complejos hoteleros y sus playas adyacentes en la zona costera guanacasteca. Se podría trazar, entonces, la relación que existe entre las formas de retratar y retratarse, con las condiciones en que el turismo de sol y playa se ha dado en la región, y las relaciones de poder que se generan a partir de esta asociación.

Finalmente, el análisis textual es otro modo de abordar el fenómeno turístico que puede ayudar a explicar muchas de las particularidades del turismo de sol y playa en el contexto guanacasteco. Aparte de aportes como el de Caronan, mencionado anteriormente, un par de ejemplos muy interesantes del uso del recurso del análisis literario lo constituyen los trabajos de Nara Araujo (2010) y Mark Carey (2011). Araujo, a través del análisis de la literatura de viajes acerca de Cuba, desde Cristóbal Colón hasta Zenobia Camprubí,

sostiene que lo que se ha escrito acerca de la isla ha contribuido enormemente, como ejercicio de poder, a construir una imagen de la misma que influye enormemente en el desarrollo del turismo, y que contribuye a verla como un territorio presto a ser poseído, y que está poblado por sujetos dispuestos a ser poseídos.

Por su parte, Carey, a través del análisis de literatura de viajes y la publicidad turística, escrita de finales del siglo XIX a inicios del XX, acerca del Caribe, argumenta cómo el turismo ayudó a incluso “cambiar” el clima caribeño, y lo hizo pasar de ser, del siglo XVIII al XX, insalubre y peligroso, a un paraíso tropical en donde se puede ir a descansar. Al igual que Araujo, el autor trata de dimensionar los efectos de la escritura de viajes en la modificación de un lugar o un espacio como destino turístico.

Trabajos en esta línea, como el ensayado por el autor de este documento, (Barboza, 2018), incluso hacen uso de obras literarias específicas, en este caso, *La tempestad*, de William Shakespeare, un texto históricamente utilizado como metáfora de las relaciones coloniales entre Europa y América, desde el “descubrimiento” del Nuevo Mundo hasta la actualidad, y su contrapunteo con la imagen turística del Caribe actual. Es decir, se explora la relación, ya no solamente de la literatura de viajes o las guías de viajes, que, en teoría, están basadas en hechos reales, por decirlo de alguna manera -aunque sabemos muy bien que la narración de todo evento o experiencia tiene su filtro ideológico-, también de un trabajo completamente ficticio, como una obra de teatro escrita en el siglo XVII, y su relación con la constitución y el desarrollo turístico caribeño contemporáneo.

El análisis que perciba la creación literaria como una herramienta que efectivamente tiene un efecto real en los modos de ver y construir el mundo y todas sus realidades tiene, entonces, muchas posibles derivaciones, especialmente durante la Modernidad. No se debe olvidar que géneros literarios como la novela o el cuento fueron sumamente determinantes a la hora de difundir ciertas ideas y visiones de mundo que, de alguna manera, ayudaron a justificar ideológicamente muchas de las empresas que le dieron forma las sociedades contemporáneas, al punto que, teóricos como Edward Said (1993) llegaron a concluir que, sin el imperialismo tal y como este se desarrolló en la era moderna, la novela como género literario no existiría.

Lo importante de la revisión de estos trabajos es señalar cómo en los últimos años se ha venido aplicando la teoría crítica, desde perspectivas multidisciplinarias, al análisis de representaciones visuales como el cine, la fotografía o la publicidad, o bien la literatura de viajes, la publicidad escrita, e incluso la narrativa, al estudio del fenómeno turístico en regiones periféricas. Esto sin duda alguna ha contribuido a pasar de lo descriptivo, que se señalaba al inicio de esta sección como un problema en la investigación acerca del impacto del turismo en Guanacaste y otros lugares de América Latina, al análisis y a la interpretación de fenómenos desde otras perspectivas, y que, por consiguiente, puedan llevar a otras respuestas y soluciones. El tomar en cuenta algunos de los aportes desde la teoría crítica apuntados en los párrafos anteriores, se podría enriquecer aún más la hasta ahora escasa producción acerca del turismo en esa provincia desde la teoría crítica.

Capítulo 2

Poder, otredad, turismo e imaginación: algunas consideraciones teóricas para el abordaje del entorno turístico de sol y playa en Guanacaste

En su esbozo acerca de la relación entre turismo y poder, Andrew Church y Tim Coles (2007) advierten acerca de la necesidad de ver la asociación entre ambos, especialmente en contextos de países no desarrollados, más allá de lo manifestado y evidente en factores económicos o en los modelos de desarrollo turístico a partir de la inversión extranjera directa. Al mismo tiempo, señalan que, a pesar del uso frecuente de conceptos como poder o relaciones de poder en los estudios turísticos, en la producción de conocimiento alrededor del turismo, en su administración y en las políticas públicas, el

término como tal sigue siendo poco trabajado desde el ámbito conceptual. Esta consideración es fundamental para el abordaje crítico de la relación entre poder y turismo que vaya más allá de aspectos fácilmente trazables a los ámbitos políticos o macroeconómicos.

El poder, lo mismo que el concepto de discurso, es un término de carácter polisémico, cuya discusión en la filosofía occidental moderna parte desde inicios de la Modernidad hasta el presente. Esa polisemia a menudo ha derivado en significantes del vocablo en ocasiones limitados a ciertas esferas y actores, en ocasiones contradictorios unos con otros, y, algunas veces, complementarios entre sí. Es decir, al hablar de poder es posible referirse, al mismo tiempo, a distintas conceptualizaciones que van más allá del uso cotidiano de la palabra. De ahí la advertencia de Church y Coles, y su llamado a trabajar más rigurosamente el término desde la perspectiva conceptual, además de su relación con el turismo y todos sus matices y claroscuros, expuestos muchos de ellos en el capítulo anterior.

En el caso de este trabajo será necesario, dados los modos en que se crean los imaginarios turísticos –no solamente a partir de políticas públicas, también por medio de representaciones y narraciones elaboradas en todas las capas de la sociedad–, tratar de entender el poder como algo sumamente multidimensional, que está presente en todas las esferas sociales, y no solamente como aquello que una o varias personas ostentan a partir de su posición en una colectividad o en una estructura gubernamental o estatal. En un sistema turístico no se ejerce poder únicamente desde los estratos más altos de la sociedad o del Estado.

En un contexto como Guanacaste es importante prestar atención al lugar de los discursos en su invención y devenir, ya sea a lo largo de su historia, o a través de lo que sucede actualmente en su representación como destino turístico y su relación con el poder, entendido, como se detallará enseguida, como la manera en que ciertas acciones pueden estructurar el campo de otras posibles acciones. Este apartado tendrá como principal objetivo, entonces, introducir algunas de las ideas más pertinentes, siempre en función de los objetivos de este trabajo, en torno al poder, sus modos de acción a través de discursos, y

las maneras en que se manifiesta en los imaginarios turísticos que dan forma, entremezclados con imaginarios sociales mayores, al litoral guanacasteco.

Algunas consideraciones en torno a la idea del poder

No es uno de los objetivos de este trabajo realizar un esbozo, ni histórico ni filosófico, de amplio espectro, del poder. Más bien se tratará de dimensionar su concepto, como se aclaró en el párrafo anterior, en relación a los alcances y objetivos de esta investigación, en especial, en cuanto al poder en el discurso colonial y su relación con la narración y construcción de paisajes, espacios y sujetos en el ámbito del desarrollo turístico de sol y playa y los imaginarios turísticos en Guanacaste.¹⁴ La cuestión del poder ha sido abordada ampliamente en los últimos cinco siglos, desde pensadores como Nicolás Maquiavelo o Thomas Hobbes, pasando por Karl Marx, Friedrich Nietzsche, Antonio Gramsci, Max Weber, o Hanna Arendt, hasta llegar filósofos más recientes, como Michel Foucault, entre muchos otros aportes notorios.

Entre las primeras problematizaciones, a partir de contribuciones como las de Maquiavelo o Hobbes, el poder es visto como un vehículo que ayuda a garantizar cierta estabilidad social, ya sea a través del consentimiento y la obediencia, o a través de la fuerza. Cuando se refiere a la estabilidad, en el caso de Maquiavelo, este autor centra sus

¹⁴En este sentido, se revisará algunas de las tesis más influyentes en cuanto al poder en la filosofía moderna, entre ellas las de Maquiavelo, Hobbes y Marx. Estas ilustrarán cómo el concepto fue evolucionando a través de la historia de las ideas hasta desembocar en el pensamiento de Gramsci y Foucault. Estos dos pensadores presentan visiones más abarcadoras a la hora de analizar la cuestión del poder y de los efectos del discurso colonial en el desarrollo turístico de Guanacaste que, por ejemplo, enfoques derivados principalmente de las ideas acerca del poder directamente de Marx. Gramsci y Foucault son referencias fundamentales en los estudios postcoloniales. Teóricos como Edward Said o Gayatri Spivak, no en pocas ocasiones recurren a sus ideas para fundamentar sus argumentaciones. Como se señaló en el capítulo anterior, cuando se mencionó el enfoque marxista de, por ejemplo, la teoría de la dependencia y su estudio del desarrollo turístico a partir de la acumulación por desposesión, la idea del poder en estos análisis tiende a enfatizar factores principalmente económicos, al tiempo que señalan a los intereses de las burguesías locales y su alianza con el gran capital global como las principales fuentes de donde emana el poder en el desarrollo turístico. Esta manera de visualizar el ejercicio de poder en un entorno como Guanacaste obvia otros factores muy importantes que también forman parte de las redes del poder, como los imaginarios, el paisaje, los modos de concebir y construir espacios, o el análisis discursivo del conflicto, que serán aspectos fundamentales en este trabajo, y cuyo análisis no puede quedar circunscrito solamente a la luz de los intereses de ciertos grupos de poder específicos. Como se expondrá más adelante, el poder está en todas partes, algunas de ellas bastante insospechadas, e incluso no abarcadas por las concepciones del mismo según el marxismo ortodoxo, por ejemplo.

reflexiones en torno al poder principalmente en contextos políticos o sociales, por ejemplo, en la soberanía de un Estado en relación a sus vecinos, o en el establecimiento de un orden social estable y legitimado alrededor de un supuesto bien común (Maquiavelo, 1999). Para Hobbes, por otra parte, el poder es la habilidad de asegurarse el bienestar personal, o bien, una ventaja sobre otros. Hobbes también definió el poder instrumental como el que tiene como propósito adquirir riqueza e influencia sobre los demás; al tiempo que advierte que el poder de un individuo es relativo al de otros, lo que conlleva, naturalmente, a disputas constantes entre sujetos, y también entre Estados (Hobbes, 1999).

Principalmente a partir de estos dos autores, y de estas formas particulares de entender el poder, como consenso y como vehículo para conseguir intereses particulares, una notoria cantidad de derivaciones surgirían durante los siguientes cinco siglos. Un gran salto en las elaboraciones filosóficas alrededor de este concepto, y que interesa para los propósitos de este trabajo, es sin duda el dado a través del pensamiento de Karl Marx, quien no solamente concibió el poder a partir del ejercicio que pueda hacer un estadista o una élite gobernante sobre un pueblo, o a partir del poder instrumental de Hobbes, sino que estipula que la estructura del Estado burgués, a partir de la consolidación del capitalismo en Europa occidental, está formada por toda una intrínseca red de factores que no solamente tienen que ver con el ámbito político y administrativo, también con el ámbito cultural, el público, e incluso con la vida privada de los sujetos bajo la jurisdicción de un Estado.

Para Marx, el poder, la cultura y las relaciones sociales constituyen vehículos para la reproducción de las formas de dominación burguesa, más allá de las posibilidades del aparato burocrático y represivo estatal (Álvarez, 2012). Según Marx, el gobierno en los Estados modernos funciona algo así como una junta administradora de los negocios comunes de la clase burguesa (Marx, 2000). Con este aporte se abre una nueva veta conceptual que va más allá del poder del Príncipe, en el caso de Maquiavelo, o del poder de un individuo sobre otro, y vemos cómo el mismo se manifiesta y teje en ámbitos anteriormente insospechados, como el de las relaciones sociales o las manifestaciones culturales de una comunidad específica.

A partir de estas innovaciones en cuanto al concepto de poder, el mismo Marx afirmaba que, con tal de romper las estructuras del Estado burgués, no solamente bastaba con alcanzar la administración del Estado mismo; también era necesario transformar la cultura a partir del control de los medios de producción cultural, de modo que estos legitimaran el nuevo orden, de la misma manera que el Estado burgués era legitimado por la producción cultural e intelectual de sus acólitos (Marx, 2008). Sin embargo, el poder, como demostrarían filósofos posteriores, es mucho más complejo, y sus órbitas son mucho más amplias y variadas que las que sugiere Marx, quien creía que con transformar la cultura y las relaciones sociales sería posible consumir una verdadera revolución que abarque todos los ámbitos de la sociedad, y así el poder sea asegurado como instrumento de consolidación y creación de consenso por parte de la nueva clase emergente.

Posterior a Marx, Antonio Gramsci y su concepción de hegemonía, además de su idea del intelectual orgánico es, sin duda, una interpretación del marxismo clásico que expande su idea del poder y de la transformación del Estado y la cultura como medidas para originar una nueva sociedad¹⁵. Gramsci traduce el lenguaje político de Lenin a las tradiciones populares occidentales y reinterpreta la tesis marxista del Estado como instrumento de la burguesía, principalmente, porque en contextos occidentales, el poder político no se concentra en la presencia poderosa de Estados autocráticos (Gigliani, 1994). Hace, entonces, una diferencia entre lo que llama la “sociedad civil”, es decir, Iglesia, partidos, sindicatos, sistema educativo, medios de comunicación, entre otros; y la “sociedad política”, que consiste en el Estado y el gobierno jurídico y su dominio directo o comando (Gramsci, 1981). Por medio de estos nuevos conceptos logra abarcar complejidades del capitalismo de su tiempo y desliga la sociedad civil del ámbito de la estructura económica a la que había sido relegada por el marxismo clásico de Marx o Lenin, para devolverlo al ámbito de las superestructuras complejas que abarcan elementos que el Estado deja por fuera (Gigliani, 1994). Con la introducción de estas distinciones podrá desarrollar,

¹⁵ A pesar de que Marx sugiere que es posible transformar la estructura social a partir del control de los medios de producción cultural, la interpretación, por parte del marxismo dogmático, de estas ideas, tanto en el plano filosófico como en el político, -como demostrarían las revoluciones socialistas y las crisis del capitalismo a lo largo del siglo XX- fue algo nunca llegó a suceder, pese a sus postulados y predicciones.

entonces, concepciones como la hegemonía como forma de consenso más allá de simple dominación de clase, además de la idea del intelectual orgánico.

La hegemonía como forma de consenso se construye desde la sociedad civil cuando, según Gramsci, todo grupo social emergente legitima sus políticas y acciones ante la clase trabajadora. Sin importar su función en el ámbito de la producción económica o cultural, ese determinado grupo crea uno o varios estratos de intelectuales que le otorgan homogeneidad y conciencia de sus funciones, no solamente en el campo económico, también en los ámbitos sociales y políticos (Gramsci, 1972). A modo de ejemplo, Gramsci habla del empresario capitalista que pone a su alrededor un grupo de expertos en el campo industrial, entre ellos, técnicos industriales o especialistas en economía política. Estos expertos son quienes colaboran en la articulación de los propósitos del empresario ante el conglomerado social. A estos especialistas es a quienes Gramsci llama intelectuales orgánicos, los cuales, señala, constituyen creaciones de cada clase emergente a lo largo de su desarrollo, y que, en gran medida, son especializaciones de aspectos parciales de la actividad primitiva que esa clase o grupo ha hecho prominente (Gramsci, 1972).

Otra función de los intelectuales, según Gramsci, aparte de la de legitimar ciertos grupos, es, al mismo tiempo, conquistar, ideológicamente hablando, a otros intelectuales que no necesariamente sean parte de su grupo, especialmente aquellos que trabajen en aras de los intereses de otros sectores, aunque estos sean de ideas, funciones y propósitos antagónicos. De este modo, los intelectuales tradicionales pasarán a formar parte de la maquinaria de producción de conocimiento y discursos del grupo emergente. Así contribuirán, como oficiales subalternos de un ejército, según palabras del propio Gramsci, a articular la relación entre las élites de un determinado grupo y las masas instrumentales (Gramsci, 1972). Bajo esta perspectiva, entonces, el poder no está articulado solamente a partir del aparato estatal, o en el mejor de los casos, a partir de un Estado que funciona como junta directiva de la clase burguesa, sino que está mucho más distribuido y es más difícil de trazar de lo que anteriormente se habría podido pensar.

Es decir, no es solamente el Estado, su aparato represor, o los intereses de la clase burguesa quienes ejercen el poder en una sociedad. El papel de la producción cultural es,

según Gramsci, aún mayor de lo que se pudiera pensar anteriormente, y las vetas del poder en cualquier sociedad van más allá del control de la producción cultural e intelectual en una determinada población. Aún sujetos sumamente especializados, sin importar su compromiso a nivel consciente con una determinada causa, pueden ser fundamentales en el ejercicio de poder, en el mantenimiento del status quo, o en la cimentación del sentido común de una colectividad determinada.

Este supuesto sentido común es, precisamente, lo que, según Gramsci, ayuda a reproducir la conciencia cotidiana de una sociedad, y hace que esta perciba su ordenamiento como si fuera independiente de acciones e intereses humanos, y más bien fuera parte de un designio divino, de una entidad metafísica, o de una concepción mitológica del mundo. Sin embargo, para Gramsci, la reproducción de esa conciencia más bien expresa relaciones de poder, tanto en ámbitos formales como informales, y sustenta la capacidad intelectual y moral de un grupo dominante para dirigir y conducir conductas, más que obligar (Álvarez, 2012). Esa es precisamente la base de su concepción de hegemonía, la idea de Gramsci del consenso y legitimación cultural, política, y económica a través del cual se habilita una clase en una determinada sociedad, y que no surge directamente de lo que él llama la sociedad política, sino que se articula desde la sociedad civil, a través del papel de los intelectuales orgánicos.

La importancia de los aportes de Marx y Gramsci, especialmente si los aplicamos al estudio del desarrollo turístico de sol y playa en Guanacaste, es que advierten en cuanto a no enfocarse en rastrear el ejercicio de poder únicamente en políticas públicas o en el control estatal o municipal, sino que enseñan a buscar respuestas en otros lugares. Esos lugares no solamente van a estar directamente relacionados con los intereses de las clases dominantes; también tendrán que ver con el trabajo de quienes producen, a través de discursos, y no necesariamente en relación consciente con los intereses del gran capital, a los habitantes, los paisajes y los espacios que conforman el imaginario turístico de Guanacaste y sus costas.

Es en este punto, entonces, cuando es importante, principalmente en conformidad con los métodos de análisis de este estudio en los siguientes capítulos, sacar a colación el

aporte a la cuestión del poder de Michel Foucault, el pensador francés que incluye en sus elaboraciones factores aún más insospechados que los que planteara Gramsci, y que, por la naturaleza de las representaciones y construcciones de espacios y sujetos en el turismo costero de Guanacaste, podrían ayudar a explicar aún más adecuadamente las relaciones de poder que en ellas se establecen¹⁶. Foucault, específicamente a nivel conceptual, rastrea la relación entre poder y saber, y afirma que su entrecruzamiento es determinante para comprender el surgimiento de las subjetividades modernas, normalizadas y disciplinadas bajo la autoridad del conocimiento.

Entre sus objetivos, a la hora de discutir el poder, está cuestionar tanto las conceptualizaciones marxistas tradicionales del mismo como las liberales. Como ya se apuntó en los párrafos anteriores, para Marx, el poder, a pesar de no ser abiertamente represivo y emanado en su totalidad a partir del Estado, sí está al servicio de las prioridades de la clase burguesa y del sistema capitalista. Por otra parte, para pensadores liberales, como Max Weber (2002), el poder tiende a ser concebido como la posibilidad de imponer la voluntad propia a otros, incluso por la fuerza o ante cualquier resistencia. Es decir, el poder, según Weber, tiene un carácter coercitivo, generalmente impuesto desde el sistema político y judicial de una sociedad, y que penetra la existencia humana. El problema con estas visiones, según Foucault, es que a menudo llegan a ver el poder de modos bastante simplistas. Por ejemplo, el poder en los países socialistas fue visto por sus detractores liberales occidentales como totalitarismo; mientras que en las sociedades capitalistas era percibido, por sus detractores marxistas, como dominación de clase. Sin embargo, apunta, los mecanismos del poder por sí mismos, en ambos contextos, nunca fueron analizados apropiadamente (Foucault, 1977).

¹⁶ Si bien es cierto este tema será profundizado en los siguientes capítulos, es importante enfatizar desde ahora que, como se señaló en el capítulo anterior, el análisis del desarrollo turístico en Guanacaste desde la perspectiva de la teoría de la dependencia y de la acumulación por desposesión —claramente marxistas—, no necesariamente responde a todas las preguntas alrededor de la construcción de sujetos y espacios a partir de imágenes o narraciones. Está claro que el análisis que abarcará este trabajo tampoco pretende abarcar y explicar todos los aspectos que se pudieran derivar de las narraciones y las representaciones visuales de la costa guanacasteca; sin embargo, a la luz de la idea del poder de Foucault, ciertamente otros factores, no directamente relacionados con aspectos económicos o de clase, pueden cobrar importancia fundamental y ser tomados en cuenta para su análisis.

Al igual que Gramsci, Foucault le pone especial atención al papel de los intelectuales. Sin embargo, abarca ámbitos que no son necesariamente parte del campo intelectual a la hora de estudiar el papel del saber, su constitución, y su relación con el poder en la Modernidad y con la formación de las subjetividades modernas, principalmente a través de la disciplina de sujetos. Foucault, con su uso particular del término arqueología del saber, trata de reconstruir la constitución de los saberes modernos, pero no del modo convencional, que sería a partir del estudio de ciertos autores u obras, sino a partir de formaciones discursivas alrededor de objetos, sujetos, y del conocimiento generado por campos como la medicina, la psiquiatría, la biología o la economía política, entre otros, y que, a la postre, contribuyeron enormemente a transformar seres humanos modernos en sujetos disciplinados.

La clave para lograr este tipo de análisis yace, según el mismo autor, en una contextualización histórica de los saberes que vaya más allá de la relativización fenomenológica del sujeto. Es decir, plantea un modo de historizar que pueda descifrar la constitución de saberes y discursos sin hacer referencia a sujetos vistos como trascendentales en relación a los eventos, o bien, vacíos y homogéneos (Foucault, 1977). Se trata más bien, en palabras del propio Foucault, de “revisar los métodos, los límites, los temas propios de la historia de las ideas; empresa por la que se trata de desatar las últimas sujeciones antropológicas... y que trata de poner de relieve cómo pudieron formarse esas sujeciones” (Foucault, 2002, p. 26).

Al trabajar de este modo, Foucault intenta evadir las limitaciones de nociones como el concepto marxista de ideología, que, afirma, generalmente se concibe en oposición a algo real o verdadero, y, además, es secundario en relación con aquello que funciona como su infraestructura, y que lo determina de modo económico y material (Foucault, 1977). De este modo es posible incluir, en el estudio del poder, aspectos como el internamiento psiquiátrico, la normalización mental de sujetos, y las instituciones penales, que Foucault analiza exhaustivamente, y que tendrían un valor muy limitado si se les mirara únicamente a la luz de su importancia económica, o de los intereses de la burguesía.

Con estas premisas, Foucault trata, entonces, de relacionar la normativa que establecen los saberes modernos y su relación con el poder. De este modo, el poder se convierte en un ente productivo, al contribuir a las dimensiones colectivas de la sociedad, y, a la vez, constitutivo de la subjetividad, ya que tiene un papel en el desarrollo de identidades y prácticas individuales, en gran parte a través de los saberes modernos (Gordon, 2002). El poder represivo que pueda emanar del aparato estatal no es suficiente, ni mínimamente efectivo, comparado con el poder generado por el saber. Si el poder fuera meramente represivo, afirma Foucault, los sujetos no serían sometidos tan fácilmente. De hecho, ningún Estado puede operar si no es sobre la base de otras relaciones de poder en existencia. Lo que lo hace aceptable es que no lo percibimos como una fuerza negativa, sino que atraviesa y produce objetos, induce al placer, forma conocimiento y produce discursos (Foucault, 1977).

Es precisamente en la producción de discursos donde es posible ver en acción la relación entre saber y poder, además de los efectos de estos dos factores, y los discursos mismos, en los sujetos y las instituciones a las que se refieren. En la obra de Foucault el concepto de discurso tiende a fluctuar entre el dominio general de toda enunciación o declaración, entre enunciaciones individuales, y en prácticas reguladas que comprenden un número determinado de enunciaciones (Foucault 2002). Es decir, todo texto y toda declaración que tenga algún significado cuenta como discurso. Además, esas declaraciones tienen cierta estructura y coherencia a partir de las formas en que son reguladas. De esta manera es posible identificar distintos tipos de discursos acerca de diferentes actividades humanas.

Finalmente, y tal vez la mayor importancia del discurso para Foucault, es que esas regulaciones obedecen a reglas y estructuras, y, a la vez, forman sistemáticamente los objetos a los que se refieren. Por lo tanto, un objeto no existe por sí mismo, y tampoco puede ser analizado aisladamente. Más bien, los objetos y ciertos fenómenos surgen y pueden ser detectados a partir de una sistematización de ideas, opiniones, conceptos y comportamientos que aparecen en un contexto determinado, y también por los efectos que puedan llegar a tener.

En el análisis de los efectos de un discurso es posible ver el accionar de términos como la verdad, el poder y el saber. Para Foucault, la verdad se produce a partir de múltiples coacciones, y cada sociedad tiene su propio régimen de verdad, además de ciertos discursos que funcionan como verdad (Foucault, 2002). Todo grupo humano pasa por sus propios conflictos y forcejeos para producir la verdad, y esta, por lo tanto, carece de un carácter trascendental. Es decir, más allá de tratar de distinguir la verdad como algo “real”, se trata de entender los mecanismos a través de los cuales esta se produce y se manifiesta a través de un discurso dominante, con todo el andamiaje institucional y político que esto implica, además de la dispersión del poder a través del establecimiento de ciertas relaciones sociales, y la restricción de ciertas prácticas y comportamientos. Es por medio del poder, el saber y la verdad que un discurso tiene efecto alguno, y, al mismo tiempo, forma objetos, disciplina sujetos, y estructura el campo de otras posibles acciones, en ramificaciones a menudo insospechadas, y que responden a intereses mucho más allá de los de una clase burguesa en una determinada sociedad.¹⁷

Poder, saber y discurso colonial: la formación de una diferencia moderna fundamental

Cuando en 1891 José Martí, en su clásico ensayo *Nuestra América* (2010), advierte que las repúblicas americanas, independientes políticamente hablando, de sus colonizadores europeos, seguían sometidas a regímenes coloniales desde la perspectiva de las ideas y nociones de mundo, ya vislumbraba, con muchos años de antelación a la mayoría de las elaboraciones teóricas en torno al colonialismo que surgirían a lo largo del siglo XX, que existía un cierto poder colonial que trascendía la constitución política autónoma, e incluso

¹⁷ Aunque para los propósitos de este estudio se ha favorecido el uso de la estrategia analítica arqueológica, que propone Foucault para abaracar los discursos y el lugar de los sujetos en esos discursos, especialmente abordados en textos como *Las palabras y las cosas* o *La arqueología del saber*, cabe también señalar en su análisis de la relación entre poder y saber, el momento genealógico, que se centra más en dispositivos materiales e institucionales como la prisión, el manicomio o el hospital, y que revelan el poder disciplinario, o el biopoder. Se trata de un abordaje histórico de la configuración de subjetividades, principalmente mediante dispositivos disciplinarios o biopolíticos,

influyó en la formación de las identidades de las nuevas naciones americanas. Casi al mismo tiempo, el pensador estadounidense W.E.B. Du Bois, acuñaba el término doble conciencia, para referirse a esa sensación del afroamericano de siempre mirarse a sí mismo a través de los ojos de otros, y “medir el alma propia con una medida de un mundo que te mira con divertido desprecio y pena” (1992, p. 199).

Tanto para Martí, un pensador latinoamericano, como para Du Bois, ensayista y activista afroamericano, quedaba claro que no bastaba con la independencia política en América Latina, o con la abolición de la esclavitud en Estados Unidos, para garantizar la emancipación y auto determinación de los sujetos, tanto en el plano legal como en el plano subjetivo y personal. Para ambos existía un andamiaje de relaciones de poder y discursos que traspasaba lo político y lo legal, y determinaba la existencia misma de los sujetos, independientemente de la constitución política y administrativa de los Estados que estos habitaban. Ese andamiaje había creado una diferencia fundamental entre colonizadores y colonizados en la era moderna.

Para Martí, la verdadera república americana sería posible siempre y cuando se recurriera a las peculiaridades de los pueblos de América y se administrara el conocimiento según las necesidades patentes de cada país. Para lograr este objetivo, se requeriría algo más que un cambio de forma –independencia política–; era necesario el cambio de espíritu (Martí, 2010). Para Du Bois, la verdadera lucha del pueblo negro estribaba en obtener la madurez del autoconocimiento y fundir la doble conciencia en una sola, y eso solo se podía lograr al sortear la oposición entre blanco y negro como forma de definir lo que significaba ser negro (Du Bois, 1992).

Esa senda acerca del estudio de la relación entre la otredad y los poderes hegemónicos de raíces coloniales, y la creación de esa diferencia fundamental entre el colonizador y el sujeto colonizado, y que fuera inaugurada con esas interesantes claves, sería seguida, más adelante, a mediados del siglo XX, por pensadores como Frantz Fanon, quien en su célebre ensayo *Piel negra, máscaras blancas*, de 1958, indicaba que

un hombre que posee la lengua, posee el rechazo, el mundo implicado y expresado en esa lengua. . . y todo pueblo colonizado –todo pueblo en cuyo seno haya nacido

un complejo de inferioridad a consecuencia del enterramiento de la originalidad de la cultura local –se sitúa siempre, se encara, en la relación con la lengua civilizadora, es decir, de la lengua metropolitana (2011, p. 19).

Fanon sistematiza y contextualiza, en el plano de su análisis de las relaciones coloniales, algo que en el ámbito ficticio ya apuntara Calibán, el célebre nativo-esclavo-monstruo de *La tempestad*, de William Shakespeare, cuando clamara ante su amo colonizador, Próspero, que, al haberle enseñado este su lenguaje, por defecto le había enseñado también a maldecir (Shakespeare, 1979). Para Fanon el colonialismo traspasa al sujeto colonizado al punto que este no puede existir sino es como tal, siempre en oposición a un referente metropolitano. El colonialismo lo ha formado así, y esa formación no es meramente política o administrativa: está impregnada en el lenguaje, que moldea el modo en que interpretamos la realidad, desde lo más cotidiano, hasta lo más trascendental.

Este modo de formación discursiva de sujetos colonizados en relación a un poder colonial, o una metrópolis colonial, es lo que más adelante se denominaría, en el contexto de los estudios postcoloniales, discurso colonial. Es decir, el andamiaje de prácticas basadas en el lenguaje, unificadas por el despliegue común de las relaciones coloniales, y que implica, según la idea misma de discurso vista en párrafos anteriores, que durante el periodo colonial grandes porciones del mundo no europeo fueron producidas para Europa a través de un discurso que imbricaba preguntas, suposiciones, métodos de análisis, ciertos tipos de escritura e imaginación (Hulme, 1986). Es decir, y volviendo a Foucault y a su idea del poder, los sujetos coloniales fueron producidos a través de un discurso colonial que implicaba saberes acerca del otro, y ese discurso no solo los produjo como sujetos, también los moldeó como sujetos colonizados, siempre en oposición a quienes tenían el privilegio de desplazarse, producir conocimiento, narrar, sistematizar, clasificar y ordenar a esos sujetos nativos de territorios ultramarinos y los espacios que ocupaban, siempre a través de una gran variedad de formas textuales que codificaron el conocimiento de pueblos y territorios bajo el control colonial, y que contribuyeron a producir esa diferencia fundamental.

Acá es importante empezar a notar el papel, tanto de los intelectuales, retomando a Gramsci, como del saber y el poder Foucaultiano, en los mecanismos que harían funcionar el discurso colonial, sus reglas, y, por supuesto, sus efectos. Como apuntan Laura Chrisman y Patrick Williams (1994), el poder acceder y examinar otros territorios a discreción facilitó la producción de una amplia variedad de saberes acerca de las culturas que habitaban esos territorios recién “descubiertos”. Esos saberes, a la vez, mediaron y contribuyeron al despliegue de potencias occidentales en esos lugares. Es importante acotar que en muchos casos la producción de esos saberes no necesariamente estaba ligada a los poderes hegemónicos de manera directa; pero al darse en un contexto de relaciones coloniales nunca pudo escapar totalmente del trasfondo en el que estas estaban configuradas. Es acá en donde vemos el poder diseminado en distintos niveles y actuando de modos que en un principio parecieran insospechados.

Dos famosos casos en donde se ve esta combinación son la expedición de James Cook al Pacífico sur, en 1768, que tenía como principal objetivo, en primera instancia, hacer mediciones del tránsito del planeta Venus para, finalmente, calcular la distancia entre la tierra y el sol. En esa misma expedición Cook establecería contacto con aborígenes australianos y, más tarde, esos hallazgos ayudarían a desencadenar la colonización europea de ese continente y todas sus islas circundantes. El otro lo constituye periplo del HMS Beagle por Sudamérica, en 1831, que tenía como principal fin cartografiar el litoral para propósitos estratégicos y militares. En ese mismo barco también estaba Charles Darwin, quien, gracias a las observaciones que hizo en esa expedición, desarrollaría la teoría de la evolución y cambiaría diametralmente la forma en que entendemos el origen de las especies en la tierra (Harari, 2014).

Al mismo tiempo, según esta perspectiva, es posible relacionar relatos de índole tan diverso como los diarios de exploradores y navegantes, los recuentos de índole científico de territorios inexplorados, como los casos del párrafo anterior, o la literatura de viajes, por un lado, con edictos oficiales o mandatos de orden administrativo, por otro, y que contribuyeron a formar esa diferencia fundamental, y a producir sujetos que no tenían más forma de existir que en relación a poderes coloniales. Es así como el discurso colonial, a través del recuento de las relaciones coloniales, terminó por disciplinar, reformar y producir

esos sujetos y esas diferencias, del mismo modo que la medicina y la psiquiatría contribuyeron a producir las subjetividades modernas, tal y como lo plantea Foucault.

Otro brillante ejemplo de este tipo de producción de saberes, aparte de casos muy notorios, como los del párrafo trans anterior, o los encontrados en los relatos de viajes de exploradores como Cristóbal Colón, en donde, en un mismo párrafo de su diario es capaz de describir a los nativos caribeños que recién conoce y al mismo tiempo acotar que, según esa descripción, estos podrían tener aptitudes idóneas para ser buenos sirvientes (Colón, 1997), es el proporcionado por Edward Said en el caso de la invasión de Napoleón a Egipto, en 1798. Al ocupar Egipto, Napoleón no solamente tuvo el cuidado de llevar un ejército de soldados; también fue parte de su séquito un enorme grupo de notables científicos y técnicos, al cual le asignó el papel de documentar y describir Egipto. A través de una monumental enciclopedia de 28 volúmenes titulada *Description de L'Egypte*, historiadores, químicos, biólogos, arqueólogos, cirujanos y anticuarios, entre muchos otros especialistas que prácticamente constituían una verdadera división del ejército francés, se documentó toda la historia y la grandeza de la antigua civilización egipcia, y, a la vez, se justificó ideológicamente el deber napoleónico de intervenir y restaurar esa gran civilización para el aprovechamiento de las culturas contemporáneas, y así poder rescatarla del supuesto barbarismo en el que se encontraba al momento de la invasión (Said, 1978).

En este caso, como sostiene Said, se subordina el poder militar y sus objetivos en aras de enaltecer el proyecto de crear conocimiento a través del proceso de dominación política y marcial de Egipto. Así se le formula, moldea y define al otorgarle un reconocimiento en la memoria y en la estrategia imperial de Napoleón, además de darle un rol como su apéndice natural; y, a la vez, se dignifica el conocimiento a través de la ocupación colonial como una contribución al saber moderno. Sin embargo, los egipcios conquistados no son tomados en cuenta, ni son el destinatario de semejante montaña de conocimiento. Más bien esta acumulación de saberes servirá para hacer generalizaciones acerca de ellos a partir de detalles minúsculos. Al mismo tiempo, a partir de esos detalles y generalizaciones se forman leyes inmutables acerca de los nativos, su mentalidad, sus costumbres, y, principalmente, se transmuta la realidad vivida a los textos y se cubre a Egipto con los instrumentos del saber y el poder occidental (Said, 1978).

Al mismo tiempo que el poder colonial se instala en el territorio colonizado, este y sus habitantes nativos se convierten en objetos del conocimiento colonizador, inherentemente ligado a la empresa colonial. Se tornan, entonces, en objetos vulnerables a ser escrutados, codificados, y narrados. El tener conocimiento sobre ese objeto significa, al mismo tiempo, cierto tipo de dominación y autoridad sobre este, y, automáticamente, la negación de su autonomía y representación propia. Como señala el mismo Said, solamente existe tal y como se le imagina y representa. Se da una especie de fusión entre el poder explícito y represivo y el saber, el conocimiento intelectual y el científico.

Esta fusión quedaría manifestada en gran parte de las ciencias, las artes y las humanidades a lo largo de los últimos siglos, y estas especulaciones y afirmaciones llegarían a alcanzar un alto grado de aceptación hasta ser parte inherente del saber hegemónico dominante acerca del otro. Como el mismo Said apunta, esta hegemonía de ideas acerca de, en el caso de su enfoque de análisis, el Oriente, constantemente reiteró la superioridad europea sobre el mismo, y esa reiteración de superioridad generalmente anuló o desautorizó la posibilidad de ideas y saberes diferentes acerca del tema, ya fueran estos más escépticos o independientes (Said, 1978). Se crea, entonces, en la narración y representación del sujeto colonial, una especie de alegoría maniquea que idealiza el mundo como si este estuviera dividido en partes, una de las cuales puede elaborar una representación, o una narración, y otra que no tiene más remedio que ser narrada y representada por quien posee ese privilegio de narrar (JanMohamed, 1995).

En esta alegoría maniquea, el conocimiento que se crea nunca es gratuito ni inocente, y el sujeto narrado, o como diría Gayatri Spivak, el sujeto subalterno, no puede hablar, no tiene acceso a un medio a través del cual su propia voz pueda ser articulada y distribuida.¹⁸ En su clásico ensayo *¿Puede hablar el subalterno?* (1998), Spivak usa como

¹⁸ El término subalterno, tal y como lo utiliza Spivak, está relacionado con la jerarquía colonial en la India británica. Se refiere a la posición que tenían, tanto los indios con cierto prestigio social y económico, como los oficiales subalternos británicos —estos últimos bastante comunes en la producción literaria de escritores ingleses de la talla de Rudyard Kipling o George Orwell. El sujeto subalterno siempre se encontró en una situación ambivalente dentro de la entramada jerarquía colonial británica. Algunos de ellos detestaban a sus superiores jerárquicos y estaban conscientes de la perversidad del imperialismo; pero, al mismo tiempo, temían y menospreciaban a los nativos de castas bajas del subcontinente —*Matar un elefante*, de Orwell, provee una ejemplificación perfecta de un sujeto subalterno—. Según Spivak, es importante reconocer, a partir

ejemplo el caso de la prohibición, por parte de los colonizadores ingleses en la India, de la práctica ancestral del sati, la costumbre hindú de quemar vivas a las viudas en la pira funeraria de sus maridos. A través de esta proscripción, los ingleses clamaron haber salvado muchas vidas de mujeres inocentes, al tiempo que les daban, con esa decisión, cierta opción de autodeterminación. Sin embargo, la misma acción de los colonizadores sirvió para cimentar su poder en la India, y, a la vez, acentuar la diferencia entre la civilización británica y la barbarie india, al negarle legitimidad a la cultura hindú, e incluso dejarla fuera de la ley.

La interpretación británica del sati, en gran medida alentada por misioneros cristianos, clamó ser una visión condescendiente, que protegería a las mujeres nativas, pero nunca se alejó de las premisas y los objetivos principales de los colonizadores, entre los cuales estaba narrar a los nativos en modos que fueran congruentes con su empresa colonial, del mismo modo que Napoleón narró Egipto, o bien, los españoles acuñaron el término “guerra justa” como medida loable para aplacar al nativo americano, instruirlo en prácticas cristianas y erradicar costumbres consideradas barbáricas, como los sacrificios humanos o la antropofagia. Para Spivak, este ejercicio de interpretar al otro, ya sea por parte de las autoridades oficiales, como por parte de intelectuales –algunos de ellos con intenciones incluso condescendientes– constituye una especie de violencia epistémica que no hace otra cosa que propagar el saber hegemónico occidental como la única forma de conocimiento verdadera, válida y legítima.

Al final, este tipo de representaciones, narraciones y justificaciones ideológicas terminan por producir al sujeto colonizado como una realidad social, que es, al mismo tiempo, un otro y un sujeto totalmente visible y reconocible en la maraña de circulación de afirmaciones, suposiciones y símbolos. Este tipo de narrativa tiene mucha relación, según argumenta Homi Bhabha, otro importante teórico postcolonial, con el realismo; es decir, con las estructuras de representación y los regímenes de verdad de esta corriente literaria que asumía ser una representación de la realidad tal y como esta supuestamente era, al

de estas premisas, que, en un sistema colonial, el sujeto subalterno es siempre heterogéneo, no asiente del todo ante el poder, y no necesariamente adopta el discurso dominante como propio.

tiempo que trataba de dejar de lado las subjetividades sociales e históricas del narrador (Bhabha, 1994).

Estas teorizaciones, por parte de pensadores como Said, Spivak o Bhabha, no han escapado de la crítica por parte de estudiosos que, a pesar de reconocer su aporte al análisis de las relaciones coloniales, sostienen que con frecuencia tienden a caer en generalizaciones u omisiones que llevan a simplificaciones y a supuestos que no concuerdan con las realidades que aparentemente estudian. Dennis Porter (1994), por ejemplo, sostiene que la idea de Edward Said acerca de la relación entre los poderes coloniales europeos y el oriente es limitada, en cuanto a que corre el riesgo de ver el conocimiento colonial como meramente represivo y hegemónico, y como lo único en lo que pueden derivar las relaciones coloniales. Porter sostiene la imposibilidad de tener visiones homogéneas sobre el oriente en los textos coloniales, y afirma que los discursos pueden ser heterogéneos, con sus propias inconsistencias y silencios, además de contradictorios entre sí.

Esta crítica también es señalada por otros autores como Eric Howerton (2013), quien piensa que, así como Said cree que la intelectualidad de la Europa colonialista llegó a crear un oriente monolítico, él mismo podría estar imaginando una Europa estática y cosmopolita, de modo muy general. Howerton cuestiona la metodología de Said de utilizar la lógica inductiva para trazar las generalizaciones coloniales acerca del oriente. Al trabajar de ese modo, afirma, se podría estar haciendo lo mismo acerca de Europa; es decir, exponer una idea de este continente a partir de generalizaciones. Podría estar incurriendo en lo mismo que critica: elaborar una construcción metafísica a través del lenguaje, dado que Europa, como un continente y una cultura particular, también es una creación imaginada.

Estas generalizaciones también le han sido achacadas a Gayatri Spivak, que, supuestamente, ha asumido sectores muy específicos del mundo colonial –como la mujer bengalí, atrapada entre el patriarcado nativo y el imperialismo británico–, como representantes de una universalidad colonial (Parry, 1995). O bien, ha propuesto, a partir de lecturas de trabajos muy específicos, como la novela victoriana *Jane Eyre*, de Charlotte Brontë, la posibilidad de estudiar las relaciones de género, la cultura, la política, la relación

entre la novela y Jamaica, India, Irlanda, África, el colonialismo, el orientalismo, el racismo, entre muchos otros aspectos, en un mismo texto, lo cual, señala Parry, irremediabilmente la hace incurrir en múltiples generalizaciones y omisiones.¹⁹

Otras críticas provienen de la vertiente del pensamiento marxista. David Harvey (1990) o Frederic Jamenson (1991) sostienen que los estudios postcoloniales, que abogan por la articulación de la subjetividad colonial y por el enfrentamiento con la hegemonía imperialista, no son más que otro producto de la postmodernidad, la cual, afirma Jamenson, es la lógica cultural del capitalismo tardío. Ania Loomba (1998) también les achaca a los estudios postcoloniales una gran dependencia de perspectivas postmodernas, y una gran insistencia en las fragmentaciones y en las historias múltiples que ha ido en detrimento del cuestionamiento de las operaciones globales del capitalismo contemporáneo.

Es posible encontrar bastante sentido a algunos de estos cuestionamientos. Es un hecho que usar términos tan genéricos como Europa, occidente, u oriente, no necesariamente van a incluir todos los claroscuros que estos implican. También queda claro que los estudios de caso, como el análisis de ciertas obras literarias, no necesariamente son indicadores o reflejos de realidades más amplias, como las relaciones coloniales o de género. Y, evidentemente, las críticas de algunos pensadores marxistas como Jamenson más bien tienen que ver con el cambio de perspectiva de algunos críticos postcoloniales, sus críticas a Marx, y con no enfocarse meramente en asuntos de clase a la hora de analizar la cuestión colonial.²⁰

Sin embargo, es un hecho que la conjugación que hacen teóricos como Said o Spivak de postulados como los de Gramsci, y su énfasis en el papel de los intelectuales en contribuir a la institucionalización de los poderes hegemónicos –sin importar si esos poderes son de derecha o de izquierda–, la idea del poder y el saber de Foucault como planteamiento que trata de responder a cuestiones dejadas de lado por teóricos tanto

¹⁹ El texto en cuestión de Spivak al que hace referencia Parry es *Three Women's Texts and a Critique of Imperialism* (1985).

²⁰ El mismo Said elabora críticas al pensamiento marxista con respecto a la cuestión colonial, principalmente por ver las regiones periféricas de modos muy homogéneos, y con el capitalismo como único hilo conductor de las relaciones entre centros y periferias. También sostiene que en el pensamiento marxista aún hace falta un mayor esfuerzo a la hora de acortar la brecha entre la superestructura y los niveles básicos en el análisis textual e histórico (Said, 1978).

marxistas como liberales, o bien el aporte del deconstruccionismo de Jacques Derrida, central en la obra de Spivak, sin duda ha ampliado el espectro del estudio de las relaciones coloniales y postcoloniales. El hilo conductor desde Foucault, e incluso anterior él, a través de Nietzsche, permite analizar cuestiones anteriormente no consideradas.

Ahora bien, uno de los problemas, al menos para un investigador latinoamericano, con un caso de estudio como el que presenta este trabajo, localizado en un contexto muy distinto al del Oriente Medio, África o la India, es que el locus de enunciación de la crítica postcolonial no es América Latina, y tampoco aparece como su objeto de estudio. En ese sentido, es importante también echar un vistazo a lo que se ha hecho, teóricamente hablando, en este lado del mundo. Los estudios decoloniales latinoamericanos podrían brindar algunas claves que complementen mucho de lo discutido en torno al discurso colonial en los párrafos anteriores, especialmente porque su locus de enunciación es América Latina, y su estudio se centra en el colonialismo en este subcontinente, bastante inadvertido por los estudios postcoloniales.

El discurso colonial en el contexto latinoamericano: el aporte de los estudios decoloniales

En el contexto teórico latinoamericano, que interesa mucho en este trabajo, ya que es en esta región en la que se ubica Costa Rica, y Guanacaste en particular, y de donde surge el concepto de colonialidad, es imprescindible el aporte de Aníbal Quijano, y de quien derivan la mayoría de las elaboraciones acerca de las consecuencias políticas y socio culturales del colonialismo en América Latina, al menos en las últimas décadas. Es importante resaltar esto porque el locus de enunciación cambia. Edward Said, Homi Bhabha, Gayatri Spivak, Peter Hulme, o Robert Young, entre otros teóricos postcoloniales angloparlantes, como ya se mencionó, se enfocan en el estudio del colonialismo en contextos como Oriente Medio, África, o la India, y, especialmente, a partir de las experiencias coloniales de Inglaterra y Francia. Aníbal Quijano, en cambio, parte de la realidad latinoamericana y de sus particularidades, en ocasiones obviadas por la crítica postcolonial de los años ochenta y noventa del siglo XX. El colonialismo británico en la

India, o el de esta y otras potencias europeas en África es mucho más reciente, y florece en un contexto que de algún modo ya estaba bien establecido y consolidado. Esta consolidación estaba dada, en parte, gracias a aspectos claves de la Modernidad, como el capitalismo o la Revolución Industrial, la misma conquista de América, la instauración de la esclavitud moderna en este lado del mundo, y al impulso que le dio el continente americano conquistado al afianzamiento de grandes potencias coloniales europeas.

En los estudios decoloniales latinoamericanos se parte de la pregunta que surge de la relación entre la noción moderna de progreso y la conquista de América. A la par del concepto moderno de progreso, se argumenta, se construyeron formas de clasificación de pueblos, e incluso continentes, y sus respectivas experiencias históricas (Lander, 2000). Es decir, se establece, desde un inicio, que existe una relación entre la Modernidad y la colonialidad, esta última vista, como se detallará a continuación, como un orden de pensamiento y acción.

Esta relación surge, en un principio, a través de la fundamentación filosófica y la legitimación del pensamiento cartesiano, en el cual los sentidos deben dar paso a la razón para explicarse el modo en que el universo funciona. Para René Descartes (1977), a través de su máxima *cogito ergo sum*, el pensamiento racional consiste en superar la trampa de los sentidos, que supuestamente engañan, y marcar distancia entre el sujeto que piensa y razona, y el objeto que debe ser escrutado y examinado a partir de la razón del sujeto y de la brecha objetiva entre el primero y su objeto de estudio. El cuestionamiento decolonial a esta premisa, especialmente al ser usada en contextos coloniales y en la producción de conocimiento acerca del otro colonizado, es que, traducida a términos de relaciones de poder de índole colonial, constituye un argumento ontológico que justifica al sujeto “ser”, implícitamente, mientras que el otro queda desprovisto de ese “ser”, y de esa capacidad de razonar, y, por ende, de producir conocimiento. Es decir, el otro no piensa, por lo tanto, no puede existir si no es a través de quien lo narre a través del uso de la razón (Maldonado-Torres, 2003; Grosfoguel, 2013).

Con estas preguntas, acerca de la relación entre la Modernidad y la conquista de América, y esta última y la normatividad de la razón cartesiana, Quijano parte, entonces, de

la idea de que “con la conquista de las sociedades y las culturas que habitaban lo que hoy es nombrado como América Latina, comenzó la formación de un orden mundial que culmina, 500 años después, en un poder global que articula todo el planeta” (1992, p. 12). El pensador peruano sostiene que este orden se puede denominar colonialidad, y, a través de varios ensayos a lo largo de las décadas de 1990 y 2000, intenta ampliar su definición.²¹ Para Quijano, la colonialidad tiene que ver, o está relacionada directamente con el poder, el cual considera una relación social de dominación, explotación y conflicto por el control de cada uno de los ámbitos de la experiencia social humana (Quijano, 2007). Esos ámbitos son, según su visión, el trabajo, sus recursos y sus productos; el sexo, sus recursos y sus productos, principalmente la reproducción; la autoridad colectiva, o pública; y las relaciones con las demás formas de vida y con el resto del universo, en términos genéricos, con la naturaleza.

Estos patrones, tanto el poder como su relación con los distintos aspectos de la vida humana, tienen una raíz, según estima Quijano, en primer lugar, en la clasificación racial y étnica de la población del mundo. Es decir, surgen con el racismo moderno a partir de la conquista de América, con la estricta clasificación racial impuesta por los conquistadores europeos, y con el comercio sistemático de esclavos del continente africano a las plantaciones y minas americanas. Esta clasificación no solamente estaría inherentemente ligada a la conquista; también se naturalizaría como algo real en sí misma, cimentada, justificada y distribuida por distintos saberes, algunos religiosos, otros filosóficos, y también científicos, la mayoría influidos por la idea cartesiana de la razón.

A partir de estas justificaciones se establecería la jerarquía racial como algo natural, cuando en realidad esta fue construida a través de prácticas y discursos relacionados con la explotación colonial y con la consolidación del mercantilismo y del capitalismo en ambas riberas del Atlántico. Se da, entonces, un sistema de dominación basado en la clasificación de la población mundial a partir de la naturalización de la idea de raza.

²¹ Colonialidad no debe entenderse como sinónimo de colonialismo, ya que el segundo se refiere al aspecto meramente político, es decir, a la dependencia política de una colonia de su metrópolis colonial. Del mismo modo, descolonización no es sinónimo de decolonialidad. La primera se refiere a la independencia política; la segunda a la emancipación estructural de los sujetos otrora coloniales.

Consecuentemente, a partir de esa clasificación racial y étnica de la población mundial, se establece un segundo eje de la colonialidad. Este está conformado por el sistema de relaciones sociales gestado a partir del control de las subjetividades, como consecuencia de la clasificación racial. En este sistema se articulan distintas formas de explotación en una misma estructura de producción de mercancías alrededor de la hegemonía del capital. Para Quijano, la conquista de América y la consolidación del Atlántico como la principal ruta del comercio mundial contribuirían significativamente al desarrollo del capitalismo, que, como apunta Pablo Quintero (2010), en el continente americano absorbió y redefinió todos los fragmentos estructurales anteriores que le fueran útiles para establecer nuevos patrones de control del trabajo.

Acá es importante, entonces, rescatar la importancia que le da Quijano a la conquista de América en la consolidación, no solamente de la idea moderna de progreso, también del capitalismo, al cual deja de considerar como un fenómeno de raíces meramente europeas. Además, es significativo su énfasis en la relación intrínseca entre este y las nociones modernas de raza, y, por supuesto, las consecuencias que tendrían estas nociones en el otro colonial.

Además de la colonialidad como un patrón de poder que no está limitado a la cuestión política o militar, Quijano establece otras derivaciones de esta. Como bien sintetiza Nelson Maldonado-Torres, las tres derivaciones principales de la colonialidad son la colonialidad del poder, que, como ya se apuntó, se refiere a la interrelación entre formas de explotación y dominación modernas a partir de la idea de raza; la del saber, que tiene que ver con el papel de la epistemología y la producción del conocimiento en la reproducción de regímenes de pensamiento coloniales; y la del ser, que se refiere a la experiencia vivida de la colonización y su impacto en el lenguaje (Maldonado-Torres, 2003).

Entonces, es posible admitir que, con el aporte de Quijano, una nueva era de pensamiento crítico acerca del colonialismo se inaugura en América Latina. En esta se va a lidiar con problemas similares a los planteados por Said o Spivak, pero en el contexto latinoamericano, cuya interpretación estuvo hasta entonces enormemente influenciada por

corrientes de pensamiento marxista, en ocasiones copiadas al calco de otros contextos, o bien adaptadas, como la teoría de la dependencia, mencionada en el capítulo anterior, y que son notable influencia en el trabajo del mismo Quijano²².

Entre las contribuciones más influyentes a partir de sus premisas, están las del semiólogo argentino Walter Mignolo, quien sostiene que la “colonialidad es constitutiva de la modernidad: sin colonialidad no hay modernidad” (2007, p. 30). Mignolo afirma que la colonialidad es el lado oscuro de la Modernidad, y con esto trata de abarcar y llevar más allá ideas expuestas anteriormente por pensadores como Said, que sostenía, por ejemplo, que sin el imperialismo europeo la novela moderna o la antropología como ciencia nunca hubiesen llegado a existir (Said, 1993). El afirmar que la colonialidad es constitutiva de la Modernidad implica no solamente una asociación entre la primera y, por ejemplo, el capitalismo, o bien la idea moderna del progreso. También se intenta trazar una relación entre la colonialidad y los saberes modernos, específicamente la ciencia y la filosofía, las artes, y, por supuesto, el surgimiento y la constitución de los Estados modernos, que, en América Latina son incluso posteriores a los procesos independentistas. En este caso, es imprescindible entender la influencia de la colonialidad del saber y la del ser.

El concepto de colonialidad de Quijano, y su influencia, según afirma, en la constitución del sistema mundial, incluso en la era de la globalización, también exige, de parte de teóricos decoloniales, el planteamiento de una genealogía que explique cómo conceptos como la raza, o incluso el carácter metropolitano de las economías y culturas más importantes e influyentes a nivel global, fueron desarrollados. En este sentido, Enrique

²² A pesar de la evidente influencia de pensadores marxistas latinoamericanos como José Carlos Mariátegui, o bien de la teoría de la dependencia o la teología de la liberación, existe un cuestionamiento en los estudios decoloniales, tanto al pensamiento de Marx, como del marxismo tradicional en cuanto al colonialismo y a América Latina. Santiago Castro-Gómez (2005), por ejemplo, sostiene que Marx no creía que desde este subcontinente se pudiera producir conocimiento, revoluciones o comunismo. En el subcontinente, para el pensador alemán, según Castro-Gómez, no existían instituciones políticas ni pensamiento filosófico que le permitiera insertarse en la “historia universal”. En general, el punto de ruptura está en el énfasis de los estudios decoloniales en el concepto de raza, y no de clase, como generador de desigualdad y opresión, y en el énfasis de los primeros en la conquista de América como gran motor que da impulso a la consolidación del capitalismo. De hecho, el mismo Quijano afirma que desde el punto de vista eurocéntrico, reciprocidad, esclavitud, servidumbre y producción mercantil independiente se ven como una secuencia histórica previa a la mercantilización de la fuerza de trabajo; mientras que, en América, la esclavitud fue deliberadamente establecida y organizada como mercancía para producir otras mercancías para el mercado mundial y, de ese modo, para servir a los propósitos y necesidades del capitalismo (Quijano, 2007).

Dussel y Santiago Castro-Gómez han tratado de establecer, a partir del descubrimiento europeo de América, la genealogía del eurocentrismo²³. Dussel (2000) deconstruye la idea ampliamente aceptada que dice que el mundo europeo siempre ha sido el centro de la historia mundial, con una tradición trazable desde el período de esplendor helenístico, pasando por el romano y culminando con el cristianismo, y, por supuesto, con la Modernidad.

Esta versión Dussel la descarta como una invención del romanticismo alemán, y afirma que Europa occidental nunca fue, ni el centro del mundo, ni superior, tecnológicamente, militarmente o científicamente hablando, a otras civilizaciones rivales como la árabe, la otomana, la india o la china. De hecho, Europa siempre estuvo ubicada en la periferia del comercio mundial hasta 1492, con la inauguración de lo que Mignolo (2000) llama la ruta del Atlántico, y que consistía principalmente en el tráfico de oro, plata y esclavos entre África, América y Europa, y que, a la postre, transformó a la última en la región con mayor flujo comercial y de capital a partir del inicio de la era moderna.

Este posicionamiento de los principales poderes coloniales europeos contribuiría a que sus élites acumularan riqueza y conocimiento, y terminaran por desplazar a otras culturas rivales, e imponerse militarmente a estas. Hay que recordar que hasta 1453, la ruta de la seda, que pasó a ser controlada por los otomanos, era la principal vía comercial de los mercaderes europeos hacia los confines del mundo que conocían. A raíz de la conquista de Constantinopla por parte de Mehmed II, las exploraciones marítimas europeas, principalmente por parte de navegantes portugueses, con tecnologías heredadas de otras culturas –como la vela latina o el astrolabio–, se incrementaron, a pesar de que ya existían exploraciones portuguesas de la costa africana, e incluso comercio de esclavos, a mediados del siglo XV, aunque con carácter regional, y principalmente con el fin de abastecer el mercado local portugués (Mbembe, 2016).

²³ El eurocentrismo es, al igual que el capitalismo, un eje de poder, o un modo de dominación. Se le considera también una especie de culturalismo, en el sentido que supone que no existen variables culturales que le den forma a distintos devenires históricos de diferentes pueblos. En otras palabras, el eurocentrismo es una especie de universalismo que pretende implantar un único conocimiento, el europeo (Gómez et al, 2017). Se debe aclarar que, a pesar del uso del prefijo “euro”, el eurocentrismo no se refiere a toda Europa. Más bien se reduce a Europa occidental, más en un sentido económico y cultural que geográfico –es decir, quedarían excluidas España, Portugal, el sur de Italia y Grecia, por ejemplo.

Estas exploraciones culminarían con el “descubrimiento” de América, y, posteriormente, como sostiene Santiago Castro-Gómez (2000), se daría un enorme expansionismo ultramarino europeo y con este la idea de la Modernidad como única referencia de progreso y desarrollo, impuesta a la fuerza en las culturas conquistadas. Esta noción, indica, estuvo enormemente sustentada por el saber científico occidental, que finalmente va, para usar términos de Max Weber (1984), a “desencantar el mundo” con base en criterios racionales y conforme a intereses capitalistas. Sin embargo, esas nociones nunca fueron ni universales ni incuestionables, como montañas de saber han tratado de dar por sentado; más bien son ideas muy locales, surgidas de una región que hasta 1492 era bastante periférica, pero desplegadas a nivel global, a la fuerza, y a través de aventuras coloniales y sus legados.

La culminación de esta idea de racionalización y disciplina del globo bajo términos modernos va a quedar en manos de los Estados surgidos del siglo XIX en adelante, que aún en procesos postcoloniales, como en el caso de América Latina, continuarán aplicando fórmulas devenidas del binomio que podemos llamar Modernidad/colonialidad; es decir, de esa simbiosis que se establece, a partir de 1492, entre la emergente Modernidad y el colonialismo que se impone en América y posteriormente en otros continentes en los planos del poder, el saber y el ser, como apuntaba Quijano. Esto da paso para que, como lo afirmara en cita anterior Martí, ya a finales del decimonónico, la colonia siguiera viviendo en las repúblicas; o lo que el mismo Quijano afirma, que, a pesar del advenimiento de los Estados independientes, las sociedades coloniales y la dependencia histórico-estructural persistieran.

Aparte de la consolidación de la idea del conquistador acerca del otro como desprovisto de moral, de conocimiento y de capacidad de evolucionar por sí mismo, el afianzamiento de ese régimen disciplinario moderno y su relación con la colonialidad también tiene que ver con la idea acerca de la naturaleza, que se cimentaría en los siglos posteriores a la conquista de América. En la Modernidad se establece una dialéctica entre el capital y el trabajo, analizado a fondo por pensadores como Marx. Si bien es cierto, a menudo, tanto en el pensamiento marxista como en el liberal, se hace referencia a la naturaleza, esta se ve como objeto, a partir del precepto cartesiano *cogito ergo sum*, y que

establece, como ya se dijo, una distancia entre el sujeto y el mundo que lo rodea, y una autoridad de su raciocinio sobre este. Por ejemplo, para Marx, la naturaleza es la tierra que, junto al trabajo, produce el capital; sin embargo, para él las propiedades físicas de las mercancías no tienen nada que ver con su existencia como mercancías (Marx, 2007). Y para Weber, como se apuntó anteriormente, el desencantar el mundo implica la racionalización de la existencia humana y su relación con la naturaleza, por ende, la substracción de todo valor posible al misticismo anterior a las sociedades modernas.

El colonialismo europeo y la conquista de América fueron fundamentales, según afirma Fernando Coronil (2000), para normalizar estas ideas; y la mercantilización de la naturaleza desde 1492 hasta el presente no se puede entender sin tomar en cuenta la expansión de Europa occidental por el resto del mundo. Incluir esta arista en la discusión es esencial para comprender los procesos que le dieron forma a la constitución mutua de Europa occidental y sus colonias, sostiene Coronil.

Entender esta relación, que se mantiene en el presente, incluso en una época como la actual, en la que la debacle ecológica global es una realidad, puede arrojar luces a la hora de analizar la concepción y el papel asignado a la naturaleza en una actividad como el turismo. La relación entre el ser humano y su entorno, no deja de ser, de todos modos, para el mismo Quijano, una de las dimensiones básicas de la existencia humana, y esta dimensión está enormemente influenciada por la misma colonialidad.

Como propuesta de pensamiento a partir de este diagnóstico que hacen los pensadores decoloniales de la conquista de América, el colonialismo y la época republicana, e incluso de la era de la globalización, se incluye la necesidad de generar un pensamiento “otro”. Este pensamiento debe generarse a partir de la evidencia surgida de la interpretación del pasado y del cuestionamiento de los relatos oficiales y las historias nacionales, que esconden grandes contradicciones y discriminaciones (Gómez et al, 2017). Dussel (2009), por ejemplo, propone el término “transmodernidad” como vehículo para superar la visión eurocéntrica de la Modernidad, y presenta el término “pluriversidad epistémica”, donde se pueda generar conocimientos desde lugares que reconozcan las particularidades y las necesidades de cada sociedad.

Con la idea de la tranmodernidad, como señala Grosfoguel (2013), se debe reconocer la necesidad de un proyecto universal compartido y común contra el capitalismo, el imperialismo y la colonialidad. En otras palabras, se sugieren formas alternativas de producir saberes desde las regiones periféricas. Estos saberes deberían ser opuestos a todo sistema de opresión generado a partir de la generación de conocimiento y de la clasificación social derivadas de conceptos como raza o género.

Esta visión de la historia de América, desde su conquista hasta la actualidad, y la relación que establece entre raza, la visión cartesiana de la naturaleza, y algunos de los principales paradigmas epistemológicos, políticos y económicos surgidos a partir de la conquista de América, no ha dejado de ser cuestionada por algunas corrientes de pensamiento que aún se resisten a aceptar como válidas, e incluso argumentan contra postulados de pensadores como Quijano o Dussel. Entre las críticas más difundidas está la que considera que existe una escasez de investigaciones empíricas cualitativas que le den sustento a las principales afirmaciones de las teorías decoloniales. Esta escasez, se afirma, no ayuda a complejizar el horizonte de posibilidades ni a ampliar el marco de referencias analítico metodológicas (Puentes, 2014).

Del mismo modo que teóricos postcoloniales como Said han sido criticados por, de algún modo, esencializar Europa occidental a la hora de criticar la forma en que los poderes coloniales europeos se inventaron el oriente, también se critica a las genealogías de Dussel o Mignolo sobre el eurocentrismo como limitadas, y, hasta cierto punto, inventadas. Las críticas de Dussel a Hegel, en cuanto a que el segundo contribuyó enormemente a prácticamente inventarse la historia intelectual europea como un linaje directamente descendiente de la filosofía griega, podría no diferir, en cuanto a la metodología, de lo que hace Dussel cuando deconstruye esa misma genealogía (Puentes, 2014). Esto podría tener mucho sentido como argumento, sin embargo, no debemos olvidar que ambas son construcciones intelectuales, y toda construcción intelectual inventa una tradición, con sus respectivos filtros y falsificaciones en función a determinados intereses, ya sean políticos, económicos o culturales (Hobsbawm y Ranger, 1983).

Finalmente, al igual que en los estudios postcoloniales, está el debate entre los pensadores decoloniales y el marxismo tradicional en cuanto a la cuestión de raza o clase como principal división entre explotados y explotadores. Para algunas corrientes del marxismo en América Latina, principalmente las militantes, un gran problema del giro decolonial es su carácter reformista, desde una perspectiva política, además de no tener alternativas políticas contra el capitalismo y la colonialidad (Artavia, 2016). Es decir, de parte de esta crítica se nota la acusación a los estudios decoloniales de tener un marcado acento postmoderno, además de ser anti comunista y sin alternativas universales para la clase trabajadora.

En algunos de estos cuestionamientos, principalmente los que vienen de ciertas vertientes marxistas, se nota cierto recelo ante, principalmente, las objeciones decoloniales a la visión marxista de índole positivista y universalista de la historia humana. Es común en estos debates encontrarse a académicos marxistas revisitando a Marx o a Lenin, entre otros, para tratar de demostrar que las cuestiones que preocupan a los estudios decoloniales ya fueron resueltas por estos, o fueron mencionadas y se sugirieron modelos explicativos, o finalmente, no podían ser cubiertas y resueltas en su totalidad debido a que eran otros tiempos, o el contexto latinoamericano no interesaba ni tenía por qué interesar a estos teóricos fundacionales. Es decir, se vislumbran en estos intercambios debates de nunca acabar, y que, por supuesto, no está entre los propósitos de este trabajo resolver.

Sin embargo, el entendimiento de los mecanismos que operan en la formación y difusión de ciertos discursos, su genealogía, y sus efectos; el entendimiento del modo en que pensadores como Said o Quijano lograron establecer una conexión entre esa genealogía y la experiencia colonial de los sujetos conquistados, dominados y producidos a la luz de la acumulación progresiva de recursos, conocimiento y técnica de una élite europea que poco a poco lograría difuminar su visión de mundo por el resto del orbe; y la comprensión del enorme peso del discurso colonial en la formación de los sujetos de los que habla, son fundamentales para abordar el fenómeno del turismo de sol y playa en Guanacaste desde una perspectiva crítica. Principalmente, y como se apuntó en el capítulo anterior, porque, aparte de algunos intentos de aplicar preceptos y criterios derivados de la teoría de la dependencia, prácticamente nada, o muy poco se ha hecho utilizando postulados derivados

de las teorías postcoloniales, decoloniales, o los aportes a la cuestión del poder como los planteados a lo largo de este capítulo.

El uso de estos preceptos teóricos, desde Foucault hasta los estudios decoloniales latinoamericanos, nos puede ayudar a analizar la producción de Guanacaste como una meca del turismo de sol y playa a nivel regional, y sus efectos, no solamente en los pobladores locales, también en sus recursos naturales y en los propios turistas. A la vez, puede ayudar a estudiar cómo ciertos discursos acerca de la región terminan produciéndola como tal, y determinando el poder, el saber y la experiencia del espacio y sus habitantes como parte del imaginario turístico prevalente en la provincia, específicamente en sus costas.

Además, es importante entender que la colonialidad y los efectos del discurso colonial, como se ha explicado en este apartado, persisten más allá del colonialismo y los procesos globales de descolonización. Con estas nociones es posible hacer una disección al asunto turístico en Guanacaste, y verificar, hasta qué punto, la representación, narración y designación de sujetos, espacios y la concepción de la naturaleza sigue, genealógicamente, el patrón de la colonialidad del poder, del saber, del ser, y del discurso colonial, con sus consecuentes efectos, según se manifiestan en los imaginarios turísticos de la provincia.

Imaginarios sociales, imaginarios turísticos y geografías de la imaginación

Una vez abordados aspectos como el discurso colonial o el poder, especialmente su constitución y campos de acción en todos los niveles de la sociedad, es importante entonces echar un vistazo, desde una perspectiva teórica, al tema de los imaginarios sociales. De alguna forma, estos también contribuyen a constituir los sujetos y el funcionamiento de las sociedades, entre ellas, por supuesto, las del litoral guanacasteco; además, son parte del andamiaje de poder y del funcionamiento de toda colectividad. Si bien es cierto, algunos proponentes de las concepciones de imaginarios sociales que serán tratados a continuación no necesariamente están relacionados con el análisis del discurso colonial, o bien con el análisis del poder enfatizado hasta ahora, su aporte es fundamental para entender cómo los modos de imaginarnos influyen directamente en la constitución de nuestras sociedades.

Una de las premisas básicas de teóricos de la cuestión de lo imaginario y su relación con la constitución de las sociedades modernas es no solamente abordar la cuestión de la imaginación por sí misma, sino tratar de analizarla y entenderla como síntesis, y, principalmente, como fuente de lo real y de lo social; es decir, como modo de imaginarnos como personas, sociedades, naciones, y cómo nos desenvolvemos a partir de las formas en que nos imaginamos. Acá no se trata, entonces, de analizar los imaginarios sociales como verdaderos o falsos a partir de una “realidad” específica, sino como los modos en que las sociedades se perciben, y, a la vez, se constituyen, se desarrollan y sobreviven.

Para tener una mejor comprensión de esta idea, es fundamental echar un vistazo a la contribución de Cornelius Castoriadis (1975), quien sostiene que ningún orden social es pura funcionalidad. Más bien, afirma, las sociedades se organizan a través de significaciones imaginarias instituidas de manera simbólica. Es decir, todo lo que consideramos como dado o real en el entramado social está relacionado, y, de cierta forma, imbricado con lo simbólico, más allá de las posibles elecciones individuales que un sujeto crea que puede hacer. Según Castoriadis, en toda sociedad existe una estructura compleja de instituciones y fuerzas instituyentes que viven en permanente tensión con símbolos ya instituidos, y en donde siempre existe la posibilidad de crear nuevos símbolos aún no existentes.

Las sociedades, afirma, se revelan en sus instituciones; pero, al mismo tiempo, siempre tienen cierta apertura e indeterminación por aquello que aún no ha sido instituido. Entonces, estas presentan un carácter de auto constitución anónimo, y cada una se organiza a partir de esas significaciones, que, a la vez, adiestran a los sujetos para que colaboren en su mantenimiento y en su reproducción. Como consecuencia de este funcionamiento y reproducción de las sociedades a partir de símbolos, estas se convierten en realidades históricas con alteraciones constantes de sus significaciones. Para Castoriadis, el desarrollo del mundo a nivel histórico es, fundamentalmente, el desarrollo de las significaciones, y la cuestión histórica es la producción de nuevos sistemas de significados y significantes.

En cuanto a la constitución de las sociedades modernas –un tema muy importante para los propósitos de este trabajo– Castoriadis sostiene que las mismas están repletas de

significaciones menores, menos relevantes, que cambian constantemente para que las significaciones mayores y centrales no cambien nunca, incluso cuando estas ya hayan perdido el sentido con el que emergieron (Castoriadis, 1998). Es decir, existe en las sociedades modernas una suerte de repetición de lo mismo. Esta constante negación de la creación conlleva a un ocultamiento de lo imaginario, y hace que la historia y las sociedades mismas se perciban como gobernadas por una instancia superior a ellas, y que lo imaginario se vea como falso, o como lo opuesto a la “realidad”.

En resumidas cuentas, para Castoriadis una sociedad no es solamente un sistema funcional para la convivencia de sujetos y para la satisfacción de sus necesidades. Pero tampoco es solamente una red de símbolos y de factores imaginarios. Las sociedades básicamente funcionan a partir de relaciones entre lo simbólico y lo imaginario, y su simbiosis con las prácticas cotidianas. Esta relación es la que les permite constituirse, existir y sobrevivir. Según el autor, “la institución es una red simbólica, socialmente sancionada, en la que se combinan, en proporción y relaciones variables, un componente funcional y un componente imaginario” (Castoriadis, 1998, p. 227).

Lo imaginario, entonces, es lo que le da a la funcionalidad de cada sistema institucional su orientación específica; y no es lo que, en la vida cotidiana, o incluso en algunas corrientes de pensamiento marxista se cree: una forma de ocultamiento de lo real, o bien una forma de dominación. Es más bien una condición de la existencia de lo real. Ese es tal vez uno de los mayores aportes del filósofo greco-francés; el tratar de demostrar que lo imaginario no es falsa conciencia, ni ideología, ni mecanismo de dominación, y mucho menos lo que el término implica en el habla cotidiana, es decir, un invento o una ocurrencia alejada de lo real. Más bien, lo imaginario es un centro de creación y renovación de las significaciones que mueven y sostienen a las sociedades.

Por otro lado, para el filósofo canadiense Charles Taylor (2006), otra influyente voz contemporánea en el tema de los imaginarios sociales, estos son más que las construcciones intelectuales que puedan elaborar los filósofos o los científicos sociales al reflexionar sobre las realidades sociales. Más bien, apunta, se trata de los modos en que la gente imagina su existencia social, el tipo de relaciones que mantienen unas personas con otras, lo que ocurre

en dichas relaciones, las expectativas, y las imágenes e ideas normativas más profundas que subyacen a esas expectativas. A diferencia de una teoría, vista por Taylor como el coto privado de una minoría de intelectuales, un imaginario es una concepción colectiva que todo el mundo entiende, que se manifiesta a través de imágenes, historias, leyendas, y que posibilita prácticas comunes y un sentimiento ampliamente compartido de legitimidad. No obstante, reconoce la posibilidad de que los imaginarios provengan también de ideas de ciertos sujetos, que puedan ser inducidos, al contrario de Castoriadis, que enfatiza el carácter anónimo y hasta cierto punto azaroso de los imaginarios sociales.

Taylor basa su noción de imaginarios sociales, principalmente aquellos surgidos en Europa a inicios de la Modernidad, y que son la base de la idea que desarrolla, a partir, principalmente, de dos procesos ocurridos a lo largo del siglo XV: el proceso de civilidad y el del desencantamiento del mundo. El primero se refleja en la valoración de la educación humanística, el autocontrol y la disciplina. El segundo, en dejar de percibir la identidad propia, e incluso la idea de prosperidad, como dictadas por algo divino e inexplicable, fuera de la sociedad, es decir, por Dios. Más bien la identidad pasa a explicarse, y sucede, a partir de fenómenos y hechos concretos que pueden estar bajo el control de los sujetos mismos, y no requieren de la legitimación de un ente divino.

A partir de estos procesos, según Taylor, tres formas de entendimiento mutuo transforman el imaginario social pre moderno en los imaginarios sociales modernos²⁴: la economía como realidad objetivada, la esfera pública, y la autodeterminación o el autogobierno democrático. La combinación de las tres dará forma a la sociedad civil que surge en el siglo XVIII, comprendida como de naturaleza secular, y que se diferencia claramente del ámbito político. La economía, como indica Pablo Beytía en un comentario sobre la obra de Taylor, se empieza a entender, entonces, como una dimensión social en la que cada sujeto, persiguiendo objetivos individuales, logra, por mecanismos estructurales, el beneficio colectivo; la esfera pública es el espacio de discusión en donde se forma opinión en temas de interés general; y, finalmente, la idea del pueblo soberano, expresada a

²⁴ Taylor sostiene que no existe una sola Modernidad. Más bien, afirma, existen múltiples modernidades, por lo que también existirían distintos imaginarios, con matices de particularidades locales. Su idea es que existen diferentes formas de erigir y animar instituciones modernas como el Estado burocrático, la economía de mercado, la ciencia y la tecnología, entre otros.

través de revoluciones como la francesa o la independencia estadounidense, habría determinado el nacimiento de la idea del pueblo como agencia colectiva (Beytía, 2011).

Una característica en común de los aportes de Castoriadis y de Taylor acerca de los imaginarios sociales es su naturaleza de ejercicio filosófico al aproximarse al modo en que las sociedades modernas se imaginan a sí mismas. Ambos autores utilizan poca o ninguna corroboración empírica para llegar a sus conclusiones. Sin embargo, como ejercicio teórico, son valiosos aportes para los propósitos de este trabajo, especialmente cuando se analice la construcción de espacios y la representación de sujetos en Guanacaste como productos derivados con la imaginación colonial, expuesta anteriormente. En el caso de Castoriadis, al igual que sucede en el ensayo de Benedict Anderson (1983) acerca del nacimiento de las naciones modernas, la importancia de su contribución reside en que arroja luz acerca del papel de la imaginación y de lo imaginario en la constitución de las realidades que habitamos, más allá de la connotación que estos términos tienen en el habla popular.

En el turismo, la imaginación y los imaginarios son fundamentales para formarse una percepción de un destino en el mercado turístico global. La promoción turística ciertamente se basa en imaginarios y en ideas ya existentes acerca de lugares a visitar. No en vano un país como Costa Rica aún vive de las rentas de la moda del turismo ecológico de los años noventa del siglo pasado; y hoy en día mantiene una imagen internacional de nación con alta conciencia ambiental, a pesar de que las prácticas cotidianas y las políticas públicas de los habitantes y los gobiernos de turno no necesariamente reflejen lo que se proyecta en ese imaginario. Sin embargo, las imágenes están presentes y aún tienen enorme influencia, incluso en la autopercepción de los ciudadanos costarricenses.

En cuanto a Taylor, el incluirlo en esta discusión tiene que ver, irónicamente, con el hecho de que su propuesta de imaginarios sociales abarca, básicamente, y él mismo lo reconoce, Europa occidental y Estados Unidos. A pesar de que el filósofo canadiense admite, como se acotó anteriormente, que existen múltiples modernidades y varios modos de erigir y animar distintas formas institucionales, en su ensayo advierte que lo que hace es describir el imaginario social propio de la Modernidad occidental. Entonces, aspectos

como la idea de la civilidad, el autocontrol o la racionalidad, para citar algunos, que aduce conforman las subjetividades modernas –léase Europa occidental y Estados Unidos–, al mismo tiempo pueden generar una oposición, horror, y hasta ausencia total de empatía con toda sociedad que no comparta o no practique esas ideas.

Un caso claro en un contexto como el contemporáneo sería el terrorismo derivado de la mezcla entre política y religión, sumamente opuesto a la noción moderna y laica que sostiene que la separación entre religión y Estado es más conveniente para que la auto determinación y el auto gobierno sean posibles, y que tal división no sería viable sin el previo desencantamiento del mundo, y sin la idea de la horizontalidad de los individuos que conforman una sociedad.²⁵ En cuanto a imaginarios coloniales, no cabe duda que la diferencia a menudo se catalogaba como hostil, a la vez que detonaba la necesidad de someter, colonizar y construir a partir de ideales occidentales que erradicaran la “barbarie” del otro.

Esto último tiene que ver con el carácter prescriptivo de los imaginarios sociales modernos occidentales, especialmente a partir del siglo XVIII, al resto del mundo. Es decir, muchas otras sociedades, entre ellas la mayoría de los proyectos nacionales latinoamericanos, han sido desarrolladas, incluso desde su periodo colonial, a partir de imaginarios como los que apunta Taylor. Sin embargo, estos imaginarios no surgieron en nuestros contextos, que más que modernos han sido modernizados, en ocasiones a la fuerza y generando exclusiones muy evidentes, aún hoy en día.

Así es como las élites latinoamericanas, desde el siglo XIX, se han percibido a sí mismas como modernas, y a partir de su auto percepción han impulsado proyectos nacionales que llegan a imaginar sus propias naciones como si estuvieran directamente vinculadas económicamente, culturalmente y socialmente, exclusivamente con contextos como el europeo o el norteamericano. En el caso de Costa Rica, aportes como los de Iván

²⁵ La idea de Taylor de imaginarios sociales no ha pasado desapercibida entre críticos que le achacan una visión muy optimista y poco crítica de las sociedades occidentales modernas. Por ejemplo, es escaso en su análisis el abordaje de aspectos como la desigualdad, las guerras, la pobreza, o el problema del individualismo, que también puede conllevar al consumismo exacerbado y a la desigualdad, entre otros aspectos que también son parte de las sociedades occidentales pero que son poco analizados en su obra (Girola, 2007).

Molina (2003) o Alexander Jiménez (2002), entre otros, constituyen interesantes estudios de este fenómeno, tanto en la historiografía como en el pensamiento filosófico costarricense.

Otro punto importante que se puede derivar del aporte de Taylor, y que tiene que ver con los alcances de este estudio, es que esa exclusividad y ese tono prescriptivo de los imaginarios sociales modernos occidentales han hecho, a lo largo de los últimos siglos, que el auto control, la disciplina, la civilidad, la horizontalidad, e incluso la idea del progreso y lo moderno sean imaginados como aspectos exclusivamente occidentales. Entonces, como bien apunta Lidia Girola (2007), en el imaginario social occidental, el contraste entre la visión de mundo moderna occidental y, por ejemplo, los pueblos indígenas americanos, no se vería como la diferencia entre dos culturas, sino como contraste entre cultura y naturaleza, o para usar una dicotomía recurrente, entre civilización y barbarie. La disciplina, el autocontrol, y el carácter emprendedor serían atributos meramente occidentales, mientras que culturas como las nativas americanas, las africanas, o los habitantes mestizos del subcontinente latinoamericano vendrían a ser lo contrario.

El sujeto moderno occidental puede, entonces, erigir su propio destino, y movilizarse; sin embargo, esos atributos no le son dados a otras culturas. De ahí que, por ejemplo, en una actividad como el turismo en países de nuestra región, los visitantes modernos occidentales puedan moverse a discreción prácticamente sin ningún tipo de restricción migratoria; mientras que los migrantes del subcontinente hacia Estados Unidos o Europa son racializados y hasta perseguidos por las autoridades, casi como si fueran criminales, además de ser vistos como ciudadanos de segunda clase en las sociedades occidentales donde se logran instalar. O bien, a los ciudadanos que migran de países pobres a países ricos se les llama migrantes, un término que, en contextos como el contemporáneo, con la exacerbación de la xenofobia, en algunos casos incluso desde ámbitos institucionales, puede tener connotaciones bastante negativas. Mientras tanto, a los migrantes de países ricos a países pobres se les conoce con términos como expatriados o *expats*, como se usa en inglés, o bien, “migrantes de amenidad”. Estos términos implican nomadismo, aventura, exploración, e incluso una idea un tanto romántica de las movilidades, todo lo opuesto a lo que connota un término como “migrante,” aunque en realidad, eso es lo que son.

Ahora bien, volviendo a echar un vistazo al aporte de los estudios postcoloniales, otra idea que puede significar una contribución valiosa en esta discusión, antes de abordar el concepto de imaginarios turísticos, y antes de proceder a analizar estos imaginarios en representaciones visuales y a través de corroboraciones empíricas en el próximo capítulo, es la noción de geografías de la imaginación²⁶, aportada por Edward Said (1978). Insospechadamente, y aunque ambos teóricos no están del todo relacionados, la idea de Said tiene cierta relación con Taylor en cuanto a que ambos coinciden en que existe un modo de imaginar y una influencia en esas formas de imaginación en las maneras en que occidente ha concebido al mundo. Al igual que Taylor, Said sostiene que existe un modo de pensar la geografía a partir del uso de las nociones de mundo modernas más relevantes. Este modo imbrica imaginación con realidad al punto de, como sostiene el mismo Castoriadis, establecer un contrapunteo entre ambas, con claras implicaciones en la funcionalidad de las sociedades según estas se imaginan. Para Said, gran parte de lo que Taylor llamaría imaginarios modernos está más bien relacionado con las formas de imaginar del discurso colonial.

Al ser la crítica literaria la base de su formación, en Said el lenguaje es fundamental, como construcción social, a la hora de crear una historia del mundo. Para el pensador palestino no existe un orden pre establecido, y tampoco un ordenamiento histórico o social que funcione a partir, meramente, de designios económicos, como podrían argumentar algunos marxistas ortodoxos. Sostiene más bien que la formación de los Estados modernos fue algo que sucedió en el trasfondo de los imaginarios geopolíticos imperiales; y que la geopolítica, aún la contemporánea, ha sido y sigue siendo en gran parte moldeada por un poder/saber colonial.

²⁶ En el texto original de Said, en inglés, este término aparece como *imaginative geographies*, el cual, traducido literalmente sería “geografías imaginativas”. En la traducción al español del texto, el término aparece como “geografías imaginarias”, -ver la traducción de María Luisa Fuentes, Barcelona: Debolsillo, 2008 -, y en portugués -en la traducción de Tomás Rosa Bueno, Sao Paulo: Companhia das Letras, 1990 -, por ejemplo, aparece como “*geografias imaginativas*”. En el caso de este trabajo, se ha recurrido a traducirlo como “geografías de la imaginación”, dado que la traducción estándar al español más bien parece querer dar a entender que el término implica algo meramente ficticio, con poca o ninguna conexión con las realidades de las geografías imaginadas y retratadas, ya sea de manera visual o escrita. El término escogido -geografías de la imaginación- se acerca más a la idea que trata de explorar Said.

Un modo de entender y explicar estos imaginarios es a través de lo que él denomina geografías de la imaginación, las cuales son e implican formas de sustentar imágenes de lo propio y de lo local, y, a la vez, de lo extraño y lo lejano. Entonces, tanto las geografías de la imaginación como la historia contribuyen a que la mente intensifique su propio sentido de sí misma, al dramatizar la distancia y la diferencia entre lo cercano y lo lejano (Said, 1978). Estas geografías de la imaginación nunca son el producto de operaciones puramente cognitivas, verificables empíricamente a través de datos duros. Están más bien animadas por fantasías, deseos, y siempre implican valoraciones comparativas entre lo propio y lo extraño. Tampoco están circunscritas a trabajos de ficción, como novelas, obras de teatro, o poemas. Circulan aún en ámbitos que podríamos llamar más formales, como en el de las ciencias que tienen que ver con el espacio y el territorio, a través de mapas, cartografías, y en la geografía misma como disciplina.

Un interesante ejemplo que ilustra mejor esta noción, que entrelaza y tensa lo material con lo simbólico, es el del uso de metáforas para describir el interior de una casa y cómo la casa misma se transforma a través de las experiencias que esas metáforas puedan sugerir. Así, el espacio objetivo de una casa –sus esquinas, pasillos, habitaciones, sótano, medidas– es mucho menos importante que los atributos poéticos que le puedan ser asignados, y que generalmente son cualidades con un valor imaginario y figurativo que es posible nombrar y sentir. De esta forma, la casa puede estar encantada, puede ser acogedora, mágica, o descrita como una prisión. El espacio, entonces, adquiere un sentido emocional e incluso racional a través de un proceso poético en el que los elementos vacantes o anónimos son transformados en lo que en realidad le da significado al espacio mismo (Said, 1978).²⁷ Lo interesante acá es notar que el espacio objetivo es muchísimo menos importante que lo que Said denomina, utilizando el término acuñado por Gaston Bachelard (1975), la poética del espacio.

Al ser los atributos poéticos o metafóricos los que le dan sentido a un espacio o a un lugar, los mismos adquieren un matiz parecido al que Castoriadis le da a su idea de

²⁷ En el ámbito del turismo, por ejemplo, una habitación de un hotel siempre es un espacio imaginado, generalmente como fuente de confort y placer. Lo mismo sucede con todo el hotel, o bien con el destino turístico en general, que adquiere connotaciones que van más allá de sus dimensiones tangibles, y que, a la postre, influyen enormemente en su funcionamiento real.

imaginario social, o Benedict Anderson (1983) a sus comunidades imaginadas, para referirse al nacimiento del concepto moderno de nación. Es decir, lo importante no es la falsedad o la veracidad de esos atributos, sino el efecto que tengan los mismos en el espacio y en cómo este sea imaginado, concebido, y, por ende, moldeado y construido. El punto central de la idea de Said es que el poder y el saber occidentales han producido una visión de otros espacios basada en la imaginación, y la ha popularizado a través de la producción académica y artística, la literatura de viajes y la mirada colonial.

El colonialismo y el imperialismo, en el caso de las geografías de la imaginación, han sido fundamentales en dotar al espacio otro, a lo lejano y desconocido, lo que está fuera de los valores occidentales de los que hablaba anteriormente Taylor, de un rostro; y, al mismo tiempo, de una identidad que ha sido determinante, no solamente ante los ojos de esas sociedades occidentales, también ante los ojos de quienes habitan esos lugares otros. Esos habitantes son, principalmente, los sujetos que fueron colonizados, sus descendientes, o los que son el fruto de la mezcla de colonizadores y colonizados, como sucede en las sociedades latinoamericanas, más allá de lo que los proyectos nacionales oficiales puedan predicar.

El geógrafo británico Derek Gregory (1994), a partir de la idea de Said acerca de la distancia establecida y los atributos producidos por las geografías de la imaginación entre lo propio y lo extraño, y lo cercano y lo distante, trata de darle a esta noción un enfoque aún más abarcador. Propone que las geografías de la imaginación tienen un carácter performativo, en el sentido que producen los efectos que nombran. El espacio no es solamente el ámbito de lo material, sino que ejecuta acciones. Es decir, el espacio no es solamente algo imaginado –aunque esta imaginación también le pueda conferir características que lo conviertan en parte inherente de su existencia–, también, como afirma Mohamed Al-Mahfedi (2011), acerca del aporte de Gregory, concretamente, lo imaginado señala las prácticas que a la postre se producen en un determinado espacio. En el caso del estudio del espacio turístico, este aporte es fundamental para entender el modo en el que el espacio y el paisaje no solamente son imaginados, sino también tienen un carácter performativo en un imaginario turístico como el guanacasteco, como se demostrará en el capítulo siguiente.

Ahora bien, como último punto en el ámbito de los imaginarios, y que nos remite al plano inmediato del turismo, es importante aclarar, una vez más, que los imaginarios y el turismo están intrínsecamente relacionados. Uno sin el otro no serían posibles. Como señala Stijn Reijnderts (2011), es realmente difícil dimensionar el turismo sin pensar en imaginarios o fantasías. En el turismo contemporáneo, desde la idea romántica, de gran circulación, que se tiene de ciudades como París o Venecia, el mundo aparentemente mágico y perfecto de Disney, lo fantasmagórico y lo extraordinario del castillo de Drácula en Rumanía, o bien lo paradisíaco de las playas de Guanacaste, la imaginación no se puede desligar del destino. Esta tesis es sustentada, en el ámbito académico latinoamericano, por investigadores como Daniel Hierneax-Nicolás, que también afirma que no es posible pensar en turismo solamente a partir de condiciones y fuerzas desencadenadas en la esfera de lo económico: existen también poderosos imaginarios sociales que lo sustentan (Hierneax-Nicolás, 2009).

En torno a este tema, es importante el aporte de Noel Salazar, uno de los más conspicuos investigadores en torno a lo imaginario en el turismo a nivel global en la actualidad. Salazar elabora a partir de nociones como la de Paul Ricoeur (1994) acerca de lo imaginario como una función que produce significado, y, a la vez, es el producto de esa función. Considera que los imaginarios son ensamblajes de representaciones que interactúan con las imaginaciones personales de la gente y se utilizan como forjadores de significado y de visión de mundo (Salazar, 2012). Sostiene también que muchos de estos imaginarios están estructurados por dicotomías, en ocasiones difícilmente reconocibles, y que representan al mundo en binomios ligados paradigmáticamente: naturaleza-cultura, aquí-allá, masculino-femenino, adentro-afuera, y local-global. Otra idea de Salazar, y que coincide con las acotadas anteriormente a partir de teóricos como Said o Taylor, es que los imaginarios no se expresan en términos teóricos, sino en imágenes y en discursos. Las imágenes existen por medio de representaciones o entendimientos implícitos, aun cuando estas adquieran una gran fuerza institucional. A la vez, son el medio a través del cual los individuos entienden sus identidades y su lugar en el mundo.

Salazar afirma, siguiendo a L.L. Wynn (2007) que, en el caso del turismo, estos imaginarios se convierten en tangibles cuando se encarnan en instituciones, sitios

arqueológicos, museos, monumentos, hoteles, y, muy importante para los propósitos de este trabajo, en los medios de comunicación –ya sean tradicionales o digitales–, y en otras producciones culturales. A través de estos medios, potenciales turistas son invitados a imaginarse a sí mismos en ambientes paradisíacos en los que tanto el paisaje como la población local están prestos a ser consumidos por la observación, las sensaciones corporales y la imaginación.

Según estas características, entonces, los imaginarios turísticos no emergen de las experiencias concretas y cotidianas de las personas, sino de las imágenes colectivas. Por lo tanto, estas no deben ser consideradas simplemente como representaciones comerciales de lugares y personas con un contenido simbólico o interpretativo. Más bien propagan estereotipos heredados históricamente, basados en mitos y fantasías coloniales que forman parte de imaginarios sociales mayores.

Los discursos del pasado, entre los que se encuentran el orientalismo, el colonialismo y el imperialismo, al parecer son territorio fértil de sueños románticos y nostálgicos dentro del turismo. En el caso de los países periféricos, es decir, en un contexto como el guanacasteco, los imaginarios son primordialmente acerca de fantasías que contienen una nostalgia ambivalente con el pasado, en las que se enfatizan factores aparentemente benévolos de este, y, a la vez, se oculta la dominación colonial brutal a la que, anteriormente, esos destinos fueron sometidos (Salazar, 2012). No es gratuito, por ejemplo, que, en un contexto como el de Guanacaste, el acervo simbólico de la hacienda ganadera se mercantilece en escenarios turísticos sin hacer mención alguna a las condiciones de explotación que los sujetos representados en escenificaciones, que supuestamente replican lo auténtico, fueron sometidos en el pasado, e incluso siguen siendo sometidos en el presente.

Implícito en estas fantasías e imaginarios también está la idea, expuesta por Graham Dann (1976), -que ha servido de base para muchos estudiosos del concepto de imaginarios turísticos, incluidos Salazar e Hierneux-Nicolás, entre otros– que afirma que estos comparten primordialmente dos características: por un lado, salir de la monotonía y la supuesta falta de significado de la vida cotidiana a través de experiencias gratificantes

como el escapismo y el deseo por lo exótico; y, por otro lado, la exaltación del ego a través de la acumulación de capital simbólico. Estos deseos, tanto de escapismo como de acumulación de capital simbólico, no necesariamente corresponden a aspiraciones internalizadas de carácter individual. Más bien son parte de imaginarios mayores, ampliamente compartidos, y que se articulan a través de prácticas sociales y medios de comunicación, en todas sus variantes.

Otro punto importante, según la idea de imaginarios turísticos de Salazar, es que no es precisamente la diferencia y lo extraordinario lo que motiva y nutre al turismo, sino más bien lo opuesto, la extensión de la pertenencia y de lo propio. A pesar de que se proyecta la diferencia, en los imaginarios turísticos lo que se hace realmente es resaltar imaginarios propios acerca de otras geografías y pueblos, lo que los convierte, interesadamente, en un vehículo para destacar la otredad, al tiempo que se afirman los valores de la cultura propia del mismo modo que acontece en el discurso colonial. Citando a Rachid Amirou (1995), Salazar sostiene que las historias, imágenes y deseos que abarcan marcos referenciales de imaginarios esencialistas, míticos, y exóticos, a menudo funcionan como el motor escénico que pone a la maquinaria del turismo en movimiento.

Acá es claro, por un lado, la relación entre lo simbólico y lo funcional, según la idea de Castoriadis, a la hora de establecer la representación y la funcionalidad de un destino turístico ante los ojos de un visitante; lo prescriptivo de ciertas nociones imaginarias occidentales, según la idea de Taylor, que proyectan una visión de mundo estándar versus los otros imaginarios; y, por supuesto, la vigencia de la noción de las geografías de la imaginación derivadas del análisis del discurso colonial, especialmente en un campo como el turismo, plagado de narraciones y representaciones visuales llenas de metáforas que transforman los espacios objetivos en espacios poblados de símbolos y significaciones.

En el ámbito teórico de los estudios turísticos existen otras nociones, aparte de las anteriores, de los imaginarios y su relación con los viajes y el ocio. Algunos autores lo denominan la imagen del destino turístico (Kock et al, 2016), y lo visualizan como algo que tiene que ver y que se define a partir de aspectos cognitivos y afectivos. Si bien es cierto, lo conciben, al igual que en el tema de los imaginarios expuesto anteriormente, como una

mezcla entre estados mentales e intenciones en el comportamiento, su énfasis en aspectos más relacionado con el ámbito psicológico individual que con imaginarios y comportamientos colectivos, los lleva a enfocarse en estudiar sectores poblacionales más específicos; es decir, individuos de ciertos grupos etarios, poder adquisitivo, sexo, entre otros, y dejan de lado aspectos más abarcadores, como los que estudian filósofos como Castoriadis o Taylor.

Hay aportes interesantes en estas visiones, por ejemplo, el tratar de incorporar términos como el afecto y el valor en los estudios turísticos. Teóricos de los estudios culturales, como George Yúdice (2002), ya han abarcado este tema en contextos más generales en el marco de los procesos de globalización a nivel mundial y en América Latina; sin embargo, en los estudios turísticos el uso de esta terminología es más reciente. Para investigadores como Sameer Hosany y David Gilbert (2010), las representaciones mentales afectivas se definen como el afecto general que un individuo le atribuya a un destino turístico, y este afecto puede contener tanto aspectos positivos como negativos.

Al igual que sucede con otros enfoques, como los explicados anteriormente, estos atributos le permiten a cada individuo describir y caracterizar un destino sin necesariamente evaluarlo de manera empírica, o sin necesidad de estar presente en el lugar (Josiasen et al, 2015). Entonces, la imagen de un destino turístico es en realidad una serie de simplificaciones de un mayor número de piezas e información ligadas a un espacio. Es el producto de un proceso en el cual la mente trata de esencializar, categorizar y procesar una gran cantidad de información acerca de un destino turístico (Kock et al, 2016).

Un problema con estos enfoques es que enfatizan aspectos muy específicos, sin necesariamente ligarlos o relacionarlos con ámbitos socioeconómicos y culturales mayores. Por un lado, es posible saber, para propósitos de marketing, por ejemplo, qué imagina un grupo etario de un determinado sexo, poder adquisitivo y grado de educación, de cierto destino turístico, y cuáles son sus expectativas y posible comportamiento en torno a este. Sin embargo, a menudo en estas investigaciones existe una brecha entre estos aspectos, que podríamos llamar más específicos, y que sin duda son valiosos, y aspectos macro, como los

apuntados anteriormente, y que implican economía política, cultura, historia, sociedad, y que encajan mejor con los objetivos de esta investigación.

Es por eso que la parte teórica de los imaginarios sociales será favorecida en este trabajo, en vez de enfoques más cuantitativos y de alcances más específicos. Además, el contrapunteo que se establece entre las nociones de poder abarcadas en este apartado, la idea de discurso colonial, y las de los imaginarios sociales según Castoriadis y Taylor, hace que los imaginarios turísticos de Salazar o Amirou guarden una relación más cercana con los objetivos de este estudio, y, al mismo tiempo, puedan abarcar de una manera más amplia la forma en que Guanacaste es producida por discursos e imaginación en el sistema turístico local.

Capítulo 3

Geografías de la imaginación en acción: turismo de enclave en Guanacaste y representación de paisajes, construcción de espacios, y ejercicios de poder

Como se acotó en el primer capítulo de este trabajo, a partir de aportes significativos de estudiosos de la cuestión turística, como Dean McCannell (1976) y su idea del turismo como un ritual de exploración a través del cual se busca experimentar las diferencias entre pueblos y lugares; John Urry (2004), que ve los lugares turísticos como moldeados por imágenes derivadas de la publicidad, la literatura de viajes, el cine y la televisión; o el mismo Noel Salazar (2012), mencionado en el capítulo anterior, y sus esfuerzos por desarrollar el concepto de imaginarios turísticos, es clara la existencia de todo un cúmulo de perspectivas acerca de la influencia de la imaginación en el turismo y sus consecuencias en los distintos tipos de desarrollo turístico, entre ellos, por supuesto, el de sol y playa en Guanacaste.

Por otra parte, retomando el concepto de geografías de la imaginación de Edward Said (1978), es posible explicar el origen de gran parte de los imaginarios turísticos que pueblan el litoral guanacasteco. Bajo esta perspectiva, estos no vendrían de lo que podríamos llamar meramente lo concreto, es decir, la constitución misma de la provincia, en parte verificable a través de indicadores estadísticos y datos duros. También se podrían explicar a partir de cómo esta región es imaginada a través de la mezcla de elementos simbólicos y tangibles, como los espacios, los lugares, y ciertas prácticas sociales. Con estas premisas teóricas se tratará de señalar, en este apartado, cómo estas formas de

imaginar se derivan de postulados propios del discurso colonial, abordado en el capítulo anterior, que delinea paisajes y construye espacios en una clara concordancia con el poder y los saberes hegemónicos de la modernidad colonial occidental.

El principal objetivo de este capítulo es demostrar, entonces, que los imaginarios turísticos alrededor del sol y la playa en Guanacaste guardan una muy cercana correspondencia con las geografías de la imaginación. Esto es posible corroborarlo a través del análisis de la representación del paisaje y la construcción de espacios en la Guanacaste actual, trazables en grafías y en metáforas, tanto escritas como visuales, y que se corresponden con muchas de las formas en las que el discurso colonial imaginó la geografía americana: como primigenia, salvaje, y presta a ser modificada y construida a través de procesos civilizatorios que, al mismo tiempo, mantuvieron, y a menudo exacerbaron, la otredad del territorio en representaciones en mapas, paisajes, relatos de viajes, y en la posterior construcción de espacios.

La relación dialógica entre espacio, paisaje y sociedad: de lo abstracto a lo funcional, y de lo funcional a lo abstracto

Del mismo modo que sucede con los imaginarios sociales y turísticos, con términos como lugar, espacio y paisaje también existe una indisoluble relación entre lo que imaginamos de ellos y las prácticas asociadas con ellos, a pesar de lo concreto y simple que, en el lenguaje cotidiano, estas locuciones puedan parecer. Ya a mediados del siglo XX, Gaston Bachelard acuñaba el término *topofilia*, para referirse a la determinación del valor humano a los espacios de posesión, los defendidos, los amados, y a los que se adhieren valores imaginados, que, a la postre, pasan a ser dominantes. Aducía que el espacio no podía ser considerado como meramente geométrico, sino vívido, y no solo en sus aspectos positivos, también en todas las formas de la imaginación (Bachelard, 1975).

Para Bachelard, al igual que para Said –quien, como ya se mencionó anteriormente, toma el concepto de poética del espacio del filósofo francés– la percepción es lo que mediatiza un lugar, y no solamente sus meras dimensiones geométricas. También lo

concibe a partir de la carga significativa que no solamente le da valor; también le otorga el significado mismo. A partir de esta noción, entonces, la naturaleza y la comprensión de un lugar no hay que buscarlas solamente en sus componentes geométricos, también puede trazarse en los modos en que un individuo o una sociedad se relacionan con éste, mediante atributos adjetivados y cargados de imaginación.

Así como el lugar es lo que imaginamos, con toda la carga emocional que eso conlleva, el espacio también es algo que se construye cognitivamente y socialmente, y su comprensión también requiere romper con la idea de pensarlo como una realidad material existente en sí misma. El espacio es algo fundamentalmente ligado a las realidades sociales, y nunca debe ser usado como una posición epistemológica, ya que, como afirma Christian Schmid (2008), no existe por sí mismo, sino que es producido a través de su relación con el tiempo.

Schmid hace referencia al aporte imprescindible, en el tema del espacio, de Henri Lefebvre (1991), y a su reclamo a la noción cartesiana, que lo concibe como una categoría absoluta, como objeto opuesto al sujeto, como *res extensa* opuesta la *res cogitans*. El pensador francés señala que esa idea cartesiana —que difiere de la tradición aristotélica anterior, que argumentaba que el espacio y el tiempo eran categorías que facilitaban el nombramiento y la clasificación de la evidencia de los sentidos—, se convirtió en la dominante.

De este modo, el espacio pasó a ser visto como el ámbito de los matemáticos, que se convirtieron en los propietarios del mismo, y lo fueron despojando de sus matices filosóficos, a la vez que inventaron espacios no-Euclidianos, curvos, multidimensionales, espacios abstractos, definidos por la deformación o la transformación, y por la topología. Esto convirtió al espacio en un campo altamente especializado del lenguaje matemático, que a la vez lo clasificó de innumerables y precisas formas (Lefebvre, 1991). En el pensamiento clásico moderno, existe, entonces, como indica Felipe Criado (1991), una oposición tajante entre prioridad del tiempo y descrédito del espacio; así, parafraseando a Foucault, sostiene que el espacio se identificó como muerto e inmóvil, a la vez que el tiempo era rico, vivo y fecundo.

Para Lefebvre, más bien, el espacio representa un uso político del saber, principalmente en lo que él denomina el occidente neocapitalista; y es posible notar su uso a través de las fuerzas de producción y las relaciones sociales que se dan en esa producción. En un sentido marxista, también implica ideología, que en parte esconde su uso, así como los conflictos que este y el conocimiento, supuestamente desinteresado, que sanciona su uso, puedan acarrear (Lefebvre, 1991). Lefebvre explica este aspecto particular del espacio a partir del concepto de hegemonía propuesto por Gramsci, y expuesto en este trabajo en el capítulo anterior. En el espacio, según Lefebvre, el poder se ejerce mediante instituciones e ideas, a través de la cultura y el saber, políticas públicas, líderes políticos, intelectuales y expertos, y estos factores son los que hacen que el espacio no sea esa categoría absoluta que a menudo, tanto el lenguaje cotidiano como el matemático, hacen parecer. Es decir, para Lefebvre, el espacio no es un locus pasivo en el que simplemente se dan las relaciones sociales. El espacio se produce a partir de las relaciones sociales.

En el caso del turismo, para que el espacio sea producido a partir de modelos de desarrollo turísticos como los propuestos en el litoral guanacasteco, es imprescindible, primero, imaginarlo, y es en este punto donde el concepto de paisaje se vuelve fundamental. Al igual que ocurre con espacio o lugar, el vocablo paisaje también es de uso cotidiano y, en la mayoría de los casos, sus implicaciones pasan desapercibidas para la mayoría. Sin embargo, su función, sus limitaciones y alcances lo hacen determinante a la hora de analizarlo en un contexto como el de este estudio.

El concepto del paisaje, tal y como se conoce en occidente, empieza a aparecer a inicios del Renacimiento en la pintura flamenca e italiana, cuando el mismo, paulatinamente, deja de ser un elemento decorativo de un cuadro y pasa a convertirse en el componente principal. Ejemplos de trabajos que muestran incipientes paisajes son *La alegoría del buen gobierno*, de Ambrogio Lorenzetti, de 1340; las *Muy ricas horas del duque de Berry*, de los hermanos Johan y Paul Limbourg, de 1410; o *San Juan en el desierto*, de Tiziano Vecellio, de 1542 (Roger, 2007). Según el idioma y través del tiempo, el término ha tenido distintas denominaciones, desde “Landschap”, en holandés; de ahí a “Landschaft” en alemán; “landscape” en inglés; y en las lenguas romances, “paesaggio”, en italiano, “paysage” en

francés, “paisaje” en español, o “paisagem” en portugués (Peña et al. 1988). En todas implica la representación del país, o del campo, o de la tierra.

Su definición es problemática, ya que, irónicamente, el uso diario del término –como sucede con lugar y espacio– hace que representantes de distintas disciplinas que van desde la pintura, la literatura, la filosofía o la geografía, no se pongan de acuerdo en cuanto a lo que paisaje significa. En términos generales este tiene que ver con el tratar de entender un lugar, o elemento por estudiar, por medio de la introducción de un conjunto de apreciaciones sensoriales acerca de una realidad dada (Castillo, 2016). A pesar de la gran cantidad de tendencias en la conceptualización del paisaje, se pueden distinguir tres modos principales de dimensionarlo. Como realidad física y como ente cultural, no natural, ligado al desarrollo de las sociedades, que establecen relaciones con el medio; como un recurso o bien perceptible y utilizable por parte de la sociedad; y como una forma de ver, en la cual la subjetividad de quien observa es un elemento constitutivo del paisaje mismo. En este último caso, la percepción está influida por aspectos que dependen de la carga cultural expresada a través de su observación e interpretación (Zubelzu y Allende, 2015).

Las dos primeras conceptualizaciones tienen que ver más con el ámbito geográfico; la tercera, que es la que más interesa en este trabajo, tiene que ver con la pintura, la fotografía, la filosofía y la literatura. En cuanto a las implicaciones de esta última definición, es importante recalcar que el paisaje, como será utilizado en este estudio, es una forma de ver. Por esta razón es importante echar un vistazo al aporte de W.J.T. Mitchell en este sentido. En el prefacio de *Paisaje y poder* (2002), Mitchell aclara que el objetivo de su libro es cambiar la palabra “paisaje” de un sustantivo a un verbo. Es decir, propone que el término no debería ser tratado para encasillar un objeto o un texto, sino para explicar cómo el proceso de ver contribuye a formar identidades sociales y subjetivas. El autor favorece un enfoque semiótico y hermenéutico que trate al paisaje como alegoría de temas psicológicos e ideológicos. Así como, en cuanto al espacio y al lugar, Gaston Bachelard o Henri Lefebvre propusieron innovadores planteamientos alrededor de un concepto que solemos considerar estable, físicamente hablando, a pesar de ser una construcción social, dinámica y cambiante, con el paisaje sucede algo parecido. A pesar de lo desapercibido que pasa su

reflexión en el lenguaje cotidiano, sus implicaciones tienen enormes efectos en nuestras formas de ver y de imaginar, de ahí la idea de Mitchell en cuanto a su análisis.

Ya en el siglo XIX, el poeta trascendentalista estadounidense Ralph Waldo Emerson, en su ensayo *El espíritu de la naturaleza* (2016), sostenía que el horizonte tiene una cualidad de la que nadie es dueño, a excepción de aquel cuya visión pueda integrar todas sus partes. Quien únicamente podría lograr esa integración sería, según Emerson, el poeta. Para Emerson, que propone que el contacto directo con la naturaleza y la renuncia a distracciones y lastres como el materialismo y las jerarquías sociales puede acercar a un sujeto a lo que él llama “energía cósmica”, y, posteriormente, a su independencia total de lo mundano, la observación directa de las leyes naturales es fundamental. De ahí que considere, muy influido por Immanuel Kant²⁸, que el poeta, que observa y a la vez registra el horizonte, puede convertirse en su dueño por medio de su comprensión absoluta, expresada en la narración a partir de la visión.

Incluso en elementos que podríamos considerar más estables, o bien medibles de modos más cuantitativos, como el clima de una determinada región, pueden ser modificados a partir de narraciones y representaciones. Un interesante ejemplo de esto lo da Mark Carey (2011), mencionado anteriormente, quien rastrea cómo la ciencia, la medicina y el turismo, a lo largo de cinco siglos, narraron y representaron el clima caribeño de formas tales que, de un extremo a otro del rango de descripciones, lograron transformarlo de mortal, malsano y plagado de enfermedades tropicales, a relajante, saludable y benévolo para el turista. El mismo clima varió más a partir de su uso, según la actividad económica o científica, y de sus narraciones, que a partir de cambios cuantificables empíricamente.

Llevando estas ideas a la temática del paisaje según la conceptualización de este elemento favorecida en este trabajo, no es el horizonte por sí mismo lo que existe, sino lo que logra aparecer, en el caso de una pintura o una fotografía, dentro del cuadro; y, en el caso de la narración de un paisaje, lo que se decide incluir y narrar, y los modos en que se narra. Esto implica, consecuentemente, la decisión, consciente o inconsciente, de quien

²⁸ Para Kant, en la *Crítica del juicio* (1977) un objeto no es cognoscible por sí mismo, sino a través de la estructura espacial, temporal y categorial proyectada por el sujeto, de ahí que sostenga que sin imaginación no existiría el objeto cognitivo ni el estético.

enmarca, de contener o dejar por fuera ciertos elementos. Lo contenido y lo excluido servirán para denotar los ideales y la visión de mundo de quien está produciendo el paisaje. De ahí la importancia de entender que el paisaje es una forma de ver que expresa significado; y no simplemente algo que está ahí y que puede ser cognoscible por sí mismo, cuya imposibilidad ya la ha advertido Kant.

Desde que, según es consenso entre historiadores del arte, el paisaje comienza a aparecer en pinturas occidentales, a finales de la Edad Media y a principios del Renacimiento, como en las pinturas citadas anteriormente –porque es bien sabido que en culturas como la china ya se pintaban paisajes mucho antes que en Europa– se empieza a expresar significado a través de este. Por medio de las posibilidades y limitaciones que otorgaban el marco y el fondo de un paisaje, pintores como Lorenzetti, Limbourg, o Tiziano, en los siglos XIV, XV y XVI, ya utilizaban el paisaje como algo más que un detalle decorativo del cuadro, y más bien mostraban modos de vida, unidades de producción, concepciones de riqueza, convivencia, comercio, y agricultura a través de estos.

Durante la conquista de América, e incluso posterior a esta, como apunta Peter Sloterdijk (2007), el “descubrimiento”, el nombramiento y el registro de espacios y paisajes fueron fundamentales para la posterior apropiación y puesta en marcha de empresas colonialistas y capitalistas en el continente americano. Es decir, se utilizó el paisaje para expresar valor, riqueza y necesidad de conquista a través de clonaciones semánticas que reflejaban las ideas que los exploradores europeos tenían con antelación acerca de lo que buscaban en los territorios de ultramar.

Posteriormente, la escritura de viajes colonial y sus respectivas ilustraciones fueron fundamentales a la hora de expresar el significado y la concepción que los conquistadores y viajeros adquirieron de los territorios explorados, aún después de la conquista, e incluso hasta nuestros días. El trabajo de Mary Louise Pratt (2010) es fundamental para entender este fenómeno, a partir del análisis que la autora hace de la literatura de viajes europea en América y África, principalmente en el siglo XIX. En el contexto costarricense, un ejemplo valioso es el trabajo de Juan Carlos Vargas (2008), en cuanto a los modos de

retratar los países del istmo centroamericano en descripciones de espacios y en paisajes, y sus ilustraciones correspondientes, en la literatura de viajes decimonónica estadounidense.

Es así como el paisaje se convierte en un jeroglífico social que denota relaciones de tipo económico, de uso de recursos, divisiones de clases, concepciones de mundo, modelos productivos, poder, e ideales de la sociedad que produce un paisaje. Por jeroglífico social, entendemos lo que Karl Marx estipula en cuanto al valor de una mercancía, devenida del trabajo humano, que transforma todo producto de trabajo, que penetra el secreto del producto social, de sus objetivos y de sus efectos (Marx, 2007). El descifrar ese producto conduce al acceso a los pormenores de esas relaciones de poder, de las ideologías proyectadas en él, y a las consecuencias en los actores que aparecen enmarcados en ese paisaje.

El enfoque del paisaje: lo visto y lo no visto en el litoral de Guanacaste y su relación con el discurso colonial

En el discurso colonial la mirada siempre ha sido determinante para otorgar valor a lo que se descubre, se posee, se modifica, y se mercantiliza. Plasmada en diarios de navegantes y exploradores, literatura de viajes, cartografías y representaciones de paisajes, la mirada siempre fue mediadora entre los que ejecutaban las acciones de narrar, cartografiar y representar; los que eran representados, en este caso, los territorios y pueblos descubiertos; y quienes consumían esas representaciones, es decir, los habitantes de las regiones desde las cuales se realizaban los viajes exploratorios y de conquista, aún antes de que estas se convirtieran en los grandes centros productores de saber y tecnología a partir del siglo XVIII.

La mirada también fue mediadora entre los habitantes de los territorios colonizados, ya fueran los nativos, los africanos trasplantados, en el caso de América, o bien los criollos y mestizos del continente. Esta mirada no solamente fue determinante para describir y nombrar. También lo fue, como se acotó en el segundo capítulo de este trabajo, para justificar ideológicamente la conquista; y para, como señalaba Sloterdijk en un párrafo

anterior, clonar semánticamente las ideas que los exploradores ya traían consigo acerca de los territorios que exploraban, y lo que estos territorios podían otorgar.

Es importante tener en cuenta un par de consideraciones más para el estudio de paisajes y de espacios representados y construidos en el litoral de Guanacaste antes de pasar a su análisis. Por un lado, se debe dejar claro que las representaciones realistas son mucho más de lo que parecen ser. El realismo decimonónico, en el que supuestamente, tanto en literatura como en pintura, la realidad aparecía representada tal y como era, debe dar paso, al menos en los paisajes que retratan el litoral guanacasteco, a la noción que reza que toda representación artística, como apuntan Ella Shohat y Robert Stam (2001), es irrevocablemente social, porque los discursos que el arte representa son sociales e históricos. Es decir, se debe abandonar, en el análisis de toda representación, el verismo referencial ingenuo. Entonces, para los propósitos de este trabajo, no es suficiente decir que el arte es una construcción. Se debe tratar de ahondar en preguntas como para quién está construido y en conjunción con cuáles ideologías o discursos. En el caso de este estudio, se argumenta, entonces, que tanto el paisaje como el espacio en la Guanacaste turística están construidos en relación al discurso colonial, discutido anteriormente.

Tanto en la representación de paisajes, en la construcción de espacios, y en la narración y puesta en escena de sujetos en el discurso colonial –este último tema será abordado en el capítulo siguiente de este trabajo–, siempre entran en juego elementos que en diversas formas se repiten, y, a la vez, contribuyen a definir lo que se retrata. Uno de ellos es la narración anti conquista, que, como bien indica su acuñadora, Mary Louise Pratt (2010), consiste en una estrategia de representación, propia del discurso colonial, en la que los miembros de la burguesía europea trataban de asegurar su inocencia acerca de los aspectos negativos de la conquista y el colonialismo, mientras afirmaban la hegemonía y la superioridad europeas ante las culturas y los paisajes narrados y retratados. Pratt afirma que el principal protagonista de la narración anticonquista es el “veedor”, una etiqueta que caracteriza a un sujeto blanco y masculino del discurso paisajístico europeo, cuyos ojos imperiales contemplan y poseen.

Otro término, también empleado por Pratt, y que será importante en esta discusión, es la representación autoetnográfica. Este se refiere a las instancias en que los sujetos colonizados emprendieron su propia representación, de modo que se comprometían con los términos del conquistador (Pratt, 2010). Son los textos y las representaciones que los otros construyeron para responder a las representaciones metropolitanas, y, a la vez, dialogar con ellas. Un clásico ejemplo de ello sería el trabajo de Guamán Poma de Ayala, *Nueva crónica y buen gobierno* (1987), un texto escrito e ilustrado que data de 1615, y que se apropia del término “crónica” para narrar las costumbres andinas posteriores a la conquista.

Finalmente, en cuanto a la contribución de Pratt concierne, es también necesario aclarar el término zona de contacto, que abarca los espacios sociales donde culturas dispares se encuentran, chocan y se enfrentan, generalmente en relaciones asimétricas de dominación y subordinación. En el pasado, Pratt afirma, el colonialismo o la esclavitud servían de buenos ejemplos de esas relaciones asimétricas de dominación. En el presente, en este trabajo se argumenta que los polos turísticos de Guanacaste podrían constituir, de modos particulares, zonas de contacto. No necesariamente porque se repliquen los modos en que el colonialismo funcionaba; pero sí se podría decir que muchas de las prácticas generadas a través del modelo de desarrollo turístico actual conllevan relaciones asimétricas entre desarrolladores, ciertas políticas públicas, y habitantes locales. Muchas de las características de las disparidades generadas en las zonas de contacto son perceptibles en los paisajes y en la construcción de espacios en la costa guanacasteca.

Aparte de estas características generales de la representación en el discurso colonial, también es importante rescatar que, en el turismo, aparte de ser una mercancía dentro de toda la experiencia sensorial que esta actividad implica, y algo que expresa valor, el paisaje es también una forma de disciplinar la mirada. A través de su análisis es posible determinar ciertas reglas a través de las cuales se normalizan algunas formas de ver, ciertas convenciones estéticas, y también sociales que indican, a la vez, lo que no debe ser parte de un paisaje, o, en el ámbito del turismo, lo que no es mercantilizable. En ese sentido, como sostiene Christopher Tilley (2017), es claro que el paisaje es una manera selectiva y parcial de ver.

A través de un supuesto proceso de distanciamiento entre el sujeto y el objeto, se crea, sin embargo, una ilusión de objetividad y de imparcialidad, en la que lo que se retrata es lo que supuestamente constituye el destino turístico. Este fenómeno, en el turismo, ha sido llamado autenticidad fotogénica por John Taylor (2010), quien sostiene que los paisajes turísticos tienden a ser producidos, conscientemente, a partir de ciertas normas estéticas materializadas, como puntos de vista específicos, la repetición de ciertos elementos retratados, o la coincidencia forzada entre los paisajes que consume el potencial visitante en la publicidad previa a su viaje, y los que replica con su propia cámara fotográfica, una vez en el lugar. Es decir, siguiendo la unidad de lo que se plantea en este trabajo, en Guanacaste es el discurso colonial, según se explicará a continuación, lo que disciplina la mirada en las representaciones del paisaje local.

Para proceder a analizar los paisajes de la región, tanto en publicidad turística como en las producciones fotográficas de los turistas mismos, se procederá a realizar un análisis semiótico de las representaciones visuales, siguiendo la metodología propuesta por Roland Barthes, en *Lo obvio y lo obtuso* (1966). Barthes afirma que toda representación visual tiene una denotación y una connotación. La primera tiene que ver con su composición, es decir, con su contenido como tal, la forma en que este está estructurado y las maneras en que sus elementos han sido colocados por el autor. La segunda tiene que ver con los discursos que tal ordenamiento reproduce, y con las ideologías que lo sancionan, o con las que una imagen es subversiva.

El cúmulo de paisajes analizado en este trabajo es el producido por entes oficiales, como el Instituto Costarricense de Turismo, o por entidades locales como la Cámara de Turismo de Guanacaste; el producido en publicidad de resorts turísticos, empresas desarrolladoras y proyectos inmobiliarios; el arrojado por motores de búsqueda como Google; el producido por fotógrafos profesionales y exhibido en sus propios sitios web; el producido por empresas instaladas en resorts turísticos de la provincia y que tienen como objetivo fotografiar turistas en playas y piscinas y luego tratar de venderles las fotografías; y también el producido por los turistas mismos. Estos últimos paisajes, principalmente, se puede hallar en redes sociales como Instagram o Facebook —cabe señalar que cada red

social tiene su propio motor de búsqueda en el que es posible buscar ciertos elementos a partir de palabras clave, como sucede en motores de búsqueda mayores.

El enfoque es totalmente cualitativo. Es decir, no se trabajará a partir de un número específico de imágenes, o un número determinado de imágenes por sector. De todos modos, la percepción no es algo cuantificable, más bien es algo que se interpreta; y, en este caso, lo que importa es el rigor de la interpretación, más que la rigidez numérica de la cantidad de imágenes analizadas. Como se apuntó anteriormente, se favorecerá el análisis semiótico, de lo detonado y lo connotado, y de los contrastes y similitudes de las imágenes encontradas con el imaginario paisajístico del discurso colonial y sus implicaciones. También se compararán esas imágenes con imaginarios recolectados de forma empírica a turistas entrevistados en la costa de Guanacaste para este trabajo, y a los que se les solicitó que proporcionaran algunos elementos que para ellos constituyen esa provincia y Costa Rica en general, y que fueron posteriormente sistematizados a través de nubes de palabras, o *wordclouds*, una herramienta electrónica cuyo funcionamiento se explicará más adelante.

Google, el motor de búsqueda más importante en la actualidad, genera, a partir de palabras claves como “Costa Rica” y “Guanacaste”, los primeros resultados acerca de la relación entre el imaginario turístico de la región y el discurso colonial. En los últimos años, este buscador ha ido desplazando a sus rivales hasta convertirse en casi el único referente en cuanto a las pesquisas generales de la mayoría de los objetos, conceptos o personas en internet. En un trabajo anterior a este (Barboza, 2017), ya se había analizado los resultados de búsquedas en Google para “Costa Rica”, y se había llegado a la conclusión de que concordaban en gran medida con ciertas fantasías coloniales, especialmente con el encuentro con lo inalterado, con lo que aún no ha sido descubierto; con el contacto con lo exótico; y con la posibilidad de tener comportamientos desenfrenados sin mayores consecuencias porque, precisamente, se está en ese otro lugar que no es el propio, según la tipología de las fantasías coloniales en el turismo propuesta por Charlotte Echnert y Pushkala Prasad (2003).

Con la palabra “Guanacaste” sucede algo no muy distinto. Los resultados arrojan principalmente paisajes de playas desiertas, rodeadas de naturaleza, en las que los

elementos humanos, ya sean personas retratadas o poblados locales, son extremadamente escasos. Hay paisajes que contienen construcciones hoteleras de tamaño considerable, que se visualizan en parajes paradisíacos y totalmente aislados de posibles poblados que pudiera haber a sus alrededores, y que no son retratados. Por último, aparecen con cierta frecuencia retratos de turistas haciendo actividades que indican el tipo de actos performativos principalmente promocionados en la provincia: tomar el sol en la playa, beber algún coctel al lado de una piscina en un hotel, cabalgar en la playa, o bien practicar algún deporte acuático, desde surfing hasta buceo.

Menos frecuentes son las imágenes relacionadas con algunos elementos que constituyen parte de la cultura local, como los sabaneros que arrear ganado en medio de un pastizal, o los árboles de guanacaste –*Enterolobium cyclocarpum* –, un símbolo identitario de la región y del país, aunque con frecuencia los retratados como tales son higuerones – *Ficus costaricana* Moraceae –, que, a pesar de no guardar mucha similitud con los primeros, frecuentemente son confundidos con estos.²⁹ Los pueblos y ciudades de la provincia, aún aquellos que se ubican en las costas, son prácticamente inexistentes en las fotografías. Incluso cuando se hacen búsquedas más específicas, con palabras claves como “Tamarindo,” o “El Coco,” los resultados son casi idénticos, y lo poco que se puede ver de estas poblaciones son fotografías aéreas, algunas desde bastante distancia y en las que la playa y el mar son favorecidos.

Si buscamos en otras instancias, como el Instituto Costarricense de Turismo (ICT), o la Cámara de Turismo de Guanacaste (CATURGUA), que se podrían catalogar como organismos oficiales –uno público y el otro privado– que promueven el turismo en la región, los resultados no parecen ser muy distintos. Si bien es cierto el ICT recientemente remozó su página y eliminó una enorme galería fotográfica que representaba una gran cantidad de paisajes de todo el territorio costarricense, en búsquedas anteriores (Barboza, 2017) se constató que en la gran mayoría de las fotografías el componente humano local estaba prácticamente ausente. Los pocos humanos retratados eran turistas en poses

²⁹ El árbol de guanacaste fue declarado árbol nacional, mediante decreto ejecutivo, el 31 de agosto de 1959, como homenaje a la provincia homónima y a la desición, mediante un cabildo abierto celebrado en Nicoya en 1824, de sus habitantes, de anexarse o agregarse a Costa Rica.

específicas que nos recuerda la idea de performatividad turística, explicada anteriormente, y en las que se les puede ver en medio de un paisaje prístino y de naturaleza exuberante, observar aves, cabalgar, tomar el sol, o practicar alguna actividad acuática.

El sitio web de CATURGUA sí mantiene una galería dedicada específicamente a Guanacaste, en la que no existe una sola imagen en la que se pueda ver alguna ciudad o población local. Existen algunas que retratan habitantes locales, pero en todas estos efectúan alguna actividad en la que también están al servicio de los ojos que miran y mercantilizan. En este sentido, una joven local, por ejemplo, danza bailes típicos de la región, en una imagen totalmente folklorizada y descontextualizada de incluso el sitio en el que baila. Las demás imágenes en las que aparecen humanos son de turistas que pescan, surfean, bucean, hacen *zip lining* en un cable de acero, o caminan de la mano (hombre y mujer) en alguna playa que al parecer está solo para ellos dos.

Vemos como, tanto Google –en donde ni siquiera se utilizó la palabra “turismo” para buscar imágenes– y organismos oficiales como el ICT o CATURGUA, o incluso sitios especializados en viajes como *Fodor’s*, *Lonely Planet*, o *Tripadvisor*, entre otros, direccionan a quien busca imágenes de Guanacaste, una y otra vez, hacia los mismos elementos. Aquí es importante notar lo siguiente: por un lado, la descontextualización de los paisajes retratados, que demuestra la valía de la idea de que el paisaje es una forma de ver; y, por otro lado, que, como se señaló anteriormente, el paisaje turístico es una forma de disciplinar la mirada y de perpetuar ciertos imaginarios que son mercantilizables, a expensas de otros que no lo son.

Figura 1. Imágenes de la galería fotográfica de CATURGUA acerca de Guanacaste



Fuente: Cámara de Turismo de Guanacaste (2018), recuperado de

<https://caturgua.com/es/>

En cuanto a un punto más específico, es importante recalcar la constante extracción de la población local y de las ciudades y pueblos del imaginario turístico guanacasteco. Ya Said (1978) advertía que este elemento era clave a la hora de justificar ideológicamente la conquista colonial de algún territorio otro. Parte de la manera de concebir un espacio, siguiendo su idea de las geografías de la imaginación, es precisamente pensarlo como vacío, lo que intensifica la idea de que puede ser explorado, ocupado con mayor facilidad, y así civilizarlo por medio del saber y el poder de las empresas coloniales.

En el caso de las imágenes de Guanacaste, es claro que los grandes emporios hoteleros, en medio de paisajes rodeados de naturaleza y descontextualizados del resto de la provincia, son la representación concreta de la idea del progreso y la civilización que el turismo puede traer a la región. Mary Louise Pratt (2010) denomina a este fenómeno “desterritorialización”, y argumenta que, en estas imágenes, ya sean en forma de representaciones visuales o escritas, lo que priva es el placer estético, la densidad y riqueza semántica y material, según el sistema de valores de quien ve. En el caso de Guanacaste, sería según el sistema de valores de visitante previsto, y en donde la autoridad del “veedor”

se impone y termina por presentar solo una versión, que se vuelve constante y en la que elementos como las poblaciones locales no importan más que como personal al servicio del turista.

Acá es fundamental la idea de Sloterdijk, expuesta anteriormente, y que afirma que el paisaje de los territorios descubiertos, para los exploradores, no era más que una clonación semántica de lo que buscaban, y de las ideas que tenían con antelación de eso que buscaban, además del uso que le querían dar a esos descubrimientos. Lo retratado de Guanacaste, en estos casos lo que tiene valor turístico, no incluye, entonces, a los habitantes locales, sus modos de vida, su economía, su cultura, sus pueblos y ciudades. La idea que se proyecta de la provincia no es más que, como también se apuntó anteriormente en el caso del concepto de los imaginarios turísticos de Salazar (2010) y Amirou (1995), un énfasis en la otredad de lo que se mira y representa, al tiempo que se resaltan imaginarios propios de quien ve, hasta convertirlos en el motor escénico del turismo en Guanacaste. Es un tipo de representación anti conquista contemporánea, en el que elementos específicos se extraen, y otros matices problemáticos que conlleva el turismo de sol y playa, como los expuestos en el primer capítulo de este estudio, prácticamente no existen.

Si vamos a medios más específicos de narrar y representar el paisaje, como aquellas imágenes producidas para los turistas, o en las imágenes producidas por los mismos turistas, sean estos costarricenses o extranjeros, vemos que existe una relación entre los valores y premisas de las imágenes más difundidas y representativas en internet, publicidad, o guías de viajes, y las que los turistas terminan reproduciendo y recirculando, ya sea en sus propias redes sociales, o entre amigos, por algún otro medio. Veamos el caso de la empresa Photoventura, una compañía que opera en varios países de la región, principalmente en destinos de sol y playa, y que se especializa en retratar a turistas en emporios hoteleros para luego venderles las fotografías. En el caso de esta empresa, afincada en El Coco, y que funciona en los dos hoteles RIU de la provincia y en el Westin Conchal, tanto en imágenes publicitarias en Facebook y en su sitio web es posible ver los modos en que los turistas y el espacio interactúan para producir los paisajes que más se consumen, y que de alguna manera replican los más difundidos entre el imaginario turístico del sol y la playa.

Predominan los retratos en espacios cuidadosamente escogidos, especialmente en la playa, con esta de fondo, con los retratados en el agua, en una piscina, o bien en algún atardecer con el cielo o el hotel de fondo. Lo curioso de algunas de estas fotografías, sobre todo las que presentan a los fotógrafos haciendo su trabajo –que forman parte de la publicidad de la empresa–, es la posición de estos, siempre en función de los retratados. Por ejemplo, es frecuente verlos metidos en la piscina, incluso con su uniforme de fotógrafo, acostados en la playa, con el cuerpo y el uniforme cubiertos de arena, y la mayoría de las veces agachados o acostados, asumiendo posiciones supuestamente difíciles o de sacrificio con tal de hacer un buen trabajo, y casi siempre en un plano inferior a quienes retratan.

Aparte de los elementos del paisaje, que se repiten una y otra vez, estas posiciones de los fotógrafos connotan claramente una relación de servicio incondicional ante el visitante fotografiado. Sus habilidades artísticas –es decir, las de alguien capaz de hacer retratos profesionales–, se diluyen, y las imágenes connotan más el estatus de un miembro más del personal de servicio no calificado del hotel, a la vez que se establece una distancia prudente con el visitante. Esto reafirma la idea de que lo que privan son los valores del veedor, aun cuando este sea el que está siendo retratado, en este caso, por un fotógrafo local. La cámara se convierte, como diría Theopisti Styalinou-Lambert (2012), en un elemento que potencia performances relacionados con la identidad propia, con los sueños, con los propios logros, y con la idea previa del turista acerca del destino a visitar. Estas imágenes también se tornan, según la idea de Pierre Bourdieu, en sociogramas que proveen un registro visual de clases sociales, roles sociales y relaciones sociales (Bourdieu, 2003).

En buscadores de redes sociales como Facebook o Instagram estas mismas situaciones se repiten. La mayoría de las fotografías públicas de la primera red social que arroja el término de búsqueda “Guanacaste” guardan una gran similitud, en cuanto a características, con las que muestra el buscador Google. Predominan, una vez más, las playas, muchas de ellas vistas desde el aire, las playas desiertas, en algunas ocasiones con pocos turistas, o con parejas de turistas disfrutando de ella; o bien imágenes de grandes hoteles que hacen publicidad en esa red social. Incluso en búsquedas en fotos que publican

los turistas mismos se ve que tratan de replicar esos paisajes; y que estos son parte de sus historias personales, que corroboran que estuvieron ahí y que consumieron y reprodujeron el mismo paisaje de Google o de las guías de viajes.

Figura 2. Turistas posando para fotografías de Photoventura



Fuente: Photoventura (2018), recuperado de

<https://www.facebook.com/photoventura/>

Uno de los sitios más conocidos de fotografía en Guanacaste en la red Instagram, Guanacaste Traveler, presenta, por ejemplo, una enorme galería de más de 1200 fotografías en donde los mismos tropos se repiten una y otra vez casi hasta el cansancio. La mayoría son fotografías a las que se le aplica una técnica de edición llamada HDR (*high dynamic range images*), que hace que las imágenes se vean casi como si fueran pinturas realistas, en donde se resaltan ciertos detalles, a la vez que se intensifican colores y formas para dar la ilusión de una mezcla entre una fotografía y una pintura. Esto se logra básicamente al buscar abarcar un mayor rango de exposición en todos los tonos y colores del retrato. Las fotografías de este sitio también enfatizan los mismos elementos vistos en otros medios, con los turistas en sus actividades usuales como únicos elementos humanos del paisaje. La técnica HDR parece destacar el elemento fantástico del descubrimiento y la exploración, así como la inmersión del viajero en otra realidad, en otra geografía, la cual consume con su

experiencia. Un dato curioso es que los mismos habitantes locales, cuando se retratan a sí mismos en playas u hoteles de la costa, parecen replicar las mismas instancias analizadas acá, lo que podría ser un recurso de representación autoetnográfica en la que ellos mismos, en sus actividades turísticas, se representan a sí mismos según los términos del discurso dominante.

Figura 3. Guanacaste en Instagram



Fuente: Guanacaste Traveler (2018), recuperado de

https://www.instagram.com/guanacaste_traveler/?hl=es

Por último, está el paisaje reproducido en la publicidad turística de Guanacaste, y que, aparte de ser más específico y arrojar datos incluso más interesantes que las imágenes de Google, es el que se encuentra en las vallas publicitarias –muy abundantes en la región– y en las mismas páginas web de hoteles, restaurantes y desarrolladores inmobiliarios de turismo residencial. Acá es importante un elemento nuevo que muchas imágenes de Google o de redes sociales no tienen, y es el texto que acompaña al paisaje y que, diseñado por publicistas y diseñadores gráficos profesionales, le da al mismo un uso y un estatus aún más específico dentro de los propósitos de la publicidad, y que en ocasiones potencia la relación entre las imágenes y el discurso colonial.

Desde la llegada de los primeros exploradores europeos al continente americano hasta finales del siglo XIX el texto escrito siempre fue más importante que las imágenes para representar los paisajes recién descubiertos. Como apunta Homi Bhabha (1994), si el espíritu de la nación occidental ha sido simbolizado en la épica y el himno, el signo del

gobierno colonial es el del acto irredimible de escribir. No es gratuito que el mismo Cristóbal Colón ya se maravillara del paisaje caribeño y lo describiera con enorme riqueza semántica, con una gran cantidad de adjetivos que expresaban asombro y exuberancia, y lo comparara con paisajes conocidos, para luego, por supuesto, pasar a describir los posibles usos que se podían hacer de las islas recién descubiertas, según su riqueza y enorme belleza escénica (Colón, 1997). Otros exploradores y cronistas replicarían las mismas técnicas, que terminarían justificando ideológicamente la apropiación de lo descrito. Esto es el uso de la analogía para precisamente entender lo exótico y a la vez domesticarlo, algo explicado a fondo por Peter Burke en *Lo visto y no visto* (2005).

Las fantasías coloniales de descubrimiento, domesticación de lo exótico, el encuentro con el paraíso perdido, o el emprender una nueva vida son factores bastante comunes y repetidos con frecuencia por los desarrolladores turísticos, los desarrolladores inmobiliarios del turismo residencial y los hoteles en Guanacaste. Tanto el encuentro con el paraíso terrenal, como el del inicio de una nueva vida son tropos frecuentes en los relatos de viajes coloniales desde que los portugueses inician el recorrido de las costas africanas, a mediados del siglo XV, hasta mucho después de la conquista de América, en el siglo XVI.

Existen muchos imaginarios del Paraíso, unos que van desde la antigüedad occidental, muy influidos no solamente por la religión cristiana, también por mitologías como la griega o la egipcia; hasta otros que se remontan a la Edad Media, y que son los que más influyen en la idea del Paraíso y la nueva vida en los relatos de viajes coloniales. Esta última idea del Paraíso lo imaginaba repleto de islas misteriosas, pobladas por seres exóticos, flora y fauna deslumbrante, monstruos fantásticos, y lugares repletos de riquezas naturales y con justicia social. Estos elementos eran precisamente lo opuesto a la fragilidad de la vida humana en la Europa de la época, y a la desigualdad de los sistemas vigentes en ese entonces (Aoun, 2001).

Escritores medievales como Johan de Mandeville, Pierre d'Ailly, o el mismo Marco Polo, ya alimentaban con sus narraciones muchas de esas fantasías, en ocasiones sin haber estado en muchos de los lugares que describían, pero que maquillaban con expresiones como “como dicen”, “oí decir”, “porque no estuve ahí”, entre otras (Giucci, 1992). El

mismo Colón tenía conocimiento de estos textos, y los utilizaba como referencia para tratar de conseguir patrocinadores para sus viajes, al punto de que el mismo rey de Portugal, Juan II, catalogara al navegante como un gran hablador, lleno de fantasías e imaginación (Aoun, 2001).

Cuando los europeos llegan a América, entonces, esa es la idea de Paraíso que tienen, y esa es la que proyectarán no solo conforme van descubriendo nuevos territorios, también en los siglos posteriores, a través de la literatura, el cine, la televisión, y, como se verá a continuación, aún en la publicidad turística de Guanacaste, por parte de publicistas. En esta provincia, según se puede observar en buena parte de la publicidad que la anuncia, el inversionista generalmente es invitado a morar en “las faldas del Edén”; a “vivir de vacaciones permanentes”; y a vivir la pasión y el placer “que se merecen”. También suelen acompañar las imágenes leyendas como “nuestra visión [la de los descubridores-inversionistas] nos trajo acá, ahora hazla tuya”, con una fotografía en la que un catalejo, símbolo primordial de la exploración colonial, apunta a un vasto paisaje con el mar como telón de fondo.

Las grandes dificultades de morar en tal Paraíso guanacasteco, según este tipo de publicidad, son, básicamente, luchar contra un pez, en una imagen de pesca deportiva en la que un hombre trata de sacar a su presa del mar; por otra parte, las reuniones pierden la connotación laboral usual y se transforman en eventos sociales en una piscina con amigos; los potenciales vecinos son los monos; y los contenidos de una maleta que reza “desempaque su nueva vida” son el mar, la playa, y las residencias lujosas muy cerca de esta. Se invita a quienes se dirigen los anuncios a “reescribir su vida en la playa más hermosa”, o a “explorar”, a la sombra de tomas desde el aire que todo lo ven. Son las mismas expresiones abundantes en gran parte del canon literario colonial, como *La tempestad*, *Robinson Crusoe*, *Los viajes de Gulliver*, *La isla del tesoro*, o *Cinco semanas en globo*, entre muchos otros; o muchas de las frases que fueron usadas hasta la saciedad por exploradores de la talla de David Livingstone, como bien indican estudiosos del tema, como Pratt, ya citada anteriormente; e incluso en las empresas de atracción de inmigrantes europeos en muchas naciones del continente, incluyendo Costa Rica, y que aún siguen siendo abundantes en otros parajes de la región.

Otra constante en la mayoría de las fotografías de paisajes en Guanacaste es que fácilmente connotan la existencia de un veedor masculino, blanco y heterosexual. Esa es una razón por la cual casi siempre son parejas de hombre y mujer las que caminan de la mano juntas, a lo largo de alguna playa; parejas que toman algún coctel dentro de una piscina, mientras observan el océano a lo lejos, desde un plano superior; o bien, alguna mujer solitaria que, aparte de ser un elemento decorativo, también implica ser observada por un hombre, que sería el primer espectador previsto para una composición de ese tipo.

Figura 4. *Vallas publicitarias de desarrolladores inmobiliarios*



Fuente: Archivo fotográfico, Esteban Barboza Núñez (2018)

Al existir una abundancia de tomas desde lugares altos, ya sea desde aparatos voladores como drones o helicópteros, o desde colinas que dominan un horizonte que está más abajo, también se connota en los paisajes un claro ejercicio de poder en la mirada que abarca todo el espacio, pero que a la vez es selectiva. Quien observa, en la mirada colonial, siempre se basa, precisamente, en un conocimiento que marca una exclusión y un privilegio a la vez. Ese privilegio es el de examinar y mirar, y, a la vez, excluye al veedor de las realidades humanas que constituyen el panorama observado, ya que siempre se nutre de su propio sistema de valores para interpretar y describir un objeto (Spurr, 1993). Esto se nota bastante en tomas aéreas y muy generales, que pretenden ser panópticas, pero que, irónicamente, son bastante limitadas a la hora de adentrarse en las realidades humanas de esos paisajes aparentemente tan abarcadores.

Por último, cabe mencionar la gran similitud entre los imaginarios turísticos sobre Guanacaste analizados acá y los de muchos de los turistas que visitan la región y que fueron entrevistados para este trabajo. Por medio de entrevistas a tres grupos de estudiantes de idioma español, dos en Sámara, y otro en Nicoya, se pudo corroborar que los imaginarios proyectados por buscadores, redes sociales, o bien publicidad, concuerdan con los de personas que fueron entrevistadas en contextos diferentes. En estas entrevistas, que abarcaron una muestra de 45 estudiantes, cuyas edades van desde los 15 hasta los 51 años, de ambos sexos, y con niveles educativos que incluyen grados de maestría, procedentes de Estados Unidos, Canadá, Japón y varios países europeos, incluyendo Francia, Alemania y Reino Unido, se les preguntó por las primeras palabras que se les ocurrían cuando escuchaban el vocablo Guanacaste, o bien, qué era para ellos lo más representativo del paisaje de Guanacaste.

Las palabras que dominaron las declaraciones, y que fueron acomodadas de mayor a menor tamaño según la frecuencia de apariciones en las respuestas, usando la herramienta electrónica *wordcloud*, fueron básicamente las mismas que se utilizarían para describir muchas de las imágenes estudiadas para este trabajo, y captadas en Google, la página de CATURGUA, Facebook o Instagram. Esto arroja una interesante concordancia entre

imaginarios turísticos mayores de la provincia, proyectados globalmente, y los que finalmente los visitantes consumen, además de las formas en que su mirada es moldeada y disciplinada por discursos y nociones de paisaje.

Figura 5. Wordcloud que aglutina respuestas a la petición que dice “mencione los tres primeros términos que se le ocurren cuando piensa en el paisaje de Guanacaste”



Fuente: elaboración propia a partir de entrevistas (2018)

Figura 6. Wordcloud que aglutina respuestas a la pregunta “¿qué es lo primero que se le viene a la mente cuando piensa en Guanacaste?”



Fuente: elaboración propia a partir de entrevistas (2018)

A través de este ejercicio, se ha demostrado, entonces, el dominio de la imaginación y de las metáforas para dictar la forma de ver el litoral guanacasteco y transformarlo en un producto de consumo turístico. El concepto de geografías de la imaginación, y el de la poética del espacio, de Bachelard, sin duda son de gran utilidad para la demostración de esta idea, y así poder renunciar al simplismo de ver las imágenes como representaciones realistas de lo que supuestamente es la realidad. Además, este ejercicio contribuye a dejar de pensar que el paisaje no está inexorablemente ligado a las formas en que vemos el horizonte, y a factores estéticos y discursos de poder, como el colonial, que condicionan nuestras formas de mirar, abarcar algunos elementos y excluir otros.

Ahora bien, para advertir algunas de las consecuencias de estas formas de ver, es necesario entonces pasar al tema de la construcción del espacio en Guanacaste. Existe una correspondencia entre la mirada, la imaginación y el paisaje, y las formas en que se ha construido el espacio en la región. Por eso, en lo que resta de este capítulo, se pasará a tratar de comprender la influencia de esta poética del espacio en la forma en que estos espacios han sido construidos, además de su relación con el discurso colonial.

Construcción de espacios y discurso colonial: relaciones con el turismo de sol y playa y el turismo residencial en Guanacaste

El planeamiento y la construcción de espacios en los universos coloniales es variado y tiene que ver con los tipos de colonialismo, los contextos coloniales, y, además, con el periodo en el que esos espacios fueron construidos. En otras palabras, no podemos hablar de un solo tipo de espacio colonial, o de una sola forma de imaginarlo y construirlo. No es lo mismo la construcción de las ciudades coloniales en la América española, por ejemplo, que en la India británica. Sin embargo, ciertos elementos de lo que Quijano llamaría la matriz colonial de poder parecen repetirse en distintos contextos, plasmados en la forma de construir el espacio, en los modos de asegurar los recursos para ciertos propósitos, y en la ubicación de ciertos grupos de individuos en el lugar que les corresponde según su proximidad o lejanía con el poder colonial imperante.

Uno de los ensayos más influyentes acerca de este tema, al menos en el contexto intelectual latinoamericano, es *La ciudad letrada*, de Ángel Rama (1998). En esta obra, el autor uruguayo sostiene que el surgimiento de las ciudades coloniales en América siguió una razón ordenadora que reveló un orden social jerárquico, transpuesto al orden geométrico distributivo consecuente en esas ciudades. Sus respectivas formas, la del orden social y la distribución geométrica, fueron percibidas como equivalentes, de modo que, afirma, es posible analizar una sociedad a partir del estudio del plano de sus ciudades. La construcción de estas ciudades también fue posible, sostiene, gracias a la existencia de un orden racional previo, además de una máxima concentración de poder para pensarlas y realizarlas.

Para Rama, uno de los factores que le daría cabida a esta noción ordenadora y racional era la supuesta ausencia de razón en los territorios conquistados, los cuales eran vistos como sin valores propios, como una tabula rasa en la que era posible plasmar la inteligencia conquistadora e iniciar una nueva historia de las ciudades y de la humanidad. Entonces, el conquistador-constructor de ciudades no tenía como fin replicar escenarios ya existentes en Europa; más bien pretendía construir un nuevo orden desde cero. Esto es precisamente lo que el autor llama la razón ordenadora, manifestada a través de deseos de

simetría y de establecer jerarquías y clasificaciones. De esta manera es posible, afirma, notar la visión del acto de colonizar, el cual impone esa razón ordenadora al tiempo que la tierra es colonizada, y, a la vez, niega cualquier alteridad o cualquier otra forma de organización.

Otra característica de la ciudad colonial, según Rama, era su doble vida. Es decir, tenía, por un lado, el propósito de servir de base para la expansión al resto de territorios desconocidos, y, por otro, el de ser contingencia ante ataques, primero de naciones nativas que pretendieran expulsar a los colonos, y más tarde de piratas o poderes coloniales rivales (Rama, 1998). En este sentido, los conquistadores se hallaron en un continente, en palabras de Silvia Tieffemberg (2003), con territorios percibidos como inacabables, con un sinnúmero de circunstancias imprevistas como amenazas al orden conseguido en las ciudades construidas y controladas, y que, a la vez, eran garantía de que la ocupación del territorio se realizara bajo normas estrictamente emanadas para tal fin.

En el análisis del contexto de la construcción de espacios coloniales en el continente americano, la tesis de Rama también tiene eco en otros estudios, como en el de la construcción de ciudades en el Brasil colonial. Federico de Holanda (1995) sostiene, por ejemplo, que los edificios y los asentamientos fueron instrumentos de producción y reproducción de categorías sociales y, a la vez, de artificios de posicionamiento social en la colonia portuguesa. En el Brasil portugués el espacio urbano tuvo funciones militares, económicas, políticas y religiosas, pero sobre todo fue el instrumento civilizador al servicio del sistema colonial (Durán, 2009) de modos bastante similares a los que Rama apunta en el caso de la América española.

Estas nociones de la construcción del espacio colonial de Ángel Rama no han quedado sin contestación, y, aunque en primera instancia, son muy útiles a la hora de abordar los espacios contemporáneos del litoral guanacasteco, especialmente en cuanto a la dicotomía entre razón y ausencia de ella, y en cuanto a la contingencia de estos espacios, vale la pena acotar algunas observaciones a Rama que incluso podrían enriquecer el debate, y, por ende, el análisis acá propuesto. Rodrigo Castro Orellana (2017), sostiene, por ejemplo, que no es cierto que los españoles quisieran partir de cero en sus diseños de

ciudades en forma de cuadrícula en América, o que esto fuera un símbolo de razón y simetría, opuesto a las ciudades medievales europeas. Castro afirma que este tipo de arquitectura ya existía en muchas ciudades de Europa en el momento de la llegada de los españoles a América.

Más bien, sostiene que la dinámica urbanizadora colonial obedeció a criterios prácticos y a necesidades coyunturales, que respondían a condiciones de vulnerabilidad que enfrentaron los conquistadores (Castro, 2017). El autor demuestra su hipótesis analizando el nomadismo de los complejos urbanos americanos, condicionado por desastres naturales, ataques indígenas, de piratas, o bien de otros poderes coloniales. La cuadrícula, según Castro, también facilitó la defensa y el contraataque contra poblaciones indígenas que usaban arcos y flechas y que no poseían caballería, a la vez que hizo sencilla la orientación, las referencias y la estabilidad de comunidades incipientes y frágiles, que recién comenzaban a desarrollarse.

También cuestiona la idea de la racionalidad de Rama en el diseño de las ciudades, especialmente porque tal racionalidad, que supuestamente era usada por los españoles, no sería tratada e institucionalizada como referente del pensamiento moderno por Descartes sino hasta un siglo después. En defensa de Rama, sin embargo, se podría decir que, a pesar de que la conquista de América se da antes de Descartes, es posible advertir que ya para esa época se gestaba, como indica Enrique Dussel, una primera Modernidad, identificada con el ethos cristiano, humanista y renacentista, con España como primera potencia (Dussel, 1994). La subjetividad de esa primera Modernidad sería el *ego-conquiro*, que se relaciona con el otro desde la lógica del dominio y la exclusión, y sería el antecesor del *ego cogito* cartesiano. Entonces sí existiría una continuidad entre el primer momento de la conquista y el segundo de la razón, que coloniza y desencanta el mundo en todas sus dimensiones. La conquista en sí misma, y la construcción de ciudades americanas en el siglo XVI no serían, entonces, la puesta en marcha de la razón cartesiana, sino la del deseo y la posibilidad de ordenar el mundo conocido y de someter a la naturaleza.

Para los propósitos de este trabajo cabe resaltar que, tanto la contribución de Rama como el cuestionamiento que le hace Castro, resultan interesantes en cuanto a que, en

primera instancia, en el ordenamiento y la construcción del espacio en el litoral Guanacasteco existen trazos de un anhelo de ordenar y construir el territorio en términos racionales, según la perspectiva y los intereses del inversionista –y que en muchos casos replica el de la construcción e idealización de ciudades coloniales. También es posible notar la contingencia que los mismos desarrolladores establecen, ya sea para asegurarse los recursos vitales como el agua, los espacios más aptos para ser mercantilizados, o afrontar conflictos con grupos locales que reclaman su propio espacio, al tiempo que tornan los espacios desarrollados en territorios en disputa. De ahí que, como se evidenció en el análisis del paisaje en las páginas anteriores, tropos coloniales como el del descubrimiento de territorios inexplorados o paraísos terrenales sean tan frecuentes en la Guanacaste actual. Estos paisajes, al igual que en el imaginario colonial y en la posterior construcción de espacios, anteceden al orden regulador y civilizador de la empresa colonial; en este caso, la inversión inmobiliaria, que le da valor y lo torna útil y en generador de ganancias, a la vez que coloca a los distintos sujetos involucrados en el proceso en diferentes jerarquías.

A partir del siglo XVIII, con la decadencia de España y Portugal como potencias coloniales conquistadoras, y con la estabilización, aún con ciertas contingencias, de sus ciudades, otros poderes coloniales, haciendo uso de elementos de la Modernidad ya constituidos, como la indisputada razón, o bien el capitalismo ya consolidado, también construyeron gran cantidad de espacios siguiendo patrones, con características resultantes muy interesantes desde la óptica de los propósitos de este trabajo, y que vale la pena señalar. Si bien es cierto, como se dijo anteriormente, diferentes poderes coloniales y distintas épocas coloniales construyeron espacios disímiles, el colonialismo tardío de, por ejemplo, los ingleses en la India, ya vislumbraba nociones como las del enclave postcolonial, o los ordenamientos conducentes a la exclusión de sujetos, bastante frecuentes en los últimos dos siglos, y que, aún en tiempos de globalización, parecen mutar en formas que aparentemente son nuevas, pero que replican mecanismos ya bien establecidos, como apuntara Castoriadis anteriormente.

Los británicos en la India, a partir del siglo XVIII, ya organizarían territorios de modos que no serían muy distintos a las formas en que enclaves posteriores, por parte de potencias económicas como Estados Unidos, serían estructurados en muchos lugares de

América Latina. El interés de los ingleses en el subcontinente asiático era principalmente comercial, por lo que, sistemáticamente, se desinteresaron por el comercio local, principalmente por sus industrias, las cuales destruyeron a partir del proteccionismo a la industria británica. Tal destrucción de la economía local, que tendría como características más visibles el deterioro urbano, el estancamiento económico, o la muerte de grandes cantidades de personas a causa de enfermedades, a la vez, vería el incremento de la navegación, de la construcción de ferrocarriles, canales y puertos que aumentarían el comercio y el crecimiento de industrias fabriles, de la minería de carbón, las plantaciones de té, la banca y los seguros (Prodhan, 2009).

Otro efecto del ordenamiento colonial británico fue la extensión de ciudades ya existentes, esta vez planeadas geométricamente, lejos del barullo y de lo insalubre de las ciudades indias. A estos nuevos espacios se trasladarían los oficiales y los profesionales, así como los comerciantes más acomodados. A la vez, estos asentamientos crearían un fuerte contraste con los poblados nativos. La segregación entre colonos y habitantes originarios fue proporcional al crecimiento económico de la colonia (Grewal, 1983). Entonces, el ordenamiento de las ciudades, su desarrollo, y las áreas que fueron reforzadas, así como las que decayeron, básicamente reflejaron el papel económico y político de los británicos en la India, y su uso del poder, como diría Lefebvre, a la hora de construir espacios. El poder colonial británico no estaba interesado en intervenir los espacios indios que no le eran útiles.

Además, la idea de lo público y lo privado que manejaban los ingleses no incluía la noción de lo público que manejaba el nativo, solamente la suya propia. De ahí que lo público fuera meramente el espacio en donde los británicos pudieran desenvolverse, modificar, habitar, o utilizar para sus propósitos. Los nativos indios no podían participar en esta noción de lo público, y estaban confinados a otra esfera, la más rezagada y la que no era útil a los ingleses (Glover, 2007). Esto acrecentó la tendencia a otorgarle la menor cantidad de espacio posible a los indios pobres, no solamente porque la tierra se encarecería con estas políticas de segregación; también porque entre menores comodidades y ventajas tuvieran los nativos más desposeídos, más fácil era disponer de su mano de obra sin que

tuvieran mucho margen para negociar el mejoramiento de sus condiciones (Farooqui, 1996).

Este sistema colonial británico de ordenamiento del territorio y construcción del espacio se repetiría en otros asentamientos, por ejemplo, en África occidental, a finales del siglo XIX y principios del XX. Dos características sobresalientes que presentaban estos espacios eran la jerarquización y el aumento del valor de la tierra, especialmente debido a la inversión estratégica para la extracción de productos locales y a la especulación. A partir de esta inversión, y de la construcción de caminos, hospitales, y al haber una mayor circulación de bienes, servicios y mano de obra, la idea que los nativos tenían de la tierra es desplazada por su aumento de valor según intereses financieros externos, lo que llevó a muchos locales a vender sus propiedades. Esto no solamente sucedió en contextos coloniales, también en contextos independientes, como en el de Costa Rica, señalado por Setha Low, (1996), y de sobra conocido por cualquiera que tenga un mínimo conocimiento de la especulación territorial en una región como Guanacaste.

Otro aspecto que se daría en un contexto como el africano, tanto en colonias británicas como francesas, sería la segregación racial imbricada con la segregación económica y espacial en la construcción de espacios, a pesar de que ambos poderes coloniales tuvieran perspectivas distintas en cuanto al concepto de raza (Njoh, 2008).³⁰ Las razones ideológicas y culturales para la segregación, sin embargo, fueron las mismas. Tanto los ingleses como los franceses, al pensar en África, automáticamente excluían su historia y su cultura, por lo que ambos poderes concordaban en que su tarea era la de civilizar a los africanos, como parte de su misión en el continente, aparte de aprovecharse de sus recursos naturales, sin tener que interactuar a nivel de par con estos. Esto se dio a pesar de que los franceses enmascararon su racismo con el eufemismo de segregación cultural.

³⁰ Los ingleses, apunta Njoh, al igual que los alemanes, manejaban la noción de ser una raza superior, aún antes de que la idea de raza fuera importante para los franceses, a partir del siglo XIX, cuando las teorías científicas acerca de la raza se volvieron determinantes. Los primeros se veían como descendientes de los germánicos, una raza que consideraban pura; mientras que los franceses siempre se vieron como una mezcla de elementos latinos, galos, celtas y germánicos.

Ya a estas alturas de la historia colonial, los sistemas de segregación y de organización del territorio de los ingleses o los franceses comienzan a traslaparse con los de otros poderes emergentes, como Estados Unidos, que establecería enclaves en países incluso independientes con el fin de explotar recursos como el banano, el caucho, o bien productos mineros, a través de inversionistas privados, pero siempre a la sombra de los intereses diplomáticos del Departamento de Estado. Aquí es posible notar, en primera instancia, los modos de operación de un capitalismo mucho más sofisticado y con menores contingencias que las formas incipientes que los españoles o los portugueses pudieron siquiera imaginar y emplear cuando construyeron sus ciudades en América. Por otra parte, es posible ver la constitución definitiva del enclave controlado por capital extranjero, con efectos internos a nivel político, económico y cultural en una producción nacional en manos de nacionales, y otra en poder de extranjeros que enclava la producción nacional (Viales, 2006).³¹

Esto último genera una marcada exclusión entre las zonas destinadas a la población local y aquellas con mejores condiciones estructurales para uso residencial o administrativo del personal extranjero que gestiona el enclave. En el caso de la mayoría de los países latinoamericanos sobran ejemplos, hasta el punto que, incluso en el turismo, como acotara Antonio Aledo en el primer capítulo de este trabajo, algunos estudiosos hablen de enclaves turísticos para referirse a desarrollos inmobiliarios como los que presentan algunos sectores de la costa de Guanacaste y de otros países de la región.

En la construcción del espacio en las playas de Guanacaste lo primero que es posible notar es que existe una conexión entre las formas de imaginarlo, principalmente en paisajes, y la forma en que este se utiliza y adquiere valor. Esta relación tiene que ver, principalmente, con la transformación de los atributos prístinos del paisaje, expresados ya

³¹ En el caso de Guanacaste, según una investigación periodística relacionada al caso de los *Panama Papers*, se ha logrado corroborar que los mayores inversionistas en Papagayo, por ejemplo, refugian dinero y transacciones en paraísos fiscales, lo que los coloca fuera del alcance del fisco costarricense, y de esta manera eluden y evaden el pago de impuestos en el país (Cruz, et al. 2017). Esto es una muestra que refuerza la idea del enclave, en este caso, turístico, en la región, en el que el gran capital fluye directamente al extranjero, sin siquiera pagar todos los impuestos correspondientes, de un modo que replica los modelos de extracción colonial de potencias como Inglaterra o Francia, en los que toda inversión en espacios coloniales tenía como propósito generar ganancias que fueran a parar, principalmente, al extranjero.

sea de forma escrita o en representaciones pictóricas, en los elementos concretos que constituyen el espacio mismo, como hoteles, residencias, condominios, restaurantes, y otras edificaciones específicamente al servicio de la actividad turística. Estos elementos vendrían a representar el orden, la razón, y el capital, que se imponen y hacen útil lo agreste y lo prístino.

A pesar de que abundan las metáforas relacionadas con el Paraíso, con la naturaleza y con lo primigenio, en Guanacaste el espacio se construye en términos que no necesariamente implican una simbiosis o convivencia con estas evocaciones, como podría suceder en algunos destinos de turismo ecológico. Todo lo contrario, tanto en las imágenes publicitarias como en la constitución de los destinos en sí, siempre se enfatiza el contraste entre la obra del inversionista y la naturaleza. La primera se termina imponiendo y haciendo útil a la segunda, que termina siendo parte del valor de la obra humana. Es un hecho bien comprobado que, a pesar de que la naturaleza se explota como elemento escénico en la costa de Guanacaste, las actividades turísticas de los principales polos no tienen casi ninguna relación con esta del modo que podría tener en, por ejemplo, el turismo ecológico que se practica en otras zonas de Costa Rica como Monteverde o La Fortuna.

Como se acotó en el primer capítulo de este trabajo, más bien en Guanacaste lo que sobresale es la conflictividad socio ambiental y las disputas por recursos como la tierra y el agua entre desarrolladores y activistas y pobladores locales, que transforman la región en una zona de contacto. De ahí que esa provincia haya estado en el foco del análisis de investigadores, tanto costarricenses como de otras partes del mundo, y abunden los estudios de caso que abarcan los pormenores de muchos de estos conflictos, que no suceden en otras partes del país en donde el paisaje y el espacio turístico tienen otras dimensiones.

Este tipo de construcción espacial también crea sus propias contingencias ante elementos indeseados o que simplemente salen sobrando, desde el punto de vista mercantil. Una de las características principales que tienen los desarrollos inmobiliarios y hoteleros a gran escala en espacios como Tamarindo, el Coco o Papagayo, en Guanacaste, es el constante énfasis, tanto en la publicidad como en las construcciones reales, en el aislamiento y en la separación entre condominios, residencia y hoteles, y las comunidades

locales. Una frase que abunda en gran parte de la publicidad del turismo residencial y de desarrollo inmobiliario es la promesa y garantía de una *gated community*, o, literalmente, una comunidad cerrada, si traducimos la frase al español.

Explícitamente se anuncia como un valor de la inversión el hecho de que esté separada de la realidad local, de la cultura local y de la interacción directa con los habitantes aledaños. Este tipo de contingencia es aún más explícito en un lugar como Papagayo, donde los habitantes locales tienen dificultades logísticas para tener acceso a las playas públicas ubicadas frente a los emporios hoteleros. Estos últimos básicamente han ideado todo tipo de estrategias para restringir el acceso de personas que no se hospeden en los hoteles, sin necesariamente violar la ley, que dicta que las playas son de acceso público.

Figura 7. Condominios destinados al turismo residencial, y anunciados como “gated communities,” en las cercanías de Playa Panamá, Guanacaste.



Fuente: archivo fotográfico, Esteban Barboza Núñez (2018)

Otro ejemplo de este tipo de restricción es el del ingreso de vehículos a playa Conchal, en el cantón de Santa Cruz, dictada como medida cautelar por un tribunal contencioso, a solicitud del hotel Reserva Conchal, y que obligó a la Municipalidad local, en el año 2018, a impedir el acceso a la playa por medio de vehículos. Esto fuerza a quien quiera visitar ese balneario a tener que caminar desde la vecina playa Brasilito. De este modo, el hotel consigue la disminución drástica de bañistas no hospedados en su propiedad

frente a la playa, con el pretexto de que los vehículos ocasionan daños al ambiente. Entonces, una de las playas históricamente más emblemáticas para los habitantes de ese cantón prácticamente queda para uso exclusivo del hotel, que ha copado todo su frente y, a base de cabildeo y denuncias, restringe el único acceso que la población local tenía a esta, sin necesariamente violar la ley, pero sí a través de la utilización de cierto tipo de razonamiento que marca la exclusión y la ocupación del territorio para su uso exclusivo.

Las mismas autoridades municipales acusan al hotel de querer privatizar la playa solapadamente (Alvarado, 2018), al tiempo que el hotel, en un comunicado oficial, y en términos anti conquista, afirma que no se trata de privatización, sino de querer salvaguardar el ambiente, y, muy importante, tal parece, la seguridad de los huéspedes del hotel, como si los turistas locales, que han visitado esa playa por décadas, representaran una amenaza.

Las disputas por inclusión o exclusión, dependiendo de la perspectiva, de habitantes locales a recursos naturales como el agua, los lugares para habitar, o bien el acceso a playas, abunda en la provincia. Estos dos casos son solo ejemplos, pero en realidad existen muchos otros, algunos de ellos en instancias judiciales que ya llevan años, como el de playa Cabuyal, en Liberia, y que serán abordados con mayor detalle en el siguiente capítulo. La idea de la protección al ambiente como excusa más bien resulta irónica, dados los comprobados daños ambientales que los grandes emporios hoteleros han causado en la provincia, y dado que ni el ecoturismo ni la protección al ambiente están en la agenda de la mayoría de estos grandes hoteles, independientemente de que emporios como Reserva Conchal utilicen vocablos como sostenibilidad o naturaleza, cuando al mismo tiempo mantienen canchas de golf con un alto consumo de agua, un recurso altamente disputado en la región.³²

En estos casos, de comunidades cercadas y hoteles y playas exclusivas para el uso de ciertos propósitos, es posible ver los efectos de la poética del espacio y las geografías de la imaginación, en este caso, en los ejercicios de poder manifestados en la construcción y el

³² En un lugar seco como Guanacaste, sin lluvia durante la mitad del año, el consumo de agua de un campo de golf es de 10.000 metros cúbicos por hectárea, lo que equivale al consumo de aproximadamente 8000 personas. Considerando que solo un 0,67% de los turistas practican golf, incluso en un hotel que tenga su propio campo, esta actividad es una de las más insostenibles que existen en una zona como Guanacaste (Esteso, 2010; Ginés, 2015).

uso del espacio, en su nombramiento y en la clonación semántica de los intereses de los inversionistas. Evidentemente existen otros factores, como los señalados en el primer capítulo de este trabajo, que también inciden en el fenómeno, entre ellos, la dependencia de la inversión extranjera directa, o bien la poca participación local en la toma de decisiones a gran escala. Sin embargo, es un hecho que la conexión entre la imaginación, la representación y el funcionamiento de la dinámica turística a partir de ciertos imaginarios sociales y turísticos existe en la región. En esta primera instancia, la razón, la exclusión y la contingencia parecen imponerse a todo aquello que esté fuera de ese imaginario moderno civilizador.

La construcción del espacio turístico en Guanacaste también replica el modelo del enclave económico y cultural, que a su vez tiene una fuerte relación con la construcción de espacios en lugares como la India o África por parte de poderes coloniales como Inglaterra o Francia, señalados anteriormente. Existe una ley, la 6370, de 1979, que en gran medida determina los propósitos y anticipa el modelo de desarrollo turístico de sol y playa de la región a partir de finales del siglo XX y lo que llevamos de este. Dicha ley selecciona terrenos para uso exclusivo del turismo, y en su Artículo 1 declara “de utilidad pública los bienes inmuebles, sean fincas completas, porciones, derechos o intereses patrimoniales legítimos que por su ubicación sean necesarios para realizar el proyecto turístico en Bahía Culebra [Golfo de Papagayo]... desde punta Cabuya, hasta un km al sur de Punta Ballena” (Asamblea Legislativa, 1979). En el Artículo 2, se autoriza al ICT a adquirir los terrenos que menciona la Ley, prescindiendo de trámites de licitación, “y si no hubiere acuerdo o si el propietario no concurre al llamado del Instituto Costarricense de Turismo, se dictará de inmediato el Decreto Ejecutivo de expropiación”. Y en el Artículo 8 se dice que el Estado “financiará inmediatamente y adecuadamente la compra y acondicionamiento de terrenos necesarios, su conservación y la dotación de infraestructura primaria para ejecutar el proyecto”.

En esta Ley y en su posterior implementación queda bastante clara la delimitación del espacio y la exclusión de los intereses locales, a la vez que, con la declaración de “utilidad pública”, como reza el título de la proclama, en realidad se limita a cierto tipo de esfera que no necesariamente coincide con el concepto local de lo público, tal y como

sucedió en ciertos contextos coloniales y enclaves. Más bien, la palabra marca un límite y una exclusividad que de hecho advierte con la expropiación forzada en caso de no acceder los propietarios locales a los términos de la Ley.

Acá entra en juego la razón y la contingencia de Rama y de Castro, en cuanto a la delimitación precisa del territorio, pero también elementos más recientes de la construcción de espacios coloniales, como la inversión únicamente para propósitos del modelo de desarrollo impuesto y para beneficio del capital inversionista –carreteras, agua, electricidad, e incluso un aeropuerto internacional en Liberia–, así como la especulación, el encarecimiento de la tierra y el confinamiento de la población local a ciertos sectores menos atractivos para el modelo de desarrollo turístico impuesto, lo que a la postre genera gentrificación. Si bien es cierto, la Ley 6370 no incluye toda la costa de Guanacaste, otras regiones de la provincia, como el Coco y sus alrededores, o Tamarindo y sus alrededores, presentarían, en años posteriores, modos de desarrollo muy similares, con consecuencias parecidas y con desplazamiento de poblaciones locales a zonas periféricas, al tiempo que la especulación inmobiliaria creaba burbujas de exclusividad a la que solamente ciertos grupos tenían acceso.

En este modo de construir espacios, con este tipo de exclusiones, y con la repartición desigual de suelos y recursos naturales, y con el consecuente deterioro ambiental y social que estas prácticas acarrearán, entonces, ya podemos, apropiadamente, referirnos a lo que otros escritores han llamado colonialismo, recolonización, o neocolonialismo, como se vio en el primer capítulo de este trabajo, pero sin depender solamente de indicadores económicos y ambientales para usar estos términos, sino mostrando los paralelismos entre la Guanacaste actual y los efectos en la construcción de espacios del discurso colonial.

El discurso colonial en la región no se circunscribe solamente a lo que tiene que ver con el paisaje y el espacio, vistos en este capítulo. También se traslapa con las realidades humanas de los habitantes locales, que también tienen una fuerte relación con los modos en que el modelo de desarrollo turístico los imagina y los emplea, y este es el tema del que se ocupará este trabajo en el siguiente capítulo.

Capítulo 4

Entre Viernes, Calibán y la ausencia: representación de sujetos en el contexto turístico del sol y la playa en Guanacaste

Algunos elementos teóricos esbozados en el segundo capítulo de este trabajo, específicamente las nociones de imaginarios sociales e imaginarios turísticos, y que sirvieron de referentes a la hora de analizar la representación del paisaje y la construcción de espacios turísticos en Guanacaste en el tercer capítulo, también serán significativos en este apartado. Su objetivo será estudiar los modos en que los sujetos nativos del litoral guanacasteco toman forma en los imaginarios turísticos de la región, y, por su puesto, algunas de las consecuencias de esas construcciones en el desenvolvimiento funcional, ya sea a nivel laboral o a nivel de modos de vida, de los habitantes nativos alrededor de los grandes polos de atracción turística de la costa guanacasteca. En este caso, se tratará de establecer la conexión que existe entre los imaginarios sociales modernos, especialmente su aspecto prescriptivo, los imaginarios turísticos de Guanacaste, algunos ya señalados en el capítulo anterior, y los modos en que los habitantes locales existen dentro del sistema turístico de su litoral.

Se parte del supuesto que reza que, tanto en la publicidad turística, ya sea visual o escrita, en las guías de viajes que describen Guanacaste, o bien en distintos medios de prensa, existen cuatro modos de representar a los sujetos locales y que perfectamente calzan con algunos de los supuestos principales del discurso colonial acerca de la construcción y caracterización del otro en las relaciones coloniales entre centros y periferias.

En primera instancia está el viaje al pasado como modo de tener un encuentro con el otro local. Esta es una de las fantasías coloniales de las que hablan Charlotte Echnner y Pushkala Prasad (2003), y que traslapan el discurso colonial con el turismo moderno. En esta se enfatiza y se mercantiliza el pasado de la cultura que se visita como opulento, semánticamente hablando, exótico y místico. En contraste con esta caracterización, sus habitantes actuales son retratados como campesinos simplones, que simplemente representan, en escenarios controlados, el papel que su civilización pasada y venida a

menos les sugiere, según su rol en el escenario turístico; o bien, simplemente pasan desapercibidos.

Este desapercibimiento nos lleva a la segunda forma en la que el otro aparece en el turismo de Guanacaste, y que está asociado al elemento irónico de la ausencia. Como ya se advirtió en las discusiones en cuanto al paisaje en el capítulo anterior, en las representaciones visuales lo ausente también habla. Existen razones, motivos y objetivos rastreables por los cuales algo está ausente en una representación, o está minimizado o hecho invisible en un sistema turístico como el guanacasteco; y en cuanto a la ausencia de la subjetividad local, el papel del sujeto subalterno en el discurso colonial podría arrojar explicaciones útiles.

Una tercera representación tendría que ver con la idea del buen salvaje americano, expuesta a profundidad por Carlos Jáuregui (2008) en su ensayo *Canibalia*. En ese trabajo el autor elabora en cuanto a la invención de la otredad americana a partir de su conquista. Sostiene que en esta se transmuta el mito del salvaje, de orígenes anteriores, al contexto americano, en el que el nativo pasaría a ser ese sujeto dócil y servil, presto a satisfacer las necesidades y fantasías de los exploradores y conquistadores.

Muchas de esas fantasías son trazables en relatos de viajes, diarios de navegantes, edictos coloniales e incluso en la literatura colonial, y transforman el concepto clásico de la hospitalidad, de una idea que implica reciprocidad, a otra en la que el anfitrión está en la obligación de recibir al visitante y satisfacer sus deseos. Esta misma noción, sin embargo, también involucra una profunda otredad del buen salvaje americano en relación al explorador, y, al mismo tiempo, una marcada inferioridad racial, cultural, y laboral que nos recuerda la idea de Quijano de la colonialidad del poder y del ser. Es una figura que encarna, por ejemplo, Viernes, el nativo sirviente de Robinson Crusoe en la novela homónima de Daniel Defoe.

Finalmente, como otra derivación del sujeto local en las representaciones visuales y en las narraciones del litoral guanacasteco en la era del turismo, se explorarán algunas formas en las que el discurso colonial representa al nativo inconforme, opuesto al proyecto colonial, y que es construido en gran parte con base en elementos que connotan extrema

otredad, abyección y hostilidad ante valores racionales y religiosos occidentales. El Calibán de Shakespeare, convertido en la figura del caníbal, que es precisamente la base, a través del uso del anagrama, del nombre del primero, sería uno de los principales símbolos coloniales de este tipo de representaciones. El antropófago americano es ese personaje siniestro, construido en gran parte a partir de la imaginación de los conquistadores, y que sirvió de justificación ideológica para la conquista, o lo que los españoles llamaron la “guerra justa”, y que, en el turismo de Guanacaste, son todos aquellos sujetos locales que quieren reclamar un espacio en los escenarios copados por las grandes inversiones y sus esquemas de desarrollo, y que de alguna forma son narrados a partir de la contingencia y la anti conquista, explicadas en el capítulo anterior.

El sujeto subalterno en el discurso colonial

A pesar de que este tema en parte fue abordado en el segundo capítulo de este trabajo, especialmente cuando se habló del aporte teórico de los estudios postcoloniales y de los estudios decoloniales latinoamericanos, cabe ahondar, en esta sección, en algunos aspectos específicos del subalterno como una construcción del discurso colonial, y que abarca más allá del hecho de ser un sujeto desposeído o en condición de sometimiento a una clase burguesa, como podría sugerir el marxismo ortodoxo. En otras palabras, así como el discurso colonial imagina paisajes y construye espacios, también hace lo mismo con los sujetos que están en una posición de subalteridad en relación con las corrientes de pensamiento hegemónicas y las prácticas coloniales. Estas formas de imaginar sujetos también tienen consecuencias palpables en la funcionalidad y en los papeles que ellos mismos juegan, ya sea en entornos coloniales o postcoloniales.

Quizás el teórico referente en este tema, y que ha servido de base a ideas desarrolladas posteriores a él por pensadores como Said o Spivak, es Antonio Gramsci. Gramsci consideraba que el término marxista ortodoxo de proletariado era muy general y limitado para abarcar todas las dimensiones y matices que le podían ser atribuidos a un sujeto en una posición de alteridad en relación a un poder hegemónico. Ante el problema que podría presentar, desde un punto de vista teórico, la noción de proletariado en

referencia únicamente a la clase trabajadora,³³ Gramsci, a pesar de usar proletario como sinónimo de subalterno en, por ejemplo, *Los cuadernos de la cárcel* (1981), expande su significado para referirse a cualquier grupo social fuera de las estructuras establecidas de la representación política.

En este caso, Gramsci se refiere principalmente a los campesinos del sur de Italia, quienes, a pesar de no tener conciencia política, y de estar sujetos a la hegemonía de las clases dominantes, poseían una naturaleza de resistencia a través de sus dinámicas. Esto les hizo capaces de desarrollar una conciencia revolucionaria, algo que Marx solo veía posible en el proletariado. Como se apuntó en el capítulo dos de este trabajo, ciertos grupos hegemónicos ejercen poder y control sobre los grupos subalternos a través de la cultura, más que a través de mecanismos represivos. Y, más importante aún, el poder mismo atraviesa y forma a los sujetos, y, como diría Foucault, no debería ser buscado en un solo lugar, en este caso, en los intereses de la clase burguesa, sino que se produce en múltiples lugares y en múltiples momentos.

Esta idea del pensador italiano acerca del sujeto subalterno es la que servirá de base a teóricos de los estudios postcoloniales, como Said o Spivak, en sus trabajos acerca de la cuestión del sujeto colonizado en el discurso colonial. Said se basa directamente en la idea de Gramsci para elaborar acerca del sujeto subalterno colonial. Como se acotó en el segundo capítulo de este trabajo, el crítico literario palestino debate con algunas ideas marxistas clásicas, como la dialéctica de clases, especialmente cuando argumenta que estas posturas son muy generales y no son capaces de abarcar las necesidades específicas y las experiencias de los sujetos coloniales (Said, 1978).

La falla en estos postulados, según Said, yace en la incapacidad de Marx, o en su ceguera, a la hora de abarcar el mundo fuera de Europa. Para Marx, argumenta Said, la idea de progreso se basa en supuestos decimonónicos de desigualdad entre occidente y oriente que dan por un hecho la superioridad del primero sobre el segundo (Said, 1978). De

³³ Marx consideraba, por ejemplo, al campesinado europeo como atrasado y reaccionario, sin posibilidad de mostrar conciencia de clase. En el *18 Brumario de Luis Bonaparte*, sostiene que los campesinos franceses son incapaces de producir un sentimiento de comunidad, de vínculos nacionales u organización política, por lo que no constituyen una clase (Marx, 2003).

algún modo le achaca a Marx su suscripción a la lógica de la misión civilizadora del colonialismo. De ahí que prefiera optar por el concepto de sujeto subalterno de Gramsci para escapar de la mera idea de la lucha de clases entre el proletariado y la burguesía, y así poder abarcar la situación de sujetos dejados por fuera en esta lucha por el mismo Marx. En este caso, se enfoca en los habitantes de los territorios colonizados por los poderes coloniales europeos, principalmente Inglaterra y Francia, en contextos como Oriente Medio y la India, y en el que otros aspectos como la condición étnica y la cultura se vuelven primordiales y se imbrican inexorablemente con la clase, la exclusión y la explotación.

Incluso Gayatri Spivak, quien es, en la corriente de pensamiento postcolonial, una de las más importantes teóricas que elaboran alrededor del concepto de lo subalterno, y cuya contribución al término fue acotada en el segundo capítulo de este trabajo, también admite la influencia del pensador italiano en sus tesis. Spivak prefiere el término subalterno, afirma, precisamente porque el mismo fue usado por Gramsci, incluso bajo censura de otros pensadores marxistas ortodoxos, como alternativa al monismo de proletariado. Para Spivak, lo subalterno es todo aquello que no recalca bajo el estricto análisis de clase (Spivak, 1998).

Los abordajes de teóricos como Said o Spivak logran retomar las inquietudes de pensadores anteriores a ellos, como Fanon o Du Bois, que claramente vieron que el sujeto negro, por ejemplo, no podía caber puramente en una categoría de análisis a partir de la división de clases, y más bien relacionaron su existencia y su devenir histórico a partir del colonialismo, como se señaló anteriormente en este trabajo. En el contexto latinoamericano, unos años después de Said y Spivak, Quijano también exploraría la cuestión del surgimiento y la existencia de un sujeto subalterno a través de su idea de la colonialidad del poder, también explicada anteriormente, y que imbrica clase y raza. Quijano, al igual que Gramsci, se desprende de la noción exclusiva de clase del marxismo tradicional, y sostiene que, en el ejercicio del poder, relacionado con todos los ámbitos de la experiencia social humana, la clasificación racial jugó un papel primordial, incluso en la consolidación del sistema capitalista europeo. De ahí que también considere que su complejidad requiera modelos analíticos que vayan más allá de la idea de clase (Quijano 2007).

La cuestión del otro subalterno es una pregunta que también ha sido abordada por otras disciplinas, no solamente a partir de los estudios postcoloniales o los estudios decoloniales. Para Marc Auge (2000), la investigación antropológica es la que en primera instancia se encarga de abordar y definir a los otros, que de alguna manera también se presumen parecidos entre sí: exóticos, étnicos o culturales, y que surgen a partir de las premisas de lo que él llama lo cercano y lo lejano.

Otros antropólogos muy influyentes, entre ellos Johannes Fabian, afirman que el otro se construyó a partir del uso del concepto del tiempo, muy empleado por las ciencias sociales decimonónicas, y que estableció la distancia entre occidente y su otro antropológico, visto como incapaz de alcanzar, por sí mismo, el progreso suficiente para empezar a caminar en la vereda del tiempo secular y positivista de la Ilustración (Fabian, 1983). Para Fabian existe una negación de la simultaneidad, en la antropología clásica, entre el observador y el objeto de estudio; y para él, esto es un acto político, más que discursivo. Así es como explica las dicotomías entre pasado y presente, primitivo y moderno, o tradición y modernidad, que más que hacer referencia a la diferencia entre sociedades según sus estadios de desarrollo a partir de parámetros modernos, lo que realmente hacen es perpetuar la oposición entre estas, y, a la vez, condenar a una a estar en estado de subalteridad en relación a la otra. Fabian es otro más que señala este como uno de los problemas del marxismo clásico, que en el siglo XIX mantiene la oposición entre proletario y salvaje.

Entonces, según estas ideas, es posible afirmar que la construcción del sujeto subalterno colonial no es más que la proyección de ciertos ideales propios de quienes lo colonizan. Es decir, así como existe una clonación semántica en, por ejemplo, el paisaje de la literatura y la cartografía colonial, también sucede algo similar con los sujetos que pueblan esos mapas, lo cual nos recuerda la idea kantiana que sostiene que la subjetividad siempre se va a proyectar sobre el objeto de estudio. De ahí que el conocimiento se produzca y no simplemente se revele; y mucho del sentido que se le dé al objeto de estudio esté mediado por relaciones de poder que permean, en este caso, tanto al conquistador como al subalterno. En otras palabras, en la construcción del otro subalterno siempre mediará la subjetividad de quien construye, de ahí que, incluso Foucault niegue la

existencia de una división real entre ambos, y sostenga que existe una conexión a partir de redes de poder entre el sujeto y su otro (Foucault, 1987).

Esta idea es clave para entender, tanto al otro en el discurso colonial, como al otro en el turismo. El conocimiento propio proyectado sobre el otro siempre es clave para su sometimiento, su reforma y su funcionamiento real. Tzvetan Todorov evidencia esta cuestión fundamental, en el caso de la conquista de México, cuando estudia cómo el mundo renacentista de Cortés, un hombre bastante educado para los estándares de la época, se enfrenta al mundo mágico de Moctezuma, plagado de mitos y temores que ya el primero calculaba y sopesaba. Es por eso que antes de destruir a los aztecas, Cortés los comprendiera, según su propio sistema de valores; y de esta manera el conquistador español utilizara a los mismos pueblos sometidos por los aztecas en su contra.

Los conquistadores españoles no solo, entonces, someten a los mexicas a través de las armas, principalmente lo hacen a través del conocimiento. Para Todorov, esta interacción con el otro se dio en tres dimensiones: el plano axiológico, establecido a través de juicios de valor sobre la diferencia, principalmente a través del binomio bondad-maldad; el plano praxeológico, que surge después del primero, y tiene que ver con la tentación de someter al otro; y el plano epistémico, marcado por la necesidad de conocer al otro (Todorov, 1998). El que logra proyectar lo cognitivo sobre el otro, y usarlo de manera pragmática, en este caso, tiene más poder.

La pregunta principal será entonces responder cuáles son los principales papeles o roles asignados al otro colonial, a ese sujeto subalterno, por parte de los valores hegemónicos de la conquista, la colonia y el capitalismo surgiente, y que más tarde resonarán en ese otro turístico, poblador local de periferias del placer como Guanacaste. En las primeras narraciones de navegantes europeos en el continente americano ya se nota la fundación de una manera de visualizar al otro, a partir de valores propios y expectativas utilitarias sobre este.

En esas visualizaciones e idealizaciones es palpable, principalmente, la proyección de la idea de bondad e ingenuidad inherente a algunos pueblos americanos, principalmente de las islas del Caribe, vistos por algunos navegantes como primigenios, inocentes y de

naturaleza apta para ser buenos siervos, de modos que resonarían más tarde en el análisis de la visión antropológica del otro a partir de la idea del tiempo, de Johannes Fabian. También existen los nativos de naturaleza hostil a los propósitos de conquista del advenedizo europeo, y que, tanto en el Caribe como en el continente serán clasificados a partir del binomio bondad-maldad, como estipula Todorov, y que terminará justificando la “guerra justa” y el exterminio de muchos de esos pueblos, a partir del supuesto propósito de erradicar su maldad.

También está la ausencia; es decir, la idea de que los pueblos que habitan las tierras por conquistar no representan un factor a tomar en cuenta a la hora de emprender una conquista, más que el de su sometimiento y el de hacerlos útiles, desde la perspectiva del trabajo, a la empresa colonial. Esa ausencia también tiene que ver con que no existen como humanos, al menos en el mismo plano del conquistador. Se les otorga más bien una función meramente utilitaria, como mano de obra, ya fueran los nativos, o los esclavos traídos de África posteriormente, medidos por peso, como ganado, y llamados piezas de Indias por los españoles o marfil negro por los ingleses (Williams, 1997).

Cuando Colón arriba a las islas caribeñas, en 1492, sin tener la menor idea de que en realidad se topaba con un continente desconocido para los europeos de la época, y aún con el propósito de buscar una nueva ruta hacia las Indias orientales y establecer lazos comerciales, se encuentra con poblaciones con una gran disposición a la colaboración, a la hospitalidad y a la generosidad, según su propia noción de estos términos. En las primeras descripciones que hace de los nativos, enfatiza precisamente esa buena disposición. Intercambia objetos que traía consigo, y que él considera de poco valor, como “bonetes colorados y cuentas de vidrio... y otras cosas muchas de poco valor con que ovieron mucho plazer y quedaron tanto nuestros que era maravilla” (Colón, 1997, p. 1), por hilos de algodón, comida, agua y azagayas. Ante este signo de generosidad y hospitalidad, inmediatamente Colón acota que “estos deven ser buenos servidores y de buen genio...y creo que ligeramente se harían cristianos, que me pareció que ninguna secta tenían” (Colón, 1997, p. 1). Finalmente, en este primer encuentro considera llevarse a unos nativos como regalo a los reyes españoles, “para que deprendan hablar” (Colón, 1997, p. 1).

Es claro que la idea de Colón de encontrar civilizaciones grandes y poderosas en Asia para entregarle la misiva de los reyes católicos y establecer lazos comerciales comienza a cambiar desde el primer encuentro, ante elementos hasta ahora desconocidos por él o por cualquier otro miembro de su tripulación, pero que inmediatamente empieza a comprender según lo que su propio sistema de valores proyecta sobre esos nuevos elementos. La generosidad es interpretada como ingenuidad, dado que se intercambian productos de valor desigual para ventaja de los españoles, según su sistema de valores.

La buena disposición a colaborar con el reabastecimiento de los expedicionarios se resemantiza como aptitud a la servidumbre. Las diferencias lingüísticas, dado que los nativos hablan un idioma desconocido totalmente por cualquier europeo, se interpretan como ausencia de cultura y civilización, del mismo modo que los griegos o los romanos consideraban bárbaro a todo aquel que no hablara griego o latín, y, además, carente de discurso lingüístico. Esta idea connota en Colón algo que inmediatamente siente como un derecho, e incluso un deber: enseñarles la doctrina cristiana, e incluso a hablar, tal y como lo harían posteriormente, en clásicos de la literatura colonial, personajes como Próspero o Robinson Crusoe con sus sirvientes nativos Calibán y Viernes, y transmitirles en esa enseñanza su papel de siervos.

Estas diferencias, entendidas por Colón como ventajas a su favor en forma de hospitalidad incondicional y falta de civilización, son las condiciones necesarias previas para que, más tarde, el capitalismo prospere en el continente americano. Hay riquezas para ser convertidas en capital, y, al mismo tiempo, un vacío para instalar su lógica cultural (Jáuregui, 2008). Esta es, entonces, la primera justificación ideológica para la conquista, y, a la vez, la génesis de la idea del buen salvaje americano, cuya principal función será la de servir de otro a quien lo estudia, al tiempo que proyecta la idea de ser siervo por naturaleza, según los valores del conquistador. Al ser visto ese salvaje americano como ocupante de un estadio anterior a la civilización, y con ciertas características que lo infantilizan, surge la necesidad de que sea civilizado por sus contrapartes europeos, que sí han avanzado en el tiempo de la cultura y la civilización.

El homo agreste medieval, como se conocía al salvaje hasta entonces (Olivares, 2013), se transforma. De un ser imaginario, medio hombre, medio bestia, cubierto de vello y habitante de los bosques, de raíces grecolatinas y judeocristianas, y que era en parte el otro del europeo medieval, pasa a ser un nuevo hombre agreste, que se ajusta más a los valores que surgían de la mano del capitalismo incipiente y la conquista que a los medievales y de la antigüedad. En esta nueva forma del salvaje había más idealizaciones y deseos de quienes lo crearon que situaciones reales de los sujetos sobre quienes la idea fue proyectada (Green, 1993).

En resumidas cuentas, el buen salvaje americano integra nociones de servidumbre, atraso, otredad, y a la vez vacuidad. Este último punto tiene que ver con que, ya sea a través de su supuesta ausencia de los territorios por conquistar, o bien, por medio de los vacíos culturales que presenta, según la perspectiva de quien explora y juzga, se le termina por extraer de la cultura y de la civilización, de la historia y de la economía. Se le destierra de los territorios que habita y de esta manera se facilita la conquista de estos territorios; en otras palabras, la idea de lo salvaje va intrínsecamente ligada a la de la ausencia. Una idea detona la otra y facilita la ocupación del espacio.

Ahora bien, no siempre el buen salvaje americano es el representante más recurrente del mundo recién descubierto por los conquistadores europeos. Así como existen los facilitadores de la conquista, también existen quienes se oponen a ella. Una vez los europeos comienzan a replantearse su papel en las tierras desconocidas, parte del vacío cultural que generan los americanos es llenado con elementos derivados de imaginarios ya existentes, algunos medievales, otros nacidos en la antigüedad, y que aparte de la resemantización del salvaje, proyectan la otredad y la abyección extrema sobre los nativos del Nuevo Mundo. Como indica Todorov, así como Colón creía en el dogma cristiano, también creía en cíclopes, sirenas, amazonas y hombres con cola, y esa creencia permite que los encuentre en el Caribe (Todorov, 1998), esta vez en la figura del antropófago americano, el caníbal.

Colón relata en su diario, aproximadamente un mes después del primer contacto con los nativos, que en una isla vecina “avía gente que tenía un ojo en la frente, y otros que

llamaban caníbales... que los comían [a los isleños que Colón contacta] y que son gente muy armada” (Colón, 1997, p. 2). En un principio el almirante no cree del todo que exista gente con un solo ojo, o con cabeza de perro, como también cree que son descritos, según otras entradas, y que coman carne humana; pero conforme las descripciones continúan, irónicamente en un idioma que los españoles no entienden, la idea de los comedores de carne humana se hace cada vez más sólida hasta convertirse en una realidad para Colón.

Este hecho, el de la incomprensión lingüística, o el que la única evidencia de la existencia de los temidos caníbales estuviera basada en reportes orales en idiomas desconocidos, y que hacen que hasta el día de hoy no se sepa exactamente qué significaba el vocablo, no le quita, como sostiene Peter Hulme (1986), el profundo impacto que esa figura tendría, desde entonces, en el imaginario americano, en la conquista, y aún en épocas posteriores³⁴. Uno de los impactos más importantes será el de servir de justificación para la guerra, junto con la idolatría y los sacrificios humanos, en el caso de Cortés y otros conquistadores en México, y cuyo fin sería extirpar el crimen monstruoso de devorar carne humana, que va en contra del orden natural, según los españoles lo entienden (Vignolo, 2005).

El caníbal, entonces, surge de la mano del buen salvaje americano. Al igual que la supuesta idolatría, que justifica la destrucción de imágenes nativas por parte de Cortés y su sustitución por imágenes cristianas, según la idea europea de lo que debería significar una imagen, o bien el sacrificio humano, el caníbal es parte de ese vacío cultural que dispara la “guerra justa”, esa guerra que disimula su propio consumo de cuerpos nativos a través del otorgamiento del estatuto de amenazador a la diferencia indócil, como la llama Jáuregui (2008).

El caníbal, por lo tanto, no es exterior al buen salvaje o al Edén americano, sino que aparece como su diferencia intrínseca. El propio salvaje afable anuncia al caníbal, y la

³⁴ En este sentido, resuena, una vez más, la idea de la representación autoetnográfica, de Pratt, expuesta en el tercer capítulo de este trabajo. La autora afirma que es probable que el hecho de que los colonizadores vieran salvajismo extremo en las “hordas indígenas” hace que estos se vean a sí mismos como tales. Lo que se destruye con armas y se convierte en arqueología suele vivir entre los colonizados como autoconocimiento y conciencia histórica, y esto, a la vez, de manera irónica, se convierte en ingrediente importante de la resistencia anticolonialista (Pratt, 2010).

palabra es prolepsis del mordisco; el otro deseado anticipa el apetito del Otro (Jáuregui, 2008). En el caso del caníbal, entonces, también se proyecta ausencia de civilización, y una oportunidad más para instalar la lógica colonial occidental en América, a través de su destrucción y su avasallamiento, y a través de su esclavización. No es gratuito, por ejemplo, que a Viernes, el buen salvaje americano de Defoe, también le guste comer carne humana, y admita, antes de ser amonestado por Robinson Crusoe y convertido al cristianismo, que él también ha consumido la carne de sus enemigos, los mismos que estuvieron a punto de devorarlo antes de que fuera rescatado por el colonizador europeo.

En trazos generales, entonces, estas formas en las que el otro es producido en el discurso colonial: como ausente, como atrasado en el tiempo e incapaz de progresar por sí mismo, como buen salvaje con naturaleza para servir al conquistador en su empresa colonial, y como malévolo salvaje que se opone, a través de su maldad e irracionalidad, al proyecto civilizador, parecen derivarse, como se verá a continuación, tanto en la aparición del otro en el turismo en general, como en la forma en que el otro nativo existe en la costa de Guanacaste. Algunos de los principales papeles asignados a ese otro en los principales imaginarios turísticos de destinos meridionales siguen estando marcados por esas dicotomías que, al tiempo que resaltan la diferencia entre huéspedes y anfitriones, enfatizan la cultura del primero versus lo exótico del segundo, al tiempo que ocultan la brutalidad acaecida en el pasado a raíz de la conquista y el colonialismo en esos destinos.

El otro en el turismo

El otro es parte fundamental de los imaginarios turísticos y, a la vez, parte de lo que le sirve de motor escénico y económico. Desde trabajos clásicos en torno a la cuestión turística, como los de MacCanell o Dann, citados anteriormente, ya se nota la importancia que se le da a ese encuentro entre el turista moderno y ese otro que supuestamente representa lo diferente, lo exótico, y que, al mismo tiempo, es parte de la mercancía turística, especialmente en destinos fuera de lo que podríamos llamar el occidente moderno, desarrollado y capitalista.

En los imaginarios sociales modernos, según Taylor, marcados por el énfasis en la autodeterminación del sujeto, occidental, eso sí, ya se puede sentir el papel del otro en el turismo como actividad en principio económica, pero con fuertes implicaciones socioculturales. Este vendría a ser parte de la mercancía turística, de la misma manera que sucede con el paisaje o el espacio. Y esta idealización por supuesto que tiene consecuencias en el desenvolvimiento real del otro en el turismo y en los espacios turísticos y sus alrededores.

En el mundo contemporáneo, marcado por fenómenos como la globalización, el otro subalterno se resemantiza y se resignifica, a la vez que mantiene algunos de los esquemas y rasgos con los que fue construido en la era del colonialismo. El turismo en lugares como Guanacaste es un buen indicador de que este fenómeno ocurre, como se explicará más adelante. Algunas de las dicotomías que caracterizan los imaginarios turísticos según la idea de Noel Salazar, explicada anteriormente, con opuestos como naturaleza-cultura, aquí-allá, masculino-femenino, adentro-afuera, y local-global, entre otras, son claramente trazables en el otro turístico, según este es imaginado y hecho funcional en el sistema del turismo. Es parte de lo que invita a ser consumido por el turista que visita, ya sea a través de la observación, o bien en otras experiencias, de todo tipo, algunas de las cuales replican la idea romántica del antropólogo colonial que explora y descubre, al tiempo que marca diferencia con ese otro, como bien sostiene Salazar (2013).

A pesar de que investigadores como Bob McKercher y Bruce Prideaux (2014) sostienen que algunos de los efectos negativos del turismo, en especial en cuanto al uso del territorio, el impacto ambiental, y las afectaciones a las culturas anfitrionas, especialmente de regiones periféricas, no sean más que mitos, según el uso que le dan a la tipología de mitos académicos de Reece McGee (1985) —que indica que un mito académico es una creencia falsa que, al ser enarbolada por figuras de autoridad, nunca es cuestionada—, lo cierto es que sí existe mucha evidencia que apoya lo controversial de esos impactos. Los efectos en el otro no son la excepción.

De hecho, existe un cúmulo importante de artículos científicos y libros dedicados a este tema desde una perspectiva teórica, y también hay bastante corroboración empírica

acerca del lugar del otro en el turismo. Perspectivas post estructuralistas y feministas han servido de base a investigadoras como Cara Aichison (2001), por ejemplo, para analizar las sinergias entre campos como los estudios turísticos, los estudios de género y la teoría de la cultura en la construcción discursiva, textual, y simbólica del otro en el turismo. La autora argumenta que el turismo y su constante asociación con lo exótico y lo erótico se convierte en un escenario complejo que sirve de mediador del poder simbólico y material que convierte al otro en material de consumo, en donde asuntos como el poder y la representación son constantemente puestos a prueba, e incluso cuestionados.

Más que un negocio, entonces, para Aichison el turismo debería ser visto como un poderoso escenario cultural que reproduce esquemas de pensamiento e imaginarios más abarcadores, como los que también moldean el patriarcado o el colonialismo, según su visión feminista y postcolonial. La autora concluye que existe una coincidencia entre el turismo en muchas ex colonias europeas y el legado colonial. Una característica de esa coincidencia es que sus poblaciones locales son conservadas en el tiempo, y preparadas para ser exploradas en su estado natural por los turistas. El turismo, entonces, contribuye a reforzar las fronteras dicotómicas entre unos y otros, y, una vez reforzadas, se convierten en herramientas para pensar y analizar la realidad.

Este análisis postcolonial del otro en el turismo se centra en la crítica al énfasis en aspectos comerciales y a la premisa de producir solamente ganancias económicas de muchos de los intercambios culturales que ocurren en contextos turísticos (Aramberri, 2001). Este énfasis, consecuentemente, establece una tendencia a repetir una y otra vez los mismos esquemas acerca de la imagen y la función del otro en el sistema turístico moderno; lo que, automáticamente, impide que se establezcan relaciones significativas y más comprensivas entre anfitriones y huéspedes, o entre inversionistas y comunidades locales. En su lugar, se repiten estereotipos culturales propios del discurso colonial, y estos hacen que la distancia con el otro sea central en la actividad misma.

Otro problema señalado por estudiosos del turismo en relación al sujeto subalterno es que su voz, la mayoría de las veces, es silenciada o ignorada en las representaciones que se hacen de este en la actividad turística. Gary Lacey, Vicki Peel y Betti Weiler (2012),

desde las ciencias sociales de la antropología y la historia, citan el caso de la cultura massai, en Kenia, cuya imagen de primitiva, salvaje y belicosa fue, en un principio, fomentada por los comerciantes de esclavos árabes para ahuyentar a sus competidores europeos o a aventureros de ese continente. Del propósito original de esa imagen se pasó a su uso en safaris turísticos, que alimentaban los deseos de escape de los turistas de salir, por unos días, del mundo moderno y tener un encuentro con el mundo primitivo massai, transformado, en el turismo, de nación de fieros guerreros a buenos salvajes africanos.

Esta imagen y este tipo de desarrollo comercial llevaron a las autoridades keniatas a reubicar a los massai en el sur del país, en reservas empobrecidas, lejos de sus territorios tradicionales en el centro del país. Es decir, la creación de un imaginario desde tiempos coloniales, por parte de poderes externos, y perpetuado en tiempos postcoloniales, sobre la que los mismos massai no tenían control alguno, termina en gran parte afectando su devenir como pueblo dentro del sistema turístico y dentro de la nación keniatas. Los massai actuales se convierten en parte de la mercancía turística, junto a animales salvajes o paisajes primigenios, y es de esa forma que están obligados a sobrevivir. Resurgen de la mezcla indisoluble entre el buen salvaje y el guerrero feroz, esta vez para ser consumidos a través de la experiencia del turismo.

Casos como estos han hecho reflexionar a estudiosos de la interface entre el turismo y la cultura, como el mismo Noel Salazar, acerca de lo que ellos llaman la turismificación de comunidades turísticas. El sistema turístico, en estos espacios, afirma, utiliza supuestos de la antropología tradicional –la mayoría de ellos, irónicamente, ya debatidos por la misma ciencia antropológica–, como la visión esencialista de la cultura del otro, imaginada como estática, homogénea, y anclada en el pasado (Salazar, 2009), y hace de estos elementos los engranajes que motivan a los visitantes a tener esos encuentros con el pasado, e incluso a hacer el papel de exploradores decimonónicos.

Salazar sostiene que, en este sentido, el turismo es sumamente exitoso en convertir al otro turístico en parte de esa idea romántica del encuentro con el salvaje en el imaginario occidental. Esto lleva a modificar los modos de vida de los habitantes locales más allá de lo que dicten las políticas públicas, como en el caso de Kenia y los massai, acotado en el

párrafo anterior. Como bien indica Vanessa Wijngaarden (2010), los buenos contactos internacionales, la educación, el acceso a tecnologías modernas, o bien las oportunidades de viajar para esta cultura dependen, en gran parte, de la propia representación que ellos hagan de sí mismos, como salvajes, ante los turistas.

En otros contextos, como en el caso de Filipinas y su relación colonial con Estados Unidos, el bagaje de representaciones y papeles otorgados al otro, desde textos coloniales hasta el presente, estudiado a profundidad por Faye Caronan (2005) desde la perspectiva de los estudios culturales, también evidencia el papel del discurso colonial en las realidades turísticas en ese país, y sus efectos en los nativos. La resistencia local a los intereses colonialistas estadounidenses en las Filipinas, y a las posteriores atrocidades cometidas por estos, bien documentadas por historiadores de la talla de Howard Zinn (2003), marcan la imagen del filipino en el discurso colonial hegemónico estadounidense a inicios del siglo XX, y que, de alguna manera persiste, según Caronan, en la actualidad. Parte del imaginario actual señala la bondad del filipino, dejando entrever, eso sí, su otredad derivada de esa figura hostil y amenazante de la época colonial.

Otra parte de dicho imaginario resalta la presencia de cuerpos prestos para ser consumidos, en este caso, por el turismo sexual. Es el tropo colonial del nativo bondadoso y generoso que da parte de lo poco que tiene, incluyendo su cuerpo, al turista, que, como tal, y como proveniente de un mundo civilizado y avanzado, es superior por naturaleza y tiene derecho a este. Caronan cita un lema de la publicidad turística de Filipinas durante la era de Ferdinand Marcos, que prometía al turista “*a tanned peach in every beach*”, presta a ser consumida, en una clara venia al turismo sexual como parte de lo que se podía practicar en las islas. A partir de esta campaña se mostró un claro aumento de los tours de turismo sexual y pedofilia en Filipinas (Ritchie, 1999).

En ámbitos de producción académica acerca del otro en el turismo en idioma inglés, en contextos como los señalados acá, y en otros como Australia y otros países de Oceanía (d’Hauteserre, 2011; Frohlick, 2001; Forsey, 2014), Estados Unidos (Green, 1993), Europa (Valentino, 2011) –este en portugués–, (Chetty, 2011), China (Kun y Yiping, 2012), y Tailandia (Trupp y Sunata 2017), entre muchos otros, queda bien claro que la cuestión es

abordada desde perspectivas complejas, que implican discursos, representaciones, y sus consecuencias en su funcionamiento real, y que van más allá de cuestiones puramente económicas.

En estos estudios, de amplia circulación a nivel global, se ve la influencia de corrientes teóricas postcoloniales, de diferentes vertientes feministas, de los estudios culturales, la historia, la teoría crítica, la antropología, la sociología, la literatura y la filosofía, entre otras, que se enfocan en estudiar el papel del otro en el turismo más allá de estudios de caso descriptivos. En la mayoría de estos enfoques se concluye que el otro en el turismo guarda ciertos paralelismos con el otro en el discurso colonial, ya sea a través del orientalismo, de los discursos derivados del colonialismo español, o por medio de elementos propios del colonialismo tardío decimonónico en lugares como África o la India, o bien Puerto Rico y Filipinas, a inicios del siglo XX.

En América Latina, ya sea en producción en portugués o español, estos enfoques son menos frecuentes, y más difíciles de encontrar, aún en estudios de casos particulares, en diferentes contextos de la región. En Brasil parece haberse avanzado más en cuanto a la cuestión del otro en el turismo desde una perspectiva teórica que implique discursos y representaciones, y no solamente descripciones socioeconómicas. Desde finales del siglo pasado, ya en el medio brasileño, en conjugación, por razones evidentemente lingüísticas, con la producción intelectual de países como Portugal o bien del África de habla portuguesa, se hablaba de la profunda simplificación del papel del otro en el turismo, y de su función de satisfacer aquello que los operadores llaman los sueños de los turistas. (Conceição, 1998). Estas formas de reducir al otro, en el turismo, a imágenes simplificadas, según los intereses de los modelos de desarrollo provoca, lo que Xerardo Pereiro (2009) ha llamado un juego de espejos entre “nosotros” y “ellos” que opera, algunas veces, como un espejo cóncavo que magnifica al otro, y otras veces como uno convexo, que lo empequeñece.

Para investigadores como Maria Santos (2008), o Lélian Silveira y Maria Manuel Baptista (2017), el turismo contribuye enormemente a reforzar las fronteras dicotómicas entre unos y otros, y, una vez constituidas, estas se tornan en herramientas para repensar y

analizar la realidad, para imaginarnos y pensar en cómo somos imaginados. Los textos, ya sea de literatura de viajes o de guías de viajes, en este sentido, juegan un papel importante en cuanto a que reflejan la sustancia ficcional y onírica de la cultura que los produce. Esto sucede porque seleccionan e integran ciertos elementos y manifestaciones del otro y los encajonan en el imaginario y la práctica del turismo, lo que a la vez refuerza esas fronteras (Cordeiro, 2010). En resumidas cuentas, vemos que el estudio del otro en el turismo en un contexto académico como el brasileño, también admite la contribución de la teoría crítica, de diversas disciplinas, como sucede ampliamente en los trabajos en inglés citados anteriormente, para así complejizar su discusión e ir más allá de modelos descriptivos e informes.

En otros contextos latinoamericanos, sobre todo a partir del análisis de problemáticas generadas a través del desarrollo turístico en países como México, algunas islas del Caribe, o en países de América Central, el análisis del otro en el turismo bajo estas perspectivas teóricas es sumamente escaso. Como se advirtió en el primer capítulo de este trabajo, existe, más bien, una tendencia a recurrir a estudios de caso descriptivos, y a emplear ideas devenidas de la economía política marxista o de la teoría de la dependencia. Es decir, con excepción de algunos trabajos previos (Barboza, 2017b; Barboza, 2018; Araujo, 2010), existe muy poca producción académica en nuestro contexto inmediato en cuanto al otro en el turismo, especialmente desde las perspectivas teóricas que plantea este trabajo. De ahí que se torne necesario, en la siguiente sección, ahondar en el análisis del sujeto local en el turismo de Guanacaste y apuntar cómo es concebido como una mercancía turística más, que se crea y se fomenta a través de discursos y representaciones que tienen efectos en las realidades de esos sujetos y en sus vidas reales.

El otro en el turismo de Guanacaste: cuatro derivaciones posibles

Como se apuntó en la breve contextualización panorámica de la provincia de Guanacaste y los guanacastecos en el primer capítulo de este trabajo, una de sus principales características, a lo largo de toda su historia, ha sido la de su condición de subalteridad. Ya dentro de Costa Rica como nación, el guanacasteco prototípico viene siendo uno de sus otros más evidentes, especialmente si se le coloca frente al arquetipo del costarricense ejemplar, de creación decimonónica, de influencia liberal, individualista, trabajador de su propia tierra, de carácter supuestamente pacífico y civilizado, y de piel imaginariamente blanca. El guanacasteco, visto como mulato o mestizo en el imaginario nacional, con formas dialectales diferenciadas, y que, a los oídos de ese costarricense prototípico suena a extranjero, con costumbres distintas, forjado a través de unidades de producción opuestas a las del supuesto pequeño agricultor independiente y amante de la tierra del Valle Central, y con mayores índices de pobreza, ya es un otro dentro de la misma nación costarricense.

Esa diferencia costarricense, de la que hablan historiadores como Víctor Hugo Acuña (2002) o Iván Molina (2003), con respecto a los países vecinos, y que se comienza a imaginar y se institucionaliza principalmente a partir de mediados del siglo XIX, también marca una distancia con Guanacaste. En este sentido, el costarricense prototípico, en el imaginario nacional, es aquel del Valle Central. Guanacaste, una provincia que históricamente expulsó población por falta de fuentes de trabajo a otras partes del país, siempre mantuvo esa imagen ambigua de ser parte de la nación, y, a la vez, ser una tierra hasta cierto punto extraña y ajena.³⁵ La combinación de todos estos factores, más los elementos ya mencionados que caracterizan los espacios otros y los sujetos subalternos, tanto en el discurso colonial como en los distintos sistemas turísticos a nivel global, contribuyen a moldear al otro turístico de Guanacaste.

Parte de ese imaginario nacional sobre la provincia, y que también ha sido institucionalizado por el sistema educativo a nivel local, a través de un conjunto de nociones explicadas de manera difusa y con tremenda pobreza filosófica llamado guanacastequidad, conserva la subjetividad guanacasteca en el tiempo, a la vez que la

³⁵ Este factor, sin embargo, ha mostrado un cambio de patrones, registrado principalmente a partir del censo del 2011 por parte del Instituto Nacional de Estadística y Censos (INEC), en donde se muestra una disminución de la expulsión de migrantes de Guanacaste al resto del país y un aumento en la llegada de personas provenientes de otras partes del país para residir en Guanacaste (INEC, 2011).

convierte en un conjunto de significados de los cuales el turismo se vale.³⁶ En el caso de una de estas figuras, la del sabanero, el trabajo de Víctor Julio Baltodano (2015) es elocuente al señalar que, a partir del desarrollo turístico impulsado en Guanacaste desde finales del siglo XX, algunas de las grandes haciendas ganaderas han optado por la actividad turística y abandonado la ganadería.

Esto ha modificado, según Baltodano, los patrones de interacción social ligados a la labor del sabanero, y en los nuevos esquemas turísticos este pasa a ser desplazado y marginado. Sin embargo, su función simbólica, al igual que sucede dentro de la idea de la guanacastequidad, se mantiene. Surgen, entonces, “nuevos sabaneros”, que en realidad desconocen el oficio y nunca lo practicaron. Se convierten más bien en mercancía turística; y dentro de la actividad, mantienen el imaginario social del pasado sin realmente ser sabaneros, al tiempo que son mercantilizados en el turismo.

De este fenómeno se valen muchos hoteles importantes en Guanacaste. Algunos, como el Westin Conchal, Hacienda Guachipelín o el Hacienda Pinilla, incluyen sus propios tours con “sabaneros” o *cowboys*, o bien ponen en escena representaciones en sus anfiteatros de supuestos sabaneros que bailan danzas típicas con la “vestimenta tradicional”. Se promete el cumplimiento del acto performativo de “ser un sabanero por un día, cabalgar bajo el cielo azul y disfrutar de la libertad del campo... acompañados de auténticos sabaneros... con actividades como ensillar caballos, arrear ganado, revisar ganado, o arreglar cercas” (Hacienda Guachipelín, s.f.). El turista tiene incluso la oportunidad de aparentar cumplir labores típicas de la hacienda ganadera sin las implicaciones reales que estas tareas han, por lo general, acarreado, o bien asumiendo que estas tareas se pueden aprender en un tour.

³⁶ Según sus proponentes, entre ellos Marco Tulio Gardela (1989), la guanacastequidad es el conjunto de características singulares que conforman al ser guanacasteco, forjadas, según señala, a través del surco despierto del “Guanacaste eterno”, y expresadas en manifestaciones como la música, la danza, la literatura, la comida, el lenguaje, y la cultura sabanera. Estas nociones generalizadoras y excluyentes acerca de Guanacaste, así como su poca contextualización socio histórica a la luz de condiciones generadas por los latifundios, aparte de su ceguera ante otros elementos culturales que también conforman la provincia, como los pueblos pesqueros de la costa, o las olas migratorias del Valle Central de principios del siglo XX, vistas por algunos acólitos de la guanacastequidad como amenaza a las tradiciones de la provincia, hace que esta idea sea muy debatible e incluso cuestionable. Un mayor debate acerca de esta noción puede consultarse en un trabajo anterior (Barboza, 2014).

Hay dos aspectos importantes a destacar tanto de estas representaciones como del trabajo de Baltodano. Por un lado, en esta puesta en escena es posible advertir una primera derivación del sujeto local en el turismo contemporáneo, y es la de ese otro antropológico conservado en el tiempo para el visitante. El sabanero, junto con otros elementos simbólicos de la cultura guanacasteca, como las cocineras, es presentado para ser consumido por la curiosidad del turista de tener un encuentro con ese otro que, además de ser un otro, está anclado en el pasado.³⁷ En el turismo de Guanacaste es posible ver, en este caso, la idea de las diferencias entre el mundo civilizado contemporáneo y el mundo atrasado del otro a través de la separación a partir del tiempo, de la que habla Fabian. El turista puede, por un día, y pagando un importe determinado, participar de un montaje en el que escapa del presente, del barullo moderno, y asomarse, sin mayores implicaciones, al pasado idealizado de la provincia antes del turismo.

El otro aspecto a tomar en cuenta se da a partir de lo que Dean MacCannell (1976) llamó autenticidad escenificada; es decir, en el caso de Guanacaste, una puesta en escena del sabanero, para el turista, que nada tiene que ver con la realidad histórica del mismo. Aunque en estos tours se indique que el turista va a realizar labores como arrear ganado, o arreglar cercas, es claro que eso no sucederá, ya que no es posible aprender el oficio en un día. Sin embargo, la puesta en escena se da, eso sí, con el ocultamiento de la explotación que el sabanero ha sufrido a través de la historia de la provincia, desde la época colonial. Al mismo tiempo, en estos escenarios se encubre la gigantesca desigualdad social y territorial que la unidad de producción de la hacienda ganadera generó, además de los modos en que esa desigualdad y esa explotación recalieron en la identidad guanacasteca hasta el día de hoy.

Esta fantasía del encuentro con el otro en un viaje a través del tiempo, en el que los automóviles se cambian por caballos, a la vez que se ocultan matices sociológicos de la

³⁷ La misma idea de la guanacastequidad, tiene, entre sus preceptos, la idea del Guanacaste eterno, de Gardela, con actores como el sabanero que, de modos que poca referencia hacen de su contexto socio histórico, es imaginado como un símbolo que siempre ha estado ahí, como guardián de la principal fuente simbólica de Guanacaste, la hacienda ganadera. Al mismo tiempo, se ocultan las relaciones de poder que subyacen a su figura, sus orígenes coloniales sujetos a poderes externos de la región, o el hecho de que su imagen se mercantiliza, por parte de poderes hegemónicos, aún hoy en día dentro de la misma provincia e incluso a nivel nacional.

existencia del sabanero real, nos lleva a la segunda representación del sujeto guanacasteco en el turismo local. Cuando el sujeto local no es aquel representante folklorizado de alguna práctica ancestral como la de arrear ganado, cocinar platillos típicos o bailar danzas folklóricas, cuando no es parte del personal de servicio de algún emporio hotelero, o no representa alguna amenaza para los intereses de desarrolladores turísticos, simplemente no existe.

En este caso, nos referimos al elemento de la ausencia, que, irónicamente, también dice mucho. Como se acotó en el capítulo anterior, en cuanto a la representación de paisajes en la publicidad turística guanacasteca, el elemento de la cultura local casi siempre es extraído, dado que los modos de vida locales parecen no tener importancia en el desarrollo turístico de la región, a menos que, como ya se señaló, aparezcan en escenificaciones cuidadosamente diseccionadas para el consumo del turista. El hecho de que, tanto en la representación de paisajes, como en la promesa de construcción de espacios, la cultura cotidiana local desaparezca, nos recuerda otro elemento muy importante del discurso colonial: la extracción de la cultura local en aras de facilitar la ocupación y la construcción del espacio según los intereses del modelo de desarrollo, en el caso del Guanacaste contemporáneo, el turismo de sol y playa.

Las promesas de exclusividad, las de iniciar una nueva vida rodeados de naturaleza prístina, las de morar en *gated communities*, las constantes representaciones del paisaje en las que sus únicos componentes humanos son turistas o inversionistas que dominan con la vista el horizonte despoblado, o bien las invitaciones a varios tipos de excesos hedónicos, connotan una clara exclusión de las realidades locales. En Guanacaste es evidente que el imaginario turístico hegemónico tiene como uno de sus valores principales la contingencia ante lo local. Ya sea que no aparezca en las narraciones o representaciones visuales, o que sea narrado en términos anticonquista, el olvido de lo local es constante e incluso forma parte estructural de la historia del desarrollo turístico de la región, desde 1979 hasta el presente. Parte de la fantasía que promete la experiencia turística en el litoral guanacasteco es precisamente esa sensación de exclusividad y confort en la que se hiperboliza la experiencia con la naturaleza o con el glamour de los hoteles todo incluido o las segundas residencias, en correspondencia con el alejamiento o la ignorancia de lo cotidiano local.

Para empezar, desde la redacción y aprobación de la Ley 6370 hasta hoy, la gran mayoría de las decisiones sobre los principales devenires del turismo en la provincia siempre ha surgido del exterior de esta. Lo mismo ha sucedido con gran cantidad de casos en los que recursos naturales como el agua o la tierra han sido empleados de formas enteramente a conveniencia de los modelos de desarrollo, con poca o ninguna intervención local, con excepciones de activismo en lugares como Sardinal.³⁸ Por otra parte, el énfasis en el retrato de atractivos turísticos litorales en los cuales prima la ausencia del componente humano local, de su cultura y de su economía, especialmente en la representación paisajística y en la posterior construcción de espacios, como se señaló en el capítulo anterior, connota la poca importancia que se le da a las subjetividades locales en el sistema turístico guanacasteco. La desaparición de componentes locales en las representaciones del sol y la playa en Guanacaste, y el continuo énfasis en la exclusividad que se le promete al visitante o al turista residencial se relacionan con el hecho de que siempre estos son invisibles ante los principales modelos de desarrollo propuestos en los últimos años.

En Guanacaste se podría decir, entonces, que existe una relación entre la ausencia de lo local en las representaciones turísticas y la poca influencia que las comunidades de la zona tienen sobre su propio devenir como tales, especialmente aquellas que son parte de destinos turísticos, o bien se ubican en sus proximidades. De cierto modo, a partir de esta falta de representatividad a nivel discursivo, tanto en políticas públicas como en los imaginarios turísticos, es posible entonces entender mejor por qué resuena tanto la idea de la exclusión de comunidades locales en trabajos como los de Aledo (2008), Cañada (2010), o Muñoz (2007), entre otros, citados en el primer capítulo de este trabajo, pero que solamente señalan políticas públicas y desarrollo inmobiliario como las principales responsables de esa exclusión.

³⁸ En el año 2008 detonó en la comunidad de Sardinal, en el cantón de Carrillo, en Guanacaste, un conflicto por el agua entre este poblado y empresas turísticas e instituciones estatales. En el 2006 se negoció la construcción de un acueducto entre el Estado y la empresa privada sin consultar a los pobladores locales. Este proyecto desviaría el agua del acuífero de Sardinal a las playas de El Coco y Ocotal para abastecer grandes hoteles y turismo residencial. Un recuento muy detallado del conflicto puede ser consultado en el artículo dedicado al mismo, de Grettel Navas y Nicolás Cuvi (2015).

En este caso, es posible ver cómo ambos factores van de la mano y se complementan, aunque, en primera instancia, la importancia de la representación no pareciera tan evidente. Una pesquisa no puede ser realmente abarcadora si se enfoca en políticas públicas y en los efectos del desarrollo inmobiliario sin abordar también la representación, o la ausencia de representación, de las poblaciones locales en el imaginario turístico. Si se da por un hecho que no existen, también será un hecho que sean excluidas de las decisiones sobre sus propios territorios.

Una tercera forma en la que el sujeto subalterno en Guanacaste existe en el imaginario del turismo de sol y playa es como personal de servicio no calificado, al servicio de las demandas del modelo turístico local, especialmente en las representaciones que se hacen de este por parte de grandes cadenas hoteleras instaladas en la provincia. A partir de la consolidación de la era del turismo en la región, principalmente con el boom inmobiliario de inicios del siglo XXI, se creó una demanda de puestos de trabajo calificados que, ante la falta de suficiente personal capacitado en la zona, fue rápidamente satisfecha por personal proveniente del Valle Central, en la zona metropolitana del país (Blanco, 2013; Morales, 2010).

Aparte de quedar los nativos de la provincia relegados a empleos menos remunerados, este boom tampoco significó mejoras sustantivas en las condiciones de empleo de la región, históricamente con índices de desocupación más altas que en el Valle Central, y con mucho menos porcentaje de población con educación superior. Es decir, a pesar de la bonanza en inversiones, la mayoría de los guanacastecos se vio restringida a ocupar los puestos más bajos en la creciente actividad turística, aquellos que no requerían de personal calificado (Jiménez, 2017). La oferta de trabajos no calificados para los locales más bien devino en casos de explotación laboral y violación de derechos, como bien lo documenta Santiago Navarro (2013).

Esto concuerda con el imaginario de la población local proyectado en gran parte de las representaciones visuales turísticas de la provincia. En estas parece establecerse una interface con la idea del nativo generoso del discurso colonial, cuya función, como la de Viernes, es la de colaborar con la consecución de los objetivos del colonizador. En el caso

de Guanacaste, la colaboración es con las promesas de placer de las cadenas hoteleras y del turismo residencial. Dado el ya señalado énfasis en la exclusión y en la contingencia de los proyectos de segundas residencias y los hoteles todo incluido en la zona, el habitante nativo parece solamente tener cabida en estos como personal de servicio, no calificado. En estos enclaves, cerrados para unos pocos, y con una gran proyección de nociones como la prosperidad y el deseo, la marginalidad y el sufrimiento, al corresponderle a las clases menos privilegiadas, no tiene cabida (Silva, 2006).

Aparte de ayudar a explicar la contingencia, esta idea acerca del enclave da luces para entender el lugar de la población local en este tipo de escenarios. En contextos como la península de Yucatán, en México, por ejemplo, trabajos como el documental *¿Dónde están los mayas?* (Escuela de Periodismo Auténtico, 2010), o investigaciones como las de Joan Buades (2011) o Rosalía Camacho (2015), demuestran la mercantilización de la cultura maya en la región, al tiempo que las poblaciones indígenas son sistemáticamente discriminadas y explotadas en el sistema turístico del Caribe mexicano. Sus modos de existencia reales, en el enclave paradisíaco y hedonista de Cancún, no tienen cabida.

Tanto con el buen salvaje americano como con el habitante nativo dentro del enclave turístico se da una inversión a la idea más clásica de la hospitalidad, que era vista en la antigüedad como un acuerdo recíproco en el que una parte se comprometía a resguardar a la otra, para así atenuar las dificultades y peligros viajar y de estar en una tierra extraña (Korstanje, 2010); y, al mismo tiempo, tener una cuota de control, en el caso del anfitrión, sobre ese otro que viajaba (Brotherton y Wood, 2007). En la era moderna, el concepto empieza a adquirir otros tintes, entre ellos, el que la hospitalidad es condicionada y que implica ciertos tipos de comportamiento para así ganarse el derecho a ser atendido y recibido. Esto pone en el tapete aspectos éticos y reglas básicas que gobiernan las relaciones humanas; o bien, cuestiones comerciales en las que prima el poder adquisitivo de quien puede costearse el ser hospedado en un lugar extraño.

Es decir, la idea más adecuada para visualizar la hospitalidad en la actualidad, especialmente en un contexto como el turismo de enclave, es como una metáfora que une universos de significado separados, pero a la vez relacionados, y que evoca ciertas

suposiciones, fantasías, amenazas y promesas con tal de encontrarle sentido a ciertas experiencias, tangibles e intangibles, de las relaciones humanas (Lugosi et al, 2011). En el turismo, gran parte de la idea de la hospitalidad connota el aspecto monetario y gerencial, y deja de lado muchas de las nociones clásicas pre modernas del concepto. Es decir, en el turismo, el modo en que este concepto se utiliza, como advierte el mismo Peter Lugosi, a menudo arroja relaciones desiguales entre anfitriones y huéspedes, dado que el mismo adquiere un carácter meramente comercial. En este caso, el anfitrión es quien debe ponerse a las órdenes de quien visita, y esto se da gracias al poder adquisitivo superior de este último.

Con el personal de servicio en los enclaves de la provincia, entonces, vemos cómo el buen salvaje atento y servil aparece, aparentemente, a entera disposición de quien visita y de sus requerimientos, a partir de los sueños de placer y distensión prometidos por los mismos hoteles. Es decir, es parte del producto que se adquiere a partir de la noción de una idea de hospitalidad en la que priva el poder adquisitivo. Esto se manifiesta en la forma en que este personal es retratado: como objeto, que colabora en la consecución de placer del huésped, ya sea al servirle bebidas o alimentos, siempre atento y sonriente, o bien como fuente directa de placer, a través del uso de sus mismos cuerpos, en servicios como el masaje corporal. En esta última instancia, es bastante evidente la cuestión de género, ya que la mayoría de las masajistas retratadas son mujeres, lo que traslapa el cuerpo como fuente de placer con la clásica noción patriarcal que reza que esa es una de las funciones del cuerpo femenino.

En el sistema turístico del litoral guanacasteco abundan, en estas formas de representar al otro como proveedor de placer, las alegorías, las metáforas y las metonimias visuales, en las que los sujetos representados constantemente remiten a una segunda interpretación que sustituye, y, a la vez, guarda semejanza con la primera; o bien, desplazamientos del objeto retratado fuera del plano del contenido conceptual de la imagen, sin que esta sea la intención de los publicistas. Así, por ejemplo, en imágenes recopiladas de sitios web de cadenas como RIU matapalo y JW Marriot en Guanacaste, sujetos que sirven alimentos en un buffet, que ya de por sí es un símbolo de abundancia y exclusividad prometido al turista, desaparecen bajo la técnica fotográfica de *motion blurring*. De este

modo se disipan fuera del plano de lo que la fotografía promete, a pesar de estar ahí; o bien, el mesero que sirve tragos en un bar en la piscina de uno de estos hoteles, desde el plano retratado, se convierte en un elemento del paisaje cuya única función es la de contribuir a la experiencia hedónica de los visitantes, al tiempo que connota un estatus de servidumbre en relación con el huésped. En estos casos, tanto las técnicas fotográficas como las puestas en escena de los elementos que componen la imagen extirpan la humanidad del personal de servicio y lo hace reaparecer como objeto, al mismo nivel que otros elementos inorgánicos retratados y ofrecidos.

Figura 8. Personal de servicio como sujetos disipados, a través del motion blurring y del ocultamiento de sus rostros, que son parte secundaria del banquete; o bien, sonrientes y prestos a servir como parte de la mercancía hospitalaria, vista estrictamente en términos comerciales.



Fuente: Publicidad en línea de los hoteles RIU matapalo y JW Marriot en Guanacaste (2018). Recuperado de

<https://www.riu.com/es/hotel/costa-rica/guanacaste/hotel-riu-guanacaste/>

<https://www.espanol.marriott.com/hotels/hotel-photos/sjojw-jw-marriott-guanacaste-resort-and-spa/>

Esta supuesta generosidad y hospitalidad, que diluye la equidad entre anfitrión y huésped, como advierte Lugosi que sucede en el turismo moderno, también connota, a pesar de ese desprendimiento orquestado, una profunda otredad y subalteridad de quien sirve. Aunque este último elemento es mucho más visible en países con una mayor

marcada racialización del trabajo que Costa Rica, el contraste en cuanto a la etnicidad de quien atiende y quien es atendido es bastante evidente en las representaciones, a pesar de que, en algunas de ellas, probablemente por cuestiones de corrección política, también turistas no blancos son atendidos. En enclaves turísticos como Nosara o Tamarindo es evidente la jerarquización del trabajo según la educación y el nivel de inglés, lo que condena a el personal no calificado local a las labores peor pagadas, al tiempo que los puestos gerenciales son ocupados por personas no nativas de esos lugares. Una vez más, existe una concordancia entre las representaciones y las realidades laborales de la región, y, a la vez, una justificación de esa situación a través de las imágenes.

Otro caso que resalta la otredad es la cuestión de género, ya acotada en el párrafo tras anterior, y en la que el cuerpo femenino local tiene roles predeterminados, como el de dar placer, o bien el ser parte del servicio de limpieza. Este último tema ha sido explorado con mayor profundidad por Darcie Vandergrift (2008) y Ernest Cañada (2015), en cuanto al trabajo de mucamas en el turismo, o bien Roxana Hidalgo (2015), en el caso de trabajadoras domésticas migrantes. En los tres aportes, las condiciones de explotación que sufren las mujeres no son vistas como ocasionadas por factores meramente económicos; más bien se resalta la condición de género como principal elemento que facilita dicha explotación.

La cuarta forma en la que el sujeto subalterno aparece en el imaginario y las representaciones turísticas de Guanacaste tiene que ver con el énfasis en lo negativo de su otredad cuando esta no es vista como al servicio de las grandes inversiones, ya sea a través de su asentimiento, o de su desplazamiento fuera del plano de las negociaciones entre entes estatales y las empresas desarrolladoras. El escenario más visible en el que esta otra representación del sujeto subalterno emerge es en el de la conflictividad por recursos naturales como el agua; el derecho al acceso a ciertos espacios, como la playa, con objetivos recreativos; o bien las luchas por los derechos laborales, principalmente contra abusos cometidos por los grandes desarrolladores que, en la mayoría de los casos documentados a nivel histórico en los últimos cuarenta años en la provincia, han contado con el apoyo o bien la venia, a través de la poca fiscalización, de las entidades estatales o los gobiernos locales. En este caso estamos hablando del sujeto subalterno como la

diferencia indócil que se opone, a través de ciertos mecanismos, al ordenamiento planteado desde afuera.

Figura 9. El factor de género en la representación del sujeto nativo.



Fuente: Publicidad en línea de RIU Palace y RIU Matapalo, Guanacaste (2018), recuperado de

<https://www.riu.com/es/hotel/costa-rica/guanacaste/hotel-riu-guanacaste/>

<https://www.riu.com/es/hotel/costa-rica/guanacaste/hotel-riu-palace-costa-rica/>

Ese otro es quien representa la amenaza al enclave en donde reinan el placer y la abundancia, y que está cerrado para quienes no puedan costearse. Hay que recordar, como indica Marc Auge (2000), que construcciones bastante similares en todos los lugares del orbe, tanto simbólicamente como estéticamente, y que él denomina no-lugares, también tienden a crear una sensación de seguridad cuando se está en ellas, especialmente en zonas marcadas por la pobreza y la exclusión alrededor de esos espacios. Por lo tanto, su exterior siempre connota amenaza e inseguridad, de la misma manera que las primeras ciudades coloniales veían la vastedad sin conquistar ni controlar a sus alrededores como amenazante a su seguridad y existencia, según indicara anteriormente Ángel Rama.

Desde la década de los años noventa del siglo pasado, el desarrollo turístico en el litoral guanacasteco no ha estado exento de gran cantidad de conflictos en el que habitantes locales reclaman un espacio y tratan de ser escuchados. En un recuento hecho por Ernest Cañada (2010), se señalan algunos de los más importantes, como el de Lorena de Santa Cruz, entre la comunidad local y el hotel Reserva Conchal, por el recurso hídrico, en 2005;

la privatización sistemática de playas en el Golfo de Papagayo, que ha sido denunciada por comunidades aledañas; la contaminación con aguas negras de Playa Manzanillo, en Liberia, por parte del hotel Occidental Allegro Papagayo, en 2008; la lucha por el agua en Sardinal, ya mencionada anteriormente; e incluso el fantasma de la privatización de terrenos protegidos por la Ley Marítimo Terrestre en islas del golfo de Nicoya, como Chira, Venado y Caballo, entre muchos otros conflictos. En este tipo de desavenencias es posible ver la irrupción de las comunidades locales que, en términos de los propósitos de los inversionistas, principalmente motivados por el lucro y con evidencia de uso indiscriminado de recursos naturales, representan una clara amenaza y un obstáculo evidente a sus propósitos y a sus ideas de desarrollo.

Otros conflictos han sido detonados por situaciones de índole laboral. El más mediático de este tipo fue la ola de protestas que aconteció tras la muerte de un obrero migrante nicaragüense durante la construcción del hotel RIU, en Playa Matapalo, en noviembre de 2008, debido a las condiciones de trabajo deplorables en la que él y cientos de trabajadores se encontraban sometidos por la empresa hotelera durante la construcción del inmueble (Chacón, 2009). Este lamentable incidente, impune hasta el día de hoy, reveló ante la opinión pública las condiciones infrahumanas en las que vivían los trabajadores, ocasionó que estos se alzaran en protestas que incluyeron enfrentamientos con la policía y la seguridad del hotel, y hasta llegaron a quemar los buses que los transportaban al trabajo. En algunas de las narraciones de estos actos se enfatizó la violencia de los manifestantes, o bien el hecho de que fueran extranjeros, con claras referencias a la xenofobia, o que estaban siendo manipulados por agitadores externos, lo que concuerda con la narración de esa diferencia indómita de manera sumamente negativa y abyecta. Este tipo de narraciones del conflicto serán detalladas y analizadas en el próximo capítulo.

Estas medidas lograron paralizar la construcción del hotel por aproximadamente dos meses (Navarro, 2013). Al tiempo que esto sucedía, la cadena RIU lograba contener, a nivel internacional y en los grandes medios, este y otros hechos deplorables, y en ese mismo año

ganaba el British Travel Awards como la mejor cadena hotelera del año (Lorenzo, 2017).³⁹ Aquí se nota el contrapunteo entre la irrupción del sujeto subalterno que, por un lado, amenaza la concreción del proyecto desarrollador, y, por otro, la visión hegemónica que básicamente obnubila, en espacios meramente comerciales a nivel internacional, el conflicto, y que nos recuerda la pregunta de Spivak de si el sujeto subalterno realmente puede o no hablar.

Otros modos de contingencia usados en el sistema turístico para responder a la figura amenazante de la diferencia indómita en Guanacaste incluyen la práctica del ocultamiento de información a las comunidades locales, tanto por parte de desarrolladores como de instituciones estatales, a la hora de negociar concesiones, ya sea de terrenos, acceso a playas, o bien de recursos como el agua. Como apuntan Navas y Cuví (2015), en el caso del conflicto por el agua en Sardinal, el acuerdo entre el Instituto Costarricense de Acueductos y Alcantarillados y la empresa Coco Waters Sociedad Anónima se hizo a espaldas de las organizaciones locales, y estas se dieron cuenta del asunto hasta que los trabajos de construcción del acueducto ya estaban avanzados, a pesar de que habían pedido información con anterioridad. Lo mismo se puede decir que ocurrió con el proyecto de Ley 6370, de 1979, entre otros casos.

La protesta y la irrupción en los espacios de los que se les quiere marginar han sido algunas de las estrategias más comunes de las organizaciones locales para reivindicar su lugar y sus derechos, ante los constantes intentos de exclusión y de contingencia a los que son sujetos. Santiago Navarro (2013) documenta casos muy interesantes de analizar. Entre los más destacados están la destrucción de una aguja que el hotel RIU intentó colocar para regular el ingreso en la entrada a la playa; el ir en grandes grupos a las playas en disputa a acampar como modo de hacer protesta; o bien, lo que Navarro llama la “resistencia come güevos”, que consiste en invertir y apropiarse de ese término peyorativo con el que se suele señalar en Costa Rica a los turistas de poco nivel adquisitivo, que suelen llevar sus propios alimentos a la playa.

³⁹ Entre otros daños denunciados está la tala de manglares y otros árboles, para tener una mejor vista al mar desde el hotel y también eliminar elementos indeseables en el paisaje del lugar, la destrucción con dinamita de arrecifes de coral para crear más espacio para que los bañistas pudieran nadar, y la construcción de rellenos ilegales, entre otras acciones perjudiciales para el ambiente (Navarro, 2013).

En términos paisajísticos, según los estándares de los enclaves hoteleros, esta actividad produce un gran desentono, aparte de que, el no consumir en los restaurantes o bares aledaños, hace a este tipo de turistas poco atractivo para estos establecimientos que, en ocasiones, e incluso de manera ilegal, tratan de apropiarse del espacio público para su propio beneficio. Muchos “comegüevos”, según documenta el propio Navarro, son conscientes de que su presencia desentona estéticamente con lo que el paisaje ideal del enclave proyecta, y precisamente ven en esa actividad una forma de irrumpir y reclamar el espacio en disputa.

Muchas de las excusas de los desarrolladores para las medidas de contingencia como las barreras o agujas que regulan el paso, o el impedimento al acceso a ciertas playas se basan en supuestas medidas de seguridad, como se acotó anteriormente en el caso de Playa Conchal, para el supuesto beneficio de todos los turistas, ya sean los locales o los que permanecen en los enclaves. También se esgrime la idea de que con las regulaciones se tendrá más orden y control en las playas, lo que connota claramente el deseo de mantener a raya la diferencia indócil, al incluso, sutilmente, a través de esas medidas, otorgarle ciertos espacios, y, a la vez, negarle el acceso a otros. O bien, señalan el asunto de la limpieza y los problemas ambientales que genera la falta de control a vehículos que llegan a playas como Conchal, en el cantón de Santa Cruz y los excesos de basura –una realidad en temporada alta–, a pesar de que, como se ha demostrado ampliamente en este trabajo y en una considerable parte de la bibliografía consultada, la cuestión ambiental no es una prioridad en el modelo de desarrollo turístico de Guanacaste.

Estos hechos, conflictos y formas de resistencia demuestran que sí hay una diferencia indócil en la región, y que no solamente se trata de una relación entre un todopoderoso sistema turístico, basado en la acumulación y extracción de riqueza, versus una población y un espacio totalmente maleables a los intereses de ese sistema. En las zonas de contacto, como apuntara Pratt anteriormente, es precisamente esa visión que se tiene, por parte de los poderes coloniales hegemónicos, de los habitantes locales, percibidos como salvajes y atrasados, la que, irónicamente, se convierte en una de las motivaciones de la resistencia anticolonialista. El reclamar espacios apropiándose y reivindicando el término “comegüevos”, derribar agujas de contención, o acampar en la playa a sabiendas de

que eso atenta contra el orden deseado por los emporios hoteleros; o bien tumbar proyectos descritos por los poderes hegemónicos nacionales y externos como de desarrollo, como el acueducto de Sardinal, son buenos ejemplos de este tipo de resistencia.

Capítulo 5

Funcionamientos, conflictos y contestaciones en la Guanacaste turística y su relación con el discurso colonial

El último apartado de este trabajo tratará de explorar algunos elementos socioculturales relacionados con la existencia real de sujetos en la costa de Guanacaste, además de las diversas visiones alrededor de algunos conflictos socioambientales, según los distintos actores involucrados, derivados del desarrollo turístico de sol y playa en la provincia. Esto se llevará a cabo, en primera instancia, a través de la examinación de algunas de las consecuencias de este tipo de desarrollo en los modos de vida de comunidades localizadas en los espacios más cotizados por la actividad turística y sus alrededores. También se examinará las formas en que los conflictos socioambientales y laborales son narrados por parte de comunidades locales, inversionistas, y representantes de instituciones estatales. Estas realidades sociales y narraciones de conflictos serán, por su parte, comparadas y contrastadas con los modos en que la disputa por los territorios y recursos más codiciados se representan en el discurso colonial, de acuerdo con las

principales nociones de mundo de las partes involucradas, además de algunas consecuencias derivadas de esas representaciones en el funcionamiento real de las sociedades, ya sean coloniales o políticamente independientes.

La constitución y funcionamiento de comunidades locales a partir del desarrollo turístico en Guanacaste tal vez sea el aspecto más estudiado, por parte de investigadores locales y foráneos, como ya se ha apuntado varias veces en este trabajo, en relación a la provincia como destino turístico. Lo que tendrá su análisis de particular en este capítulo, entonces, será el tratar de entender los conflictos como, en parte, influidos por la noción del espacio en el discurso colonial, y como consecuencia de los modos en que este es construido en la región: a partir del énfasis en la contingencia de factores locales, de la notoria especulación inmobiliaria, y de la narración y la visión del paisaje según la normativa de dicho discurso.

En cuanto a la narración del conflicto, cabe resaltar que, según los modos en que este ha sido documentado -en el registro de las visiones de las partes interesadas a través de su recuento en artículos científicos, en distintos medios de prensa, o incluso por parte de órganos oficiales-, es posible ver cómo algunas de las representaciones de los involucrados siguen patrones similares a la narración de conflictos a la sombra del discurso colonial. En un análisis como el que se ensayará en esta sección se tratará de evidenciar cómo la disputa no siempre se da entre una parte todopoderosa, con apoyo político local, con toda la maquinaria del saber y con el gran capital de su lado, y una localidad marginada e indefensa.

Más bien, del análisis de la narración del conflicto se pueden derivar distintos modos de resistencia que, más allá de ser meramente políticas, también incluyen indocilidad a ciertos saberes y visiones de mundo hegemónicos que sancionan el modelo de desarrollo. En este sentido, la disputa no solamente es acerca de un modelo turístico específico, o de un esquema de inversión extranjera en la región. También tiene que ver con diferencias fundamentales a la hora de entender el mundo, la naturaleza, la convivencia, e incluso los modos de concebir y aplicar distintos saberes.

Por último, se explicarán algunas claves que pueden tratar de encausar estos modos de resistencia alrededor de otros modelos de desarrollo turístico, en donde el factor local sea tomado en cuenta, no solo en aspectos políticos y administrativos, también desde una perspectiva epistemológica, manifestada en la representación de lo autóctono y en una convivencia más armoniosa. Esto cambiaría, en parte, algunas prácticas turísticas de la región, y abriría las puertas a otras formas de hacer turismo. Este es un aspecto fundamental, si tomamos en cuenta que en Guanacaste esta actividad está fuertemente instalada, y que la idea utópica de erradicar todos sus claroscuros parece menos viable que proponer alternativas que establezcan un contrapunteo con el modelo dominante, y que, con el tiempo, demuestren ser más viables y beneficiosas, tanto desde una perspectiva económica como cultural, para las comunidades locales.

El enclave cercado: entre la abundancia interior y la marginalidad exterior

En el clásico cuento de terror de Edgar Allan Poe, *La máscara de la muerte roja* (1969), publicado por primera vez en 1842, el príncipe Próspero, ante la calamidad que se cierne sobre sus dominios, a causa de la peste, decide encerrarse en su palacio con mil invitados, todos nobles, y aislarse de las desgracias exteriores que asolan su reino. El príncipe intenta vivir desconectado de la realidad exterior, y hace de cuentas que esta no le afecta ni a él ni a sus convidados. Como es bien sabido, al final de la historia el intento de aislamiento no resulta como esperaba, y la muerte roja se inmiscuye en el refugio del príncipe y acaba con él y con todos sus invitados.

Aparte de la profundidad psicológica del texto, en el cual, a fin de cuentas, la sombra jungiana siempre surge, por más que el príncipe trate de aplacarla, y se manifiesta como componente fundamental de su ser; o bien, más allá de algunas lecturas alegóricas del cuento sobre la ineludible muerte, en parte también encuentra cierto eco en su lectura la imposibilidad de reconocer que realidades cercanas, por más disímiles que sean, siempre se relacionarán entre sí, aunque ciertos elementos, ya sean políticos, económicos o estéticos, lo traten de impedir. Este es el caso de algunas comunidades en y alrededor de emporios turísticos y desarrollos inmobiliarios de segundas residencias en Guanacaste.

Ante la imposibilidad de retratarlas todas en un espacio limitado como el que constituye un capítulo de un trabajo como este, se puede optar por un caso que ilustre estas realidades tan dispares, pero a la vez tan relacionadas, y que son manifestaciones palpables de las consecuencias de los modos en que el desarrollo turístico se ha dado en la costa de la provincia, y de las formas en que esta y sus habitantes son imaginados dentro de ese esquema de desarrollo. Enfoquémonos, entonces, de la comunidad de Nosara y sus alrededores. Ubicada en el cantón de Nicoya, en la parte central del litoral de Guanacaste, Nosara es un claro ejemplo de una región que cumple a cabalidad con todas las características de narrar sujetos, paisajes, y construir espacios según la normativa del discurso colonial, y en donde enclaves de placer y bienestar contrastan, en ocasiones escandalosamente, con realidades locales que, a metros de esos enclaves, no podían ser más disímiles.

En las representaciones y narraciones de Nosara la naturaleza prístina abunda, como se puede ver, por ejemplo, en las de la página web nosara.com (2018), que incluso se arroga la potestad de ser el sitio oficial de la comunidad, lo cual ya es bastante significativo, discursivamente hablando.⁴⁰ En la misma se anuncian actividades típicas de destinos de sol y playa, naturaleza, bienestar, además de bienes raíces y gastronomía. Presume también que Nosara fue escogido como uno de los 20 mejores destinos de surfing a nivel mundial por la revista *National Geographic*, y como el mejor sitio para vacacionar en Costa Rica, según *Traveler's Choice* de Trip Advisor, en el año 2017.

Aparte de afirmar ser la fuente oficial de información, este sitio y muchas otras fuentes consultadas presentan una visión idílica de la zona, con galerías fotográficas de playas paradisíacas, con bellas mujeres tomando el sol, ejecutando posturas de yoga, o surfeando, con naturaleza abundante, hoteles rodeados de vegetación exuberante, piscinas, segundas residencias, algunas a la venta, otras para alquilar, en fin, todos los elementos propios de las representaciones paisajísticas apuntadas anteriormente acerca de Guanacaste.

⁴⁰ En realidad, el dominio nosara.com es propiedad del inversionista belga Thierry Von Der Weid, y, a pesar de aducir ser la representación “oficial” de Nosara en internet, no es más que un negocio privado que promueve la inversión y el turismo en la zona, además de vender publicidad. Sin embargo, es justo reconocer que es de los más consultados y con mayor influencia en la zona.

Esta asociación de Nosara con este imaginario empezó a ser cimentada hace ya varias décadas. Los primeros emprendimientos extranjeros en la zona, con fines residenciales o de segundas residencias y hoteles, comenzaron en los años setenta y ochenta del siglo pasado, con desarrollos como el Proyecto Americano, en las cercanías de Playa Guiones, un antiguo caserío dedicado a la pesca y a la ganadería. Entre los fines del proyecto estaban regenerar el bosque y crear un ambiente más prístino, en concordancia con la idea de la Costa Rica “sin ingredientes artificiales”, como, de 1985 a 2014, promovió la política de atracción turística estatal. Rápidamente los habitantes locales se retiraron a zonas aledañas como el caserío de Nosara o La Esperanza, a partir de esas inversiones y del cambio de uso del suelo. Esas primeras construcciones imprimieron un sello de exclusividad y de armonía con el ambiente, al mismo tiempo que proyectaban la fantasía colonial del descubrimiento y del comienzo de una nueva vida en un paraíso tropical recién colonizado y domesticado.

De este tipo de construcción de tendencia hacia lo rústico se pasó, a finales del siglo pasado, a invertir, a nivel de diseño arquitectónico, en construcciones de estilo colonial o neocolonial (Loría, comunicación personal, 25 de junio de 2019)⁴¹. En este estilo, los muros exteriores y los arcos en los portones indicaban el límite entre las residencias o los hoteles y el resto del entorno. Al mismo tiempo, los interiores y los techos de teja replicaban edificios de distintos contextos coloniales españoles, desde México hasta Sudamérica. El enclave de exclusividad, entonces, comenzó a replicar, a nivel de diseño arquitectónico, contextos en los que, anteriormente, las construcciones habían servido de contingencia y límite entre lo conquistado y lo civilizado, y lo prístino y lo salvaje, como bien se ha acotado anteriormente en este trabajo.

En una última tendencia, que rige en la actualidad, este estilo colonial es sustituido por inversiones y construcciones que el mismo Loría llama un “transplante” o “traslado” de

⁴¹ Donald Loría es arquitecto y gerente de proyectos radicado en Nosara. Ha estado a cargo del diseño y la construcción de importantes proyectos de segundas residencias y hoteles desde la década de los noventa hasta el presente, tanto en la zona de Nosara como en Santa Teresa, además de países como Nicaragua o México. Desde su profesión ha sido testigo de las tendencias inmobiliarias y arquitectónicas de la costa de Guanacaste durante los últimos 30 años. La información proporcionada se derivó de una entrevista personal para este trabajo.

un penthouse, que podría estar en cualquier edificio de apartamentos de lujo en Manhattan, al medio de la selva, ya sea en el Proyecto Americano, o en cualquier otro proyecto de inversión en los alrededores de Nosara, como Bosque Verde, el Proyecto de John Frazer, o Blue Spirit, entre otros (Loría, comunicación personal, 25 de junio de 2019). En esta nueva tendencia, los límites entre el enclave de lujo y exclusividad, por un lado, y el mundo exterior, por otro, son aún más pronunciados. Las casas con amplios ventanales parecen dar la impresión, especialmente desde su interior, de que es posible observar y dominar con la mirada el entorno natural casi como a través de una pantalla gigante. Es decir, desde el penthouse trasladado es posible mirar directamente la selva y la playa, pero sin tener contacto con ellas. Este aspecto de esta nueva tendencia es muy interesante en cuanto a que replica esa idea de la mirada colonial de abarcar, desde perspectivas de poder, como lugares altos, grandes cantidades de terrenos, y de generar una ilusión panóptica, al tiempo que permite a quien mira no ser parte de ese ambiente ni de las realidades del paisaje observado.

Otros estilos que también son parte de la zona, y que imitan construcciones típicas de playas como las de Bali, en Indonesia, igualmente guardan cierta relación con esa imagen del territorio recién descubierto, en el que se recrea la idea de estar en la frontera de la civilización, y desde el que se proyectan distintas fantasías coloniales, como el contacto directo con lo prístino, pero con cierta contingencia a la vez. El Bodhi Tree, un importante resort de yoga en Nosara es un buen ejemplo. En todos estos tipos de construcción, como una constante, se resalta la idea de exclusividad y de alto nivel adquisitivo de quien invierte o visita. Esta es una característica de la que los mismos inversionistas del lugar se enorgullecen y que, afirman, según constata el mismo Loría, los distingue de quienes invierten en otras zonas de Guanacaste, como Sámara o Tamarindo.

En la actualidad, Nosara vive un boom inmobiliario, plenamente recuperado de la crisis del 2008 y de los años posteriores a esta en el que, constantemente, propiedades valoradas de miles a varios millones de dólares cambian de dueño –a precios que van de US\$ 150.00 a US\$ 375.00 el metro cuadrado, según la zona–; también florece el alquiler de residencias para vacacionar, a precios que van desde US\$ 3.500.00 a US\$ 12.000.00 por

semana (Chavarría, comunicación personal, 29 de octubre de 2018).⁴² Esto también ha contribuido a constituir toda una gama de servicios, dirigida tanto a turistas como a inversionistas, que incluye una variada oferta gastronómica, servicios médicos privados, escuelas de yoga famosas a nivel mundial, servicios bancarios y de educación privada, entre muchos otros que, en otras poblaciones locales de tamaño similar y sin desarrollo turístico, no existirían.

Este ambiente, que combina la idea de la naturaleza prístina, el paisaje exuberante y la invitación a invertir, ha generado construcciones sociales del espacio que, a la vez, no solo han prescindido de las poblaciones locales; también las han marginado de modos bastante visibles y dramáticos para cualquiera que se adentre en los pormenores de la comunidad y no dependa de lo que anuncie la publicidad turística, los promotores de inversión extranjera directa, o lo que indiquen los mapas.⁴³ Esto es principalmente visible en el caso del acceso

⁴² Betsy Chavarría es abogada, habitante local y activista. Colabora coordinando acciones entre el comercio local y las comunidades, especialmente en la contingencia de desastres naturales, como inundaciones, y en distintos programas sociales. También es agente inmobiliaria. La información proporcionada se derivó de una entrevista personal para este trabajo.

⁴³ Otro elemento relacionado con la representatividad, clave en el discurso colonial, es el relacionado con los mapas. Estos no solamente son representaciones gráficas de un lugar o un espacio; también han funcionado como indicadores semánticos de las formas en que esos territorios son imaginados por quienes hacen los mapas, independientemente si estos son para uso formal o científico, educativo, o bien para usos más informales, como por ejemplo dar información a un turista. Ningún mapa, dada su propia función, es una representación real de un territorio. Tanto en un mapamundi, que trata de representar una tierra esférica en un papel plano, o en un mapa turístico, que trata de orientar de ciertos modos a turistas consumidores de lugares y atracciones, algunos elementos serán favorecidos, otros obviados y otros distorsionados. Estas inclusiones, énfasis y exclusiones dicen mucho de cómo un espacio retratado en un mapa es imaginado, y qué funciones y características proyecta en el mapa quienes lo elaboran. Una búsqueda rápida en Google con palabras claves como “Nosara” y “mapa”, por ejemplo, demuestra esta característica de los mapas. A pesar de que se le indica al motor de búsqueda claramente encontrar mapas de Nosara, en todos los casos muestra mapas de playa Pelada, y playa Guiones y de los principales desarrollos inmobiliarios existentes o por construir. El caserío de Nosara casi nunca aparece. Tampoco lo hacen otros caseríos aledaños, como Santa Marta. En estos caseríos vive la mayoría de los pobladores locales, y la fuente de mano de obra menos calificada en el sistema turístico de la zona. Lo único que aparece, en ocasiones, en los mapas, y que se encuentra muy cerca del centro del caserío de Nosara, es el aeropuerto, que es vital para la actividad turística, y que siempre se ubica en un extremo del mapa, en el límite que marca la inclusión y la exclusión de lo que es relevante y lo que debería aparecer en este. Es decir, en los mapas de Nosara, irónicamente, Nosara no aparece. Este es un buen indicador, desde una perspectiva semántica, de cómo se imagina a la región. Es ese espacio en blanco, o más bien ese espacio fuera del mapa, que no existe, y que alguna vez, pero en otro escenario, activó la curiosidad de Charles Marlow, el narrador de *El corazón de las tinieblas*, de Joseph Conrad, a visitarlos y explorarlos, solo que en el caso de Nosara, ni siquiera son “*blank spaces*” como diría Marlow; más bien no están.

Figura 10. Principales estilos arquitectónicos de hoteles y segundas residencias en Nosara. Tanto en el estilo que replica arquitectura de Bali, en el neocolonial, o en las últimas tendencias, representadas por las fotografías inferiores, los elementos de la frontera y de la contingencia son recurrentes.



Fuentes: Retreat Guru (2019), y Prendas Loría (2019), recuperado de

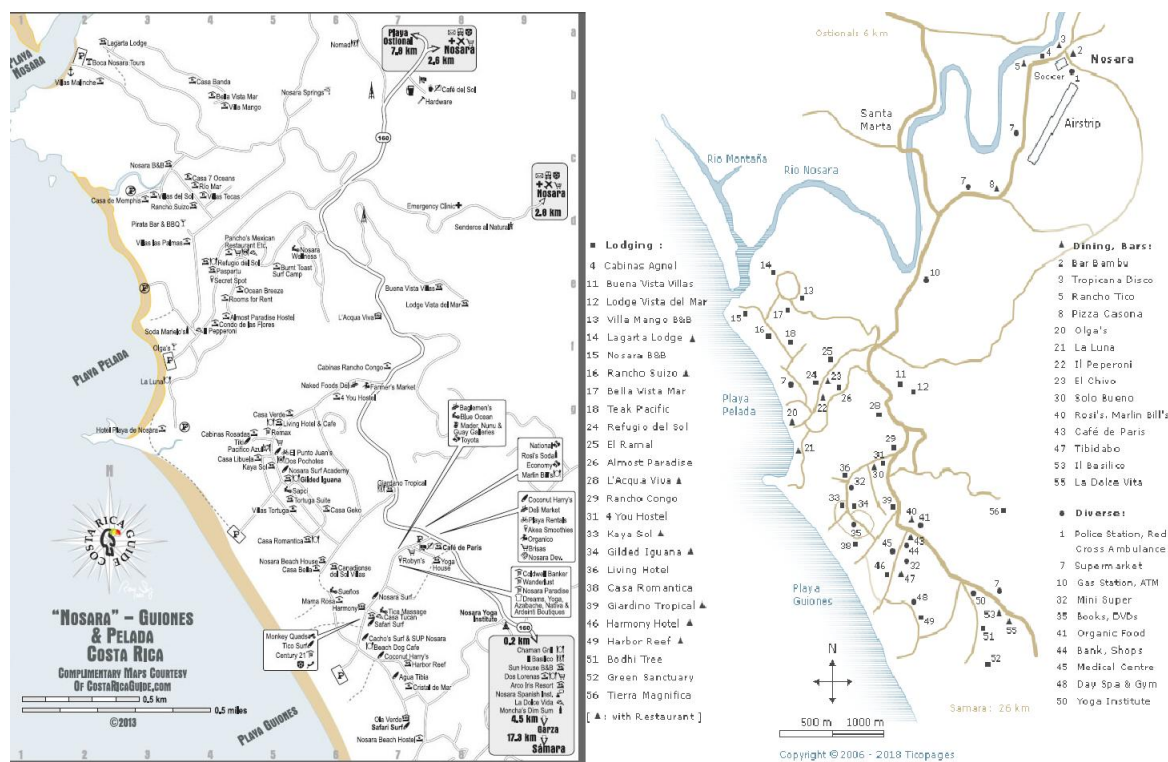
<https://retreat.guru/centers/1400/bodhi-tree-yoga-resort>

<http://prendasloria.com/>

a recursos vitales para el desarrollo turístico y la supervivencia de las comunidades locales, como el suelo y el agua; en las alternativas que se generan para el poblador local, ante el

exagerado encarecimiento de la tierra, y que se reflejan en un contraste social exagerado en la construcción del espacio; en el marcado incremento del costo la vida en aspectos tan básicos como los alimentos, o bien el entretenimiento que incluya consumo en restaurantes o bares locales; y, finalmente, en algunas reacciones a la exclusión social y a las representaciones de sus propios espacios por parte de habitantes locales.

Figura 11. Nosara en mapas. Dos ejemplos claros de las formas de representar Nosara en mapas en las que, en uno, los principales poblados locales son excluidos, incluyendo el que le da el nombre al mapa, y en el otro es representada solo la parte que está en los alrededores del aeropuerto.



Fuente: Costa Rica Guide (2019), Costa Rica Península de Nicoya (2019)

<https://costa-rica-guide.com/maps/nosara-guiones-beach-map/>

<https://nicoyapeninsula.com/es/nosara/nosara.php>

Veamos el primer caso, el del agua. En Nosara existen serios problemas para tener acceso a esta, debido en parte al acelerado desarrollo inmobiliario. En ocasiones este acceso se zanja, básicamente, entre quienes pueden costearla y quienes no. A pesar de que existen varios acueductos rurales, no toda la zona tiene cobertura de agua potable; de hecho, existen comunidades que ni siquiera tienen acceso a esta, del todo. En los alrededores del río Nosara, por ejemplo, existen alrededor de 200 familias cuya fuente de este líquido presenta filtraciones de agua salada, por su proximidad al mar; es decir, tienen que consumir agua contaminada con posibles consecuencias serias para la salud (Carrillo, comunicación personal, 7 de octubre de 2018)⁴⁴. Las autoridades estatales responsables del asunto, en este caso, Acueductos y Alcantarillados (AyA), aducen que, al no contar con títulos de propiedad muchos de los moradores, no se les puede otorgar el servicio de agua, ya que la normativa del AyA⁴⁵ así lo exige (Pollock, 2010). Esta situación, de momento, condiciona a los moradores de este sector a subsistir con un recurso natural que, aparte de escaso, no es apto para el consumo humano, o bien los obliga a acarrearlo de fuentes seguras.

En otro sector de la región, específicamente en los alrededores de playa Pelada, los pobladores locales, instalados desde antes del boom turístico, y que habían construido pozos artesanales para abastecerse del preciado líquido, también han visto paulatinamente sus fuentes secarse, debido al cambio climático, o bien contaminarse con agua salada. Al no tener otro medio de acceso al recurso, algunos deben caminar distancias considerables para conseguirla de fuentes limitadas que la Asociación Cívica de Nosara les proporcionó, pero que no llega hasta sus casas.

Esta asociación, básicamente compuesta por residentes extranjeros, o bien locales de mayor poder adquisitivo, construyó su propio acueducto, para su propio uso, independiente de otras asociaciones locales, o de autoridades estatales.⁴⁶ El agua del

⁴⁴ Suray Carrillo es abogada y activista, por la organización FEDEAGUA. En Nosara ha brindado asesoría legal a las comunidades locales en aspectos relacionados con acceso a la tierra y al agua. La información proporcionada se derivó de una entrevista personal para este trabajo.

⁴⁵ Instituto Costarricense de Acueductos y Alcantarillados.

⁴⁶ El distrito de Nosara tiene, según el censo poblacional del 2011, una población migrante de más del 10%, bastante mayor al promedio nacional, y muy por encima del distrito de Nicoya, la cabecera del cantón, que anda en alrededor del 3% (INEC, 2011).

acueducto, conocido como el Acueducto Americano, está disponible, en los sectores por los que pasa –incluyendo playa Pelada–, para quien pueda pagar los US\$ 1.500.00 que cuesta solamente la conexión, más la mensualidad, que ronda entre US\$ 50.00 y US\$ 100.00, y que en parte se destina, según se aduce, a su mantenimiento (Chavarría, comunicación personal, 29 de octubre de 2018).

Aunque para un inversionista o un residente extranjero o local, con medios suficientes, esta cantidad no suena exorbitante, y de hecho no es significativa comparada con el costo total de muchas de las inversiones que la requieren, para habitantes locales de playa Pelada, muchos de ellos incluso en condición de pobreza extrema, esa suma es básicamente impagable. De ahí que el acceso al agua constituya una dificultad diaria que incluye acarrearla en recipientes, desde los puntos habilitados por el acueducto privado, hasta sus casas.

Dos mundos completamente diferentes se yerguen en el mismo lugar. Uno de bienestar y satisfacción, suntuosidad y ostentación, y otro de invisibilidad y carencias extremas. No se puede establecer fácilmente responsabilidades. El Acueducto Americano fue construido por los propios residentes e inversionistas extranjeros, por lo que pueden aducir el derecho a disponer de él, como sucede con otros acueductos rurales, que también cobran por el servicio, según la normativa vigente. Las autoridades locales justifican su falta de inversión a partir de la escasez de recursos, o bien escollos legales, lo cual puede ser cuestionable –precisamente porque en otros sectores, donde las partes interesadas son otras, los recursos no han faltado.⁴⁷ Pero el punto más importante acá es la contingencia y el olvido de las necesidades locales en contrapunteo con el modelo de desarrollo en general, expresado en parte, en la falta de representación, no solo en la toma de decisiones, también en todo el sistema turístico en sí.⁴⁸

⁴⁷ Precisamente, entre las personas entrevistadas para este capítulo, fue un denominador común el señalamiento de la poca presencia del Estado y del gobierno local en algunos aspectos básicos como la salud, la infraestructura médica adecuada, o el cumplimiento de ciertos servicios básicos como la dotación de agua, el transporte de enfermos a centros hospitalarios, y el mantenimiento de los caminos en la zona, en pésimas condiciones, o bien la contingencia y la prevención de desastres naturales.

⁴⁸ Irónicamente, playa Pelada ostenta el galardón de Bandera Azul Ecológica, un premio que se otorga en Costa Rica a playas e instituciones que cumplan estrictos requisitos de bienestar y sostenibilidad ambiental. Sin embargo, uno de los requerimientos para obtener el galardón, contar con agua potable, aparentemente no

Estas dos realidades existen a partir de este recurso; una es visible y opulenta, y la otra oculta y precaria. A la vez, coinciden perfectamente con lo anunciado en las representaciones de la región: una evidente y esplendorosa, la otra ausente, incluso en los mapas. El sistema prescinde de la segunda realidad como elemento constitutivo, y las consecuencias, en este caso, son palpables. No se aduce en este trabajo que este problema sea directamente resultado de esas representaciones, pero las mismas ciertamente contribuyen a su sanción y justificación. Básicamente, en el imaginario turístico de Nosara, estos sujetos no tienen voz alguna.

Otro problema es el de acceso a la tierra, para construir o para arrendar, ante el encarecimiento debido al boom inmobiliario que vive la zona, principalmente en las áreas más apetecidas por la actividad turística y de segundas residencias, ya sea cerca del mar, o bien, en las colinas aledañas con el océano como fondo del paisaje. El costo excesivo de la tierra, con precios como los señalados anteriormente, ha ido causando gentrificación entre muchos pobladores locales, incluso desde el siglo pasado. Estos cada vez más se concentran en caseríos periféricos, de poco valor en el sistema turístico, con precario ordenamiento territorial, y con dificultades de acceso a servicios básicos, y que básicamente se han convertido en los dormitorios de los trabajadores menos calificados del sistema turístico local.

Además, entre los trabajadores de la actividad turística, especialmente quienes vienen de otras partes del país, las residencias temporales son insuficientes, y existe una gran demanda que provoca un elevado precio en los alquileres de apartamentos y casas, aunque no sean de lujo (Trejos, comunicación personal, 4 de mayo de 2019).⁴⁹ Al estudiar la constitución de Nosara y sus alrededores según los proyectos inmobiliarios desarrollados

se tomó en cuenta. Esto generó protestas y malestar entre los habitantes locales, que se oponían a la bandera azul aduciendo que ellos, como moradores del lugar, ni siquiera tenían acceso al agua. Al final los intereses de otros actores, principalmente la Asociación Cívica de Nosara, terminaron por imponerse, y en el 2010 se izó la bandera, y así se mejoró aún más la imagen de la zona para fines turísticos (Pollock, 2010).

⁴⁹ Alina Trejos Soley es la productora del sitio web nosarastories.com, desde el cual presenta reportajes de diversa índole acerca de las distintas realidades de Nosara. Algunos de esos reportajes documentan problemas ambientales y de salud derivados de las malas condiciones de los caminos, especialmente en la época seca, los incendios forestales, también comunes en la zona, inundaciones, y otras historias menos dramáticas que incluyen la cotidianidad de los habitantes del distrito. La información proporcionada se derivó de una entrevista personal para este trabajo.

desde finales del siglo pasado hasta el presente, es posible observar cómo lugares donde habita la mayoría de la población local, como La Esperanza, Santa Marta o Nosara, están sistemáticamente aislados –en cuando a factores como el valor de la tierra, la infraestructura, los servicios, el valor de las construcciones, o la exposición a la posibilidad de desastres naturales como inundaciones– de las zonas enclavadas por los proyectos inmobiliarios, aunque en algunas ocasiones solamente haya que cruzar una calle para ir de un sector al otro.

Otro conflicto, aún más visible, ha sido el generado por la extensión de los límites del Refugio de Vida Silvestre Ostional. Esto ha afectado especialmente a unas 600 familias que quedaron dentro de las nuevas demarcaciones del refugio (Carrillo, comunicación personal, 7 de octubre de 2018). Anterior a la Ley 9348, del año 2016, que establece los parámetros bajo los cuales los pobladores locales pueden habitar el refugio y el tipo de actividades permitidas –como la agricultura de subsistencia, la investigación científica, o el ecoturismo–, muy pocas propiedades en la zona dentro de los nuevos límites del refugio habían sido inscritas ante el Registro de la Propiedad. Solamente aquellas cuyos dueños tenían acceso a la información oficial lograron completar el trámite. El acceso a la información les dio, en un momento determinado, la oportunidad de inscribir sus terrenos. Entre ellos estaban muy pocos propietarios locales, y algunos hoteles.

La gran mayoría de los pobladores nunca tuvo acceso a esa información, por lo que las propiedades en las que viven pasaron a formar parte de la reserva y solo las podrán habitar de forma concesionada (Carrillo, comunicación personal, 7 de octubre de 2018). En la nueva Ley se establecen concesiones de 25 años, prorrogables, eso sí, solamente entre personas de la comunidad, ya sean locales o extranjeros, y sus herederos, con algunas excepciones, como la derogatoria de la concesión o el incumplimiento de algunos requisitos.

Precisamente en el posible incumplimiento de algunos requisitos, como los que establecen los artículos 21 y 22 de la Ley,⁵⁰ se ve una clara desventaja para aquellos

⁵⁰ Entre tales incumplimientos está el abandono, el fallecimiento del concesionario sin herederos, la pérdida del área concesionada por acción de la naturaleza, el no habitar el lugar, causar daños ambientales, el cambio

concesionarios con menor acceso a información y a asesorías legales que acompañen su ejecución (S. Carrillo, comunicación personal, 7 de octubre de 2018). Esto no sucede con quienes tienen acceso a asesoría legal que facilite el cumplimiento de la normativa, especialmente hoteles e inversionistas, o con los que lograron inscribir propiedades antes de aprobarse la Ley. Es decir, incluso ante un reglamento que supuestamente funciona por igual para todos, el no tener acceso a información que oriente su cumplimiento representa un riesgo real de perder la concesión, ante la posible comisión de faltas por desconocimiento.

Acá resuena el poder de la palabra escrita, y del relato, que señalaba Homi Bhabha (1994) anteriormente, como herramientas a favor de quienes la emplean para conocer, ordenar y modificar el mundo, y como signo por excelencia del gobierno colonial. No basta la ley. Su interpretación y la salvaguarda de su ejecución tienen aún más importancia que el reglamento mismo, y esto implica conocer el mundo de las letras impresas y su interpretación. Por eso, antes de la aprobación de la Ley, solo los que tenían acceso a la información respectiva pudieron inscribir las propiedades como suyas, y librarse de la concesión.⁵¹ Esa información y ese saber les facultó a reclamar como suyo el mismo espacio que les fue solamente concesionado a quienes no tuvieron acceso a la misma, y quienes nunca podrán ser propietarios.

Al mismo tiempo, y en ocasiones a metros de distancia de los límites de la zona protegida, o dentro de la zona misma, propiedades son vendidas en miles e incluso en

de usos del terreno, el arrendamiento, el incumplimiento del pago del canon, y cuando los criterios técnicos del Área de Conservación lo consideren necesario, entre otros.

⁵¹ La Ley establece, en su Artículo 5 que la reserva es una zona mixta; es decir, constituida por terrenos concesionados por el Estado y por terrenos particulares. Si bien es cierto, las propiedades particulares deben someterse al régimen ambiental de la reserva en cuanto al uso del espacio, a estas no les será aplicable el régimen jurídico de concesiones y cánones correspondiente a los terrenos propiedad del Estado (Art. 26). Por otra parte, los terrenos privados y debidamente inscritos, ubicados dentro de los límites del Refugio, podrán ser adquiridos por el Estado, en caso de estimarlo necesario, para los objetivos de conservación del Refugio (Art. 29). Es decir, no se aclara qué significa “necesario”, por lo que se podría interpretar la Ley de modos que dificulten la expropiación. En otras palabras, en el mismo espacio hay propietarios de terrenos –algunas residencias de inversionistas extranjeros, hoteles, y pobladores locales de posición económica solvente– que lograron adelantarse a la Ley a través del acceso a la información escrita, y quienes están destinados a morar en un espacio que nunca será suyo.

millones de dólares. Así, de manera sistemática, una parte de la población es empujada a morar fuera del enclave, fuera de los límites de la abundancia y de la prosperidad y la posibilidad de participar en los negocios que este proyecta, y a ni siquiera poder llamarse dueños de las tierras que han habitado por generaciones.

Esta abundancia, imaginada de distintas maneras, como las que ya se han señalado anteriormente en este trabajo, además de la especulación inmobiliaria, ha encarecido considerablemente el costo de la vida en Nosara –y en otros polos turísticos de la región–, si se les compara con la media nacional, o bien de otras regiones de Guanacaste, lejos de los enclaves. Es otra consecuencia de este tipo de desarrollo en las poblaciones locales. Muchos moradores de Nosara y sus alrededores, por ejemplo, no tienen otra opción que viajar más de dos horas en autobús de ida, y más de dos horas de vuelta, hasta la ciudad de Nicoya, la cabecera del cantón, para adquirir productos de primera necesidad, impagables para ellos si fueran adquiridos en Nosara (Chavarría, comunicación personal, 29 de octubre de 2018); o bien, pagar servicios de transporte privado, entre varios, a la vecina comunidad de Sámara, donde también existe un supermercado con precios accesibles (Trejos, comunicación personal, 4 de mayo de 2019).

Entonces, hasta en el consumo de bienes básicos se da una división, y ciertos lugares quedan para uso exclusivo, a partir del poder de compra de los clientes, para turistas o algunos residentes locales que pueden costearlo, al tiempo que gran parte de los habitantes nativos tienen que sacrificar un día entero para adquirirlos a precios accesibles en Nicoya o Sámara. En polos turísticos como Tamarindo este componente se exagera al punto que, casi todo tipo de enseres, desde una botella de agua en adelante, tienen incluso el precio en dólares, lo que connota el comprador a quien le habla la etiqueta del precio.

Como último aspecto de este funcionamiento real de las poblaciones locales de Nosara está el factor sociocultural, principalmente el relacionado con la autopercepción y el desenvolvimiento de las comunidades a partir de lo generado por el desarrollo turístico en la zona. Es importante enfatizar las consecuencias en los pobladores locales de lo que proyecta el sistema turístico en Nosara. Una de ellas es que ayuda a formar un horizonte de expectativas en función de lo que promete el turismo y de la visión con la que construye

a la región.⁵² Entre muchos jóvenes pobres existe la interiorización de ideales estéticos y de consumo favorecidos en el imaginario turístico de la zona –como el de la chica local, exótica, y de cuerpo torneado, que disfruta de surfear o de festejar en los bares locales– como medio para lograr ascender económicamente, especialmente, por medio de la consecución de una pareja extranjera (Canales, comunicación personal, 29 de octubre de 2018).⁵³

El acceso a los puestos de menor remuneración, debido a la falta de capacitación formal de la mayoría de los pobladores locales –los empleos gerenciales en los hoteles generalmente son ocupados por personas del Valle Central, o bien, extranjeros–, también limita su capacidad de consumo.⁵⁴ Sin embargo, el ideal de opulencia y bienestar

⁵² A pesar de que Nosara se promociona, tanto en el sector turístico como en el inmobiliario, como un destino que enfatiza prácticas saludables como el yoga, o deportes como el surf, y que trata de diferenciarse de otros destinos con ambientes “más pesados, como Tamarindo o Jacó”, para usar términos de algunos entrevistados, lo cierto es que entre las comunidades locales aledañas, y de donde surge la mano de obra menos calificada del sistema –como el personal de limpieza o construcción– existen problemas serios de alcoholismo, consumo y tráfico de drogas, prostitución y violencia intrafamiliar en parte exacerbadas por la desigualdad palpable, la pobreza y el abandono estatal en la zona. Algunas de las historias narradas para este trabajo, principalmente por Alice Canales, una educadora que sigue de cerca muchos de estos fenómenos de primera mano a través de lo que viven sus estudiantes en sus hogares, son realmente alarmantes y conmovedoras. Entre estas se encuentran episodios constantes de violencia intrafamiliar, hambre, desnutrición, desempleo, desintegración de hogares debido a arrestos y encarcelamientos por asuntos de drogas, entre otros. Estos eventos contrastan enormemente con las versiones de otros entrevistados para este trabajo, más relacionados con la actividad inmobiliaria y turística, que enfatizan el estilo de vida sano de la región, por parte de los turistas y residentes temporales, o bien, que afirman que la prostitución y las drogas son asuntos de la población local, y no del sistema turístico en sí, como si ambos elementos se pudieran disociar tan fácilmente. Muchas de estas situaciones no hacen más que evidenciar la desigualdad persistente de Nosara, y la gran diferencia entre lo que promete y promociona el imaginario turístico de la zona, y que muchos turistas y residentes pueden vivir, y lo que otra parte de la población solo puede mirar a cierta distancia.

⁵³ Alice Canales es educadora, residente en Nosara, y activista. Colabora en la coordinación de programas sociales dirigidos a jóvenes y niños del lugar. La información suministrada se dio a través de una entrevista personal.

⁵⁴ Irónicamente, muchos de los extranjeros que ocupan puestos de mayor remuneración, que incluyen la necesidad de hablar inglés, no necesariamente son residentes legales en el país. En un recorrido por varios hoteles y restaurantes de la zona, es común toparse con recepcionistas o meseros estadounidenses o europeos, bastante jóvenes, que permanecen en la zona por temporadas, y que trabajan a pesar de tener solamente el estatus migratorio de turistas. Una de las entrevistadas para este trabajo, y que pidió que, en el caso específico del suministro de esta información, su nombre se mantuviera en el anonimato, señaló que esta práctica es tan común que incluso grupos de jóvenes extranjeros organizan viajes a la frontera con Nicaragua para pasar en un país extranjero las 24 horas que manda la ley y que un turista debe cumplir cada tres meses, y luego volver a Nosara a seguir laborando en hoteles en condiciones cuestionables según la normativa local. Esta información fue corroborada de manera independiente en redes sociales, en donde fue posible constatar como estos jóvenes organizan lo que ellos llaman “border shuttles” por medio de anuncios, en los cuales promocionan espacios en micro buses para viajar a la frontera y permanecer en Nicaragua por un día, antes de volver.

proyectado en la zona como parte de su imaginario turístico induce a muchos habitantes de escasos recursos a incurrir en hábitos de consumo insostenibles. Es común ver hogares en condiciones precarias contar con todo tipo de electrodomésticos, incluyendo costosas pantallas, teléfonos caros, ropa de marca, y hábitos de ingesta de alcohol casi constantes, al tiempo que descuidan aspectos básicos de la educación formal de sus hijos en edad escolar, como la compra de útiles, con la falta de recursos como justificación (Canales, comunicación personal, 29 de octubre de 2018).

Durante la temporada alta de llegada de turistas, entonces, es común ver la proyección de una imagen que satisfaga los ideales exóticos del local que se proyectan en el imaginario turístico de Nosara —la cultura surf, los cuerpos esbeltos, la vida saludable a través del consumo de ciertos productos—, en parte sostenida por mayores fuentes de ingresos. Mientras tanto, en la temporada baja, o en la época de inundaciones, las precariedades, en ocasiones extremas, abundan (Chavarría, comunicación personal, 29 de octubre de 2018). Esto establece ciclos anuales en los que muchos pobladores locales a menudo recurren a ayudas estatales para sobrevivir, especialmente cuando son golpeados por las inclemencias del tiempo.

Estas situaciones contrastan con uno de los principales atributos otorgados a Nosara por parte de inversionistas, o bien por facilitadores de inversiones, como agentes de bienes raíces o arquitectos: la gran capacidad de organización que tiene la comunidad ante todo tipo de contingencias o eventualidades. Inversionistas como Fernando Pagano⁵⁵ (Pagano, 2019, comunicación personal, 25 de junio de 2019), por ejemplo, rescatan, entre las características positivas de la zona, la capacidad de organizarse para paliar la ausencia estatal en temas como el suministro de agua, la protección a animales, el mantenimiento de caminos, la seguridad, y el alumbrado público, entre otros. Otras entrevistadas concuerdan. Sin embargo, este tipo de capacidades siempre tienden a ser narradas desde la perspectiva dominante en el imaginario turístico, y casi siempre dejan por fuera el punto de vista de las comunidades aledañas, que surten al sistema con mano de obra, pero que a menudo —con

⁵⁵ Fernando Pagano es propietario del hotel Green Sanctuary, un emprendimiento turístico que se ubica en las cercanías de Playa Guiones, y que tiene como una de sus metas la sostenibilidad ambiental y el mínimo impacto ambiental en sus operaciones. La información proporcionada se derivó de una entrevista personal para este trabajo.

excepciones como las que se apuntarán más adelante— no son tomadas en cuenta. Algunos incluso admiten como una de las principales características Nosara su naturaleza exclusiva y cerrada, que incluso discrimina, a partir de elementos como el poder adquisitivo o aspectos relacionados a estilos de vida o visiones de mundo, a otros inversionistas afincados en otras partes de Guanacaste.

Otro problema de la convivencia en Nosara es la delincuencia y el consumo y tráfico de drogas. Los índices de asaltos y hurtos han aumentado considerablemente en la zona en los últimos años (García, 2018). Lo mismo ha sucedido con la prostitución, que incluso se ha segmentado en sectores: uno dedicado al mercado local, y otro, más exclusivo y costoso, dedicado a turistas extranjeros (Canales, comunicación personal, 29 de octubre de 2018)⁵⁶. El consumo de drogas está también relacionado con la imagen hedonista del lugar. En gran medida, muchos habitantes locales también desean ser partícipes de esa performatividad turística que implica un enclave en el que las normas de convivencia racionales del mundo civilizado pueden ser trocadas, por unos días, a través de la puesta en práctica de la fantasía del exceso.⁵⁷ El problema es que la mayoría de los turistas volverá a sus mundos ordinarios, en sus países de origen, mientras que muchos jóvenes locales quedan atrapados en unas vacaciones permanentes que truncan, en no pocas ocasiones, sus posibilidades de movilidad laboral a través del estudio o el trabajo.

Acá es claro el efecto de la manera de imaginarse el lugar en sus habitantes. Dereck Gregory (1994), como ya se apuntó en el segundo capítulo de este trabajo, le llama a este fenómeno el carácter performativo de las geografías de la imaginación, que produce los

⁵⁶ En un informe del Departamento de Estado de los Estados Unidos se señala a las zonas del Pacífico Central y el Pacífico Norte (Guanacaste) como las más vulnerables en cuanto a turismo sexual, tráfico de personas con fines de prostitución, y niños en riesgo de ser prostituidos. Se señala como principales clientes hombres provenientes de Estados Unidos y Europa. A la vez, se señala que el gobierno de Costa Rica no cumple con los requisitos mínimos para prevenir y castigar este tipo de actividades (Trafficking in Persons Report, 2017). Curiosamente, en el caso de las personas entrevistadas para este trabajo, entre más cercanas al ideal proyectado en el imaginario turístico de Nosara, menor era su conocimiento en cuanto a la problemática de la prostitución. Incluso dos de ellas negaron tajantemente que existieran problemas de este tipo, principalmente porque aducían que no calzaba con el turista ideal de la zona, interesado en el yoga o en el surf. Un recorrido independiente corroboró la existencia de prostíbulos, principalmente en los alrededores de las zonas hoteleras y de segundas residencias, específicamente en los sectores de Arenales y Ferco.

⁵⁷ A pesar de que, ciertamente, Nosara trata de proyectar una imagen en la que enfatiza el bienestar y la vida sana, es evidente que un sector del turismo que llega al lugar, y de los residentes extranjeros, sí incurre en prácticas relacionadas con consumo de drogas, lo que, en parte, ayuda a que estas estén tan generalizadas en la zona, y no sea solamente un problema de los locales, como se tiende a pensar y a difundir generalmente.

efectos que nombra, y ejecuta las acciones que imagina. En Nosara, mucho de lo imaginado señala las prácticas, incluso de los habitantes locales. El otro elemento es el de la representación auto etnográfica de gran parte de la población local. Es decir, la idea de concebirse y actuar según los términos del discurso dominante, en este caso, el que promueve el desarrollo turístico en la región, principalmente la opulencia y el derroche, parece ser un elemento clave en Nosara.

Esta práctica no solamente sucede en esa localidad, también acontece en muchos otros destinos de la región en los que, con tal de asegurarse una cuota de participación en la supuesta promesa de derrama económica y simbólica del turismo, muchos habitantes locales asienten a aparecer en los términos en que el discurso los imagina. En el caso de Nosara, esta concepción tiene como objetivo parecer atractivos ante los visitantes, según los términos estéticos de estos, aunque ello implique una especie de actuación, o bien incurrir en consumo insostenible u otros hábitos decadentes. En los estudios turísticos, el trabajo de Jacqueline Sánchez (2006) acerca del turismo sexual femenino, en el que la cuestión de los imaginarios, las representaciones auto etnográficas y la dicotomía entre el yo y el otro colonial se vuelven tan o más importantes que las cuestiones de género para explicar el fenómeno, es sumamente valioso para entender más a fondo este asunto de representarse a sí mismo según los términos de quien mira y consume.

A este tipo de problemáticas sociales, derivadas de las representaciones auto etnográficas y de la performatividad turística fomentada en la zona, se une el inconveniente de la falta de iniciativa local para resolver problemas como los señalados en esta sección. Ya estudiosos de los efectos del enclave turístico a nivel social en playas de la región, citados en el primer capítulo de este trabajo, señalaban este asunto como uno de los que, en gran parte, se valen los modelos de desarrollo impulsados desde el exterior para usufructuar los recursos naturales de playas como las de Guanacaste. Canales, Chavarría, Trejos, Pagano y Carrillo, en las entrevistas para este trabajo, apuntan a la falta de iniciativa puramente local para organizarse y lidiar con los problemas vinculados al desarrollo turístico de la región. La pasividad y la falta de organización son, de hecho, factores que juegan a favor de la inadecuada distribución de recursos como el agua, la especulación inmobiliaria, el alto costo de la vida y el aumento de la delincuencia en Nosara. Esto

contrasta con la planificada organización que se tiene en la zona, también destacada por los entrevistados, para lidiar con asuntos de interés para los mismos inversionistas.

Algunas iniciativas locales para tratar de brindarle opciones educativas, de capacitación y de entretenimiento sano a los jóvenes provienen, en la mayoría de los casos, del comercio local, especialmente de algunos hoteles con un enfoque más dirigido a beneficiar de maneras más horizontales a la población local, como el Lagarta Lodge, o bien de fundaciones como Vive el Sueño, que busca empoderar emprendedores locales, y el Movimiento Guardianes de la Naturaleza, que ejecuta proyectos de educación ambiental para niños y adolescentes.

Entre estas iniciativas también están proyectos que tratan de acercar los niños a las bibliotecas, talleres de teatro, música, baile, o programas de reciclaje, entre otros. Irónicamente, muchos de los niños beneficiarios de estas iniciativas son los hijos de sectores de clase media, de trabajadores de rangos medios y altos de la actividad turística, y que en su mayoría no son del lugar. Niños locales en condiciones más vulnerables son minoría en estos programas porque, precisamente, sus padres no ven en esas actividades nada importante (Canales, comunicación personal, 29 de octubre de 2018). Muchos de esos niños con costos asisten a la escuela primaria, en parte por la comida que dan en los comedores escolares, o bien como un requisito mínimo que los padres cumplen para así evitar la intervención del Patronato Nacional de la Infancia en la crianza de los menores.

Como en el cuento de terror de Poe, al final, tanto las realidades exacerbadas en representaciones, como aquellas ocultas, son parte del mismo sistema. La existencia de ambas es inevitable, y su interrelación también lo es. La Nosara como destino turístico de talla mundial, según las fuentes especializadas citadas al inicio de esta sección, también convive con realidades que, a pesar de que se trate de mantener invisibilizadas, existen, especialmente para gran parte de los habitantes locales, sistemáticamente excluidos del enclave. Los discursos que contribuyen a darle forma a Nosara como destino turístico, a fin de cuentas, también ayudan a jerarquizar. Esas jerarquizaciones no solamente dependen de relaciones puramente económicas. El poder, en todas sus formas, y los discursos, también cumplen un papel fundamental.

Visiones divergentes a partir del conflicto: entre la hegemonía, la subalteridad y la contestación

Además de las consecuencias en los modos de vida de los habitantes locales de las formas de imaginar y poner en práctica el sistema turístico en Guanacaste, otro escenario importante en el que se presentan visiones de mundo influenciadas por el discurso colonial y sus contestaciones es en el registro y la narración del conflicto. Como ya se apuntó anteriormente, las disputas han sido recurrentes como parte de la otra cara del desarrollo turístico en la región. En estas se han enfrentado intereses que van desde los del gran capital inversionista; los del Estado y los gobiernos locales, que procuran atraer este capital debido a los supuestos beneficios que conlleva, como el empleo; y los de activistas locales, que no en pocas ocasiones han planteado resistencias de diversas formas a algunos de estos emprendimientos, por, precisamente, el menoscabo ambiental que en ocasiones provocan, o los efectos en los pobladores, como la imposibilidad de acceder a ciertos espacios con fines de ocio, o bien, la gentrificación.

Es interesante cómo en la representación y narración de estos conflictos, por parte de las fracciones involucradas, es posible rastrear coincidencias entre la misión civilizadora del discurso colonial y la idea de progreso que manejan los inversionistas en Guanacaste. Existe una estrecha relación entre la visión de mundo de ese capital inversor y la idea del ligamen entre progreso económico y civilización según dicho discurso. La imbricación entre el colonialismo y el capitalismo, que argumenta Quijano sucede en la colonialidad, es plenamente visible en las promesas de progreso del desarrollo turístico en Guanacaste.

En primera instancia, la intervención del gran capital traería progreso de la misma manera que el proyecto colonial conlleva civilización y avance según la concepción positivista del tiempo. Al menos así parece narrarlo una de las partes, la inversionista. Esa idea es sancionada a través de la apelación a la razón, a la idea moderna del progreso, a un fuerte desencantamiento del mundo, en este caso, de recursos como el agua en Guanacaste, y a la recurrencia a apelativos muy negativos contra todo aquel que no comparta esas nociones. Es decir, se recurre, del mismo modo que acontece en el discurso colonial, a

exacerbar la otredad del oponente, a despojarlo de raciocinio y de civilización, y a presentarlo como un peligro para los propósitos, supuestamente benévolos, del desarrollo turístico.

La contraparte de estas nociones las presenta el activista local. Es interesante, en este caso, ver que su resistencia no es solamente a partir de la protesta en sí. También está sustentada, desde la perspectiva epistemológica, por otras nociones de la realidad, esas que desde la óptica decolonial vendrían a ser los saberes otros. A través de ellos, se manifiestan modos alternativos de concebir elementos como la tierra, la convivencia, el agua, o el ocio. Entonces, no solo se da una resistencia en un escenario pragmático, es decir, a través de la protesta u otros tipos de activismo. También existe una indocilidad a nivel epistemológico que, básicamente, parte de la negación de la idea de progreso y civilización impuesta por el saber-poder hegemónico. De ahí que, como se apuntó al principio de este capítulo, no es posible afirmar que las disputas entre el gran capital y la resistencia local sean totalmente desproporcionadas, y que la visión del primero completamente doblegue a su contraparte; o bien, que las disputas sean explicables solamente a partir de factores económicos que llevan a la acumulación por desposesión. Precisamente esas diferencias entre las maneras de concebir el mundo son las que han servido para impulsar la resistencia en Guanacaste.

Por último, el papel del Estado, a través de sus instituciones y de los gobiernos locales, también es importante en el sentido que tiende a esgrimir la visión de mundo de las élites locales. Esto sucede no solamente en el plano político directo, que sería bastante obvio —es decir, el Estado mismo es quien, en primera instancia, promueve el desarrollo turístico en Guanacaste, incluso con los tintes que se han señalado en este trabajo. También sucede en el plano epistemológico. En este ámbito es notorio que los órganos oficiales en gran parte dependen de la idea de progreso impuesta desde el exterior. Esto es patente en cuanto a su dependencia del conocimiento racional y científico esgrimido por la parte inversionista que, al tiempo que justifica la implementación del modelo turístico dominante en Guanacaste y el uso de recursos naturales locales para su funcionamiento, también contribuye a exacerbar la otredad de quien se oponga a su idea hegemónica de progreso y civilización.

A pesar de que en Guanacaste la conflictividad turística es abundante, y las disputas son variadas, es conveniente, por cuestiones de espacio, y en aras de mantener la unidad de este trabajo, enfocarse en un conflicto en particular para ilustrar estas visiones de mundo. La disputa que ha sido documentada más exhaustivamente, según se puede corroborar a partir de búsquedas, no solamente en noticias e información oficial, también en artículos científicos y tesis escritas en cuanto al tema, es la del agua en Sardinal, en el cantón de Carrillo, del año 2008. A partir de las versiones de las partes interesadas en ese conflicto es posible notar paralelismos entre estas y las principales visiones de progreso modernas, muchas de ellas relacionadas con el discurso colonial, y su contraparte, o resistencia, que apela a otras visiones de mundo, no necesariamente en conjugación con los saberes hegemónicos.

Tres trabajos en relación al problema de Sardinal son de consulta obligatoria para examinar las visiones de las partes interesadas. Dos de ellos ya han sido citados en este estudio: el de Navarro (2013) y el de Navas y Cuvi (2015). El otro es el de Sofía van Eghen (2011), acerca de la conflictividad en torno al agua en ese lugar. El trabajo de van Eghen ahonda en las visiones acerca del conflicto según tres partes interesadas: los moradores locales, a través de la organización comunal; los inversionistas y los agentes de bienes raíces; y los representantes de organismos oficiales, entre ellos el AyA, la Municipalidad de Carrillo, y dos acueductos rurales, el de Sardinal y el del Coco.

La primera parte involucrada, constituida por los desarrolladores, se asigna a sí misma el papel de traer progreso a la zona. Esta parte tiene el conocimiento científico, a través de estudios pagados por ellos mismos, que sancionaron la viabilidad del proyecto (Navas y Cuvi, 2015). Entre los principales propósitos de la construcción del acuífero de Sardinal, que más adelante detonaría el conflicto, estaba “ayudar enormemente,” según afirma esta parte, a la gente de la comunidad. El proyecto era supuestamente muy bueno para todos, e iba a elevar el valor de la tierra, además de facilitar el desarrollo (van Eghen, 2011). Al mismo tiempo, el lado empresarial aduce que, a pesar de las bondades del acueducto, el gobierno tuvo que ceder y escuchar las voces en contra, por más “absurdas” que esas voces pudieran parecer. La idea que los desarrolladores tienen del agua es la de un

recurso principalmente económico, que sirve los propósitos de facilitar la planificación y el desarrollo del lugar (Navas y Cuvi, 2015).

Una vez esbozados estos criterios racionales según los cuales los inversionistas se colocan del lado civilizatorio, inmediatamente pasan a describir a los opositores al proyecto en términos justamente opuestos a ese desarrollo y progreso que ellos dicen representar. En su versión de la resistencia, las protestas son belicosas; provocan enfrentamientos con la policía; los manifestantes también cometen actos vandálicos, como contaminar pozos y amenazar con quemar las tuberías que llevarían el agua (van Eghen, 2011). Para este sector, la oposición al proyecto es astuta, y compuesta, principalmente, por personas que no son de Sardinal. Son principalmente “comunistas” del Valle Central, que llenan autobuses con nicaragüenses reclutados en San José para que causen desórdenes y arrojen bombas, porque los extranjeros están acostumbrados a ese tipo de violencia, al contrario de los costarricenses. Esos agitadores “comunistas” supuestamente engañan a pobladores locales “sin educación” y les mienten acerca del proyecto. Les dicen que sus hijos van a morir por falta de agua o por tomar agua contaminada. Básicamente están en contra de los desarrolladores con el objetivo único de detener el progreso y hacer un gran escándalo sobre cosas sin importancia (van Eghen, 2011).

En este valiosísimo recuento de van Eghen a partir de entrevistas, es posible ver la racionalidad hegemónica contrapuesta a su otro irracional. La justificación ideológica de intervenir y transformar es la del desarrollo, y ese desarrollo también será para el nativo. Este se daría a partir del encarecimiento de la tierra, para que el nativo la pueda vender al inversionista a un precio mejor. Es decir, el beneficio es meramente material; se equipara el desarrollo con asuntos meramente monetarios, sin importar el valor simbólico de la tierra o del agua para el habitante local.

En este recuento se da un claro paralelismo con la misión civilizatoria como justificación ideológica de la conquista en el discurso colonial. Esa idea de desarrollo-civilización también parte del raciocinio moderno de transformar, en el caso de Sardinal, la idea del agua, de una condición necesaria para la vida de todo ser humano y demás seres

vivientes, o como un derecho humano, según la visión de los activistas locales (Navas y Cuvi, 2015), en un recurso económico que facilite el progreso y la acumulación capitalista.

El desencantamiento del mundo en la visión desarrolladora es más que evidente. La idea de traer desarrollo y mayor bienestar material para todos se conjuga con la visión de la naturaleza, básicamente vista como una fuente de ganancias. El agua podrá ser escasa, pero su uso en nombre del desarrollo de la región supuestamente paliará otros tipos de escasez material entre los moradores locales. Es lo que Juan Camilo Cajigas-Rotundo (2007) llama la biocolonialidad del poder; es decir, la producción de naturaleza en un contexto postfordista en el cual el medio ambiente es construido a partir de la representación de la escasez. Esa supuesta escasez es la que, en primera instancia, impulsa el progreso material para, precisamente, superar la carencia. Es la reformulación de la naturaleza con tal de darle continuidad al capitalismo.

Otro punto interesante a partir de la recopilación de testimonios de van Eghen es la caracterización de la oposición al proyecto, por parte de los desarrolladores. Abundan los epítetos que los alejan, en gran medida, de las ideas de civilización y progreso que el inversionista tiene en mente, y que, supuestamente, desea derramar entre los habitantes locales. Ese alejamiento, al mismo tiempo, los aproxima a la idea del abyecto caníbal del discurso colonial, que no solamente se opone al conquistador, también a la razón misma. Por eso es que, precisamente, se califica a los activistas como violentos, terroristas, y de incitar al nativo “ignorante” y “sin educación” a cometer actos vandálicos.

Términos como “comunista” son bastante frecuentes para, básicamente, despojar de todo tipo de razón y legitimidad a quien no concuerde con los intereses del pensamiento hegemónico. En la contingencia de la protesta social en Costa Rica ese calificativo es recurrente para, precisamente, restar legitimidad al otro. Clave también es el apelativo a la supuesta violencia de presuntos mercenarios nicaragüenses que son percibidos como lo más alejado de la razón, y como la parte más baja y degenerada del otro. Estos supuestos terroristas son, precisamente, la evocación de los feroces caníbales que atemorizan al buen salvaje americano, y contra los que los conquistadores emprenden la guerra justa. La

narración del conflicto por parte de esta parte interesada mantiene el binomio civilización-barbarie, e incluso bondad-maldad, del que hablaba Todorov anteriormente.

Por otro lado, en la visión de mundo local, trazable a través de la resistencia a la construcción del acueducto, es posible notar nociones alternativas de mundo y desarrollo para legitimar su postura. Una de ellas es una visión diametralmente opuesta del agua. El concebirla como una condición necesaria para la vida, y como un derecho humano, la convierte en algo mucho más complejo que una mercancía. El agua está por encima de cualquier interés económico, y no se puede negociar en los términos en que el pensamiento hegemónico la entiende, es decir, como una forma de generar plusvalía.

Lo mismo sucede con la idea de la tierra. Habitantes locales entrevistados por van Eghen (2011) demuestran tener visiones divergentes con respecto a la propiedad privada. Uno de ellos afirma no entender la visión de los inversionistas de restringir el paso de los habitantes locales por sectores por los que siempre han transitado. Afirma que “el extranjero es muy delicado, aquí se puede pasar por mi propiedad y no hay problemas. Y el extranjero, no puedo pasar por su propiedad. Ese es el problema con los extranjeros” (p.29). A pesar de manejar el concepto de propiedad privada, el mismo tiene matices que lo hacen diferente de la idea de propiedad privada del inversionista.

Esa es una de las razones por las que, precisamente, la protesta en la región se ha dado. Lo que el habitante local entiende por espacio público no es lo mismo que lo que el modelo de desarrollo turístico promueve. La idea de una *gated community* no tiene sentido para muchos pobladores locales. De ahí el reclamo de espacios en algunas playas como forma de protesta que no solamente reivindica el acceso a ciertos lugares, también la visión propia de la tierra y del ocio. Los activistas convierten la playa, o incluso el agua, en significantes políticos para denunciar y luchar contra la exclusión social y la marginación producidas por la manera de concebir la tierra y los recursos naturales en el modelo de desarrollo turístico de sol y playa.

Otra divergencia es palpable en la idea que los locales tienen del conocimiento, incluso si es de carácter científico, acerca de recursos como el agua. En el convenio entre el AyA y Coco Waters para la explotación del acuífero de Sardinal se tomó en

consideración el estudio de Schosisnky (2008), que admitía la viabilidad ambiental del proyecto. Este fue objetado por otro estudio de Mario Arias (2008), que afirmaba que el manto acuífero se vería perjudicado por la gran cantidad de agua que se planeaba extraer. El estudio de Arias, que también cuestiona la posición del AyA al respecto, fue acogido por los activistas locales como elemento de contrapeso, tanto del saber científico que sanciona la extracción del líquido, como a la venia oficial al proyecto.

Es posible ver, entonces, que las discrepancias en cuanto a lo que es el saber y lo que este representa también son parte de la contienda. El saber tiene usos que inherentemente lo relacionan con el poder, y eso los activistas locales lo entienden. Los discursos opuestos en cuanto al tema del agua chocan entre sí. Queda demostrado, a partir de la posición local, la certeza que los activistas tienen de que la verdad se puede construir, y que así como los desarrolladores sancionan la suya a través de la supuesta objetividad del saber científico, ellos mismos, haciendo uso del mismo saber científico, la ponen en tela de duda. En otras palabras, se oponen a la forma en que el agua y el proyecto se construyen según el saber hegemónico y proponen, a través de la apropiación del mismo saber científico, otra verdad, otro saber.

Esta capacidad que demuestran para buscar sus propias fuentes de conocimiento, ya sea a través de nociones autóctonas acerca del agua o la tierra, o incluso a través de la ciencia, en claro empoderamiento de recursos en primera instancia utilizados y esgrimidos por los desarrolladores, les permite también argumentar su desconfianza hacia los gobiernos locales, o bien el AyA, a quienes ven como de parte del proyecto, y en contra de los intereses de las comunidades locales.

A partir de experiencias previas de otros sectores de la región, como Papagayo, algunos entrevistados advierten que la idea del proyecto es llevarlos a vender sus tierras, y, de no hacerlo, correrían el riesgo de expropiación a partir de eventuales cambios en las leyes (van Eghen, 2011). También advierten posible corrupción en el AyA y en los gobiernos locales a la hora de aprobar el proyecto; rapacidad, tanto de los desarrolladores como de los funcionarios públicos; y ocultamiento sistemático de información que

proporcione detalles acerca del impacto ambiental del proyecto (Navas y Cuvi, 2015; van Eghen, 2011).

Acá es interesante ver que la oposición al proyecto se apodera del discurso racional del desarrollo y el progreso para, precisamente, deconstruirlo, al aportar elementos válidos, según la concepción racional del mundo occidental y civilizado, como el saber científico, como evidencia de los intereses predatorios del acueducto propuesto. En este caso, la representación que los desarrolladores hacen de los activistas locales, como irracionales y como opuestos al progreso, no coincide con la visión que estos últimos tienen de sí mismos, ni con cómo utilizan los distintos saberes en la disputa con los primeros.

Mientras los desarrolladores buscan imponer una visión única del mundo y del progreso, a través, en parte, de la representación del otro como opuesto a esa visión, de modos que recurren a la etnografía colonial decimonónica, los activistas y habitantes locales no totalizan la sociedad como una sola, y más bien reclaman otras visiones como posibles. Esto implica una forma de representación y narración de contextos y sujetos que no buscan totalizar sus sociedades de manera global. Lo más importante, en este caso, es el contexto social inmediato, y dar cabida a relatos personales situados en un ambiente social y cultural específico (Blanco, 2012). En el caso de Sardinal, este tipo de representación, por parte de los sujetos locales, se hace en términos del discurso dominante –saber científico, razón–, solo que en esta ocasión para usarse de modo subversivo a este.

Estos modos de reivindicar ciertas maneras de representarse, en ocasiones a partir de concepciones occidentales y modernas, como el saber científico, y en ocasiones a partir de otras visiones y discursos, como las que tienen acerca del agua o de la tierra, les permite a los activistas locales, precisamente, utilizar la misma playa o el uso alternativo del agua como elementos de reivindicación. Este punto ya se tocó al final del capítulo anterior, a través del recuento de los campamentos rebeldes en territorios en disputa, o a través de la “resistencia comegüevos”, que tienen como uno de sus objetivos reclamar el espacio propio a través de la subversión a definiciones hegemónicas de propiedad, paisaje, belleza escénica, y ocio, entre otras. El contraste entre la percepción que tienen los desarrolladores de los activistas con la que los segundos tienen de sí mismos y con sus modos de emplear

distintos saberes demuestra que, al igual que acontece en el discurso colonial, las representaciones del otro como salvaje, abyecto o malévolos dicen más de quien narra, de lo que este proyecta en el sujeto narrado, y de los propósitos detrás de esas narraciones, que de los sujetos mismos a quienes se refieren.

Por último, está la representación del conflicto a través de los lentes de los organismos oficiales, principalmente el AyA, la Municipalidad de Carrillo y los acueductos locales. El papel de algunas de estas entidades fue controversial en la disputa. Navas y Cuvi (2013) señalan que existieron violaciones a procedimientos a la hora de ceder el agua a un actor privado, sin saber las condiciones del acuífero; a la hora de otorgar permisos de construcción a casas y hoteles sin saber de dónde tomarían el agua; o bien, al dar el visto bueno al comienzo de las obras del acueducto sin saber si el mismo se podía construir.

A estos procedimientos se les suma el ocultamiento de información a los activistas locales, aún después del comienzo de las obras, y el argumento oficial de que no existía información suficiente acerca de las consecuencias del proyecto, por lo que su inviabilidad tampoco era un factor corroborado (van Eghen, 2011). Esa falta de información es la que, precisamente, sirve de justificación a entidades como el AyA o la Municipalidad de Carrillo a depender de los estudios proporcionados por los mismos desarrolladores, que supuestamente avalan la sostenibilidad del acueducto; o bien, aducir que los estudios a los que tienen acceso no son del todo abarcadores.

A partir de estas formas de proceder es posible ver la falta de organización y planificación de los gobiernos locales, y la manera en que se apresuraron, a espaldas de los habitantes locales, a aprobar los proyectos de construcción de segundas residencias y del controversial acueducto. Esa premura por adoptar proyectos planteados desde el exterior es característica del desarrollo turístico de la región, no solo en Costa Rica, también en otros países vecinos.

Otro elemento clave que revela la alianza entre los entes oficiales locales y los desarrolladores es notable a través de la visión que los primeros esgrimen de la resistencia local. Voceros del acueducto rural de Sardinal, por ejemplo, al tiempo que aducen ser neutrales en cuanto al proyecto, señalan a los activistas como “cabezas calientes”,

“foráneos”, que vienen a “infectar” a los habitantes locales con ideas contra el desarrollo, sin darles opciones alternativas (van Eghen, 2011). Estos “agitadores” no quieren creer en el gobierno ni en sus estudios –irónicamente el mismo AyA aduce no tener estudios lo suficientemente explicativos al respecto–, y tienen como aliados a sindicalistas de izquierda de San José y San Ramón, y a la Universidad de Costa Rica, que es vista también como de izquierda y agitadora.

La adopción con poco o ningún cuestionamiento del discurso dominante por parte de los organismos oficiales es más que evidente. Este accionar desmiente la supuesta neutralidad que aducen tener, o la función pública como beneficio, en primera instancia, de los habitantes locales. El desarrollo económico que dicen impulsar al favorecer este tipo de inversión, sin embargo, se convierte en justificador de su accionar. Es el mismo argumento que esgrime el inversionista, y, por lo tanto, en este sentido, queda comprobada la proximidad entre ambos discursos.

Estas tres versiones del conflicto dejan ver que, tanto en esta como en otras problemáticas socio ambientales y socio culturales que se viven en Guanacaste a partir del modelo de desarrollo turístico de sol y playa dominante, los discursos de las distintas partes interesadas chocan entre sí para tratar de producir sus propias verdades. También cabe destacar que, a pesar de la demonización que se pueda hacer de la resistencia en un caso como el de Sardinal, esta demuestra tener coherencia y capacidad de plantear una lucha a partir de la reivindicación de otros saberes y formas de imaginar el mundo. Estas formas de resistencia demuestran que, a pesar de que, en la mayoría de las ocasiones, desde una perspectiva hegemónica sea solo una visión la que se trate de presentar como la estándar, los discursos alternativos siempre salen a la luz. El poder está en todas partes, entonces, y en el caso de Sardinal, se demostró la valía de otras visiones acerca del agua, el desarrollo y las playas.

Consideraciones finales a modo de conclusión: por un enfoque emic en el desarrollo turístico en Guanacaste

La pregunta posterior al análisis del desarrollo turístico en Guanacaste planteado en este trabajo, sería ¿pueden existir otros modos de hacer turismo en sus costas que no necesariamente deban tener como norte esa compleja simbiosis entre capitalismo –en este caso, globalizado, desconocedor de fronteras y de matices locales–, y ese discurso colonial que, aún hoy, sigue orientando las representaciones del litoral guanacasteco y justificando de modo sutil pero efectivo este tipo de desarrollo? Por otra parte, también cabe preguntarse, ¿es viable la idea de cambiar el principal modelo de desarrollo de Guanacaste y apartarse del turismo como principal motor económico de la región, debido a los efectos controversiales que este a su vez provoca? Si este fuera el caso ¿qué opciones tendrían muchos habitantes locales que, bien que mal, existen en el sistema y sobreviven en él?

Estas no son preguntas sencillas de responder. A través de estudios de gran calibre, algunos ya citados en este trabajo, está bien comprobado, empíricamente, que el modelo turístico de sol y playa no produce la derrama económica que promete, ni reparte de manera ni medianamente equilibrada todo el esplendor que refleja⁵⁸. Copiar casi al calco el modelo desarrollado en el Mediterráneo no ha sido para nada exitoso en términos de bienestar social en ningún país de América Latina, por más que los acólitos de la inversión extranjera directa pregonen lo contrario a los cuatro vientos. Los números no mienten, o al menos no significan lo mismo para todos. Este mito político, e incluso académico, entre muchos pensadores liberales, más bien sigue produciendo enormes riquezas que, ya sea por medios lícitos o ilícitos, en gran parte escapan de los paraísos tropicales en donde se generan.

Ahora bien, quizás el énfasis de este trabajo, que ha girado en torno a tratar de elucidar cómo las formas de imaginarse lugares, personas y el ocio terminan contribuyendo enormemente a los modos en que las prácticas reales, con sus consecuencias, acontecen, puede arrojar también algunas claves para generar otras opciones, otras formas de hacer turismo. Entonces, no debemos partir de la idea de la erradicación del sistema turístico de Guanacaste, tal y como existe, como solución factible. Eso sería rayar en lo ingenuo. El

⁵⁸ Trabajos como los de Allen Cordero (2006), Ernest Cañada (2010) o Antonio Aledo (2008), citados en el primer capítulo, precisamente tratan de demostrar la falacia de la promesa de derrama económica del turismo de enclave en polos turísticos latinoamericanos, al tiempo que ahondan en las consecuencias negativas, en las sociedades locales y el ambiente, de la implementación de este modelo de desarrollo turístico en costas como las de Guanacaste.

capital transnacional cada vez tiene menos barreras, y, a pesar de los indicadores negativos que cuestionan su accionar, este siempre va a seguir operando, al menos en el horizonte conocido. Aquí se trata, entonces, de plantear alternativas viables que incentiven otras formas de hacer turismo, incluso en los mismos escenarios y con algunas de las mismas actividades del sol y la playa.

Dean MacCanell (1976) ya apuntaba, desde los años setenta del siglo XX, como ya se señaló anteriormente en este trabajo, que un factor fundamental que mueve al turismo moderno es ese deseo de encontrarse con un otro que no se conoce, y con otro lugar que no se ha visitado aún, pero del que se tiene una noción que motiva el interés por conocerlo. También advertía cómo el contexto capitalista en el que el turista se desenvolvía lo convertía en un consumidor, y cómo los destinos y sus pobladores locales se convertían, con el turismo, en mercancías. Es decir, la replicación, o la orquestación de ese encuentro con un otro antropológico, especialmente en contextos como Guanacaste, es algo inherente al turismo. Sería incauto creer que en la región se puede dar un tipo de turismo en el cual elementos como la exuberancia del paisaje, o las diferencias culturales no fueran tomados en cuenta.

Precisamente el mismo MacCanell (2007), muchos años después de plantear esas inquietudes, y a través de una crítica a esas maneras maniqueas en las que el turismo tan frecuentemente construye a su otro, propondría una salida interesante a este problema. Como antropólogo, MacCanell siempre se sintió incómodo con esa tendencia histórica de la antropología clásica de ensayar descripciones holísticas de las culturas; es decir, de totalizar las culturas que se estudian como agrupadas en ese conglomerado de pueblos que no son como el pueblo de quien estudia, que son lo que difiere de lo estándar.

Bien entrado el siglo XXI, MacCanell admite que las cosas han cambiado en la antropología. Ahora existe la tendencia a estudiar fragmentos culturales y distintas formas culturales por separado. Sin embargo, señala que las visiones totalizadoras aún rondan la disciplina, y se hacen palpables en la gran energía necesaria que se consume para tratar de desacreditarlas. Ya no existe una totalidad cultural, o una cultura aislada, “cada ser humano en la superficie de la tierra está más o menos fuera de lugar, ya sea empujado fuera

de lugar por los movimientos globales del capital, o propulsado fuera de lugar por el turismo” (MacCanell, 2007, p. 139). La única esperanza, según MacCanell, es que los turistas puedan tener un poco de control sobre sus experiencias, más allá de los modos en que las corporaciones globales tratan de moldearlas para que estos las consuman.

La clave, entonces, para practicar un tipo de turismo en el que el turista no vea su ocio disciplinado por el consumo y por la visión esencialista del otro, es verse como turista con otros ojos. En el caso de los anfitriones y sus tierras, la clave está en tener la posibilidad de representarse de otras formas que no sigan repitiendo las fórmulas tan cuestionadas en que la antropología decimonónica, en contextos coloniales, construyó a su otro como atrasado en el tiempo, incapaz de representarse a sí mismo, o incapaz de evolucionar. Ya Johannes Fabian anteriormente advertía de los efectos que estas formas de estudiar al otro tuvieron, no solo en la antropología como ciencia, también en otras esferas de pensamiento y en muchas configuraciones políticas, incluso actuales.

Es en este punto en el que la cuestión emic en el turismo puede contribuir a crear otras formas de desarrollo turístico. Tanto este término como su contraparte, etic, fueron introducidos, en un principio, en el campo de la lingüística, por Kenneth Pike (1967), y se derivan de la distinción entre *phonemics*, es decir, fonología, y *phonetics*, fonética. A partir de la lingüística, los términos fueron adaptados a otras disciplinas, como la antropología. En esta, la perspectiva emic vendría a ser la del etnógrafo que trata de describir una cultura particular en los propios términos de esa cultura. Por otra parte, la perspectiva etic intenta describir las diferencias entre culturas en términos de una cultura estándar, externa a la cultura en estudio. La perspectiva emic sigue la tradición de antropólogos culturales como Bronislaw Malinowski (1922), que trataron de entender la cultura desde la perspectiva del sujeto en estudio. La perspectiva etic sigue la tradición de la psicología conductista de Frederic Skinner (1938), y de enfoques antropológicos clásicos que relacionan toda práctica cultural a factores externos, a menudo vistos como estándares y universales (Morris, et al. 1999).

Teóricos posteriores, como Clifford Geertz (1994), relacionan estas formas de estudiar otras culturas y de recopilar información sobre estas con lo que el psicoanalista

Heinz Kohut (1977) llama “experiencia próxima” y “experiencia distante”. El primer caso se refiere a la capacidad que alguien, por ejemplo, un informante, tiene para poder emplear naturalmente y sin esfuerzo algunos medios que definan lo que este y sus prójimos ven, sienten, o imaginan, y, a su vez, la habilidad de quien absorbe esa información de leerla en esos términos. Por otro lado, la experiencia distante será aquella que un especialista emplea para impulsar sus propósitos científicos, filosóficos, o prácticos sobre un sujeto de estudio y su contexto. Es decir, a través de la experiencia próxima se trata de descifrar qué cree el informante ser a través de una identificación transcultural del etnógrafo con este.

Entonces, si vemos en la experiencia turística la inevitabilidad del encuentro entre sujetos que provienen de contextos diferentes, y si entendemos que gran parte de los imaginarios que sirven de motor escénico al turismo parte de la promesa de experimentar ese encuentro, lo primero que se debe intentar, para generar otros tipos de turismo en lugares como Guanacaste, es tomar en cuenta el pensamiento y la auto percepción del nativo. Es decir, la crítica a la antropología clásica que hacen teóricos del turismo como Dean MacCanell o Noel Salazar, en el sentido que esta sigue teniendo una gran influencia a la hora de contribuir a imaginar las diferencias dicotómicas entre visitantes y anfitriones, debe ir más allá. Ese paso consiste en utilizar otras vertientes derivadas de esa crítica, y surgidas de la antropología misma, y que reprenden ese maniqueísmo colonial, para incentivar otros imaginarios, y otras formas de hacer turismo.

De esta forma, el mismo turista tendría más opciones de disponer de su propio ocio, y no estar sujeto a los esquemas de consumo que disponen de este, a través de imaginarios que lo reducen a un simple consumidor de experiencias cuidadosamente escenificadas, a través de representaciones de los destinos y sus habitantes que, no en pocas ocasiones, rayan en lo absurdo. Al mismo tiempo, las comunidades locales del litoral guanacasteco podrían hacerse más visibles según sus propios términos, y no solamente ser ese telón de fondo imaginado en el que el consumo del turista se da, según estándares hegemónicos. En este caso se trata de promover otro tipo de visiones y relaciones a partir de ese encuentro inevitable entre personas de contextos diferentes, y entre turistas y contextos aparentemente nuevos para ellos.

A pesar del énfasis empresarial con que se impulsa el turismo a nivel global, y por supuesto en la costa guanacasteca, es un hecho que sin cultura no existiría el turismo. A partir de esta contundente noción, se debe abrir la posibilidad de un encuentro en el que se incluya, tanto lo que Jafar Jafari (1996) llama *the carry on culture*, es decir, el bagaje cultural que inevitablemente el turista va a llevar consigo mismo a todos los destinos que visita, y, por otro lado, las diversas culturas locales. Esto debería ocurrir sin que la primera se convierta en un factor determinante para diseñar el destino turístico, o para influir en los hábitos de consumo del turista; y sin que la segunda se vea obliterada, o bien representada como una reliquia preservada en el tiempo, a pesar de las inconsistencias entre estas visiones y las realidades cotidianas de los sujetos anfitriones.⁵⁹

La cultura, de ambos lados, debe ser, entonces, un escenario en el que tanto turistas como anfitriones se beneficien a través de un genuino deseo de interacción. No debería ser una mercancía en la que, tanto el turista como el contexto anfitrión, son vistos meramente como generadores de capital, ni esa experiencia en la que el turista proyecta los deseos hedonistas que los esquemas de consumo le hacen imaginar. Si la parte económica ha de ser importante, debería serlo por razones que beneficien de modos más equitativos a las comunidades locales, y por la retribución de la inversión del turista en un viaje que le depare una experiencia más auténtica, en el sentido de conocer mejor otra cultura, pero nunca debería ser el único factor importante.

Solo en este cambio de actitud, que a su vez promovería otros imaginarios, y, por ende, otros funcionamientos, cabe la posibilidad de contrarrestar, o al menos crear alternativas para muchas de las problemáticas suscitadas en el modelo de desarrollo turístico de sol y playa de Guanacaste. Al fin y al cabo, en gran medida somos lo que imaginamos ser. De ahí que el cambio en los modos de imaginarnos, teniendo en cuenta todos los aspectos históricos, culturales y sociales que hay que poner en tela de juicio para lograr ese cambio, no debe llevarse a cabo si replantearse realmente qué se quiere conseguir

⁵⁹ Experiencias turísticas de este tipo son bastante escasas en la costa de Guanacaste. En otras partes del país, e incluso de Guanacaste, propuestas desde el turismo rural comunitario, por ejemplo, tratan de acercar la experiencia turística a la cultura local. En Guanacaste, sin embargo, lo apabullante del escenario turístico de sol y playa, como el tratado en este estudio, hacen más difícil su implementación, a pesar de casos aislados en el interior de la península de Nicoya o en las montañas de la cordillera de Guanacaste.

con el turismo en Guanacaste, y cómo es posible convivir con él de modos más inclusivos y menos predatorios.

Referencias

- Acuña, V. (2002). La invención de la diferencia costarricense. *Revista de Historia*. 45, 191-228.
- Aichison, C. (2001). Theorizing Other discourses of tourism, gender and culture: Can the subaltern speak (in tourism)? *Tourist Studies*. 2(1), 133-147.
- Aledo, A. (2008). De la tierra al suelo: La transformación del paisaje y el nuevo turismo residencial. *Arbor: Ciencia, pensamiento y cultura*. 184 (29). 99-113
- Al-Mahfedi, M. (2011). Edward Said's Imaginative Geography and Geopolitical Mapping: Knowledge/Power Constellation and Landscaping Palestine. *The Criterion*. 3(3). 1-26

- Alvarado, J. (2018). A Conchal ya no se puede llegar en carro; alcaldesa denuncia “privatización”. Recuperado de <https://www.crhoy.com/ambiente/a-conchal-ya-no-se-puede-llegar-en-carro-alcaldesa-denuncia/>
- Alvarenga, M. (2018). Turismo em tempos de modernidade líquida. *Revista Latinoamericana de Turismologia*. 3(2), 8-23.
- Álvarez, A. (2012). *Revolución, hegemonía y poder*. La Habana: Fundación Fernando Ortiz.
- Amin, S. (1974). *Accumulation on a World Scale: A Critique of the Theory of Underdevelopment*. Nueva York: Monthly Review Press.
- Armirou, R. (1995). *Imaginaire touristique et socabilités du voyage*. París: Presses Universitaires de France.
- Anderson, B. (1983). *Imagined Communities: Reflections on the Origin and Spread of Nationalism*. Londres: Verso.
- Aoun, S. (2001). *A procura do paraíso no universo do turismo*. São Paulo: Papirus Editora.
- Aramberri, J. (2001). The Host Should Get Lost: Paradigms in Tourism Theory. *Annals of Tourism Research*. 28(3), 738-761.
- Araujo, A. (2010). La Isla de Cuba: Viaje, imagen y deseo. *Cuban Studies*. 40. 1-17.
- Arendt, H. (1970). *On Violence*. Nueva York: Harcourt.
- Arias, R. y J. Coronado (2010). Conflictividad socio-ambiental en la Península de Osa. El caso de las Marinas Turísticas en el Golfo Dulce, Costa Rica. En E. Cañada (Ed.) *Turismo y conflictos socioambientales en Centroamérica*. Managua: Fundación Luciérnaga.
- Arias, M. (2008). *Criterio sobre los estudios técnicos hidrogeológicos presentados por el Instituto Costarricense de Acueductos y Alcantarillados a la Defensoría de los*

Habitantes, como fundamento para la ejecución del acueducto en Sardinal. San José: Universidad de Costa Rica.

Artavia, V. (2015). Crítica al giro decolonial: entre el anticomunismo y el populismo reformista. *Nuevo Más*. Recuperado de <https://www.mas.org.ar/?tag=revista-sob-29>

Asamblea Legislativa (1979). *Declara de utilidad pública los bienes inmuebles para realizar y ejecutar el proyecto turístico en Bahía Culebra o Papagayo N° 6370*. Recuperado de

http://www.pgrweb.go.cr/scij/Busqueda/Normativa/Normas/nrm_texto_completo.aspx?param2=NRTC&nValor1=1&nValor2=1352&strTipM=TC

Asamblea Legislativa (2016). *Refugio de Vida Silvestre Ostional N° 9348*. Recuperado de

http://www.pgrweb.go.cr/scij/Busqueda/Normativa/Normas/nrm_texto_completo.aspx?param1=NRTC&nValor1=1&nValor2=81184&nValor3=103397&strTipM=TC

Astorga, Y. (2007). Recurso, aguas superficiales y subterráneas con énfasis en las principales cuencas hidrográficas. *XIII Informe Estado de la Nación en desarrollo humano sostenible*. San José: Proyecto Estado de la Nación.

Auge, M. (2000). *Los no lugares: espacios de anonimato. Una antropología de la sobremodernidad*. Barcelona: Gedisa.

Bachelard, G. (1975). *La poética del espacio*. México: Fondo de Cultura Económica.

Baldacchino, G. (2005). The Contribution of “Social Capital” to Economic Growth: Lessons from Island Jurisdictions. *The Round Table*. 94(1), 31-36.

Baltodano, V. (2015). Transformación en la cultura del sabanero y turismo en Guanacaste, Costa Rica. En R. Martínez (Ed.). *Turismo cultural y accesibilidad*. Guadalajara: La Ciudad Accesible.

Barboza, E. (2014). Esencialismo versus multiplicidad en la institucionalización identitaria de Guanacaste: algunos problemas y propuestas en torno a la guanacastequidad. En

- J. Marín y R. Núñez (Eds.). *Guanacaste vive: región e historia 1786-2015*. San José: Alma Máter.
- Barboza, E. (2016). Ciudades amuralladas del siglo XXI: producción del espacio y colonialidad en el turismo de playa intramuros en Guanacaste, Costa Rica. *Revista Latinoamericana de Turismología*. 2(1) 71–83.
- Barboza, E. (2017). Fantasías coloniales en la representación y promoción de Costa Rica como destino turístico. En J. Picón y E. Barboza (Eds.). *La cuestión turística: aproximaciones epistemológicas y estudios críticos sobre su práctica*. Nicoya: CEMEDE.
- Barboza, E. (2017b). La imagen turística y la disciplina de la mirada: tensiones entre lo visible y lo invisible a través del paisaje. *Trama*. 6(2), 89-99.
- Barboza, E. (2017c). El enclave turístico y la imagen del “Buen Salvaje” americano: un abordaje iconográfico. *Estudios y perspectivas en turismo*. 26(4), 76-780.
- Barboza, E. (2018). Los ecos de Próspero: El legado colonial en el imaginario turístico caribeño moderno. *Ágora de Heterodoxia*. 4(1), 66-79.
- Barreto, M. (2000). *Manual de iniciação ao estudo do turismo*. Campinas: Papirus.
- Barthes, R. (1966). *Lo obvio y lo obtuso*. Barcelona: Paidós.
- Baudrillard, J. (1994). *Simulacra and Simulation*. Ann Arbor: University of Michigan Press.
- Bhabha, H. (1994). *The Location of Culture*. Londres: Routledge.
- Bell, E. (2008). *Theories of Performance*. Los Angeles: Sage.
- Benckendorff, P. y A. Zehrer (2013). A Network Analysis of Tourism Research. *Annals of Tourism Research*. 43. 121-147.
- Benjamin, W. (2003). *La obra de arte en la época de su reproductibilidad técnica*. México: Editorial Itaca.

- Bertalanffy, L. (1968). *Teoría general de los sistemas: fundamentos, desarrollo, aplicaciones*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Beytía, P. (2011). Imaginarios sociales modernos: reseña. *Persona y sociedad*. 25(3), 159-162.
- Blanco, C. (2013). Profesionales guanacastecos con problemas para encontrar trabajo. *La Voz de Guanacaste*. Recuperado de <https://vozdeguanacaste.com/profesionales-guanacastecos-con-problemas-para-encontrar-trabajo/>
- Blanco, M. (2012). Autoetnografía: una forma narrativa de generación de conocimientos. *Andamios*. 9(19), 49-74.
- Blomström, M. y Ente, B. (1990). *La teoría del desarrollo en transición*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Bourdieu, P. (2003). *Photography: A Middle-Brow Art*. Oxford: Polity Press.
- Boyer, M. (2002). El turismo en Europa, de la Edad Moderna al siglo XX. *Historia Contemporánea*. 25. 25-41.
- Brégent-Heald, D. (2007). "Primitive Encounters: Film and Tourism in the North American West." *Western Historical Quarterly*. 38(1), 47-67.
- Britton, S. (1982). The Political Economy of Tourism in the Third World. *Annals of Tourism Research*. 9(3), 331-358.
- Brotherton, B. y R. Wood (2007). *The Sage Handbook of Hospitality Management*. Londres: Sage.
- Buades, J. (2011). Alerta climática, quimera turística y placebo REDD en el Caribe, Centroamérica y México. En E. Cañada y M. Blázquez (Eds.). *Turismo placebo: nueva colonización turística*. Managua: EDISA.
- Burke, P. (2005). *Visto y no visto*. Barcelona: Biblioteca de Bolsillo.
- Cajigas-Rotundo, J. (2007). La Biocolonialidad del Poder. Cartografías epistémicas en torno a la abundancia y la escasez. En S. Castro-Gómez y R. Grosfoguel (Eds.). *El Giro*

Decolonial: Reflexiones Para Una Diversidad Epistémica Más Allá De Capitalismo Global. Bogotá: Siglo Del Hombre Editores.

Camacho, R. (2015). Urbanización turístico-costera desigual en Playa del Carmen, Quintana Roo, México. *Geógrafos* 6(77): 107-134.

Campling, L. (2006). A Critical Political Economy of the Small Island Developing States Concept: South-South Cooperation of Island Citizens? *Journal of Developing Societies*. 22(3), 235-285.

Camps, A. (2008). *Transformaciones físicas y socioeconómicas a causa de la implantación turística en la localidad de Tamarindo, Costa Rica*. Barcelona: Skyline.

Canales, A. (2018, 7 de noviembre). Comunicación personal.

Cañada, E. (2011). Conflictividad turística en Centroamérica. En M. Blázquez y E. Cañada (Eds.). *Nueva colonización turística: del Mediterráneo a Mesoamérica y el Caribe. Lógicas espaciales del capital turístico*. Managua: EDISA.

Cañada, E. (2010). *Turismo y conflictos socioambientales en Centroamérica*. E. Cañada (Ed.). Managua: Fundación Luciérnaga

Cañada, E. (2016). Es un gran absurdo decir que el turismo es la industria sin chimeneas. Entrevista con Rosa Mari Sanz. *El Periódico*. Recuperado de <https://www.elperiodico.com/es/mas-personas/20160711/ernest-canada-es-un-gran-absurdo-decir-que-el-turismo-es-la-industria-sin-chimeneas> 5253416

Cañada, E. (2015). *Las que limpian hoteles: historias ocultas de precariedad laboral*. Barcelona: Icaria.

Carey, M. (2011). Inventing Caribbean Climates: How Science, Medicine, and Tourism Changed Tropical Weather from Deadly to Healthy. *Osiris*. 26(1), 129-141.

Carrillo, S. (2018, 5 de noviembre). Comunicación personal.

- Caronan, F. (2005). Colonial Consumption and Colonial Hierarchies in Representations of Philippine and Puerto Rican Tourism. *Philippine Studies*. 53(1), 32-58.
- Castillo, A. (2009). *La guerra del oro: Tierra y minería en Abangares 1890-1930*. San José: Editorial de la Universidad de Costa Rica.
- Castillo, M. (2016). Contextualización histórica del concepto de paisaje, sus implicaciones filosóficas y científicas. *Revista de Filosofía de la Universidad de Costa Rica*. 54 (143). 11-24.
- Castoriadis, C. (1975). *La institución imaginaria de la sociedad*. Barcelona: Tusquets Editores.
- Castoriadis, C. (1998). *El avance de la insignificancia*. Madrid: Cátedra.
- Castro, R. (2017). Ciudades de Sísifo: urbanismo colonial y contingencia. *Revista de Estudios Avanzados*. 26, 114-129.
- Castro-Gómez, S. (2007). Ciencias sociales, violencia epistémica y el problema de la "invención del otro". *Colonialidad del poder*. E. Lander (Ed.). Buenos Aires: CLACSO.
- Chaperon, S. y B. Bramwell (2013). Dependency and Agency in Peripheral Tourism Development. *Annals of Tourism Research*. 40, 132-154.
- Chavarría, B. (2018, 29 de octubre). Comunicación personal.
- Chetty, D. (2011). The Exotic 'Orient' in Gender and Tourism. En F. Morady e I. Şiriner (Eds.). *Globalisation, Religion and Development*. Londres: IJOPEC.
- Chrisman, L. y P. Williams (1994). *Colonial Discourse and Postcolonial Theory: A Reader*. Londres: Routledge.
- Church, A. y T. Coles (2007). *Tourism, Power and Space*. Londres: Routledge.
- Cohen, E. (1979). A Phenomenology of Tourist Experience. *Sociology*. 13(2), 179-201.

- Cohen, E. y S. Cohen. (2012). Current Sociological Theories and Issues in Tourism. *Annals of Tourism Research*. 39(4), 2177-2202.
- Colón, C. (1997). Textos y documentos completos. Varela, C. (Ed.) *Nuevas cartas*. Alianza Editorial, Madrid, 3-16.
- Conceição, C. (1998). Promoção turística e (re)construção social da realidade. *Sociologia – problemas e práticas*. 18, 69-77.
- Corbin, A. (1993). *El territorio del vacío: Occidente y la invención de la playa (1750-1840)*. Barcelona: Mondadori.
- Cordeiro, M. (2010). *Olhares alemães: Portugal na literatura turística – Guias de viagem e artigos de imprensa (1980-2006)*. Lisboa: Colibri.
- Cordero, A. (2006). *Nuevos ejes de acumulación y naturaleza: El caso del turismo*. Buenos Aires: CLACSO.
- Coronil, F. (2000). Naturaleza del poscolonialismo: del eurocentrismo al globocentrismo. *Colonialidad del poder*. E. Lander (Ed.). Buenos Aires: CLACSO.
- Criado, F. (1991). Construcción social del espacio y reconstrucción arqueológica del paisaje. *Boletín de antropología americana*. 24, 5-29.
- Cruz, M. et al. (2017). Mayores inversionistas de Papagayo refugiaron dinero y transacciones en paraísos fiscales. *La voz de Guanacaste*. Recuperado de [https://vozdeguanacaste.com/mayores-inversionistas-de-papagayo-refugiaron-](https://vozdeguanacaste.com/mayores-inversionistas-de-papagayo-refugiaron-dinero-y-transacciones-en-paraisos-fiscales/) dinero-y-transacciones-en-paraisos-fiscales/
- Cuervo, R. (1967). *El turismo como forma de comunicación humana*. México: Departamento de Turismo del Gobierno de México.
- Cunha, L. (2012). The Definition and Scope of Tourism: a Necessary Inquiry. *Cogitur: Journal of Tourism Studies*. 5, 91-114.
- Dann, G. (1976). The Holiday Was Simply Fantastic. *Revue de Tourisme*. 3, 19-23.
- Dann G. y L. Liebman (2009). *The Sociology of Tourism: European Origins and Developments*. Londres: Emerald.

- de Holanda, F. (1995). Arquitectura como estruturação social. En R. Farret et al. (Eds.) *O Espaço da Cidade: contribuição a análise urbana*. Sao Paulo: Projeto.
- Deleuze, G. y F. Guattari (2002). *Mil mesetas: capitalismo y esquizofrenia*. Valencia: Pre-textos.
- d’Hauteserre, A. (2011). Politics of Imaging New Caledonia. *Annals of Tourism Research*. 38(2). 380-402.
- Descartes, R. (1977). *Meditaciones metafísicas con objeciones y respuestas*. Madrid: Alfaguara.
- Dos Santos, T. (2002). *Teoría de la dependencia: balance y perspectivas*. México: Plaza y Janés.
- Du Bois, W. (1992). This Double Consciousness. *The Faber Book of America*. C. Ricks (Ed.). Londres: Faber.
- Durán, L. (2009). Apuntes sobre el urbanismo en el Brasil colonial. *De-arquitectura*, 4, 140- 154.
- Dussel, E. (1994). 1492: *El encubrimiento del Otro: Hacia el origen del mito de la modernidad*. La Paz: Plural.
- Dussel, E. (2000). Europa, modernidad y eurocentrismo. *Colonialidad del poder*. E. Lander (Ed.). Buenos Aires: CLACSO.
- Dussel, E. (2009). Una nueva edad en la historia de la filosofía: el diálogo mundial entre tradiciones filosóficas. *Tábula Rasa*. 11, 97-114.
- Echter, C. y P. Prasad. (2003). The Context of Third World Tourism Market. *Annals of Tourism Research*. 30 (3). 669-683.
- Edelman, M. (1998). *La lógica del latifundio: las grandes propiedades del noroeste de Costa Rica desde fines del siglo XIX*. San José: Editorial de la Universidad de Costa Rica.
- Edelman, M. (1985). El distrito de riego en Guanacaste (Costa Rica) y la política del agua. *Anuario de Estudios Centroamericanos*. 13 (1), 65-111.

- Edensor, T. (2001). Performing Tourism, Staging Tourism: (Re)producing tourist space and practice. *Tourist Studies*. 1(1). 59-81.
- Emerson, R. (2016). *El espíritu de la naturaleza*. Madrid: Verbum.
- Encuesta Nacional de Hogares (2014). "Hogares, Pobreza, Condición de vida, Viviendas." *ENAHOG Programas Sociales, Condición Socioeconómica*. San José: Instituto Nacional de Estadística y Censos.
- Escuela de Periodismo Auténtico (2010). *¿Dónde están los mayas?* México: Narco News.
- Esteso, M. (2010). Campos de golf, un negocio insostenible. Recuperado de <https://www.diagonalperiodico.net/panorama/campos-golf-negocio-insostenible.html>
- Fabian, J. (1983). *Time and the Other. How Anthropology Makes its Object*. Nueva York: Columbia University Press.
- Fanon, F. (2011). *Piel negra, máscaras blancas*. La Habana: Editorial Caminos.
- Farooqui, A. (1996). Urban Development in a Colonial Situation: Early Nineteenth Century Bombay. *Economic and Political Weekly*. 31(40), 2746-2759.
- Finney, B. y Watson K. (1977). *A New Kind of Sugar: Tourism in the Pacific*. Santa Cruz: University of California, Santa Cruz.
- Foucault, M. (1977). *Power/Knowledge: Selected Interviews and Other Writings (1972- 1977)*. Nueva York: Pantheon Books.
- Foucault, M. (1987). *Hermenéutica del sujeto*. Madrid: Ediciones de la Piqueta.
- Foucault, M. (2002). *Arqueología del saber*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Forsey, M y M. Low (2014). Beyond the Production of Tourism Imaginaries: Student-travellers in Australia and their Reception of Media Representations of their Host Nation. *Annals of Tourism Research*. 44, 156-170.
- Frank, A. (1978). *Dependent Accumulation and Underdevelopment*. Londres: Macmillan.

- Frohlick, S. (2001). Naturalizing Bodies and Places: Tourism Media Campaigns and Heterosexualities in Costa Rica and New Zealand. *Annals of Tourism Research*. 38(3), 1090-1109.
- Fuster, L. (1971). *Teoría y técnica del turismo*. Madrid: Nacional.
- Galtung, J. (1971). A Structural Theory of Imperialism. *Journal of Peace Research*. 8(2), 81 -117.
- García, E. (2018). Entrevista con Grecy Castrillo Hernandez – Coordinador de operativos para el OIJ de Nicoya. *La Voz de Nosara*. Recuperado de: http://www.vozdeguanacaste.com/i/archivos/08_10/08_10_regionales_05.html
- Gardela, M. (1989). La guanacastequidad. *La Nación*. p. 9.
- Geertz, C. (1994). *Conocimiento local: ensayos sobre la interpretación de las culturas*. Barcelona: Paidós.
- Getz, D. (1986). Models in Tourism Planning: Towards Integration of Theory and Practice. *Tourism Management*. 7 (1). 21-32.
- Gigliani, G. (1994). Bloque histórico y hegemonía en Antonio Gramsci. *Revista de Filosofía de la Universidad de Costa Rica*. 32 (78-79). 253-285.
- Ginés, A. (2015). Un campo de golf consume al año el mismo volumen de agua que 200.000 personas. Recuperado de <http://www.rebelion.org/noticia.php?id=19710>
- Girola, L. (2007). Imaginarios socioculturales de la modernidad. Aportaciones recientes y dimensiones del análisis para la construcción de una agenda de investigación. *Sociológica*, 22(64). 45-76.
- Glover, W. (2007). Construing Urban Space as “Public” in Colonial India: Some Notes from the Punjab. *Journal of Punjab Studies* 14(2), 211-24.
- Gómez, M. et al. (2017). Estudios decoloniales y poscoloniales. Posturas acerca de la modernidad/colonialidad y el eurocentrismo. *Ratio Juris*. 12(24). 27-60.

- Gordon, C. (2002). Introduction. En J.D. Faubion (ed.). *Michel Foucault. Power. Essential Works of Foucault 1954-1984*. Londres: Penguin Books.
- Gramsci, A. (1972). *Los intelectuales y la organización de la cultura*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Gramsci, A. (1981). *Cuadernos de la cárcel*. México: Ediciones Era.
- Green, M. (1993). Images of Native Americans in Advertising: Some Moral Issues. *Journal of Business Ethics*. 12(4), 323-330.
- Gregory, D. (1994). *Geographical Imagination*. Oxford: Blackwell.
- Grewal, R. (1983). The Urban Pattern in the Punjab, 1881-1931. *Proceedings of Indian History Congress. Burdwan University*. 44, 516-541.
- Grosfoguel, R. (2013). Racismo/sexismo epistémico, universidades occidentalizadas y los cuatro genocidios/epistemicidios a lo largo del siglo XVI. *Tábula Rasa*. 19, 31-58.
- Giucci, G. (1992). *Viajantes do maravilhoso: O Novo Mundo*. San Pablo: Companhia de Letras.
- Hacienda Guachipelín. (s.f.). *Cowboy for a Day*. Recuperado de <https://www.guachipelin.com/tours/cowboy-for-a-day/>
- Hall, M. (1994). *Tourism and Politics: Policy, Power and Place*. Nueva York: Wiley and Sons.
- Harari, Y. (2014). *De animales a dioses: Una breve historia de la humanidad*. Madrid: Debate
- Harvey, D. (1985). *Consciousness and the Urban Experience: Studies in the History and Theory of Capitalist Urbanization*. Baltimore: The Johns Hopkins University Press
- Harvey, D. (1990). *The Condition of Postmodernity: An Enquiry into the Origins of Cultural Change*. Malden: Blackwell Publishers.

- Hernández, A. y J. Picón (2012). En la frontera del conflicto socioambiental: El modo de vida rural y el desarrollo del turismo de sol y playa en Guanacaste, Costa Rica. *Ambientales*. 42 (2). 31-44.
- Hidalgo, R. (2016). *Mujeres de fronteras: subjetividad, migración y trabajo doméstico*. San José: Editorial de la Universidad de Costa Rica.
- Hierneaux-Nicolás, D. (2009). Los imaginarios del turismo residencial: experiencias mexicanas. En Mazón, T. et al. (Eds.). *Turismo, urbanización y estilos de vida: nuevas formas de movilidad residencial*. Barcelona: Icaria.
- Hobbes, T. (1999). *Leviathan*. Oregon: Renaissance Editions.
- Hobsbawm, E. y T. Ranger (1983). *La invención de la tradición*. Barcelona: Crítica.
- Horton, L. (2009). Buying up Nature: Economic and Social Impacts of Costa Rica's Ecotourism Boom. *Latin American Perspectives*. 36 (3). 93-107.
- Hosany S. y Gilbert, D. (2010). Measuring Tourist's Emotional Experiences Toward Hedonic Holiday Destination. *Journal of Travel Research*. 49(4), 513-526.
- Howerton, E. (2013). The Essential Fallacy of Europe: A Study of Edward Said's Nietzschean Language Problems. *Plaza: Dialogues in Language and Literature*. 4(1), 82-96.
- Hulme, P. (1986). *Colonial Encounters: Europe and the Native Caribbean 1492-1797*. Londres: Methuen.
- Hunziker W. y K. Krapf (1942). *Grundriss der Allgemeinen Fremdenverkehrslehre*. Zurich: Polygraphischer Verlag.
- Índice de Desarrollo Social (2017). *Ministerio de Planificación Nacional y Política Económica Área de Análisis del Desarrollo*. Recuperado de http://www.conicit.go.cr/biblioteca/publicaciones/publica_cyt/informes/Indice_De_arroll_o_Soci_al_2017.pdf

- Instituto Nacional de Estadística y Censos (2011). *Censo de 2011*. Recuperado de <http://www.inec.go.cr/censos/censos-2011>
- Instituto Nacional de Estadística y Censos (2018). *Mortalidad Infantil y Evolución Reciente 2018*. Recuperado de: http://www.inec.go.cr/sites/default/files/documentos-biblioteca-virtual/repoblacbmi-isem2018_0.pdf
- Jafari, J. y B. Ritchie (1981). Toward a Framework for Tourism Education. *Annals of Tourism Research*. 8 (1). 13-34.
- Jafari, J. (1996). Tourism and Culture: An Inquiry into Paradoxes. En F. Childe (Ed.). *Culture, Tourism, Development: Crucial Issues for the 21st Century*. Paris: UNESCO.
- Jamenson, F. (1991). *Postmodernism or the Cultural Logic of Late Capitalism*. Durham: Duke University Press.
- JanMohamed, A. (1995). The Economy of Manichean Allegory. En B. Ashcroft (Ed.) *The Post-Colonial Studies Reader*. Londres: Routledge.
- Jáuregui, C. (2008). *Canibalia: Canibalismo, calibanismo, antropofagia cultural y consumo en América Latina*. Madrid: Iberoamericana-Vervuet.
- Jiménez, A. (2002). *El imposible país de los filósofos*. San José: Perro Azul.
- Jiménez, J. (2017). Condición económica y social de los jóvenes en Guanacaste, Costa Rica: una visión desde el Censo Nacional de Población y Vivienda 2011. *Revista Estudios*. 34, p. 1-24.
- Josiassen, A. et al. (2015). The Imagery-Image Duality Model: An Integrative Review and Advocating for Improved Delimitation of Concepts. *Journal of Travel Research*. 55(6), 789-803.
- Jovicic, Z. (1988). A Plea for Tourismological Theory and Methodology. *Tourism Review*. 43(3). 2-5.
- Kant, I. (1977). *Crítica del juicio*. México: Espasa-Calpe.

- Kock, F. et al. (2016). Advancing Destination Image: The Destination Model Content. *Annals of Tourism Research*. 61, 28-44.
- Kohut, H. (1977). *The Restoration of the Self*. Nueva York: International Universities Press.
- Korstanje, M. (2010). Las formas elementales de la hospitalidad. *Revista Brasileira de Pesquisa em Turismo*. 4(2), 86-111.
- Lacey, G. et al. (2012). Disseminating the Voice of the Other: A Case Study of Philanthropic Tourism. *Annals of Tourism Research*. 39(2), 1199-1220.
- Lai, K y Y, Li (2012). Core-Periphery Structure of Destination Image: Concept, Evidence and Implications. *Annals of Tourism Research*. 39(3), 1359-1379.
- Lander, E. (2000). Ciencias sociales: saberes coloniales y eurocéntricos. En E. Lander (Ed.). *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas latinoamericanas*. Buenos Aires: CLACSO.
- Lanfant, M. (2009). Roots of the Sociology of Tourism in France. En G. Dann y G. Liebman (Eds.). *The Sociology of Tourism European Origins and Developments*. Londres: Emerald.
- Larrinaga, C. (2015). De las playas frías a las playas templadas: la popularización del turismo de ola en España en el siglo XX. *Cuadernos de Historia Contemporánea*. 37. 67-87.
- Latour, B. (1999). *Pandora's Hope*. Cambridge, Massachusetts: Harvard University Press.
- Law, J. (1999). After ANT: Complexity, Naming and Topology. En J. Law y J. Hassards (Eds.). *Actor Network Theory and After*. Oxford: Blackwell.
- Lefebvre, H. (1991). *The Production of Space*. Oxford: Blackwell.
- Lobo, D. (2016). Sueños que son pesadillas: propagación del turismo de élite y menoscabo ecológico en el Pacífico Central de Costa Rica. *Cuadernos intercambio sobre Centroamérica y el Caribe*. 13 (2). 164-180

- Lohman, G. y A. Panosso (2012). *Teoria do turismo: conceitos, modelos e sistemas*. San Pablo: Aleph.
- Loomba, A. (1998). *Colonialism Postcolonialism*. Londres: Routledge.
- Lorenzo, R. (2017). RIU Hotels & Resorts mejor cadena en los British Travel Awards. Newsinamerica.com. Recuperado de <http://newsinamerica.com/pdcc/riu-hotels-resorts-mejor-cadena-en-los-british-travel-awards/>
- Loría, D. (2019, 25 de junio). Comunicación personal.
- Low, S. (1996). Spatializing Culture: The Social Production and Social Construction of Public Space in Costa Rica. *American Ethnologist*, 23(4), 861–879.
- Lugosi, P. et al (2011). Theorizing Hospitality. *Hospitality and Society*. 1(1), 3-24.
- MacCannell, D. (1976). *The Tourist: A New Theory of the Leisure Class*. Berkeley: University of California Press.
- MacCannell, D. (2001). Tourist Agency. *Tourist Studies*. 1(1), 23-37.
- MacCanell, D. (2007). Anthropology for All the Wrong Reasons. En D. Nash (Ed.). *The Study of Tourism: Anthropological and Sociological Beginnings*. Londres: Elsevier.
- Maldonado-Torres, N. (2003). *Sobre la colonialidad del ser: contribuciones al desarrollo de un concepto*. Durham: Centro para Estudios de la Globalización en las Humanidades.
- Malinowski, B. (1922). *Argonauts of the Western Pacific*. Londres: Routledge.
- Marchena, J. (2016). Las alianzas del azúcar y la política: apuntes para la comprensión histórica de la élite azucarera en Costa Rica (1950-2010). *Anuario de Estudios Centroamericanos*. 42. 357-383.
- Marín, J. y R. Núñez. (2011). Los sistemas de cabotaje en Guanacaste en un análisis comparado de articulaciones nodales interregionales en Costa Rica: 1890-2000. En J. Marín y R. Núñez (Eds.). *Relecturas de Guanacaste: 1821-2010*. San José: Alquimia 2000.

- Martí, J. (2010). *Nuestra América. Edición crítica* Centro de Estudios Martianos: La Habana, 2010.
- Marx, K. (2000). *El manifiesto comunista*. Buenos Aires: Aleph.
- Marx, K. (2003). *El 18 brumario de Luis Bonaparte*. Madrid: Fundación Federico Engels.
- Marx, K. (2007). *El capital*. Madrid: Akal.
- Marx, K. (2008). *Contribución a la crítica de la economía política*. México: Siglo XXI Editores.
- Marzano, G. y N. Scott (2009). Power in Destination Branding. *Annals of Tourism Research*. 36(2), 247-267.
- Matarrita, M. (1980). *La hacienda ganadera colonial en el corregimiento de Nicoya, siglo XVIII*. Tesis de licenciatura. Universidad de Costa Rica.
- Maquiavelo. N. (1999). *El príncipe*. Buenos Aires: El Aleph.
- Mbembe, A. (2016). *Crítica de la razón negra: ensayo sobre el racismo contemporáneo*. Madrid: Ned Ediciones.
- McGee, R. (1985). Lies We Live by: Some Academic Myths and their Functions. *Teaching Sociology*. 12(4), 477-490.
- McKercher B. y B Prideaux (2014). *Academic Myths of Tourism*. *Annals of Tourism Research*. 46, 16-28.
- Mignolo, W. (2000). La colonialidad a lo largo y a lo ancho: el hemisferio occidental en el horizonte colonial de la modernidad. *Colonialidad del poder*. E. Lander (Ed.). Buenos Aires: CLACSO.
- Mignolo, W. (2007). La colonialidad: la cara oculta de la modernidad. *Cultural Studies*. 21(1-2), 39-50.
- Mitchell, W. (2002). *Landscape and Power*. Chicago: The University of Chicago Press.

- Molina, I. (2003). *Costarricense por dicha: Identidad nacional y cambio cultural en Costa Rica durante los siglos XIX y XX*. San José: Editorial de la Universidad de Costa Rica.
- Molina, S. y S. Rodríguez. (1991). *Planificación integral del turismo: Un enfoque para Latinoamérica*. México: Trillas
- Molina, S. (2002). *El posturismo*. México: Trillas.
- Monge C. (1982) *Historia de Costa Rica*. San José: Trejos Hnos.
- Montserrat, O. (1998). *El balneario de Panticosa (1826-1936)*. Zaragoza: Diputación General de Aragón.
- Mora A. (2016). Hacia una ciencia social centroamericana del turismo. *Trama*. 5(2). 9-22.
- Morales, L. (2010). De lo tradicional a lo turístico: el caso de los trabajadores de Los Pargos, Guanacaste. *Revista Reflexiones*. 90 (1), 37-50.
- Morera, C. y L. Sandoval. (2008). En J. Picón y L. Morales (Eds.) El modelo turístico de Guanacaste, Costa Rica: convivencia y conflicto. *Desarrollo sustentable del turismo en Mesoamérica*. Nicoya: CEMEDE
- Morris M. et al. (1999). Views from Inside and Outside: Integrating Emic and Etic insights about Culture and Justice Judgments. *Academy of Management Review*. 24(4), 781-796.
- Muñoz, F. (2007). *Autopsia del turismo*. Madrid: Eumend.
- Nash, D. (1989). Tourism as a Form of Imperialism. En V. Smith (Ed.). *Hosts and Guests: The Anthropology of Tourism*. Philadelphia: University of Pennsylvania Press.
- Navarro, S. (2013). Turismo e inmigración en Playa Matapalo, Sardinal, Costa Rica: resistencias comunitarias y laborales. *Anuario de Estudios Centroamericanos*. 39, 263-287.

- Navarro, S. (2014). Geopolítica de una periferia del placer: colonialidad turística en Costa Rica. *Revista de ciencias sociales*. 145, 45-60.
- Navas, G. y N. Cuví (2015). Análisis de un conflicto socioambiental por agua y turismo en Sardinal, Costa Rica. *Revista de Ciencias Sociales*. 150, p. 109-124.
- Njoh, A. (2008). Colonial Philosophies, Urban Space, and Racial Segregation in British and French Colonial Africa. *Journal of Black Studies*. 38(4), 579-599.
- Noy, C. (2014). Staging Portraits: Tourism's Panoptic Photo-Industry. *Annals of Tourism Research*. 74, 48-62.
- Olivares, D. (2013). El salvaje en la baja Edad Media. *Revista Digital de Iconografía Medieval*. 5(10), 41-55.
- Organización Mundial de Turismo (2013). *Entender el turismo: Glosario Básico*. Recuperado de <http://media.unwto.org/es/content/entender-el-turismo-glosario-basico>
- Pagano, F. (2019, 25 de junio). Comunicación personal.
- Panosso, A. (2001). *Filosofía do turismo: teoria e epistemologia*. San Pablo: Aleph.
- Parry, B. (1995). Problems in Current Theories of Colonial Discourse. En Ashcroft, B. (Ed.). *The Postcolonial Studies Reader*. Londres: Routledge.
- Pearce, P. (1993). Defining Tourism Study: A Justification and Implications. *Tedros International*. 1 (1). 25-32
- Peña et al. (1988). Esbozo de las discusiones acerca del paisaje. *Cuadernos de geografía*. 7(1-2), 35-53.
- Pereiro, X. (2009). *Turismo cultural: uma versão antropológica*. Tenerife: Colección Pasos
- Pernecky, T. y J. Tazim (2010). Phenomenology in Tourism Studies. *Annals of Tourism Research*. 37 (4). 1055-1075.

- Picón, J. y E. Barboza (2017). Discurso colonial y desarrollo turístico: el caso de Costa Rica. En E. Vargas y L. Zizumbo (Eds.). *Acción sustentable, gestión e innovación. Estudios sobre turismo y gastronomía*. México: Ediciones Eón.
- Pike, K. (1967). *Language in Relation to a Unified Theory of the Structure of Human Behavior*. The Hague: Mouton.
- Platón (1958). *Diálogos*. Madrid: Ediciones Ibéricas.
- Poe, E. (1969). *Great Short Works of Edgar Allan Poe*. Cambridge: Harvard University Press.
- Pollock, S. (2010). MINAE promete agua potable a la comunidad de playa Pelada. *La Voz de Nosara*. Recuperado de http://www.vozdeguanacaste.com/i/archivos/09_11/09_11_comunidad_06.html
- Poma de Ayala, G. (1978). *Nueva crónica y buen gobierno*. México: Siglo XXI.
- Porter, D. (1994). Orientalism and its Problems. En Williams, P. (Ed). *Colonial Discourse and Post-colonial Theory*. Nueva York: Columbia University Press.
- Pratt, M. (2010). *Ojos imperiales: literatura de viajes y transculturación*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Prodhan, A. (2009). Aspects of Urbanization in Three Colonial Metropolises: Calcutta, Bombay and Madras. En C. Palit (Ed.). *Urbanization in India: Past and Present*. Calcuta: Institute of Historical Studies.
- Programa Estado de la Nación (2000). Capítulo 4: Armonía con la naturaleza. *VI Informe Estado de la Nación en desarrollo humano sostenible*. San José: Proyecto Estado de la Nación.
- Puentes, J. (2014). Reflexiones sobre metodologías decoloniales (o sobre políticas metodológicas decoloniales). *Analéctica*. 3, 1-7.
- Quijano, A. (1992). Colonialidad y Modernidad/racionalidad. *Perú indígena*. 13(29). 11-20.

- Quijano, A. (2007). Colonialidad del poder y clasificación social. En. S. Castro-Gómez y R. Grosfoguel (Eds.). *El giro decolonial: reflexiones para una diversidad epistémica más allá del capitalismo global*. Bogotá: Siglo del Hombre Editores.
- Quintero, P. (2010). Notas sobre la colonialidad del poder y la estructuración de la sociedad en América Latina. *Papeles del trabajo*. 19, 1-15.
- Quesada, R. (2016). *Elementos de turismo: teoría, clasificación y actividad*. San José: Editorial de la Universidad Estatal a Distancia.
- Rama, A. (1998). *La ciudad letrada*. Montevideo: Arca.
- Reijnders, S. (2011). Stalking the Count: Dracula, Fandom and Tourism. *Annals of Tourism Research*. 37(4). 885-904.
- Ren, C., A. Pritchard y N. Morgan (2010). Constructing Tourism Research: A Critical Inquiry. *Annals of Tourism Research*. 37 (4). 885-904.
- Ricoeur, P. (1994). Imagination in Discourse and in Action. En G. Robinson y J.F. Rundell (Eds.). *Rethinking Imagination: Culture and Creativity*. London: Routledge.
- Richter, L. (1999). After Political Turmoil: The Lessons of Rebuilding Tourism in Three Asian Countries. *Journal of Travel Research*. 38(1), 41-45.
- Ritzer, G. y Liska, A. (1997). McDisneyization and Post-Tourism: Complementary Perspectives on Contemporary Tourism. En C. Rojek y J. Urry (Eds.), *Touring Cultures: Transformations of Travel and Theory*. Londres: Routledge.
- Roger, A. (2007). *Breve tratado del paisaje*. Madrid: Biblioteca Nueva.
- Román, M. (2013). Desarrollo turístico e inmobiliario costero y preocupaciones ambientales. *Decimotercer informe sobre el estado de la nación en desarrollo humano sostenible*. San José: Proyecto Estado de la Nación.
- Rosenberg, M. (2012). *Grand Tour of Europe: The Travels of the 17th and 18th Century*. Recuperado en <http://geography.about.com/od/historyofgeography/a/grandtour.htm>.

- Roldán, C. (2008). Agricultura: tendencias recientes e implicaciones ambientales: Un año de crisis climática y alimentaria”. *Decimocuarto informe Estado de la Nación en desarrollo sostenible*. San José: CONARE, Defensoría de los Habitantes.
- Said, E. (1978). *Orientalism*. Nueva York: Vintage.
- Said, E. (1993). *Culture and Imperialism*. Nueva York: Vintage.
- Salazar, N. (2009). Imaged or Imagined? Cultural Representations and the Tourismification of Peoples and Places. *Cahiers D’Etiudes Africaines*. 49 (193-194), 49-71.
- Salazar, N. (2012). Tourism Imaginaries: A Conceptual Approach. *Annals of Tourism Research*. 39(2). 863-882.
- Salazar, N. (2013). Imageneering Otherness: Anthropological Legacies in Contemporary Tourism. *Anthropological Quarterly*. 86(3), 669-696.
- Sánchez, J. (2006). Female Sex Tourism: A Contradiction of Terms? *Feminist Review*. 83, 42-59.
- Santos, M. (2008). Imagem de un destino turístico: o caso de Cabo Verde. *Fórum Sociológico*. 18, 69-79.
- Schmid, C. (2008). Henri Lefevbre’s Theory of the Production of Space: A Three Dimensional Dialectic. En G. Kanish (Ed.) *Space, Difference and Everyday Life: Reading Henri Lefevbre*. Nueva York: Routledge.
- Schosinsky, G. (2008). Estudio hidrogeológico, balance hídrico y modelo conceptual acuífero Sardinal, Guanacaste. Recuperado de http://www.drh.go.cr/sardinal/evaluacion%20del%20acuifero%20sardinal/informehidrogeologicoindependiente/lestudioacuifero%20sardinalgunther_agosto%202008.pdf.
- Sequeira, W. (1985). *La hacienda ganadera en Guanacaste: Aspectos económicos y sociales, 1850- 1900*. San José: Editorial de la Universidad Estatal a Distancia.

- Shakespeare, W. (1979). *The Complete Works*. Londres: Colins.
- Sheller, M. y J. Urry (2004). *Tourism Mobilities: Places to Play, Places in Play*. Londres: Routledge.
- Shohat, E. y R Stam (2001). *Multiculturalismo, cine y medios de comunicación: crítica del pensamiento eurocéntrico*. Barcelona: Paidós.
- Silveira, L. (2017). A mercantilização e exotização do outro no turismo. En Adriana Brambilla et al. (Eds.). *Cultura e turismo: interfaces metodológicas e investigações em Portugal e no Brasil*. João Pessoa: CCTA.
- Sibaja, L. y C. Zelaya. (2015). *Nicoya: su pasado colonial y su anexión o agregación a Costa Rica*. San José: Editorial de la Universidad Estatal a Distancia.
- Silva, A. (2006). *Imaginarios urbanos*. Bogotá: Arango Editores.
- Sinclair-Maragh, G. y Gursoy D. (2015). Imperialism and Tourism: The Case Study of Developing Island Countries. 50, 143-158.
- Skinner, B. (1938). *The Behavior of Organisms: An Experimental Analysis*. Englewood Cliffs: Prentice-Hall.
- Solano, L. (2011). Desarrollo turístico e inmobiliario para playas del Coco. *Revista de Ciencias Ambientales*. 42(2): 19-30.
- Spivak, G. (1985). Three Women's Texts and a Critique of Imperialism. *Critical Inquiry*. 12(1), 235-261.
- Spivak, G. (1998). ¿Puede hablar el subalterno? *Orbis Tertius*. 3(6) 175-235.
- Spode, H. (2009). Tourism Research and Theory in German-Speaking Countries. En G. Dann y G. Liebman (Eds.). *The Sociology of Tourism: European Origins and Developments*. Londres: Emerald.
- Spurr, D. (1993). *The Rhetoric of Empire: Colonial Discourse in Journalism, Travel Writing and Imperial Administration*. Londres: Duke University Press.

- Stylianou-Lambert, T. (2012). Tourists with Cameras: Reproducing or Producing? *Annals of Tourism Research*. 39 (4), 1817-1838.
- Tieffemberg, S. (2003). Escribir caminos: la construcción del espacio en la Descripción breve, de Reginaldo de Lizárraga. *Iberoamericana (2001-) Nueva época*, 3(10), 37-56.
- Tilley, C. (2017). *The Anthropology of Landscape*. Londres: UCL Press.
- Taylor, C. (2006). *Imaginarios sociales modernos*. Barcelona: Paidós.
- Taylor, J. (2010). Photogenic Authenticity and the Spectacular in Tourism. *La Ricera Folklorica*. 61, 33-40.
- The Official Site of Nosara Beach (2018). Recuperado de <https://www.nosara.com/>
- Todorov, T. (1998). *La conquista de América: el problema del otro*. México: Siglo XXI.
- Torrejón, A. (2015). Algunas diferencias entre el turismo y la industria. *Pulso Turístico: turismo y sostenibilidad*. Recuperado de: http://www.pulsoturistico.com.ar/mas_informacion.asp?id=7496&titulo=Algunas-diferencias-entre-el-turismo-y-la-industria
- Trafficking in Persons Report (2017). *Country Narratives*. Recuperado de <https://www.state.gov/j/tip/rls/tiprpt/2016/index.htm>
- Tribe, J. (1997). The Indiscipline of Tourism. *Annals of Tourism Research*. 24 (3). 638-657.
- Tribe, J. (2010). Tribes, Territories and Networks in the Tourism Academy. *Annals of Tourism Research*. 37 (1), 7-33.
- Trupp, A. y S. Sunata (2017). Gendered Practices in Urban Ethnic Tourism in Thailand. *Annals of Tourism Research*. 64, 76-86.
- Ulate A. et al. (2017). *Índice de Competitividad Cantonal 2006-2016*. San José: Escuela de Economía y el Observatorio del Desarrollo de la Universidad de Costa Rica.

- Urry, J. (2000). Mobile Sociology. *British Journal of Sociology*. 51(1), 185-203.
- Urry, J. y T. Larsen (2011). *The Tourist Gaze 3.0*. Londres: Sage.
- Valentino, J. (2011). *O olhar das palavras do turista britânico: representações de Portugal nos livros de viagens (1950-2000)*. Tesis doctoral. Coimbra: Universidade de Coimbra.
- Van Eghen, S. (2011). *Water conflicts in Costa Rica? Sardinal: A Case Study in the Emergence of a Water Conflict in the Context of High Speed Growth in (Residential) Tourism*. Universiteit Utrecht: Utercht.
- Vandergrift, D. (2008). This Isn't Paradise, We Work Here: Global Restructuring, the Tourism Industry, and Women Workers in Caribbean Costa Rica. *Gender and Society*. 22(6), 778-798.
- Vargas, J. (2008). *Tropical Travel: The Representation of Central America in the 19th Century*. San José: Editorial de la Universidad de Costa Rica.
- Viales, R. (2006). Más allá del enclave en Centroamérica: aportes para una revisión conceptual a partir del caso de la región Caribe costarricense (1870-1950). *Iberoamericana* (2001-), 6(23). 97-111.
- Vignolo, P. (2005). Hic sunt caníbales: el canibalismo en el Nuevo Mundo y en el imaginario europeo. *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*. 32, 151-188.
- Wallerstein, I. (1979). *The Capitalist World Economy*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Walton, J. (1983). *The English Seaside Resort: A Social History 1750-1914*. Leicester: Leicester University Press.
- Wang, N. (2000). *Tourism and Modernity*. Londres: Emerald Group Publishing.
- Weaver, D. (1998). Peripheries of the Periphery: Tourism in Tobago and Barbuda. *Annals of Tourism Research*. 25(2), 292-313.

- Weber, M. (1984). *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*. Madrid: Península.
- Weber, M. (2002). *Economía y sociedad*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Weibing Z, y Xingqun, L. (2006). Globalization of Tourism and Third World Tourism Development: A Political Economy Perspective. *Chinese Geographical Science*. 16 (3). 203-210.
- Wijngaarden, S. (2010). Cosmopolitan Savages: The Challenging Art of Selling African Culture to Tourists. *Etnofoor*. 22 (2). 98-125.
- Williams, E. (1997). *From Columbus to Castro: The History of the Caribbean 1492-1969*. Nueva York: Vintage.
- Wynn, L. (2007). *Pyramids and Nightclubs: A Travel Ethnography of Arab and Western Imaginations of Egypt*. Austin: University of Texas Press.
- Xiao, H. y S. Smith (2006). The Making of Tourism Research: Insights from a Social Sciences Journal. *Annals of Tourism Research*. 33 (2), 490-507.
- Yúdice, G. (2002). *El recurso de la cultura: usos de la cultura en la era global*. Gedisa: Barcelona.
- Zinn, H. (2003). *A People's History of the United States*. Nueva York: Harper Perennial.
- Zubelzu, S. y F. Allende (2015). El concepto de paisaje y sus elementos constituyentes: requisitos para la adecuada gestión del recurso y adaptación de los instrumentos legales en España. *Cuadernos de geografía*. 24 (1), 29-42.